
Los
HERMANOS
STERLING
BESOS
ROBADOS
LAYLA
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
HAGEN

BESOS ROBADOS

LOS HERMANOS STERLING

LIBRO 1

LAYLA HAGEN

Chase & Hannah ~ Los Hermanos Sterling

Libro 1

Layla Hagen

Besos Robados

Copyright ©2026 Layla Hagen

Portada: Uplifting Designs

Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Chase Sterling es un gruñón engreído. De los que te alegran la vista, sí, pero un cascarrabias al fin y al cabo.

Lo conozco en el aeropuerto mientras espero el vuelo para la boda de mi hermana. Va con retraso y todo el mundo está de mal humor, pero el Sr. Arrogante Sterling se cree el único importante. Tras intercambiar unas cuantas palabras acaloradas, me acurruco en mi asiento y decido pasar olímpicamente de él hasta que embarcamos.

Total, no voy a volver a verlo en mi vida.

¡Pues resulta que sí vuelvo a verlo!

Y por si fuera poca mi mala suerte, ¡es el padrino de la boda! No quiero que arruine el gran día de mi hermana, así que no le quito el ojo de encima al señor "Estirado".

Pero tras un inesperado y sensual baile y un beso robado, me doy cuenta de que hay mucho más en Chase Sterling que el amargado insoportable que conocí en el aeropuerto.

Tras la boda, toca volver a la realidad. Intento salvar el hostal que heredé de mi abuela, pero se ha tragado todos mis ahorros. Por eso necesito un trabajo desesperadamente.

Así que, cuando Sterling Investments me ofrece un puesto, lo acepto… con la firme intención de evitar a Chase Sterling a toda costa.

¿Lograré ver a este cascarrabias como mi jefe y olvidarme de nuestros besos robados?

El tiempo dirá.

Pero a juzgar por la sonrisa seductora con la que me da la bienvenida, estoy bastante segura de que voy a fracasar…

ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres

Otras Obras de Layla Hagen

CAPÍTULO UNO

CHASE

—¡TÍO Chase, eres el mejor, gracias!

—No me des las gracias, colega, aún no he encontrado el juego. —Mi sobrino Jeremy, de diez años, se había aficionado recientemente a los videojuegos. Le había prometido comprarle uno que era dificilísimo de conseguir, y pensaba cumplir mi palabra—. Tengo que colgar, ¿vale? Estoy en el aeropuerto.

—¡Sí! Voy a decirle a la abuela que eres mi tío favorito. —Colgó antes de que pudiera despedirme.

Acto seguido, le envié un correo a mi asistente para decirle que empezara a buscar el juego. También le había pedido que se ocupara de una sorpresa que estaba preparando para mis padres, pero aún no me había contestado.

Guardé mi móvil en el bolsillo y me serví una copa de champán en la sala VIP. Mi vuelo de San Diego a Cape Cod salía en veinte minutos. Eso me daba justo el tiempo suficiente para relajarme un poco.

Todavía no me podía creer que mi mejor amigo se fuera a casar y que yo fuera su padrino.

Josh y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Coincidimos en la universidad y desde entonces habíamos sido uña y

carne. Era como un hermano para mí. Me sorprendí muchísimo cuando anunció su compromiso dos semanas atrás, porque apenas hacía cuatro meses que conocía a la que sería su mujer. Josh era un buen tío, pero a veces podía ser un poco ingenuo. Venía de una familia adinerada, y esa era una de las razones por las que estaba preocupado. Los Hanson eran muy conocidos en el mundo de los negocios. A esa tal Blair no la conocía ni de oídas. ¿Y si era una cazafortunas? ¿Y si solo le interesaba el prestigio de su apellido? Josh estuvo a punto de pasar por el altar unos años antes, hasta que descubrió que a su novia de entonces solo le interesaba su dinero.

Como era de esperar, preferí no pronunciarme. Josh era mi mejor amigo e iba a apoyar su decisión. Además, yo no era el más indicado para dar lecciones de vida. Tenía claro en qué consistían mis talentos: junto a mis hermanos, había levantado una de las firmas de servicios financieros y valores con mayor éxito del país, y sabía que podría repetir tal hazaña con los ojos cerrados. Pero las relaciones sentimentales no eran mi fuerte, así que me guardé mis consejos.

Cuando mi madre se enteró del enlace, me pidió encarecidamente que me ahorrara cualquier ironía con Josh. Sabía que era un poco escéptico en cuanto al compromiso. Supongo que influyó que mis padres se separaran cuando éramos pequeños; aunque actualmente mantenían una relación cordial, su divorcio fue un caos absoluto. Mis hermanos tampoco tenían suerte en el amor: Duncan, por ejemplo, estuvo en pareja con la madre de mi sobrino Jeremy, pero la relación no duró.

Decidí ir a la puerta de embarque temprano para comprobar si habían localizado mi equipaje. Tras haber volado de San Diego a Seattle el día anterior por trabajo, mi maleta se había extraviado en el trayecto de vuelta esa misma mañana, aunque me aseguraron que la tendrían lista para recoger allí mismo.

De no haber sido por la reunión que me retenía en San Diego, habría volado directamente desde Seattle hasta Cape Cod.

Recogí mis cosas y salí de la sala VIP. Al pasar por otras puertas de embarque, noté que varios vuelos se habían retrasado o

cancelado. *¿Qué narices está pasando?* Aunque el clima en San Diego era inusualmente malo para lo que solía ser habitual, con fuertes vientos y una lluvia que se había intensificado desde que llegué, no me parecía motivo suficiente para suspender vuelos.

Al llegar a mi puerta, me acerqué de inmediato al mostrador para hablar con la empleada. No había ningún anuncio sobre el vuelo, pero quise cerciorarme por si acaso.

Más nos vale despegar puntuales.

—Hola, ¿vamos a salir al horario previsto? —pregunté.

Ella me miró:

—Buenos días. Disculpe, pero aún no disponemos de esa información.

—Necesito saberlo —insistí. Sabía que estaba siendo pesado y que no era el único pasajero con prisa, pero, joder, no podía permitirme faltar al enlace de mi mejor amigo.

—Con este tiempo, es probable que se retrase, incluso puede que se cancele. De verdad que no puedo darle más información porque simplemente no lo sé. La tormenta es fuerte y, por ahora, varios de nuestros vuelos no tienen permiso para despegar.

Di un paso atrás y solté entre dientes:

—Joder.

Como padrino, tenía una larga lista de tareas que hacer aquel día y el siguiente, y aquello complicaría mucho las cosas.

No quería preocupar a Josh, pero tenía que decirle que existía la posibilidad de que no llegara a Cape Cod esa misma noche. Como no respondió a mi llamada, llamé a mi hermano Duncan en su lugar. Todos mis hermanos, excepto Wyatt, también iban a asistir a la boda. El vuelo de Wyatt desde Londres se había retrasado, por lo que perdió la conexión y llegaría a Cape Cod después de la boda.

Duncan contestó enseguida:

—¿Qué tal? ¿Estás ya embarcando? —preguntó sin saludar.

—No, precisamente te llamaba por eso. Han retrasado el vuelo.

—¿Cuánto tiempo?

—No nos lo dicen.

—¿Has llamado a Josh?

—Lo intenté, pero no me lo coge.

—Vale, yo le aviso. ¿Quieres que te eche una mano y me encargue de tus tareas esta noche? —se ofreció.

—Sí, te lo agradecería mucho. No sé cuándo sabré algo del vuelo, pero, aunque salgamos más tarde, me voy a perder casi todo.

—Tranquilo, déjalo en mis manos.

—Gracias —dije antes de colgar. Menos mal que mis hermanos ya estaban allí. Mirándolo en retrospectiva, fue un error no haber viajado con ellos en el vuelo anterior, pero no podía faltar a aquella reunión.

Todos trabajábamos juntos en *Sterling Investments*, aunque cada uno tenía además sus propios negocios en distintos sectores. A pesar de vernos con frecuencia, aquel fin de semana sería una oportunidad para que nos desinhibiéramos un poco. Habíamos tenido una semana agitada en la bolsa y estábamos agotados —yo, personalmente, me había pasado la mitad del tiempo tratando de calmar a los clientes— y teníamos muchas ganas de pasar tiempo juntos y relajarnos.

Me dirigí nuevamente a la empleada del mostrador y le dije:

—Una cosa más, señorita. He volado desde Seattle esta mañana y mi maleta no ha llegado. Me han asegurado que me la entregarían en la puerta de embarque. Era una maleta de mano, pero cometí el error de facturarla.

Su expresión era de asombro, lo cual no era buena señal.

—Déjeme comprobarlo.

Esperé mientras ella llamaba a un sitio y a otro, desesperada.

¡Mierda! Más valía que apareciera, o tendría que ir de compras al día siguiente a primera hora.

Me di la vuelta y vi que ya se estaba formando una cola para embarcar a los pasajeros de clase turista.

Justo entonces, levanté la vista y vi que en la pantalla aparecía la palabra "Retrasado". *Maldita sea.* Intenté llamar a Josh otra vez. Tenía la sensación de que iba a ser una noche muy larga.

***

HANNAH

—Tengo muchísimas ganas de que estés aquí —me dijo mi hermana por teléfono. Sus palabras me llenaron de una inmensa alegría. Mi hermana pequeña, Blair, estaba a punto de casarse.

—¡Ya casi estoy allí! —respondí entusiasmada.

—Estoy tan emocionada… y, a la vez, muerta de miedo. Aún no me puedo creer que me vaya a casar —murmuró.

Yo tampoco. Solo habían pasado cuatro meses desde que conoció a Josh. Los había presentado después de coincidir con él en una conferencia de finanzas a la que Blair me acompañó. Una cosa llevó a la otra, y ahora se iban a casar. Fue un flechazo absoluto; algo que me recordaba a la historia de mis padres. A pesar de las cicatrices de mi propio divorcio, seguía siendo una romántica empedernida a mis veintinueve años, esperando que la vida me sorprendiera igual algún día.

—Serás una novia guapísima —le aseguré. Mientras hablaba, me puse de puntillas tratando de ver el mostrador por encima de la gente. La cola no avanzaba nada. Al mirar la pantalla, sentí un vuelco en el estómago. —Mierda, han retrasado el vuelo.

Blair dio un grito ahogado.

—¿Cuánto?

—Ni idea. Voy a averiguar y te escribo, ¿vale?

—Claro. Estaré con mamá.

—Vale, disfrutad del rato. Te aviso en cuanto sepa algo. Estoy deseando verte.

—Y yo a ti.

Nacimos y crecimos en San Diego, pero mi hermana llevaba unos años viviendo en Cape Cod. Nuestra madre se había mudado a Ontario al jubilarse, así que durante los últimos tres años en San Diego solo habíamos estado mi abuela y yo. Y ahora, me había quedado sola.

Al anunciarse el retraso, la multitud empezó a buscar dónde sentarse. Aproveché que la empleada se había quedado libre para acercarme pitando al mostrador.

Sujetando el móvil entre mi hombro y mi oreja, agarré el asa de la maleta para tirar de ella. Llevaba el vestido de dama de honor en la mano izquierda; lo había puesto en una percha y aún esperaba encontrar un sitio donde colgarlo en el avión. No quería que se arrugara demasiado.

—¡Perdone! —dije.

La empleada del aeropuerto me miró con aire de hartazgo.

—Mire, no podemos hacer nada con respecto al retraso —respondió con voz exasperada.

—Entiendo. Solo quería saber si tienen alguna estimación de la espera.

—Es imposible saberlo aún. Le sugiero que se siente hasta que tengamos noticias. Puede llevar un rato.

Me mordí el labio:

—¿Hay alguna forma de que pueda colgar este vestido en algún sitio?

—¿Por qué no lo mete en la maleta?

Estuve a punto de responderle que prefería estar de pie todo el vuelo y dejar el vestido en mi asiento antes que meterlo en la maleta.

—Se arrugará. Es muy difícil plancharlo. Es para la boda de mi hermana.

Me miró y me dedicó una sonrisa cómplice. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Démelo. Lo pondré con los abrigos, pero acuérdese de pedirlo cuando vaya a embarcar.

—Muchísimas gracias.

Tras entregarle la prenda, solté un suspiro de alivio y le envié un mensaje a mi hermana.

Hannah: El vuelo se va a retrasar, pero espero que no sea mucho.

Blair: Qué mala suerte. Dice Josh que, como tiene muchísimas millas acumuladas, puede pasarte una invitación para la sala VIP.

Hannah: ¡Genial! Mil gracias.

Mi teléfono volvió a vibrar con una nueva notificación mientras trataba de localizar los carteles hacia la sala VIP.

Blair: Su asistente es rápida.

Efectivamente, ya me había enviado el vale.

Encontré la sala VIP enseguida. Estaba a reventar, pero era de esperar teniendo en cuenta la cantidad de vuelos que habían cancelado.

Mientras escaneaban mi vale, vi que otra empleada del aeropuerto iba de un lado a otro con una bandeja llena de vasos de agua. Cogí uno, le di las gracias y bebí un sorbo de inmediato. Me ayudó a serenarme un poco. Las últimas semanas habían sido una locura, y sabía que después de la boda tendría que volver al lío.

Tranquila, Hannah. Ya resolverás los problemas cuando vuelvas. Céntrate en disfrutar de la boda de tu hermana.

Al abrir los ojos y recorrer la zona de descanso, divisé una butaca vacía. Estaba al lado de un chico realmente atractivo que recordaba haber visto en la puerta de embarque. Sin pensarlo dos veces, caminé rápido hacia allí para que nadie se me adelantara.

Al acercarme, me di cuenta de que estaba discutiendo con la empleada que servía el agua.

—Esto es inaceptable —sentenció.

—Le pedimos mil disculpas, señor Sterling. Estamos haciendo todo lo posible.

—Exijo una solución más eficaz; contacte con quien sea necesario para zanjar este asunto ahora mismo.

Vaya con el gruñón… Por lo visto, su carácter no era tan atractivo como el resto del combo.

Ella apretó los labios.

—Lo lamento, pero la pérdida del equipaje escapa a mi control.

Comprendí entonces que habían extraviado sus maletas. Si me pasara a mí, probablemente también estaría enfadada, aunque nunca le hablaría a alguien así. Me pregunté por qué había una empleada del aeropuerto en la sala VIP, sirviendo bebidas; supuse que, ante la aglomeración de pasajeros, el personal de servicio necesitaba refuerzos urgentes.

—Le prometo que localizaremos su equipaje lo antes posible. En cuanto lo hagamos, se lo entregaremos esté donde esté.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero realmente no había ningún otro sitio donde sentarse, así que, en cuanto se marchó la empleada, ocupé el asiento libre.

Al tenerlo más cerca, noté lo furioso que estaba aquel hombre. La rabia se le reflejaba en cada facción. A pesar de su evidente enfado, sus ojos de un verde profundo eran preciosos. Continué observándolo y noté que vestía un traje a medida que le quedaba perfecto. Tal vez creía que ser tan guapo le daba derecho a tratar a los demás como si fueran inferiores a él.

Soltó un bufido tan brusco que di un respingo y casi se me cae el vaso.

—Ten cuidado —soltó.

Había estado conteniéndome desde que empezó a portarse de forma grosera con la empleada. En ese momento preferí dejarlo pasar… pero esta vez no pude evitarlo.

—Deberías cuidar ese tono. No puedes hablarle a la gente así.

Me miró de forma hostil, entrecerrando los ojos:

—No te metas donde no te llaman.

¿A qué venía tanta mala educación? Que sí, que la situación era una mierda —estábamos atrapados en el aeropuerto y habían perdido su equipaje—, pero eso no justificaba su comportamiento.

—Eso intentaba, pero me lo estás poniendo muy difícil —repliqué. No soportaba que la gente se creyera superior a los demás —. No es culpa de ella que no encuentren tu equipaje.

—Llevan dando vueltas desde esta mañana. A estas alturas, espero algo más que un "Estamos haciendo todo lo posible por localizar su maleta".

Puse los ojos en blanco y decidí dejar el tema. Era obvio que era un imbécil engreído, así que lo ignoré. Seguí bebiendo agua mientras mi vecino, el "Señor Importante", continuaba aporreando las teclas de su teléfono.

Le envié otro mensaje a Blair para decirle que todo seguía siendo pura incertidumbre. No la llamé porque me estaba inquietando la idea de que posiblemente no pudiera viajar esa noche. Decidí no

llamar a mi hermana; Blair siempre detectaba la ansiedad en mi tono y no quería que se preocupara por mí justo en ese momento tan especial de su vida.

Quince minutos después, el personal empezó a repartir copas de champán. Aunque había una barra de autoservicio, era la primera vez que veía que pasaran camareros con bebidas; supongo que les preocupaba que la gente se agolpara allí. Cogí una copa y disfruté del frescor de las burbujas. Estaba delicioso.

Veinte minutos más tarde, ya no solo estaba inquieta. Estaba empezando a entrar en pánico.

En ese instante, a una empleada que llevaba agua se le cayó el móvil al pasar junto a mí. Me apresuré a recogerlo, aunque me costó un poco levantarme.

Le sonreí con timidez.

—Perdona, es que me he bebido el champán demasiado rápido.

Detrás de mí, oí gruñir al cascarrabias. *¿Qué le pasa?*

—Gracias —dijo ella mientras guardaba el móvil.

Justo cuando volvía a sentarme, un aviso resonó en la terminal.

—Atención, por favor, pasajeros del vuelo 0S789 con destino a Cape Cod. Nos han comunicado que debemos esperar a que se realice una inspección exhaustiva de la pista antes de recibir permiso para despegar.

Se oyó una protesta colectiva. *Maldita sea, ¿y si al final no salimos?* Había otro vuelo al día siguiente, pero mi plan era estar allí ese mismo día para ayudar a mi hermana. Ya tenía bastante entre manos y quería echarle una mano.

Observé de reojo a mi vecino de asiento; se le veía indignado, aunque permanecía en silencio. En ese instante, la empleada del aeropuerto se acercó con otra bandeja de champán y, cuando cogí mi segunda copa, me dedicó una mirada cargada de ironía.

—¿Qué? —quise saber, mientras la trabajadora continuaba su camino hacia el pasajero que estaba al otro lado.

Me detuve a analizar con más detalle a aquel hombre tan huraño. Sus rasgos faciales eran increíblemente masculinos. Tenía una nariz prominente, y los pómulos y la mandíbula definidos de una forma muy armoniosa.

—Hace un momento comentaste que te habías bebido la primera copa demasiado rápido.

Lo señalé con el dedo:

—No me provoques, o pediré una tercera y no te quedará más remedio que soportarme durante toda la espera. Te aviso de que mi tolerancia al alcohol es bastante baja.

—Dios mío —murmuró negando con la cabeza—. Definitivamente, hoy no es mi día.

—Ya, pues yo tampoco me siento muy afortunada —repliqué antes de dar un sorbo.

Me pregunté si aquel asiento estaba libre porque el ocupante anterior prefirió quedarse de pie antes que aguantarlo. Yo también lo estaba considerando, pero al final, opté por la comodidad.

Al acomodarme, vi que se había soltado el primer botón de la camisa: el tío estaba buenísimo. Había que admitir que el envoltorio era de primera, por muy desagradable y malhumorado que se comportara.

Pero no iba a dejar que eso me afectara. Tenía champán y mi hermana estaba a punto de casarse con un buen hombre . Todo iba bien y pensaba seguir siendo positiva.

Sin embargo, media hora más tarde, empecé a darme cuenta de que tal vez estaba siendo demasiado optimista. Seguía sin haber noticias. La gente cuchicheaba con preocupación y el personal de la sala volvía a pasar con las bandejas. Esta vez pedí agua, no para complacer a mi obstinado vecino, sino porque conocía mis límites.

—Lamentamos mucho el retraso —se disculpó la chica.

Pasaron otros quince minutos. Mi vecino se movía inquieto en su asiento. Tal vez fuera por el champán, pero lo encontraba incluso más atractivo, a pesar de lo nervioso y tenso que estaba.

—¿Sabes? Te vendría bien una copa para relajarte —le sugerí, mientras él intentaba atraer la atención de una empleada.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una entrometida?

—Oh, sí. Más de una vez —respondí con una sonrisa.

La empleada vio claramente su intento de llamar su atención, pero se fue en dirección opuesta. Lo estaba evitando. Bien por ella.

De pronto se levantó y se quitó la chaqueta. Su atractivo aumentó por momentos. Al verlo de espaldas, su trasero me dejó sin aliento, pero logré disimular.

Lo último que necesitaba era alimentar su ego, aunque probablemente ya lo supiera. Se movía con el aire arrogante de alguien que sabía exactamente lo atractivo que era.

Convencida de que no volvería a cruzarme con él, lo vi alejarse hacia el mostrador y miré mi móvil. Tenía un mensaje de mi hermana.

Blair: No te preocupes. Mamá y yo nos quedaremos despiertas esperándote.

Hannah: De ninguna manera. Necesitas descansar para estar perfecta en la boda mañana.

Blair: No me vengas con órdenes, hermanita.

Me reí, sabiendo que no tenía sentido insistir. Además, me moría de ganas de ponerme al día con ambas.

***

Una hora más tarde, por fin nos dieron permiso para despegar. Abandoné la sala VIP y me dirigí directamente a la puerta de embarque para pedir que me devolvieran el vestido. Luego esperé en la cola de clase turista unos cinco minutos mientras embarcaban a los pasajeros de clase *business*, entre los que estaba mi malhumorado vecino.

¿Por qué no podía apartar la mirada de él? Había visto a hombres guapos antes, aunque ninguno *tan* atractivo como *él*.

Durante el vuelo, me entretuve viendo unos cuantos episodios de mi serie favorita. En cuanto aterrizamos, pedí un Uber enseguida. El hotel se encontraba a unos veinte minutos. Blair se había ofrecido a recogerme, pero le quité la idea de la cabeza. Era su fin de semana y no quería que se preocupara por mí.

Al llegar al destino, suspiré con una sonrisa y avisé a mi hermana por mensaje antes de bajar del coche. Era un precioso edificio de estilo colonial, con una fachada en tonos blancos y rosados. La

entrada tenía tres enormes arcos y suelos de mármol. En el interior, había más detalles en mármol y cinco lámparas de araña doradas con cristales. Era de ensueño.

—Buenas tardes, tengo una reserva a nombre de Chase Sterling —escuché decir a una voz que ya conocía.

Me giré hacia el mostrador de recepción. Mi vecino el gruñón se hospedaba en el mismo hotel. ¿Qué probabilidades había de que pasara eso?

—¡Hannah, estás aquí! —exclamó Blair con entusiasmo. Corrió hacia mí y me dio un fuerte abrazo. Josh, su futuro marido, venía justo detrás de ella.

—¿Habéis venido juntos? —preguntó Josh, alternando la mirada entre el gruñón y yo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, enderezándose y fijando su penetrante mirada en la mía con una intensidad abrumadora.

—Chase, te presento a Hannah Levine —dijo Josh—. Y ella es Blair, mi prometida. Blair, Hannah, este es Chase Sterling, mi mejor amigo y el padrino de nuestra boda.

Mi hermana le dio la mano a Chase. Luego él me tendió la mano. Se la estreché por instinto, intentando mantener la compostura. Al estrecharla, una sacudida eléctrica recorrió mi cuerpo mientras luchaba por no perder la calma ante sus profundos ojos verdes.

—Qué casualidad tan divertida —dijo Josh—. Os debéis de haber cruzado en el aeropuerto sin daros cuenta.

Los ojos de Chase brillaron mientras yo esbozaba una sonrisa de cortesía.

Ay, Josh, si tú supieras…

CAPÍTULO DOS

HANNAH

—VAMOS, Chase. Tenemos mucho de qué hablar —dijo Josh, llevándose a Chase en cuanto terminó de hacer el *check-in*. Me dieron mi tarjeta de acceso solo unos segundos después y un botones se encargó de subir mi maleta y el vestido a la habitación.

Blair me abrazó de nuevo y me entregué a su abrazo, respirando profundamente. Olía a rosas. Era su aroma característico, el del aceite para el pelo que usaba desde que éramos niñas.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—En mi habitación. Venga, vamos a que te relajes un poco, que se te ve muy tensa. ¿Va todo bien?

—Sí —respondí con rapidez.

—Se me olvidó por completo decirte que Chase también iba a estar en el vuelo. De hecho, iba a pedirte que lo tantearas un poco a ver qué averiguabas. Me intimida un poco.

—¿Por qué? —pregunté mientras me guiaba por el hotel. Los colores rosa y blanco del vestíbulo se repetían también en el interior, sobre todo en el techo y las paredes.

Sabía que Josh estaba forrado, y lo adoraba porque iba a darle a mi hermana la boda de sus sueños.

—Josh mencionó que es un poco escéptico con respecto al matrimonio, así que me preguntaba si intentaría, no sé, hacerle cambiar de opinión o algo así.

Apreté los labios. ¿Qué podía decir? Por su actitud hasta el momento, no lo podía descartar. Pero no podía juzgarlo solo por un desencuentro. Quizás lo había pillado en un mal día.

En cuanto llegamos a la puerta de la habitación, llamé directamente y grité:

—¡Mamá, ya estamos aquí!

Blair sonrió de oreja a oreja cuando la puerta se abrió de par en par. Mi madre irradiaba felicidad. Yo era la que más me parecía a ella: de complexión pequeña y el pelo rubio. Mi hermana, en cambio, me sacaba una cabeza y su pelo era castaño claro con reflejos rubios que se le aclaraban muchísimo cuando pasaba tiempo al sol. Se parecía más a mi padre, aunque ambas teníamos sus ojos marrones.

—Ven aquí, pequeña —dijo nuestra madre, abrazándome.

—Bueno, ¿cuál es el plan para esta noche? Siento mucho haber llegado tan tarde. ¿Todavía puedo terminar mis tareas pendientes o mejor me despierto temprano mañana para hacerlas?

—Tranquila, no es necesario. Como Chase tiene muchísimos hermanos, les pidió el favor de que ellos se ocuparan de todo —respondió Blair.

Qué interesante.

—Así que esta noche es solo para nosotras, las chicas —continuó —. Como una especie de despedida de soltera.

—Me habría encantado organizarte una fiesta increíble, pero no me dejaste —comenté, tratando de que no sonara a reproche, aunque me hubiera encantado hacer eso por mi hermana.

—No me hace falta nada de eso. A Josh tampoco le han organizado una. Acordamos que no necesitamos esas cursilerías. Lo único que quiero es pasar tiempo con vosotras. He traído *Skinny Pop*[1] y bastantes cosas más para picar.

—Bueno, acomodémonos en la cama. ¿Seguro que Josh no viene? —insistí.

—Qué va, se ha ido al bar con Chase y sus hermanos. Dormirá en otra habitación esta noche.

—¿Y eso por qué? —quiso saber mi madre.

—Como mañana pensábamos vestirnos por separado antes de la ceremonia, hemos decidido empezar ya. Así podré pasar todo el tiempo posible con mis dos mujeres favoritas antes de convertirme oficialmente en la esposa de Josh Hanson.

Mi madre le dedicó una sonrisa:

—Cariño, no me puedo creer que te vayas a casar. Habéis crecido muy rápido…

Blair abrió la mininevera y sacó *un montón* de *snacks*.

Nos subimos a la cama y repartimos los aperitivos por todo el colchón.

—¿Quién te acompañará hasta el altar? —preguntó nuestra madre.

Contuve el aliento y Blair se tensó al instante. Me sorprendió que ese tema no hubiera salido a colación antes. Perdimos a nuestro padre en un accidente de coche cuando yo tenía ocho años y Blair seis. Imaginé que mi hermana tendría algún plan. En mi boda, yo simplemente decidí prescindir de esa parte de la ceremonia.

—Duncan. Es uno de los hermanos de Chase.

—Me alegra tanto verte así, cielo —añadió mi madre con una sonrisa. Su voz se quebró ligeramente al hablar; era evidente que la situación despertaba en ella una oleada de recuerdos.

Me puse en pie.

—Escuchad, ya sé que no celebramos una despedida oficial, pero unas copas no nos vendrían nada mal.

—Tienes razón —coincidió Blair—. Hay dos locales: el más grande, cerca de la entrada principal donde están los chicos, y otro justo en la playa que me parece que está incluso más cerca.

—Iré yo misma a por las bebidas; seré más rápida que el servicio de habitaciones —propuse.

Además, tenía curiosidad por explorar la zona y no me apetecía volver a encontrarme con Chase esa noche. Necesitaba un respiro para recuperar la compostura tras nuestro extraño encuentro, esperando que ni Blair ni Josh hubieran notado nada raro. Pensaba

buscarlo mañana por la mañana para limar asperezas antes de seguir con nuestras tareas. Como era el padrino, estaba segura de que pasaríamos bastante tiempo juntos.

Mi corazón se aceleró ante la idea, pero me reprendí al instante. *No seas tonta, Hannah*. *Es el padrino de boda de Josh. Lo único que tienes que hacer es tratar de mantener las formas hasta que termine la boda*.

Después de decidir qué botella de champán queríamos, recorrí los silenciosos pasillos del hotel a paso ligero. Pero en cuanto salí del edificio principal, oí voces y música. Seguí el sonido de las copas al brindar. Por un momento quise llamar a mi madre y a Blair para decirles que bajaran. Era increíble, aunque la brisa fuera fresca y el aire oliera a salitre. Hasta me gustaba el ligero olor a algas. Mi hermana tenía razón: agosto era un mes genial para una boda. Casi de inmediato, una sensación de paz me invadió.

Pero toda la calma se evaporó en el instante en que vi a Chase. *¿Qué hace él aquí fuera? Se suponía que el grupo estaba en el bar principal.*

Estaba de pie frente a la barra, con la mirada fija en mí. Se había cambiado. Ahora llevaba una camiseta negra de manga corta que le sentaba incluso mejor que la camisa de antes.

—Hannah —pronunció en un susurro que me hizo estremecer.

¿Fue por la brisa o por su tono de voz? No estaba segura de querer saberlo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. Pensaba que estabais todos en el bar de la entrada.

—Se quedaron sin hielo y, como tardaban una eternidad, decidí venir a buscarlo.

Me costó horrores no soltar una carcajada.

—No me extraña eso de ti.

—No mencionaste que venías a una boda —dijo.

—¿Habría importado? —pregunté con una sonrisa, arqueando las cejas.

—Sin duda habría intentado ser… bastante más cordial. Gracias por no haberles contado a Josh y a Blair lo que pasó.

Así que, en el fondo incluso él sabía que se había pasado de la raya.

—¿Encontraron tus maletas?

—Sí. Me las traerán mañana por la tarde. Tengo el regalo ahí. Por eso estaba tan…

—¿Insoportable? —bromeé.

Sostuvo mi mirada y sentí un leve escalofrío.

—Exacto.

A decir verdad, su reacción tenía sentido. Si la aerolínea hubiera extraviado mi regalo de boda, yo también habría perdido los estribos. Podía dejárselo pasar.

—¿Y tu ropa también?

—No, solo el regalo.

—¿Qué le pongo, señorita? —preguntó el barman.

—Una botella de champán y tres copas. Me lo voy a llevar a la habitación. —Miré a Chase, esperando su reacción.

Él alzó las manos en señal de rendición.

—No voy a hacer ningún comentario.

Ambos nos reímos, y no pude evitar pincharlo:

—¿Así que solo supervisas lo que bebo en el aeropuerto?

—Exacto, porque allí me afectaba directamente al estar sentado a tu lado. —Sus ojos se iluminaron. Me pareció aún más guapo que en el aeropuerto. Quizás era porque estaba más relajado y ya no parecía tan prepotente.

—Oye tío, ¿por qué tardas tanto? —Dos chicos se acercaron a nosotros.

—Vaya, tú debes de ser la famosa Hannah —comentó uno de ellos.

—¿Famosa? No tenía ni idea —respondí—. ¿Quiénes sois?

—Soy Griffin.

—Y yo Duncan —respondió el otro.

—Son mis hermanos —aclaró Chase.

Ahora que lo mencionaba, se notaba el parecido entre ellos: cabello oscuro, ojos verdes y un físico de gimnasio o de una genética privilegiada.

—Duncan, he oído que mañana vas a llevar a mi hermana al altar —repuse—. Gracias.

—Será un placer.

—La elección entre este y yo estuvo reñida. —Le puso una mano en el hombro a Chase—. Pero como él es el padrino, no le ha quedado otra que conformarse conmigo. Claramente, soy la mejor opción.

Me reí.

—Bueno, viendo cómo fue nuestro encuentro en el aeropuerto, no te quito la razón.

Duncan se extrañó y Griffin clavó sus ojos en mí.

—¿Y eso? —quiso saber.

Hice una mueca de sorpresa.

—No se lo has contado, ¿eh?

—No —murmuró Chase.

—Ah… cuando dijeron lo de que era famosa, supuse que… —comenté.

Chase me había dicho que agradecía que no lo hubiera delatado ante Blair y Josh, pero al ver que Duncan sabía quién era, pensé que les habría contado algo a sus hermanos.

—Te conocen por ser la hermana de Blair —aclaró Chase.

—¿Contarnos qué? —preguntó Duncan.

—Lo siento, no era mi intención delatarte —me disculpé—. No se lo he contado ni a mi hermana ni a Josh.

—Seguimos esperando a que nos cuentes qué pasó —presionó Griffin.

Chase se encogió de hombros, señalándonos a los dos:

—Nos conocimos en el aeropuerto.

—Déjame adivinar —intervino Griffin—. ¿Te dieron ganas de subir en el siguiente vuelo?

Eché la cabeza hacia atrás, sorprendida.

—Tal cual.

Griffin soltó una carcajada.

—En su defensa, hay que decir que ha tenido una semana de mierda.

—No he pedido que nadie me defienda —replicó Chase.

—No estoy de acuerdo —respondí, pestañeando con picardía—. Te hace falta todo el apoyo posible. *No* causaste una buena primera impresión.

—No es su fuerte —repuso Griffin—. De verdad, no conozco a nadie que lo haya conocido y le haya caído bien a la primera.

Chase cogió las tres bolsas de hielo que le pasó el camarero y las repartió colocándolas sobre los brazos de sus hermanos.

—Cerrad el pico de una vez. Y volved con el hielo.

—Aunque reconozco —intervine—, que yo también fui bastante borde.

—Suele provocar eso en los demás —me explicó Griffin.

—Nos vemos, Hannah. Ha sido un placer conocerte. —dijo Duncan.

—Igualmente —contesté.

En cuanto se marcharon, volví a mirar a Chase. Tenía ganas de chincharlo un poco y no pensaba desaprovecharlo.

—¿De verdad sois familia? —le pregunté.

Levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque me caen mucho mejor que tú.

Algo brilló en sus ojos. Era una mirada diferente a la de antes; una expresión nueva que no supe descifrar.

—¿Has venido aquí solo para meterte conmigo?

—No, he venido por el champán. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de *burlarme* de ti. ¿Cómo está Josh? ¿Feliz?

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó, probablemente captando la inquietud en mi voz.

Fruncí el ceño:

—Por nada en particular.

De repente, Chase se puso a la defensiva:

—Como a Blair se le ocurra dejar plantado a mi mejor amigo…

—No, claro que no está pensando eso. ¡Ni de broma! ¿De dónde sacas eso? —le espeté.

—No conozco a tu hermana.

—Eso no justifica que asumas lo peor de entrada.

Se aclaró la garganta.

—Lo sé. Pero Josh ya pasó por una mala experiencia. Estuvo a punto de casarse una vez. Ella… no era la persona que él imaginaba.

Eso podría explicar por qué era tan sobreprotector, aunque para mí no era excusa.

Entonces recordé lo que había dicho mi hermana y decidí encararlo:

—Confío en que no le *estés* metiendo ideas en la cabeza a Josh.

Él negó con la cabeza, con cara de aún más enfado.

—Por mucho que te lo parezca, Hannah, no soy un gilipollas. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Se rumorea que las bodas no son santo de tu devoción.

—Es verdad, pero eso no significa que no pueda alegrarme y apoyar a mi mejor amigo. —Era evidente que lo había cabreado, porque de repente cortó la conversación bruscamente—. Que pases una buena noche. Nos vemos mañana.

Se alejó a paso rápido, con la bolsa de hielo colgada del hombro. Sus brazos eran puro músculo. De hecho, me apostaría lo que fuera a que debajo de esa ropa se escondía un cuerpo increíble.

Ya la has liado, Hannah. *¿No te habías propuesto limar las asperezas?, ¿recuerdas?*

---

1 Nota del traductor: ***SkinnyPop*** es una popular marca estadounidense de palomitas de maíz.

CAPÍTULO TRES

CHASE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el hotel estaba completamente en silencio cuando me desperté. Me gustaba empezar el día corriendo. En casa, aunque mi loft estuviera cerca de la playa, usaba la cinta de correr, pero ahora quería estar al aire libre.

Correr por la arena suponía un desafío mayor que la cinta, pero me gustaban los retos. Empecé trotando despacio y luego fui subiendo la intensidad hasta alcanzar mi velocidad habitual. Tenía un espíritu competitivo, siempre competía contra mí mismo y contra mis logros anteriores. Era la única forma de mejorar.

Tras cincuenta minutos de carrera, reduje el ritmo a una caminata rápida y consulté las estadísticas en mi *Apple Watch*. Nada mal: había recortado unos segundos respecto a mi última marca y ni siquiera me había esforzado mucho.

Ralenticé el paso y revisé mi correo. Mi asistente aún no me había contestado.

En el pasado, mis padres habían tenido una tienda de ultramarinos. Cuando se divorciaron, se vieron obligados a venderla, pero ahora estaba de nuevo en el mercado y mi intención era comprarla para darles una sorpresa. En ese momento, esperaba que ella tuviera alguna noticia sobre la operación. Tampoco tenía ningún

correo sobre el videojuego de Jeremy, pero era comprensible, apenas se lo había pedido el día anterior.

De camino al hotel, le escribí a mi madre. Desde que vivía sola, nos organizábamos para visitarla con frecuencia y encargarnos de cualquier reparación que necesitara su casa.

Al acercarme al hotel, me sorprendió ver que el personal ya estaba dando vueltas por el jardín. Aunque aún faltaban horas para la ceremonia, ya estaban montándolo todo.

Tenía la intención de ir directo a mi habitación para ducharme, pero una silueta familiar me llamó la atención: era Hannah. Estaba hablando con una mujer rubia y alta, y ninguna de las dos parecía muy contenta. Movido por la curiosidad, me acerqué a ellas.

Hannah llevaba un vestido corto playero de color rosa que dejaba poco a la imaginación. Tenía un culo perfecto y unas piernas largas y bronceadas.

¿Qué probabilidades había de que coincidiéramos en la misma boda?

—Buenos días —saludé.

Hannah se sobresaltó, se dio la vuelta y su mirada descendió hacia mi torso. Tenía la camiseta empapada, así que me la había quitado. Me quedé absorto en sus labios carnosos mientras hablaba.

Su reacción me gustó más de lo que me habría gustado reconocer.

—Chase, buenos días —respondió.

La mujer que la acompañaba me saludó con la cabeza:

—Hola, soy la responsable del *catering*.

Le tendí la mano para saludarla:

—Encantado, yo soy el padrino.

Tras el saludo, se despidió rápidamente.

—Bueno, os tengo que dejar, tengo mucho que hacer. —Estaba claro que tenía prisa para retomar sus labores.

En cuanto se alejó lo suficiente como para que no nos oyera, un suspiro escapó de los labios de Hannah.

—¿Ha pasado algo? —quise saber.

—La *wedding planner* me llamó esta mañana. Tiene un virus estomacal y no puede venir.

—¡Joder! —solté con fastidio.

—Tuve la misma reacción —respondió, y por fin volvió a mirarme a los ojos. Me sostenía la mirada con tanta intensidad que sospeché que estaba haciendo un esfuerzo por no bajar la vista. Un caballero se habría puesto la camiseta, pero yo estaba disfrutando de la incomodidad de Hannah.

¿Por qué me comporto así?

—¿Cuándo llega su sustituta? —pregunté.

—No hay sustituta. Trabaja sola. Me ha dado acceso a todas sus listas, pero, aun así, estoy segura de que voy a meter la pata en algunas cosas.

—Hannah, no puedes encargarte de la boda de tu hermana. Eres la dama de honor. Ya tienes bastante.

Ella negó con la cabeza:

—Chase, no empieces.

—Hablo en serio. Si te encargas de todo, no tendrás tiempo para disfrutar de la boda.

—Ya, pero mi hermana la disfrutará y, a fin de cuentas, eso es lo más importante. Ahora mismo no tengo otra opción, ¿sabes? Si me disculpas, tengo que volver a hablar con la empresa de *catering* para ultimar algunos detalles.

Hannah esbozó una pequeña sonrisa antes de darse la vuelta y dirigirse hacia donde estaba la chica.

Vaya, estaba increíble con ese vestido rosa; mi imaginación se disparó al instante. A duras penas me contuve para no ir tras ella.

Quería ayudarla de alguna manera, pero necesitaba darme una ducha. Además, debía ocuparme de mis obligaciones como padrino. Sin embargo, no podía dejar que cargara con todo sola. Su empeño en que la boda de su hermana fuera perfecta me conmovía. ¿Cómo era posible que la *wedding planner* no tuviera sustituta por si pasaba algo así? Malditos chapuceros. Detestaba profundamente la falta de profesionalidad, pero lamentarse no servía de nada, ahora Josh y Blair necesitaban una solución.

De vuelta en mi habitación, me di una ducha y me cambié rápido. Entonces se me ocurrió una idea: todos mis hermanos,

menos Wyatt, asistirían a la boda. Entre los cinco, podríamos encargarnos del trabajo pesado.

Duncan era el que más se aproximaba a mi edad. De pequeños, mi madre decía que parecíamos gemelos porque éramos similares tanto en personalidad como en físico. Pero él había madurado antes que yo porque tuvo a Jeremy a los veintidós.

Griffin era el más impulsivo de todos. Por su parte, Wyatt era más cerebral que Griffin, pero compartía su espontaneidad.

Y finalmente, Knox y Finn eran… diferentes. Nunca sabías qué estaban tramando ni qué pensaban.

Cuando a Duncan y a mí se nos ocurrió la idea de fundar *Sterling Investments*, Griffin y Wyatt acababan de graduarse de la universidad y se incorporaron a la empresa de inmediato. Finn estaba en su primer año de universidad y Knox en el último de instituto. Al principio, me opuse a que se unieran a nosotros a una edad tan temprana; pensaba que debían disfrutar de sus años universitarios antes de atarse al mundo de los negocios. Pero eran muy cabezotas, estaban comprometidos al cien por cien, y eran realmente buenos en lo que hacían: desarrollar *software*. Visto con retrospectiva, habría sido más difícil poner en marcha la empresa si no hubiéramos contado con sus conocimientos.

Protegía a mis hermanos con uñas y dientes. Siempre les cubría las espaldas, pasara lo que pasara. Y ellos hacían lo mismo por mí. Era algo que valoraba muchísimo.

Sterling Investments fue una de las primeras sociedades de valores en ofrecer una plataforma *online* donde los clientes podían realizar muchas transacciones de forma muy sencilla. La tecnología era de vanguardia y más intuitiva que la que ofrecía la competencia. Fue una de las claves de nuestro éxito.

Fui a buscar a Finn a su cuarto, aprovechando que estaba pegado al mío. Tras insistir llamando a la puerta repetidamente, finalmente me abrió.

—Qué pronto vienes —murmuró con voz todavía algo ronca por el sueño.

—Buenos días —saludé—. ¿Te he despertado? ¿Cómo vas?

—Tío, son solo las ocho y media.

—Lo sé. Es que ha surgido un inconveniente.

Entrecerró los ojos.

—¿Estás intentando encasquetarme tus obligaciones de padrino?

—No, peor.

—Dime entonces qué pasa —respondió, ya totalmente espabilado.

—La organizadora de la boda está enferma.

—Joder, ¿y no tiene sustituta?

—Al parecer no. No tengo más información, pero da igual.

—Entendido. Entonces tenemos *mucho* que hacer —coincidió.

—Exacto.

Una de las cosas que más me gustaba de trabajar con mis hermanos era que nos complementábamos a la perfección. Casi siempre lográbamos descifrar las intenciones del otro sin mediar palabra; esa era parte de la razón por la que habíamos tenido tanto éxito en los negocios en tan poco tiempo.

—Vale, me marcho para empezar cuanto antes. Hannah tiene todas las listas de tareas.

Finn esbozó una sonrisa pícara.

—La famosa Hannah. Estoy deseando conocerla.

Era evidente que Duncan y Griffin no habían tardado en soltar la lengua sobre lo ocurrido la noche anterior. Esos cabrones se lo pasaron en grande.

Arqueé una ceja en señal de advertencia mientras Finn levantaba las manos en señal de defensa.

—Iré a buscar a los demás —dijo—. ¿Dónde nos vemos?

—En la parte de atrás, en el terreno que hay entre el jardín y la playa.

Asintió:

—Vale. Salgo enseguida.

—Gracias, hermano.

Me dirigí a la parte de atrás con la intención de tranquilizar a Hannah. No me gustaba verla tan agobiada.

Al salir al jardín me la encontré intentando levantar una silla de unas cincuenta que habían dejado los trabajadores allí.

—Deja eso, yo me encargo —le dije.

Una vez más, se sobresaltó y me miró después de dejar la silla en el suelo.

—Chase, has vuelto —dijo con un tono que denotaba sorpresa.

—Claro.

—¿Por qué?

La miré fijamente:

—¿No es obvio? Estoy echando una mano. Venga, pásame esa lista.

Se humedeció el labio inferior. Joder, me moría por pasar mi lengua por ese mismo lugar.

—¿Estás seguro? Puedo apañármelas sola —dijo. Admiraba su actitud resolutiva, pero el tono de su voz denotaba duda.

—No me cabe duda de que puedes. Pero pásame esa lista de todos modos.

Las comisuras de sus labios se levantaron.

—¿Qué? —pregunté.

—Ese tono que usas es demasiado autoritario para mi gusto.

—Hannah… —Mi voz sonó severa incluso para mis propios oídos.

—Vale, dame tu correo y te la reenviaré.

—Ahora mismo —respondí, dictándole mi correo electrónico. Cogió el móvil y, al desbloquearlo, soltó un gruñido—. ¿Más malas noticias?

—Sí, aunque esta vez no tienen que ver con la boda.

—¿Qué ha pasado?

Negó con la cabeza:

—No importa. Ya tienes la lista en tu correo. Si cada uno cumple con su parte, deberíamos ser capaces de solucionar todo esto juntos.

—No te preocupes, he conseguido refuerzos —le aseguré.

Levantó la vista de golpe.

—¿De verdad?

—Sí, he reclutado a mis hermanos.

Me regaló una amplia sonrisa.

—Genial. Con más gente, las cosas avanzarán mucho más rápido. ¿Estás seguro de que no les importa?

—Qué va. Somos seis en total. Wyatt no está, pero todos los demás arrimaremos el hombro.

—Vaya… Chase Sterling, tú sí que estás lleno de sorpresas —comentó antes de bajar su móvil y centrar su atención en mí.

—Escucha, te propongo una tregua —sugerí.

—Te escucho.

Su encanto era innegable; no podía dejar de mirar sus labios.

—Pongamos toda nuestra atención en los preparativos de la boda…

—¿…y nos olvidamos de lo que pasa entre nosotros? —Terminó ella por mí—. Me parece bien.

Me estaba centrando en ella, sí, pero no de la forma que ella pensaba…

Eché un vistazo a la lista:

—¿Por qué estás moviendo las sillas? Aquí pone que hay un equipo encargado de hacerlo.

—Solo intentaba agilizar un poco las cosas —respondió avergonzada—, pero lo dejaré estar. Cuesta más de lo que parece, y ya estoy sudando. No quiero arriesgarme, esta prenda es muy ligera y podría terminar transparentándose.

¡Joder! Si eso ocurría y sus pechos quedaban a la vista, mi autocontrol desaparecería.

—Vale, dinos qué hay que hacer —intervino Finn, apareciendo de pronto tras de mí.

Giré la cabeza para mirar hacia atrás. Todos mis hermanos estaban allí.

Volví a mirar a Hannah: estaba sonriendo de oreja a oreja, con la mirada fija en mis hermanos. Finn tenía mal aspecto, con ojeras y aún medio dormido. Griffin sostenía una taza de café enorme, Knox estaba bostezando y Duncan era el único que parecía fresco y capaz de echar una mano. Pero él siempre había sido así, podía funcionar con tres horas de sueño si hacía falta. Cuando montamos la empresa, curraba como un animal y encima se encargaba de un recién nacido sin ayuda de nadie. Una vez me confesó que el ritmo frenético de aquellos años terminó por arruinarle el sueño para siempre.

—Hola, Hannah. Soy Knox, y este es Finn. Nos hemos enterado por ahí de que hoy estás al mando —se presentó con una sonrisa.

—Así es. Encantada —respondió ella—. Vale, pues le he enviado a Chase la lista que me dio la organizadora de bodas. Vamos a dividirnos las tareas; con todos lo que somos, debería ser fácil si cada uno se encarga de una o dos tareas. ¿Queréis que dividamos la lista ahora? —preguntó.

—Claro —asentí.

Mis hermanos se amontonaron tras de mí, curioseando la lista en la pantalla de mi móvil.

—¡No me jodas! —exclamó Griffin—. ¿Cómo es posible que aún queden tantas cosas por hacer?

—¿Has visto? —murmuró Hannah—. Por eso quiero que nos ocupemos de todo esto, para que Josh y Blair no tengan que preocuparse por nada.

Griffin se quedó observándola:

—Eres una gran hermana.

—Solo quiero que todo salga bien —respondió Hannah. Que se preocupara tanto por su familia hablaba muy bien de ella, y era algo que teníamos en común. Para mi forma de ver las cosas, eso significaba mucho.

Durante los siguientes diez minutos, debatimos cómo repartirnos las tareas.

—Mil gracias a todos —dijo Hannah una vez que decidimos quién haría qué. Parecía mucho más relajada que cuando me la había encontrado esa mañana.

—La idea ha sido de Chase —comentó Finn. Por alguna razón, parecía estar disfrutando de la situación—. A él se le ocurrió meternos a todos en esto.

—Ahora que lo pienso, puede que lo haya hecho solo para escaquearse y no tener que trabajar demasiado —añadió Knox—. No me extrañaría eso de él.

Griffin carraspeó:

—Sí, Hannah, no te dejes engañar pensando que es un buen hombre.

—Qué va, ni se me había pasado por la cabeza —respondió Hannah, guiñándome un ojo. Ella y yo éramos los que menos tareas teníamos asignadas, pero lo habíamos planeado así porque también teníamos que atender nuestras funciones como padrino y dama de honor.

—Venga, manos a la obra —animó Duncan, señalando a Finn y a Knox. Mis hermanos se dispersaron rápidamente por la finca.

—Madre mía, qué calor hace —comentó Hannah—. Tendré que volver a ponerme crema solar.

—Necesitas un sombrero —recomendé.

—¿Así que solo finges hablar con un tono normal cuando estás delante de tus hermanos, y en cuanto nos quedamos solos, vuelves a ponerte en plan jefe conmigo para que haga lo que tú digas?

Lo que en realidad quería hacer era capturar su descarada boca y besarla hasta dejarla sin aliento. Pero ella no tenía por qué saberlo.

—Lo digo en serio, Hannah. Entra y busca un sombrero.

Me señaló:

—Iba a hacerlo de todos modos, ¿vale? No lo hago solo porque tú lo digas. ¿Les has dicho a tus hermanos que tengan cuidado con el sol?

Estaba a punto de responderle: "No, porque son adultos que saben cuidarse solitos", pero ella también lo era, y lo sabía.

—No.

—¿Y entonces a qué viene esto, Chase?

No supe qué responder:

—Hannah. —Medí mis palabras con cuidado—: Tenemos una tregua, ¿recuerdas?

Ella sonrió.

—Es cierto. Pero no estoy segura de que podamos cumplirla —respondió mientras volvía al hotel.

Y lo más probable era que Hannah tuviera razón.

CAPÍTULO CUATRO

HANNAH

ESTUVE CORRIENDO de aquí para allá todo el día. Me sentía como si estuviera en una carrera contrarreloj. Antes de poder arreglarme y ayudar a mi hermana con su vestido, mi última tarea consistía en colocar las etiquetas con los nombres de los invitados en las mesas. Para agilizar el proceso, Chase y yo trabajamos codo con codo. Curiosamente, acabé haciendo equipo con él muchas veces a lo largo del día. Por alguna razón, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me sentía atraída por Chase. Cada vez que percibía el aroma de su colonia, tenía que hacer un esfuerzo por centrarme, porque mis pensamientos se desviaban hacia terrenos poco apropiados.

Mientras supervisaba la lista de asistentes, le indicaba dónde poner las tarjetas. Al principio intenté hacerlo sola, pero trabajar juntos era mucho más eficiente. Cuando llegué a la mesa donde se sentaría él con sus hermanos, me di cuenta de que había un sitio libre.

—¿Alguien ha cancelado a última hora?

—Duncan pensaba venir con Jeremy, su hijo, pero al final decidió que no. Pensó que iba a ser mucha tela para él.

—Ah. ¿Entonces Duncan está casado?

—No, es padre soltero.

Me mordí el labio al notar que era un asunto delicado. No pretendía hurgar en su vida, solo buscaba mantener la conversación.

—¿Cuántos años tiene Jeremy?

—Diez años. Duncan cambió de opinión sobre traerlo en el último momento. Mi madre se quedará con él este fin de semana.

—¿Suele pasar mucho tiempo en casa de tus padres?

—Va de una casa a otra, aunque está más con ella que con mi padre —respondió, y al ver mi gesto de confusión, aclaró—: Se divorciaron hace mucho tiempo.

—Vaya, lo siento.

Se encogió de hombros:

—El matrimonio no es garantía de nada.

Empezaba a entender cada vez mejor por qué era tan escéptico con respecto al matrimonio.

Aún nos quedaban dos mesas. Mientras pasábamos a la siguiente, le dije:

—Pásame parte de tus etiquetas, así acabaremos antes.

Me acerqué a él y extendí la mano. Cuando me entregó una pila de etiquetas, nuestros dedos se rozaron. Me encantó sentir su piel contra la mía.

Me humedecí los labios y Chase exhaló con fuerza, rompiendo el contacto visual. ¿Acaso él también sentía esa tensión entre nosotros? ¿O me estaba montando una película yo sola? No podía creer que fuera tan susceptible a su presencia. ¿Qué narices me estaba pasando?

Con su estatura imponente, probablemente superando el metro ochenta, se inclinó ligeramente, quedando casi sobre mí.

—¡Hannah, por fin te encuentro! —exclamó Blair, acercándose a nosotros. Ella tampoco había parado en todo el día, a pesar de mis esfuerzos por quitarle todo el trabajo que pude de encima—. Venga, tenemos que ir a cambiarnos.

Miré la hora:

—Jolines, tienes razón. Solo nos falta una mesa por organizar. ¿Tú ya lo tienes todo listo?

Asintió:

—Sí, acabo de terminar el *collage* para Josh. Knox me comentó que hablaría con el DJ para que decida cuál es el mejor momento para mostrarlo.

—¿Qué *collage*? —preguntó Chase.

Blair se volvió hacia él:

—Es una sorpresa. Básicamente un *collage* de fotos en diapositivas sobre cómo nos conocimos y esas cosas; pero también me puse en contacto con algunos de sus amigos de la infancia y conseguí algunas fotos. Es lo menos que podía hacer, teniendo en cuenta que está haciendo realidad la boda de mis sueños.

Chase observó a mi hermana y luego sonrió. En ese mismo instante, me di cuenta de que estaba empezando a cogerle cariño.

—Es una idea genial —dijo Chase—. Josh siempre ha tenido ese lado nostálgico.

—Lo sé —respondió Blair—, y es una de las cosas que más me gustan de él. Es muy romántico.

Me lanzó un beso de despedida antes de añadir:

—Venga. Tengo que empezar a vestirme, y el fotógrafo te necesita allí para todo el proceso. Hablaré con los del *catering* sobre los platos principales mientras tú terminas aquí.

—Perfecto.

Cuando se fue, Chase y yo nos dirigimos a la última mesa.

—Tu hermana conoce muy bien a Josh.

Estaba tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo.

—Bueno, se van a casar, así que espero que sí —bromeé.

—Si tú supieras…

—¿A qué te refieres?

Una vez terminamos de colocar las últimas etiquetas, me sostuvo la mirada:

—Su ex lo usó para sacar tajada. Lo convenció para que le comprara un piso en Londres y luego lo dejó.

Me quedé con la boca abierta.

—Dios mío, eso es una locura.

—Más bien es una canallada. Y, por desgracia, así es como funciona el mundo. Pero tu hermana es diferente.

—Josh tiene suerte. Blair es increíble.

Chase clavó sus ojos en mí con intensidad. ¿Cómo era posible que no me hubiera fijado hasta ahora en lo carnosos que eran sus labios?

—Hannah, ¿estás lista? —preguntó Blair con impaciencia.

Chase se hizo a un lado y me llegó otra ráfaga de su colonia; era tan irresistible que parecía llevar algún tipo de feromona.

—¡Ya voy! —respondí en voz alta—. Nos vemos luego, Chase.

—Estoy deseándolo.

***

Suspiré. Mi hermana era, sin duda, la novia más guapa del mundo, y no lo decía porque fuera su hermana. Se la veía completamente feliz en la pista de baile con Josh.

En ese momento, mi madre se aproximó y me pasó el brazo por los hombros:

—Están guapísimos, ¿verdad?

—Totalmente —respondí, devolviéndole el medio abrazo con todas mis fuerzas.

—Lo que has hecho ha sido maravilloso. Y todo ha salido perfecto.

—Me han ayudado mucho —respondí. Incluso mi madre se encargó de muchas cosas.

—Hoy echo mucho de menos a tu padre… y a tu abuela —susurró.

—Yo también los echo de menos —admití.

Especialmente a mi abuela. Mi padre había fallecido hacía mucho tiempo, pero habíamos perdido a la abuela hacía apenas dos años. No podía creer lo mucho que cambió mi vida desde entonces. Había heredado el hostal de la abuela y dejé mi trabajo en finanzas para dedicarme a la gestión del negocio… y mi exmarido me dejó por eso.

Nunca te quiso, Hannah.

No quería amargarme el día pensando en él. Era la boda de mi hermana, y no iba a permitir que nada estropeara semejante momento.

—Ese tal Chase no puede quitarte los ojos de encima, ¿eh? —comentó mi madre.

Sentí un vuelco en el estómago al notar que, efectivamente, él me observaba fijamente desde el otro extremo de la pista.

—¿Qué? —respondí con un hilo de voz. —No, qué va. Solo estamos pendientes el uno del otro por si surge algún imprevisto en el que debamos colaborar.

Llevaba todo el día intentando convencerme de esa media verdad. No era exactamente una mentira, pero no explicaba el cosquilleo que sentía cuando él estaba cerca. Verlo tan atractivo en esmoquin *no* ayudaba en absoluto a calmar esa sensación. Nunca me hubiera imaginado, ni por asomo, que querría ayudar con los preparativos. Chase era, sin duda, una caja de sorpresas.

—Mmm… si tú lo dices —murmuró mi madre.

Una vez que terminó el primer baile, supe que ya podía relajarme. El resto de la noche transcurrió entre la pista de baile y todo tipo de juegos. Josh y Blair se habían propuesto que sus invitados disfrutaran al máximo. Finn y Knox eran los encargados de que todo marchara sobre ruedas.

Hice unas fotos de Josh y Blair. A pesar de que contaban con un fotógrafo oficial, quería tener unas cuantas fotos de ellos en mi móvil. Ambos desbordaban felicidad.

Al observarlos, sentí una pequeña punzada en el pecho. Deseaba tener algo así algún día, pero no estaba segura de si volvería a arriesgar mi corazón. Gary lo había pisoteado sin miramientos y aún no me había recuperado del todo. De hecho, dudaba mucho que fuera a ocurrir en un futuro cercano.

—Mamá, tengo que irme. Quiero ver cómo van Finn y Knox por si necesitan que les eche una mano con algo.

Me abrazó de nuevo y me dirigí al otro lado de la sala. Los dos hermanos estaban en la esquina de la zona de juegos. Me aproximé para ver qué hacían:

—Hola, chicos. ¿Puedo ayudaros en algo?

—No, gracias, estamos bien —respondió Knox, que estaba escribiendo en un trozo de papel.

—¿Para qué es eso?

—Son las tarjetas para el juego "Reto o Reto".

—¿Ah, sí? Creía que Josh y Blair ya se habían encargado de dejarlas listas —respondí. La idea era elegir un reto para cada invitado.

—Así es, pero se me ha ocurrido uno mucho más adecuado para Chase —dijo Knox, guiñándome un ojo.

Me reí.

—Vale.

—Pero ni una palabra, que sea una sorpresa.

—¿Se la vais a jugar? —pregunté.

Knox fingió indignación.

—¿Cómo puedes pensar eso de nosotros? Lo que pasa es que lo que escribieron Josh y Blair era muy *light*, y a mi hermano hay que darle un poco de guerra.

—Me caéis de maravilla —comenté, ansiosa por ver qué le tenían preparado a Chase.

—Se hace lo que se puede —respondió Finn.

Como Josh y Blair habían terminado su baile nupcial, la pista se llenó de invitados. Me encantaba bailar, pero las baladas que sonaban eran más para parejas y no quería parecer un bicho raro estando sola.

Después de tres canciones, el DJ interrumpió la música para anunciar el primer juego de la noche.

—Bueno, ahora vamos a animar un poco la noche. Ha llegado el momento del primer juego de la velada. Según tengo entendido, se llama "Reto o Reto".

Los invitados aplaudieron. Yo tampoco había oído hablar del juego antes, pero supuse que debía de ser similar a "Verdad o Reto", excepto que no había verdad. Quizás se trataba de elegir entre dos retos.

Resultó que estaba equivocaba. La mecánica consistía en dar la vuelta a la tarjeta con tu nombre para descubrir un reto obligatorio. Pero todos eran muy divertidos; como, por ejemplo, elegir los dulces favoritos de tu pareja de la mesa de postres.

Me pregunté si yo también tendría una tarjeta. No se lo había preguntado a Blair, pero de repente sentí que debía estar preparada.

Me levanté de la mesa despidiéndome con una sonrisa de mi madre, de una señora mayor y de las amigas de toda la vida de mi hermana con las que compartía mesa. Aunque la diferencia de edad entre Blair y yo no era mucha, no compartíamos el mismo círculo de amigos.

Me dirigí directamente a la mesa de los novios.

—¿Hermana? ¿Pasa algo? —me preguntó Blair.

—Oh, no, no. —Le eché un vistazo a sus pies. Se había quitado los zapatos.

Se rió:

—No me juzgues. Ya ni siquiera siento los dedos de los pies. Debería haber elegido unos tacones más bajos. No sé si mis pies volverán a caber en estos zapatos.

—Seguro que sí —afirmé—. Oye, ¿me has hecho una tarjeta?

Me dio un beso en la sien.

—No. Pensé que preferirías no participar en esto. Por cierto, eres mi heroína, lo sabes, ¿no?

Josh se giró hacia nosotros:

—Totalmente. Tenemos mucha suerte de tenerte. Chase y sus hermanos también estuvieron geniales. Por cierto, yo mismo escribí su tarjeta, le tengo preparada una sorpresa muy divertida.

Abrí la boca y volví a cerrarla. Le había prometido a Finn que no me iría de la lengua. Tenía muchas ganas de ver qué le tenía preparado a su hermano.

Volví a mi mesa, mirando al DJ mientras anunciaba al siguiente participante.

—La siguiente tarjeta es para… ¡Chase Sterling!

Chase estaba sentado en la mesa justo al lado de la mía. Se enderezó en la silla, frunció el ceño y miró a Josh, que le dedicó una enorme sonrisa.

—Vale, tu reto es "Sacar a bailar a la dama de honor con la música que nosotros elijamos".

Me quedé boquiabierta y miré inmediatamente a Finn, que se tapaba la boca con el puño, intentando ocultar la risa.

—No me lo puedo creer —murmuré.

Josh parecía perplejo. *Eso te pasa por aceptar guardar secretos para gente que no conoces, Hannah,* me regañé a mí misma.

Esperaba que Chase protestara o se negara rotundamente. Para mi sorpresa, se levantó y se acercó, tendiéndome la mano.

—¿Me concedes este baile?

Puse mi mano sobre la suya y apenas pude contener un grito cuando la electricidad del contacto me recorrió entera. El cosquilleo que había sentido antes cuando había estado cerca de mí no era nada comparado con esto. ¿Cómo narices iba a ser capaz de bailar con él?

Respiré hondo y me levanté de la silla.

—Claro —respondí—. Esto no me lo esperaba.

Me puso la otra mano en la parte baja de la espalda. Esa vez, no conseguí recomponerme. Se me revolvió el estómago y exhalé con fuerza.

—Josh me las va a pagar —amenazó Chase.

—No fue Josh quien escribió el reto. Bueno, al principio sí. Pero luego Finn y Knox metieron mano.

—No tienen remedio —comentó con un gruñido. La manera en que lo dijo me resultó seductora.

—Oye, me lo voy a tomar como algo personal —bromeé—. Tampoco es que bailar conmigo sea un castigo.

—En cuanto oigas la canción que han elegido, cambiarás de opinión.

—¿Cómo sabes lo que han elegido?

—Conozco a mis hermanos.

Entonces empezó a sonar a todo volumen *"Earned It"* de The Weeknd por el sistema de sonido y entendí lo que quería decir. La canción era extremadamente sensual.

—Los voy a matar —dijo.

—Te ayudaré encantada —respondí, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas.

—Por cierto, esta canción aparece en muchas listas de las diez mejores canciones para un *striptease*, pero con bailar basta, no hace falta que os quitéis la ropa de verdad —resonó la voz de Knox por el micrófono—. A menos que la dama de honor lo pida, por supuesto.

Los invitados se rieron de nuevo.

—N-No —tartamudeé antes de darme cuenta de que no lo decía en serio.

Dios mío. Estaba empezando a sudar.

Chase se rió.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —murmuré.

—Tu reacción. Parecía que te lo estabas planteando.

—Para nada —respondí con demasiada rapidez—. Es que todo esto me ha pillado por sorpresa.

Chase me miró fijamente. De cerca, su mirada era más intensa.

—Vamos a darles una lección, Hannah.

Espera un momento. ¿Sabe divertirse? Hasta ahora me había parecido poco menos que imposible.

Chase empezó a mover el cuerpo y me quedé alucinada otra vez. ¡Vaya ritmo tenía! El mundo a nuestro alrededor parecía desvanecerse. No oía los suspiros ni las risitas; solo tenía ojos para él. Mi cuerpo se movía por su cuenta, pero eso no era nada que me preocupara. Bailar era lo mío y no necesitaba concentrarme para hacerlo bien.

La música era fácil de bailar y, aunque los movimientos de Chase no eran sugerentes, no podía dejar de imaginarlo quitándose la ropa. Estaba increíblemente sexy con su esmoquin, pero seguro que desnudo era aún más irresistible.

Me cogió de la mano y me hizo girar. Casi pierdo el equilibrio porque no me lo esperaba.

—¿Quieres que dejemos a todo el mundo boquiabierto? —preguntó Chase.

—¡Venga! Espero que estén mirando.

—Lo están —aseguró.

Cuando volvimos a estar cara a cara, me abrazó con fuerza y nuestros cuerpos empezaron a moverse al unísono. Era una escena tan sensual que me daba vergüenza mirarlo, así que fijé la mirada en su hombro.

—Bailas de maravilla… —susurró en mi oído, con una voz ronca y grave, y tuve la impresión de que su frase quedó incompleta. *¿Qué más quería decir?*

Subió la mano por mi espalda, hasta llegar a mi nuca. Por un instante, estuve segura de que iba a besarme.

No te imagines cosas, Hannah. Solo es un baile.

Entonces, ¿por qué tenía el pulso a mil y la boca seca?

Casi sin darme cuenta, la canción empezó a apagarse. Me quedé con unas ganas tremendas de seguir así, unidos. Sus abdominales se marcaban contra mi estómago a cada paso, en una cercanía tan íntima que me permitía respirar su aroma, dudando si era el rastro de su colonia o simplemente el olor de su gel de ducha.

Cuando terminó la canción, nos detuvimos y miramos a Finn, que parecía atónito. Knox estaba aplaudiendo y, por el rabillo del ojo, le eché un vistazo a Chase. Tenía una sonrisa de lo *más* presumida.

Mmm, me encanta…

—Señoras y señores, os presento al padrino y a la dama de honor —anunció Finn—. Tengo que admitir que, cuando elegí la canción para mi hermano, mi intención era gastarle una broma. Por si alguien se lo pregunta, estos dos no se conocían hasta ayer, pero viendo la química que hay entre ellos, nadie lo pensaría. Ya veremos si acaban honrando la antigua tradición de que el padrino y la dama de honor se hagan "amigos". —El énfasis de Finn, con las comillas en el aire, casi hizo que me atragantara.

—Joder. ¿Este no tiene botón de apagado? —comentó Chase, dándose cuenta claramente de mi vergüenza.

Finn le devolvió el micrófono al DJ y el calor regresó a mis mejillas con más fuerza que antes; incluso más que cuando estábamos en la pista de baile.

—¿Qué le has hecho para que te gaste una broma así? —le pregunté.

Chase se volvió hacia mí en cuanto salimos de la pista:

—¿Por qué asumes que le he hecho algo?

—Porque tenía toda la pinta de ser una venganza.

—Eso es porque no conoces a mis hermanos. Nos las pasamos chinchando.

Me abaniqué con la mano:

—Necesito un poco de aire fresco. Aquí el ambiente está muy cargado.

Aunque el cenador no estaba cerrado ni tenía ventanas, todo el calor quedaba retenido bajo el techo.

—¿Quieres dar un paseo por la playa? —preguntó.

Se me aceleró el corazón. En el fondo, me preguntaba si eso era algo bueno o no.

—Claro, déjame coger el móvil. Quiero volver a revisar la lista, por si se me olvida algo.

—Lo estás haciendo muy bien, Hannah. —Chase esperó junto al borde del cenador mientras yo me dirigía a la mesa.

—Muy bien hecho, guapa —me dijo la mujer sentada a mi lado mientras sacaba el móvil del bolso.

No conseguía ubicarla en absoluto, y mi madre no estaba en la mesa para preguntarle. Era mayor, posiblemente de unos setenta años. ¿De qué conocía a mi hermana?

—Gracias.

—Menudos pasos. ¿Cuánto tiempo os llevó aprenderlos?

—No los habíamos ensayado. Simplemente nos los inventamos sobre la marcha.

Su cara expresaba duda:

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Su hermano le ha gastado una broma.

—Mmm… pues entonces, asegúrate de que no se te escape. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro cómplice—. Por cómo se mueve en la pista, apuesto a que es bueno en la cama.

Se me salieron los ojos de las órbitas.

—Yo no… nosotros… quiero decir…

Joder, ¿por qué no puedo hablar con coherencia?

Me guiñó un ojo:

—Sea lo que tengas que decir, ese hombre parecía querer hacer mucho más que bailar contigo. Si fuera unos cuarenta años más joven, sin duda probaría suerte.

Sonreí con cortesía antes de irme. Chase me estaba esperando con dos copas de champán en la mano.

—Déjame comprobar la lista primero —murmuré, echando un vistazo a mi móvil mientras caminábamos lentamente hacia el agua —. Todo parece ir bien.

Entonces, por pura costumbre, revisé mi correo. Me detuve en seco y respiré hondo. *Maldita sea*. Tenía más cancelaciones en el hostal.

—¿Todo bien? —preguntó.

Bajé el móvil.

—La verdad es que no. Tengo un problema, pero contártelo no servirá de nada.

—¿Qué pasa? —preguntó con preocupación. Me gustó que se interesara en el asunto, pero no había nada que pudiera hacer.

Negué con la cabeza:

—De verdad que no quiero hablar de ello. Me encargaré de resolverlo cuando vuelva. Las cosas *tienen* que mejorar. Sea como sea, quiero disfrutar de estos días aquí.

—¿Cuándo te vas? —preguntó.

—Mañana por la tarde. ¿Y tú?

—En el primer vuelo de la mañana.

—Vaya. Debe ser muy temprano, ¿no? ¿Vas a volver a San Diego? ¿Es el de las ocho?

—Sale a las seis —me corrigió.

Hice una mueca de desagrado.

—¿Y te has metido en ese madrugón por voluntad propia?

—Tengo una reunión nada más llegar.

—Pero si es domingo.

—Lo sé. La concerté antes de que fijaran la fecha de la boda y no quería cancelarla en el último momento. Ya sabes cómo es el mundo de las finanzas…

—Sí, yo también trabajé unos años en ese sector.

—¿Ya no? —preguntó mientras salíamos. Acepté la copa de champán que me ofreció y le di un sorbo—. Tenía entendido que os habíais conocido en una conferencia de finanzas, de acuerdo a lo que me contó Josh.

—Así fue —asentí—, pero para entonces ya había dejado el sector.

Omití el detalle de que mi viaje se debía al pánico de tener que buscar un empleo a jornada completa y a mi necesidad de hacer

contactos. En lugar de eso, al llegar el verano, decidí apostarlo todo por el hostal.

—¿Y eso?

—Heredé el hostal de mi difunta abuela en Point Loma[1] y quería intentar por todos los medios que funcionara.

—Eso dice mucho de ti.

Me costaba saber si sus palabras eran sinceras. Gary se había empeñado tanto en repetir que aquello era un error, que su falta de apoyo terminó siendo la estocada final para nuestro matrimonio.

—Mira, creo que hay un camino de madera en la playa —comenté.

Él asintió y luego preguntó:

—Entonces, ¿tus problemas de esta noche tienen que ver con el hostal?

Resoplé:

—No hablemos de eso, ¿vale?

—Claro. Como quieras.

Caminaba bastante cerca de mí; podía sentir el calor de su cuerpo envolviéndome como una manta. Di un sorbo y luego otro, y mi cuerpo se relajó. Caminamos cerca del agua, pero sin salirnos de la pasarela de madera, así que no tuvimos que quitarnos los zapatos.

Di unos sorbos más de champán y, de repente, vi que la copa estaba vacía.

—¡Vaya, ya me lo he bebido todo! —exclamé. Chase se rió—. Creo que ya noto cómo las burbujas me suben a la cabeza.

—¿Quieres sentarte? —preguntó, señalando un banco.

—Sí, sentémonos —respondí—. Solo unos minutos.

Me puso una mano en la parte baja de la espalda y me guió hasta el banco. Aquel contacto hizo que se me pusiera la piel de gallina al instante. Estaba muy sensible desde nuestro baile, y el champán no ayudaba. En cuanto nos sentamos, retiró la mano y nos quedamos mirando las olas.

—¿Sabes qué sería perfecto ahora? —pregunté.

—¿Qué?

—Una fogata y unos *s'mores*[2] —respondí mientras lo miraba disimuladamente. Estábamos medio a oscuras ya que había una distancia considerable hasta el hotel.

—Nunca aprendí a hacer *s'mores* —admitió Chase.

—No te creo. Todo el mundo sabe hacerlos. Es uno de los mayores placeres de la vida. Y saber darle el punto perfecto al dulce es una habilidad valiosísima. Me encantan los *s'mores*. Todo ese chocolate derretido, la nube y las galletas Graham… —murmuré con un deje de satisfacción—. Bueno, creo que deberíamos volver. Necesito un poco de agua, me empieza a dar vueltas la cabeza.

Chase se rio mientras se terminaba el champán.

—¿No has comido?

—La verdad es que estaba un poco nerviosa, así que apenas he probado nada.

—Entonces volvamos —sentenció.

Extendió la mano para ayudarme, pero me incorporé demasiado rápido, el tacón se me encajó entre dos tablas de madera y perdí el equilibrio. Antes de que pudiera caer, el fuerte brazo de Chase me rodeó la espalda, levantándome en vilo para sostenerme contra su cuerpo.

Apreté los ojos con fuerza y, cuando los abrí, me di cuenta de lo cerca que estaba. Sus labios estaban prácticamente en mi mejilla y me dieron ganas de besarlo allí mismo.

—Maldita sea, ¿por qué no puedo dejar de pensar en cómo te movías en la pista? —solté en voz alta. Y lo peor era que no podía dejar de pensar en lo bien que se sentía su cuerpo contra el mío, sobre todo ahora que me estaba sujetando contra él.

Se rió.

—¿Qué?

—Es que estabas tan sexy, y parecía que ni te costaba esfuerzo… —resoplé, dándome cuenta un segundo tarde de que había vuelto a pensar en voz alta.

Al instante siguiente, la boca de Chase se posó sobre la mía. Me besó de una manera profunda y salvaje, todo mi cuerpo vibraba. No me cansaba de sentir sus labios contra los míos, mientras su mano

presionaba mi espalda. Entonces gemí, rodeándole el cuello con los brazos y atrayéndolo aún más hacia mí. Pasé los dedos por su pelo. Su aroma era adictivo; tenía que averiguar qué perfume era.

Con un gemido, me aparté, y el mundo a nuestro alrededor recuperó la nitidez, haciéndome caer en la cuenta de a quién estaba besando. Era Chase Sterling: el mejor amigo de Josh, el padrino de la boda y un escéptico declarado del matrimonio.

—Hannah… —susurró, pasándose una mano por el pelo.

Di un paso atrás.

—¡Chase! —Aunque estábamos en plena penumbra, podía sentir su mirada clavada en mí—. No era mi intención… No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. —Su voz era grave, ronca, y tan jodidamente seductora que me estaba nublando el juicio.

Justo en ese momento, oímos a alguien llamarme. Parecía ser la voz de Josh.

—Mierda, creo que nos necesitan —señalé—. Espero que no haya pasado nada malo.

—Después de ti. —Señaló hacia delante y caminé a paso rápido, con cuidado de no volver a engancharme el tacón.

—Ah, ahí estáis —dijo Josh cuando llegamos de vuelta al cenador —. ¿Dónde estabais?

—Necesitábamos tomar un poco de aire —explicó Chase.

—Os necesitamos para las fotos.

—¡Claro! —respondí, dirigiéndome rápidamente hacia el fotógrafo… y sintiendo que Chase observaba cada uno de mis pasos.

---

1 Nota del traductor: **Point Loma** es una encantadora y residencial comunidad costera de San Diego conocida por sus impresionantes vistas al océano, su historia y sus legendarios faros.

2 Nota del traductor: Un ***s'more*** es un postre tradicional de campamento en Estados Unidos y Canadá. Consiste en un sándwich dulce formado por una nube asada y una porción de chocolate derretido, todo ello prensado entre dos galletas crujientes.

CAPÍTULO CINCO

CHASE

EL LUNES por la mañana fui a nuestra sede central. *Sterling Investments* estaba ubicada en un rascacielos del centro de San Diego; un edificio de veinte plantas de las cuales nosotros ocupábamos las dos últimas.

Fui el primero de los hermanos en llegar. Aunque mi despacho estaba en la última planta, me detuve un momento en el piso inferior para echar un vistazo a la zona diáfana donde trabajaban los brókers y analistas.

Cada semana, mis hermanos y yo nos reuníamos en junta. Aunque todos gestionábamos otros negocios al margen de *Sterling Investments*, nos gustaba estar al corriente de todo lo que ocurría en nuestra empresa. Como siempre, mi asistenta había dejado la carpeta con el informe sobre mi mesa. Esta vez venía cargada: cuarenta páginas. Lo habitual eran entre siete y diez, pero con lo volátil que había estado el mercado bursátil la semana anterior, aquello era de esperar.

Nuestros brókers preparaban esos informes todos los viernes por la tarde, después del cierre de la bolsa, así que la información estaba al día. A decir verdad, lo repasé más rápido de lo normal porque tenía la cabeza en otro sitio. Para ser exactos, en Hannah.

No había conseguido quedarme a solas con ella durante el resto de la boda, pero bien pensado, tal vez fuera lo mejor.

No podía olvidar lo que me había dicho el sábado anterior, que las cosas tenían que mejorar. ¿Por qué no iban bien ahora? Necesitaba saber qué estaba pasando con el hostal.

Joder, si alguien me hubiera dicho el viernes que acabaría besando a la desquiciada del aeropuerto y luego obsesionándome con ella, le habría dicho que estaba loco.

Cuando dieron las diez, fui a la sala de reuniones. Duncan, Griffin, Wyatt, Finn y Knox estaban en sus asientos habituales. Me senté al lado de Duncan y les lancé una mirada fulminante a Finn y Knox. Finn hizo un gesto de reverencia ante mí y Knox imitó mis pasos de baile.

—Dejadlo ya —dijo Griffin—. Que estamos en la oficina, hombre.

—¿En serio? No nos habíamos dado cuenta —replicó Finn, pero se quedó completamente callado cuando el resto del equipo fue entrando.

Wyatt nos miró con las cejas levantadas. Nadie lo había puesto al corriente de lo que había pasado el fin de semana.

Duncan carraspeó una vez que todo el equipo estuvo dentro de la sala:

—Muy bien, señores. Hablemos de la catástrofe de la semana pasada.

Puse los ojos en blanco. A Duncan le gustaba dramatizar. Ya le había dicho mil veces que tenía que cambiar esa actitud. Era importante que transmitiéramos un tono más seguro, ya que, al fin y al cabo, se trataba de las inversiones de nuestros clientes. A menos que estuviéramos hablando de la crisis del año dos mil ocho, nada, en mi opinión, merecía ser descrito como una *catástrofe*.

—Tú siempre tan optimista, eh —comentó Knox con tono sarcástico.

Nadie más del equipo dijo nada. Estaban hechos a nuestras pullas entre hermanos, pero jamás se habrían atrevido a usar ese tono con nosotros. Por nuestra parte, Duncan nunca diría algo así delante de gente ajena al equipo y Griffin y Wyatt solían tener un

buen filtro sin importar quién estuviera delante; sin embargo, no se podía decir lo mismo de mis hermanos pequeños.

Tras repasar los puntos altos y bajos de la semana, Duncan nos pidió que aportáramos ideas estratégicas.

—Deberíamos esperar a que pase esta semana —dije sin dudar —. Ya vi este patrón hace dos años. El nivel de volatilidad era casi idéntico. Se estabilizará en una semana.

—Menos mal que tienes memoria fotográfica —comentó Wyatt.

—No estoy de acuerdo con Chase —repuso Cyrus.

Cyrus Smith fue uno de los primeros empleados de *Sterling Investments*. Antes había dirigido su propia empresa, pero era un dinosaurio. No había sido capaz de adaptarse a los nuevos tiempos, así que muchos de sus clientes se pasaron a nosotros. Al final acabamos comprando su compañía —nos interesaba sobre todo su cartera de clientes—, pero también lo incorporamos al equipo directivo.

Normalmente le gustaba llevarme la contraria, pero yo lo disfrutaba.

Duncan negó con la cabeza. No le gustaba el carácter beligerante de Cyrus.

—¿Qué argumentos tienes en contra? —le pregunté.

Empezó a enumerarlos, pero el equipo los fue desmontando uno por uno.

Al final, todos estuvieron de acuerdo en que no debíamos hacer cambios precipitados. En la universidad, mis profesores solían decir que tenía un sexto sentido para el mercado de valores. Era cierto, pero también era verdad que leía los periódicos de forma casi obsesiva. Siempre estaba al tanto de las noticias, no solo en Estados Unidos, sino en todas las regiones donde teníamos inversiones. Correlacionaba los acontecimientos mundiales con el mercado de valores incluso antes de que el propio mercado los reflejara. Siempre iba un paso por delante, y mis clientes me lo agradecían. Además, eso nos había llenado los bolsillos generosamente a lo largo de los años.

La reunión concluyó poco después, pero cuando el resto del equipo se marchó, mis hermanos y yo nos quedamos en la sala. Tras

la reunión general, siempre debatíamos sobre otras oportunidades de inversión que podríamos aprovechar como grupo y como familia. Todos teníamos participaciones en los negocios de los demás.

—¿Sabéis qué? La semana pasada eché un vistazo a algunas bodegas —dijo Griffin—. Nunca hemos explorado ese sector, pero es interesante. Puedo preparar un informe al respecto si os interesa a todos.

—Suena bien —dije.

Todos aportaron alguna que otra idea y luego me miraron fijamente.

—Ahora te toca a ti —me animó Knox.

—Esta semana no se me ocurre nada —respondí.

—¿Cómo es posible? Siempre tienes muchísimas ideas —intervino Finn.

Me encogí de hombros:

—Pues esta mañana no.

Finn se rió:

—Míralo, sigue enfadado porque su mejor amigo se ha casado. Me sorprende que no lo hayas convencido para que se echara atrás.

Me senté más erguido en la silla:

—¿Por qué todo el mundo se empeña en pensar que soy un imbécil?

Knox frunció el ceño:

—¿A quiénes te refieres con "todo el mundo"? Te estamos vacilando, tío.

—Bueno, Hannah no fue muy… —La frase se me quedó a medias en cuanto vi las sonrisas burlonas de Finn y Knox, y cómo Duncan le lanzaba una mirada de complicidad a Griffin.

Wyatt miró a todo el grupo:

—Me parece que me estoy perdiendo algo. ¿A qué vienen esas caras que os estáis poniendo?

—Bueno, resulta que nuestro hermano aquí presente tuvo un pequeño encontronazo con la hermana de la novia —explicó Knox.

—Se encontraron en el aeropuerto y empezaron con mal pie. Luego bailaron —añadió Finn—. Fue idea mía y la verdad es que salió incluso mejor de lo que esperaba.

—Tal cual, y luego se besaron, ¿no? —repuso Griffin.

Se hizo el silencio en la habitación. Mis hermanos estaban en *shock*. Yo también. No tenía ni idea de que lo sabía.

—¿Nos viste? —pregunté, porque era la única conclusión lógica a la que podía llegar.

—Sí, pero no te preocupes, solo os vi un momento.

Duncan ladeó la cabeza hacia mí y dijo:

—¿De qué vas, tío?

—¿Qué quieres que te diga? Pasó y punto. ¿Por qué estamos hablando de esto en nuestra reunión?

—No tenías nada más que aportar, así que este tema vale tanto como cualquier otro. Quizás deberíamos dedicar una ronda al cotilleo los lunes por la mañana. Sería una buena manera de empezar la semana —respondió Finn.

—Algo te tiene preocupado… —comentó Duncan, ignorando a Finn.

Asentí, sin querer compartir realmente la situación personal de Hannah, pero pensando también que mis hermanos podrían ayudarme.

—Creo que está en apuros con su negocio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Griffin rápidamente, ya sin bromear.

—No lo sé. Estaba pensando cómo averiguarlo. Quizás contrate a un investigador privado o algo así.

Finn y Knox se echaron a reír.

—Chicos, no está bromeando —afirmó Wyatt.

Esta vez fue Griffin quien puso cara de desconcierto.

Duncan se acercó un poco.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —sugirió.

Lo miré fijamente:

—¿No crees que ya lo he intentado, genio?

—¿Por qué no se lo preguntas a Josh? —replicó Griffin.

—Por fin, alguien con una buena idea —admití.

Knox dio una palmada:

—¿Quién dijo que no podemos ser productivos después de un fin de semana en el que apenas hemos dormido?

Duncan se rió:

—Creo que este es un día que todos recordaremos. En lugar de presentar ideas de millones de dólares, nuestro hermano nos ha pedido consejo sobre la chica que le gusta.

—No he pedido consejo —aclaré justo antes de salir a zancadas de la sala de reuniones.

—¡Pero no has negado que te guste! —señaló Griffin en voz alta, haciéndome reír.

No lo negaba porque era verdad, pero a mi hermano se le había ocurrido una buena idea. Contratar a un investigador era una tontería. Josh sabría lo que estaba pasando. Al fin y al cabo, era su cuñada.

Cerré la puerta de mi despacho antes de hacer la llamada. Lo último que quería era que el equipo me oyera. No quería airear mi vida privada delante de todo el mundo.

Sonó varias veces antes de que Josh contestara.

—Buenos días, Chase. ¿Qué tal? —preguntó.

—Hola, tío. ¿Cómo estás?

—Mimando a mi mujer.

¡Joder! Se me había olvidado que estaba de luna de miel. Se habían ido a las Bahamas el día anterior.

—Lo siento. Gracias por contestar —dije con sinceridad.

—¿Pasa algo?

—Oye, ¿tienes unos minutos para hablar? Quería preguntarte algo.

—Claro —respondió.

—Sin que te escuche tu mujer.

—Mmm, no me gusta por dónde va esto —respondió con tono cortante.

Titubeé por un momento:

—Es sobre Hannah.

Soltó un gruñido evasivo y luego oí un ruido, como unos pasos de fondo.

—Vale, ya estamos solos. Por favor, dime que no te acostaste con ella.

—No lo he hecho.

—Uf, menos mal.

—Escucha, me dio la impresión de que las cosas no van bien con su hostal. ¿Qué pasa?

—¿Y por qué te importa tanto eso?

—Solo dímelo.

—Sé que estás acostumbrado a estar rodeado de gente que solo se limita a cumplir tus órdenes, pero yo soy Josh, ¿te acuerdas? Así no funcionan las cosas.

Cerré los ojos un momento antes de volver a abrirlos y respirar hondo:

—Tal vez pueda ayudarla.

—Ya. ¿Qué está pasando? ¿A qué se debe ese repentino interés en ayudarla?

—Es la dama de honor y la hermana de tu mujer —dije, dándome cuenta de la estupidez que acababa de decir.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Te acostaste con ella?

—No, sabes que no miento. Pero *pasó* algo. Nos besamos.

—Déjala en paz.

—¡Vete a la mierda! ¿Por qué intentas que pase de ella?

—Porque te conozco, Chase. No eres de los que tienen relaciones serias, y no quiero que te líes con mi cuñada. ¿Sabes lo horrible que sería eso? ¿Que mi mejor amigo le hiciera daño?

—No lo había pensado de ese modo —admití—. Pero no pretendo hacerle daño —dije con sinceridad—. Solo tengo curiosidad por saber qué es lo que le pasa.

Josh gruñó:

—No vas a dejar el tema, ¿verdad?

Ya podía oler la victoria.

—No.

—Sabes que lleva ese pequeño hostal en Point Loma.

—Lo mencionó, pero no conozco los detalles.

—Pues es un desastre financiero.

—¿Y por qué no lo vende? —Mi mente empresarial se activó al instante—. Point Loma es un lugar popular, la ubicación le resultaría atractiva a cualquier potencial comprador. Sacaría un buen dinero por ella.

—*Loma House* tiene un valor sentimental para ella —señaló Josh —. Pertenecía a su abuela. De hecho, podría acabar siendo una mina de oro, pero necesita una reforma integral. Me ofrecí a invertir, pero Blair, Hannah y su madre me rechazaron al instante, diciendo que no quieren aceptar dinero de la familia. Son muy orgullosas, al menos eso es lo que dice Blair. A mí me parecen simplemente cabezotas. Pero tal vez con el tiempo acabe convenciéndolas.

—Entiendo —dije.

—Ahora, volviendo a ti y a Hannah.

—No pasa nada entre nosotros —aseguré.

—¿Me prometes que seguirá siendo así?

Dudé. Rara vez daba mi palabra porque nunca la rompía.

—Sí —respondí finalmente.

—Perfecto, gracias. Lo último que necesita Hannah es liarse con alguien que no quiere nada serio.

—Ya. Saluda a tu mujer de mi parte.

—Por cierto, le caes bien.

—¿A quién? ¿A Hannah?

—¡Joder, Chase!

—Entonces, asumo que no a Hannah —concluí.

—No. Me refería a Blair. Aunque si le digo que te gusta su hermana, puede que cambie de opinión. Así que hazme un favor y mantente alejado de Hannah.

—Ya te he dado mi palabra de que no pasará nada. Bueno, voy a empezar mi jornada de trabajo. Disfruta de tu luna de miel.

—Eso haré.

Me senté en mi escritorio, pero en lugar de abrir mi bandeja de entrada, busqué *Loma House*. Revisé la web e incluso le eché un vistazo en Google Maps. Era una casa enorme de estilo victoriano.

Pude comprender por qué a Hannah le costaba tanto mantenerlo a flote. Había una diferencia entre lo encantador y lo destartalado, y la propiedad se inclinaba hacia lo segundo.

No podía desconectar mi mente empresarial. De inmediato se me ocurrieron tres soluciones a corto plazo que podrían ayudar a Hannah.

Tenía que averiguar su número de teléfono. No podía preguntarle a Josh o se me echaría encima, pero estaba lo suficientemente seguro de que conseguiría su número antes de que acabara el día.

Le has dado tu palabra a tu mejor amigo. No seas imbécil.

Le había prometido a Josh que no pasaría nada… no que no volvería a verla.

CAPÍTULO SEIS

HANNAH

NO HAY *furia comparable a la de la dueña de un hostal que se encuentra una habitación hecha un asco.*

Todo era un desastre.

Lo más rápido que pude, eché un vistazo a los muebles y al suelo para ver si había algún daño permanente o si simplemente estaba todo cubierto de suciedad. Había botellas vacías por todas partes, vasos de plástico tirados en el suelo, huellas de botas en las toallas y quién sabía qué más.

Me encantaba el hostal, pero días como aquel no eran nada fáciles. Sin embargo, no servía de nada quejarse, así que suspiré profundamente, me arremangué y empecé a limpiar.

Me alegré de que no hubiera daños graves. Podía tolerar la suciedad, pero si tuviera que reemplazar algo, era probable que sufriera un colapso nervioso. Apenas podía permitirme pagar el Impuesto sobre Bienes Inmuebles, como para andar reponiendo muebles rotos.

Yo misma había hecho el *check-in* de la pareja, pero como no estaba en el hostal cuando se marcharon a la hora de comer aquel día, simplemente les pedí que dejaran la llave en el buzón que había fuera del edificio. *Me pasa por confiada.*

Me encantaba el hostal. Era una mansión victoriana de estilo Reina Ana. Tenía diez habitaciones, y todas eran casi idénticas, desde las cortinas blancas hasta los cabeceros rojos. La fachada era amarilla y naranja, y el tejado gris.

Y el jardín me gustaba incluso más que el hostal en sí. Era mucho más grande que los de otras casas de la zona, y el límite de la propiedad estaba bordeado de inmensos árboles centenarios.

En la planta baja solo había un salón, un aseo y el pequeño cuarto que usaba cada vez que dormía allí. Las habitaciones de invitados y los baños se encontraban todos en las dos plantas superiores.

Me puse a limpiar las ventanas, que eran la única parte de la habitación que no estaba cubierta de suciedad, pero como estaba limpiando a fondo cada centímetro, decidí darles el mismo repaso. Eran las nociones básicas de limpieza que aprendí de mi madre. Justo entonces recibí un mensaje suyo:

Mamá: ¿Llegaste bien a casa? Yo todavía estoy cansadísima. Por cierto, el fotógrafo me ha enviado unas fotos de ti y Chase bailando. Están chulísimas.

Me envió dos fotos. Tenía razón. El fotógrafo había capturado a Chase en todo su esplendor.

Cerré los ojos y al instante me transporté de vuelta a la pista de baile. De inmediato, empecé a sentir mariposas en el estómago y mi pulso se aceleró. Pero estaba decidida a no pensar en él ni en ese beso increíble que me había dejado en una nube.

Recibí otro mensaje:

Mamá: ¿Todo bien?

Hannah: Sí. Es que tengo que limpiar a fondo una habitación, la han dejado hecha un desastre.

Mamá: ¿Cuántas reservas tienes para hoy?

Hannah: Ninguna.

Mamá: :-(

Eso resumía más o menos lo que pasaba por mi mente en ese momento. Durante el fin de semana, había pensado mucho en el hostal mientras exploraba el hotel.

Mientras cogía la fregona, los productos de limpieza y bajaba las escaleras, me resultó imposible ignorar los ruidos que hacía la escalera o las grietas de las paredes. Después de pasar el fin de semana rodeada de lujos, todos los defectos del hostal se hacían aún más evidentes.

El lugar necesitaba una reforma integral. Intenté convencerme de que, si le dedicaba suficiente cuidado y cariño, podría mantenerlo a flote un poco más.

Pero no pude.

Después de guardar los productos de limpieza, me senté en el porche con una taza de café. Me preocupaba que la tormenta que habíamos tenido el viernes en el aeropuerto hubiera causado daños, pero mi vecina, la señora Adams, me aseguró que había llovido muy poco allí.

Aquel día me había mimado preparándome una tarta de manzana. La quería muchísimo. Había sido la mejor amiga de mi abuela y la echaba de menos tanto como yo.

Mi abuela había fallecido dos años atrás y yo heredé el hostal. Mi madre y mi hermana heredaron el resto de sus cosas, pero *Loma House* solo me pertenecía a mí. Me hice cargo de aquel lugar con mucha ilusión. Mi exmarido, Gary, pensaba que estaba cometiendo un gran error, pero no entendía lo mucho que significaba el hostal para mí. De niña había pasado muchos veranos allí, echando una mano. Era mi último vínculo con la abuela.

Tenía un plan muy claro. Como bróker, ganaba bien y me había hecho un buen colchón de ahorros. De acuerdo a mis cálculos, ese dinero habría sido suficiente para restaurar el lugar, así que, hacía aproximadamente un año había presentado mi renuncia al trabajo para poder dedicarme cien por cien al hostal.

Dos semanas después, mientras un equipo de especialistas estaba inspeccionando el tejado, parte de la estructura se derrumbó.

Fue entonces cuando descubrí que la abuela se había retrasado en el pago de algunas facturas, entre ellas la del seguro.

Por suerte, ninguno de los trabajadores resultó herido de gravedad, pero sus facturas médicas acabaron con mis ahorros.

Gary me dejó al día siguiente. Nuestro matrimonio había empezado a desmoronarse mucho antes de que la abuela falleciera, pero yo estaba desbordada con mi trabajo y tratando de cuidar de ella.

Durante un tiempo estuve en estado de *shock*. A veces todavía me costaba procesar todo lo ocurrido. Pero sentada ahí, cubierta de suciedad y polvo, sentí que era hora de *actuar*.

Mientras tomaba un sorbo de café, eché un vistazo a las ofertas de trabajo. Había llegado el momento de volver a deslomarme en un trabajo a jornada completa. El verano era la temporada de más movimiento, y estaba llegando a su fin. Ahorraría todo lo posible y empezaría las reformas el año siguiente. Tendría que cerrar un tiempo, porque en ese momento los ingresos de los clientes no bastaban para cubrir el gasto de la luz, y mucho menos el resto de facturas.

Sin duda podía parecer que estaba tirando la toalla, pero en el fondo sabía que no era así. Esto solo era un bache en el camino. Volvería a levantar cabeza.

Te prometo que no me voy a dar por vencida con Loma House, abu.

Debería poder encontrar trabajo rápidamente; estaba cualificada y tenía mucha experiencia. Aunque también tenía un hueco de un año en mi currículum, pero bueno, tal vez eso demostrara a los empleadores que tenía valor y pensamiento lateral.

Guardé tres ofertas que parecían prometedoras, todas ellas en menos de una hora de buscar en los anuncios de empleo. Sin embargo, tenía que pulir mi currículum antes de enviarlo. Las ofertas no mencionaban el sueldo, pero tenía el presentimiento de que, al final, todo saldría bien.

Me puse en pie y roté los hombros para destensarlos. Tenía que poner una lavadora más, pero no me quejaba; me gustaba aquel trabajo.

Cuando renuncié para llevar el hostal, varios de mis amigos se quedaron consternados: "¿Prefieres hacer tareas domésticas en lugar de ir a una oficina?".

Sí. Me reconfortaba. Quizás porque, de pequeña, algunos de mis recuerdos más felices eran de cuando ayudaba a la abuela allí. Ella siempre parecía tan contenta, como si aquello fuera lo único que hubiera querido hacer en la vida. Claro que, por aquel entonces, el hostal estaba lleno de clientes. Pero yo iba a encarrilar las cosas de nuevo. Estaba decidida.

Mientras me dirigía a la lavandería, recibí otro mensaje en mi móvil. Esperaba que fuera Blair. No podía estar más feliz por cómo había salido todo; ella llevaba soñando con la boda perfecta desde que era niña y había tenido exactamente el día que tanto había deseado.

En su lugar, me encontré con un mensaje de un número desconocido.

Desconocido: Hola, soy Chase. En un intento por estrenarme con las nubes, he venido a Target. ¿Debo comprar alguna marca en concreto?

Volví a leer el mensaje varias veces. No me lo podía creer. Cuando estaba a punto de responder, mi pantalla se iluminó con una llamada del mismo número.

Sonreí mientras contestaba:

—Hola. ¿Eres Chase?

—Depende. ¿Le has soltado el rollo de las nubes a alguien más últimamente?

Me reí:

—No.

Estuve a punto de decir: "Tampoco he besado a nadie más últimamente".

¿Por qué mi cerebro intentaba meterme en líos?

Me puse de puntillas y luego volví a apoyar los talones.

—¿De verdad me llamas por las nubes? —pregunté.

—No, pero entre nosotros, fue una buena manera de romper el hielo.

—No sé ni qué decir.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Hannah?

No, has sido tú.

—Bueno, ¿a qué viene la llamada? —pregunté.

—¿Estás en el hostal?

—Sí.

—¿Te importa si me paso por allí? Podría llevar las nubes y todo lo necesario para preparar *s'mores*, y tú podrías enseñarme el arte de, ¿cómo dijiste?, "darle el punto perfecto al dulce".

—¿Te acuerdas de que dije eso?

—Sí, me dejaste impresionado.

Dudé por un momento. *Bah, ¿qué demonios?* Era el mejor amigo de Josh, que se acababa de casar con mi hermana. Prácticamente éramos familia. No pasaría nada por llevarme bien con Chase.

¿En serio, Hannah? ¿Esa es tu excusa? Hace menos de cuarenta y ocho horas lo besaste pensando que probablemente no lo volverías a ver.

Me aclaré la garganta:

—Claro, ¿por qué no? Tengo un par de cosas pendientes, pero después podemos preparar los *s'mores*.

—Genial, estaré allí en media hora más o menos.

—No te he dado la dirección.

—La he sacado de la página web.

—Espera un momento —dije, con el estómago rugiendo de repente—. ¿Quién te ha dado mi número? ¿Josh?

—No —respondió con un tono un poco brusco—. Tenía el número de tu madre. Estaba en la lista de contactos de emergencia que nos dio la organizadora de bodas el sábado. He hablado con ella y me dio tu número.

—¿Así sin más?

—Resulta que le caigo bien.

—No me imagino por qué —bromeé.

—Nos vemos en un rato, Hannah.

—Nos vemos.

Se me aceleró el corazón. Estaba hecha un desastre. Al olerme las axilas, me di cuenta de lo mal que olía. Me había puesto desodorante dos veces, pero había sudado mucho mientras limpiaba.

Lo más rápido que pude, pasé las sábanas y las toallas de la lavadora a la secadora y subí a darme una ducha rápida. Usé mi gel

de ducha con aroma a lavanda. Después de asearme, me puse también una crema corporal.

Vale, ya está. Me sentía fresca y… bueno, no podía decir exactamente que estuviera lista, porque definitivamente no lo estaba. Entonces caí en la cuenta de que aún no sabía a ciencia cierta por qué Chase iba a visitarme en el hostal. Sabía que las nubes eran solo una excusa, pero ¿qué más daba? Había tenido un día duro, así que, si aquel chico tan guapo quería pasarse con nubes y hacer *s'mores*, no le iba a mirar el diente al caballo regalado.

Últimamente, estaba empezando a aprender que era mejor dejar que las cosas fluyeran. La mayoría de mis planes no salían bien de todos modos…

Al oír que llamaban a la puerta, me di cuenta de que había llegado antes de lo esperado. No me había maquillado, pero no importaba. Aquello no era una cita. Aunque, ahora que lo pensaba, no tenía ni idea de qué era en realidad.

Bajé corriendo las escaleras y abrí la puerta principal. Chase entreabrió los labios, exhalando bruscamente, y de repente me sentí cohibida. Bajé la mirada hacia mi cuerpo y… *¡mierda!* Llevaba un sujetador deportivo debajo de la ropa y se me marcaban los pezones. Me acomodé rápidamente el pelo mojado para que me cubriera el pecho por completo.

—Has traído nubes —dije con voz nerviosa, a pesar de la obviedad. Su traje era diferente al que llevaba el viernes y le quedaba aún mejor. Era de un azul marino más oscuro y se ceñía a su cuerpo; le quedaba de escándalo.

Levantó una bolsa.

—Y chocolate y galletas *Graham*.

—¡Justo lo que necesitaba hoy! —Aparté la mirada mientras le hacía un gesto para que entrara.

Lo guié por el estrecho pasillo, pasando por la escalera que llevaba a las plantas superiores. Las tablas del suelo crujían a cada paso. De camino a la puerta trasera, pasamos por el pequeño dormitorio y la lavandería. Sentí su presencia con intensidad mientras caminaba detrás de mí. Estaba tan cerca que podía oír cada respiración y oler ese mismo aroma de la boda.

—¿Tienes algún huésped esta noche?

—No. —Bajé los hombros. Recordar que el hostal no tenía reservas era deprimente—. Había una pareja, pero se marcharon hoy.

—¿Estaban aquí sin supervisión? —Su voz sonó cortante.

—Sí, y tienes todo el derecho a regañarme. Fue un error.

—¿Qué pasó?

Detecté un tono protector en su voz que me pilló completamente por sorpresa.

—Dejaron la habitación hecha un desastre. Dentro de lo malo, debería alegrarme de que no hayan causado ningún daño irreparable.

—Aun así, puedes hacer que paguen por ello.

—No rompieron nada. Solo he tenido que darle un buen repaso a fondo a todo el lugar.

—Hannah…

—No, no hablemos de eso —dije mientras salíamos al jardín trasero—. Has venido aquí con la excusa de querer hacer *s'mores*, así que vamos a ello. —Señalé el lugar donde solíamos hacer las hogueras, a unos seis metros del hostal. El suelo estaba chamuscado y había varios troncos donde la gente podía sentarse.

—A ver si puedo encender el fuego —murmuré en cuanto llegamos a los troncos.

—Yo me encargo —afirmó él.

Le sonreí:

—Vale, pues vamos a ver cómo te marcas el tanto de macho.

De macho sexy, dijo una voz en mi cabeza.

Y vaya si era sexy…

Empezó remangándose la camisa. Tenía unos brazos impresionantes y, aunque ya me había fijado en sus bíceps en la boda, aquí, con el sol cayendo y a solas por fin, todo tenía un matiz distinto, mucho más íntimo.

¿A qué ha venido?

CAPÍTULO SIETE

HANNAH

CINCO MINUTOS DESPUÉS, el fuego ya crepitaba. Puse nubes en dos pinchos de metal y le tendí uno. Las yemas de nuestros dedos entraron en contacto durante un segundo e, inesperadamente, una oleada de calor recorrió todo mi cuerpo. Aparté la mirada y me volví hacia el fuego, metiendo las nubes directamente en la llama.

El atardecer era mi momento favorito del día. En ese momento, el cielo era una mezcla de azul, naranja y destellos de rosa. Los pájaros cantaban alegremente y, si me concentraba, podía oír las olas del mar, aunque estuviéramos bastante lejos de la costa.

—Ya está —dije unos segundos después—. Fíjate en cómo lo hago para que no te quemes. —Con todo el cuidado del mundo, puse la nube entre dos galletas *Graham* con una barra de chocolate y luego le di un bocado—. Mmm, están buenísimos. Te toca. —Le señalé su pincho y él lo metió en el fuego, pero sin quitarme los ojos de encima. Crucé las piernas, inquieta sobre el tronco—. Se te está derritiendo —señalé. No había sacado el pincho del fuego. Dos nubes se habían derretido por completo, pero aún se podía salvar una.

Preparó el *s'more* igual tal como le indiqué, soplándolo antes de comérselo.

—¿Y? ¿Qué te parece? —pregunté.

Me miró:

—Pues… esperaba algo más.

Me quedé boquiabierta.

—¿No te gustan?

—Sí, pero no me matan.

Entrecerré los ojos:

—Acabas de perder todos los puntos que habías ganado en la boda. Todos.

Movió las cejas con picardía

—¿Cómo puedo recuperarlos? ¿Con otro baile? ¿O con otro beso?

La expectación se disparó a través de mis venas. Era emocionante. Pero sentía que me estaba perdiendo parte de la historia y que jugaba en desventaja.

—Chase, ¿por qué estás aquí?

Bajó el pincho y lo clavó en la tierra. Yo hice lo mismo con el mío.

—Hoy he hablado con Josh.

—¡Dios mío! ¿Están bien?

—Sí, sí. Va todo bien.

—Ah, vale. —Me sentí muy confundida.

—Le he preguntado qué dificultades estás teniendo con el hostal.

Eché la cabeza hacia atrás:

—¿Por qué?

—Porque lo mencionaste un par de veces y no podía quitármelo de la cabeza. Es evidente que el asunto te angustia. —Me clavó la mirada—. Josh me dijo que el hostal tiene problemas económicos.

No dije nada. *¿A dónde quiere llegar con esto?*

—He pensado en cómo ayudarte —continuó—. Se me ocurrió que podríamos hablar de ello mientras comemos *s'mores*.

—Chase —murmuré—, no sé muy bien qué decir. —Por alguna razón, no me sentía nada avergonzada por mis problemas. Eché un vistazo hacia el hostal—. ¿Has venido aquí para darme consejos? ¿Por qué?

—Porque me caes bien, Hannah, y no me gusta la idea de que puedas perder el hostal.

Me conmovió. No esperaba que aquel hombre gruñón que al principio me había parecido un capullo fuera tan considerado.

—Además, no puedo desconectar mi cerebro empresarial —continuó—. Pero primero, ¿puedes contarme cómo están las cosas y cuáles son tus planes?

Asentí:

—Lo positivo es que no hay deudas, está todo pagado. Iba a invertir mis ahorros en reformas, pero entonces, mientras unos trabajadores inspeccionaban el tejado, se produjo un derrumbe. Sus gastos médicos acabaron con todos mis ahorros.

Chase frunció el ceño:

—Pero el seguro debería cubrir ese tipo de accidentes.

—Lo sé. Pero el caso es que mi abuela llevaba un tiempo sin pagar el seguro. En los últimos meses de su vida, se confundía con muchas cosas, pero por mucho que lo intentara, no me dejaba ayudarla. Debería haberlo comprobado todo al detalle después de que falleciera, pero en ese momento no era capaz de concentrarme.

—Hannah, es más que comprensible.

Me encogí de hombros:

—Y tampoco ayudó que a mi exmarido no le gustara el hostal. Pensaba que simplemente debía venderlo. Estaba tan desbordada justo después de que ella muriera que no daba abasto con el trabajo y el hostal. Hace un año, dejé mi trabajo, decidida a darlo todo por este lugar. Entonces, el desastre del seguro se comió mis ahorros y Gary y yo acabamos separándonos.

Oí a Chase rechinar los dientes. Literalmente lo *oí*.

—¿Qué?

—Sí. Me dijo algo así como que no paraba de tomar malas decisiones y que no quería que lo arrastrara a él también. Tres semanas después me entregó los papeles del divorcio. Creo que ya tenía pensado hacerlo de todos modos. Llevábamos dos años casados.

Solo recordar esa pelea me ponía los pelos de punta y me rompía el corazón otra vez.

—A ver si lo entiendo. ¿Estabas de luto por tu abuela y ese capullo te echó la culpa de tus malas decisiones? ¿Qué tal si en lugar de eso te hubiera ayudado?

Hice un gesto restándole importancia, encogiéndome de hombros:

—No hablemos más de él. Solo lo mencioné porque… sinceramente, ni siquiera sé por qué. En fin, basta de charla. En pocas palabras, no tengo dinero para las reformas. Averigüé para pedir un préstamo al banco, pero el interés es tan alto que prefiero ahorrar durante un año antes de empezar las obras.

Él asintió.

—Lo del préstamo era una de las soluciones en las que había pensado. ¿Te plantearías buscar un inversor?

—No lo descartaría, pero no es fácil. El mercado de inversores interesados en pequeños hostales es… minúsculo. Además, me gusta llevar las riendas del negocio.

—No me sorprende. Pero un socio silencioso resolvería tu problema.

Me reí:

—Sí, claro. ¿Un socio silencioso interesado en un pequeño hostal? Siento que el abanico de opciones se reduce a cada segundo.

Sacó el móvil y me enseñó la pantalla. Para mi asombro, había hecho una lista con posibles soluciones.

Le había dado muchas vueltas al asunto. Estaba segura de que tenía un millón de cosas más que hacer que preocuparse por el hostal.

Me acerqué a él de manera inconsciente y entonces percibí el aroma de su colonia. Todo mi cuerpo reaccionó ante su cercanía. Al instante recordé lo que había sentido al tener sus labios sobre los míos. Me crucé de brazos para evitar que un estremecimiento me delatara.

—El último punto trata de unas subvenciones que concede el ayuntamiento —dijo.

—¿Me puedes enviar el enlace por correo electrónico? —pregunté. Ya había analizado esa opción y el hostal no cumplía los

requisitos, pero no perdía nada por volver a comprobarlo.

—Claro.

Me distancié un poco de él porque, de verdad, podría emborracharme solo con su olor. El fuego crepitaba delante nuestro. De alguna manera, allí me parecía aún más sexy que en la boda.

—Aunque sí que tengo un plan —dije de golpe—. Hoy he estado buscando trabajo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiero cerrar el hostal por un tiempo. Solo tendré que pagar el IBI y el seguro. Ahorraré todo lo que pueda y calculo que, en un año más o menos, podré empezar con las reformas.

—Josh me dijo que este lugar significa mucho para ti.

—Muchísimo. Estar aquí me hace sentir más cerca de mi abuela. Sé que suena tonto —dije con rapidez porque él se había quedado completamente en silencio, probablemente pensando que estaba loca.

—No, para nada. Es solo que nunca había oído a nadie hablar con tanta pasión.

No te acerques más a él, Hannah. Volverás a perder la cabeza, ¿y quién sabe lo que puede pasar? Un beso fue suficiente. Es el mejor amigo de Josh y no le interesan las relaciones serias. No es para ti.

—¿Qué tipo de trabajos estás buscando? —preguntó.

—De bróker, por supuesto. No llevo tanto tiempo fuera del sector, y se me daba muy bien. Además, me gusta.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste?

—Porque me encanta el hostal. Me gustan las finanzas, pero siento que no es lo que estoy destinada a hacer, ¿entiendes?

Entonces, la sonrisa que me dedicó fue *enorme*. Le iluminó la cara por completo.

Consiguió moderarla lo suficiente como para hablar.

—Qué curioso, resulta que soy dueño de una de las mayores sociedades de valores del país. Vaya coincidencia, ¿no?

Mi corazón se aceleró:

—Es verdad, ni siquiera lo había pensado.

—Suerte que me he pasado por aquí a comer *s'mores*, entonces.

—¿Suerte por qué?

—A ver, Hannah, siempre estamos buscando brókers con talento.

Levanté una ceja:

—¿Cómo sabes que tengo talento?

—Una de las primeras cosas que Josh me contó sobre ti fue lo mucho que le impresionaste en aquel congreso de finanzas donde os conocisteis.

Allí había hecho unos cuantos contactos. También podría preguntarles a ellos si tenían algún puesto. Hacía unos cuatro meses, empecé a dudar de que el hostal fuera a salir adelante rápidamente, por eso fui a la conferencia.

—Y te vi en acción este fin de semana. Eres minuciosa, decidida y sabes trabajar bajo presión. Eso es una ventaja en cualquier trabajo.

Dios mío. Quizás esto sea realmente una señal de que las cosas van a cambiar. Hoy mismo estaba pensando en volver al mundo de las finanzas, y ahora Chase me está ofreciendo un trabajo.

—Chase… No quiero que me ofrezcas un trabajo por lástima.

—No estoy haciendo eso. Si te hace sentir mejor, simplemente enviaré tu currículum al Departamento de Recursos Humanos. Te harán pasar por todas las pruebas y exámenes que usamos para todos los brókers.

Eché los hombros hacia atrás:

—Sí, eso me haría sentir mucho mejor. Se me dan genial esas pruebas.

—No me cabe ninguna duda. —Atenuó su sonrisa, pero seguía presente. Le sentaba de maravilla. Entonces, volvió a mirarme a la boca y humedecí mis labios, pero me eché aún más hacia atrás en el tronco.

—Chase —dije de manera pausada.

—¿Sí?

—Si tu empresa acaba contratándome, tenemos que empezar de cero.

Por fin levantó la mirada y me miró a los ojos:

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes… a lo que pasó en la boda.

Se inclinó hacia delante, pero no me atreví a alejarme aún más.

—Para que lo sepas, Josh prácticamente me amenazó hoy para exigirme que me mantuviera alejado de ti.

—¡¿Qué?! —exclamé—. ¿Le has dicho que nos besamos?

—Le prometí que me comportaría.

Eso no respondía a mi pregunta, pero tenía cosas más importantes en las que centrarme.

—Vale. ¿Entonces tenemos un trato?

Sus ojos brillaron:

—¿Por qué no te presentas primero y luego ya vemos qué pasa?

—No. Así no funcionan las cosas.

De alguna manera, habíamos terminado aún más cerca el uno del otro. Me había vuelto a perder en su aroma.

—Necesito que me des tu palabra, Chase —insistí.

—Te lo prometo —afirmó.

El brillo en sus ojos me hizo desconfiar, pero había conseguido que me lo prometiera y, como siempre decía: "a caballo regalado no se le mira el diente". No lograba entender cómo podía atraerme tanto, sobre todo sabiendo tan poco de él. Solo que era un gran bailarín, que besaba de maravilla y que había ayudado a sacar adelante la boda de mi hermana.

Y había venido al hostal esa noche…

—Ahora, centrémonos en las nubes —dije, haciéndolo reír—. Sería una pena que se echaran a perder.

Se pasó una mano por el pelo y automáticamente ese gesto me transportó de vuelta a la playa. Había hecho el mismo movimiento aquel día, después de que le tirara del pelo durante nuestro beso. Incluso recordé cómo lo sentí entre mis dedos.

Estupendo. Le pido empezar de cero y ahora me pongo a fantasear con nuestro beso.

Bien hecho, Hannah.

CAPÍTULO OCHO

HANNAH

DOS DÍAS DESPUÉS, recibí un correo de Magda, la jefa de Recursos Humanos de *Sterling Investments*. Lo abrí con los dedos temblorosos y lo leí rápidamente. Hacía tiempo que no veía una propuesta de entrevista, pero parecía la típica plantilla estándar.

Me llevé una mano al pecho, inspirando y espirando. Estaba acurrucada en el sofá de mi pequeño apartamento en San Diego y el sol me daba justo en los pies descalzos, calentándome. Durante los últimos tres días, me había estado dando vueltas a la cabeza si aquello era una buena decisión o no.

Quería empezar en un trabajo lo antes posible, pero aún me sentía culpable por prácticamente haber aceptado la oferta de Chase en cuanto me la hizo. Debería haberlo consultado con mi hermana, incluso con Josh, pero cuando se le ocurrió la idea me pareció una señal del destino.

Había decidido que solo llamaría a mi hermana cuando tuviese una respuesta de Recursos Humanos. Al fin y al cabo, estaba de luna de miel y no quería molestarlos, pero ya no podía posponerlo más.

Me levanté del sofá y me preparé un café. Mi apartamento era un estudio y solo tenía una habitación, pero se encontraba en el barrio

de Gaslamp[1], justo en el centro de la ciudad. Había pillado ese piso después de la ruptura pensando que pasaría la mayor parte del tiempo en el hostal, por lo que no necesitaría más espacio.

Di dos sorbos antes de marcar el número de mi hermana. Contestó enseguida.

—¡Hola! ¿Es muy temprano en San Diego, no? —preguntó.

—Sí. Oye, ¿tienes un momento? Siento molestarte en tu luna de miel pero quiero hablar contigo.

—¡Tú nunca me molestas! Espera, ¿es un cotilleo o es algo serio? No puedo descifrarlo por tu voz. Es demasiado temprano todavía.

—No es ningún cotilleo —respondí, a menos, por supuesto, que incluyera el beso entre Chase y yo, y no lo iba a hacer.

—Vale, suéltalo.

—Bueno, ¿te acuerdas de que os dije a ti y a mamá que estaba barajando la idea de volver a trabajar para ahorrar para las reformas?

—Sí, y nos parece una idea genial.

—Pues resulta que Chase me ha ofrecido un trabajo. Dice que en su empresa siempre están buscando incorporar nuevos talentos, y ya estoy en contacto con la responsable de Recursos Humanos. Pero quería consultarlo contigo y con Josh antes de aceptar una entrevista.

Mi hermana se quedó en silencio unos segundos y luego dijo:

—¿Y cuándo lo habéis hablado con Chase? ¿Antes o después del beso?

Casi me trago la lengua y por poco se me cae el café al suelo.

—¿Sabes lo del beso?

—Sí. Chase se lo contó a Josh, y Josh me lo cuenta todo. ¿Cómo es que *tú* no me lo dijiste?

—Iba a hacerlo, tarde o temprano.

—¿Ah, sí?

—Bueno, la verdad es que, cuanto más tiempo pasaba…

—Josh también me ha dicho que le ha parado los pies a Chase con respecto a ti.

—¿Qué? —Se me sonrojaron las mejillas. Chase había dicho algo por el estilo, pero no me había dado cuenta de que literalmente le había parado los pies.

—Hermanita de mi vida, yo tengo que hacer lo mismo.

Me aclaré la garganta.

—Esto es solo por una oferta de trabajo.

—¿En serio? Oye, Josh, ¿te acuerdas que le advertiste a Chase que se mantuviera alejado de mi hermana? —le preguntó a su marido al otro lado del teléfono.

—Sí —oí que respondía.

—Pues resulta que ahora le ha ofrecido un trabajo.

—¡Será cabrón! —exclamó Josh.

Esto es un desastre.

—Blair —la regañé—, por favor, no eches más leña al fuego. Mira, nos besamos en la boda, pero fue cosa de una noche. —Fue un beso increíble, pero eso mi hermana no tenía por qué saberlo—. Acordamos que tendremos una relación estrictamente profesional si acabo trabajando para él. Que igual ni siquiera paso la entrevista, ¿sabes?

—Las dos sabemos que ese trabajo ya es tuyo, se te dan muy bien las entrevistas. A ver, por supuesto que puedes hacer lo que te dé la gana. Eres una mujer adulta, ¿vale? Y *Sterling Investments* es una de las mejores empresas en las que podrías trabajar. Además, le daría un peso tremendo a tu currículum.

—Yo también lo creo —repuse, contenta de que entendiera mi punto de vista. Di otro sorbo de café—. Venga, pues voy a contestar al correo de Recursos Humanos ahora mismo.

—A por todas, Hannah. Voy a tranquilizar a Josh que está que trina.

Me sentí llena de energía después de colgar. Iba a conseguirlo.

Acto seguido, me senté y respondí al correo de Magda. La entrevista era al día siguiente, así que no tenía mucho tiempo para prepararme, pero el trabajo empezaría el primer día del mes siguiente, en diez días. Eso significaba que tendría mi primer sueldo en el banco antes de lo que pensaba.

En cuanto envié el correo, caí en la cuenta de que tenía que darle las gracias a Chase. Si bien esperaba conseguir el trabajo por mis propios méritos, la oportunidad había surgido gracias a él. Cogí el móvil y le envié un mensaje rápidamente, antes de perder el valor.

Hannah: Hola, Chase, Magda acaba de enviarme un correo. Muchísimas gracias por enviarle mis datos de contacto y hacer esto por mí.

Chase: Un placer.

No podía creer que ya me hubiera contestado. Estaba eufórica.

¿Qué narices te pasa? Tranquilízate, chica.

Chase: **He revisado tu currículum. Es impresionante. Serás un gran activo para la empresa.**

Chase: Estoy deseando verte.

Se me revolvió el estómago.

Hannah: ¿Vas a estar en la entrevista?

Chase: **No, no me encargo de las contrataciones.**

Menos mal, porque no estaba segura de poder concentrarme si sabía que él andaba cerca.

Chase: **Pero me pasaré para desearte buena suerte.**

Hannah: Quizás sea mejor que no lo hagas. Podría levantar sospechas.

Chase: Solo pasaría para desearte suerte, no para besarte.

Y en ese preciso instante me quedé sin neuronas para concentrarme.

Hannah: Chase, ¿recuerdas tu promesa?

Chase: Por supuesto. No iba a romperla, pero es interesante ver por dónde te va la mente.

Sonreí, decidida a picarlo un poco.

Hannah: Se dice por ahí que no se te da bien cumplir tus promesas. Acabo de hablar con mi hermana y con Josh.

En lugar de responder, me llamó. Me relamí los labios y contuve la respiración mientras pulsaba el botón verde y me llevaba el móvil a la oreja.

—Da igual lo que haya dicho Josh, no le creas —dijo en cuanto contesté.

—¿En serio? ¿Tu mejor amigo miente?

—No, pero no siempre habla bien de mí.

—Ah, claro, ¿y tú no te mereces todas esas críticas?

—¿Qué ha dicho? Tengo que hablar con Josh. Es mi mejor amigo, no puede seguir hablando mal de mí.

—En realidad no ha hablado mal de ti —aclaré—. Da la sensación de que se preocupa por mí, y eso me parece un detalle bonito. Ningún chico había hecho nunca algo así por mí. Básicamente se ha limitado a recalcar que tú no eres de tener relaciones serias.

Se aclaró la garganta:

—No se equivoca.

—¿Por qué estás tan en contra de las relaciones serias? —pregunté con auténtica curiosidad.

—No es que esté en contra, simplemente siento que no van conmigo. Siempre ha sido así. En parte se debía al momento en el que me pillaba, pero tampoco puedo escudarme en eso. Sé cómo sacar tiempo para las cosas que me importan y el matrimonio nunca me pareció una meta a alcanzar, sobre todo después de que mis padres se divorciaran.

Supuse que eso le dejó secuelas.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Sí. De maravilla. De hecho, les tengo preparada una sorpresa.

—¡Ah! ¿Y qué es? —pregunté—. Bueno, si no te importa que te lo pregunte. —La verdad era que no tenía por qué contarme nada.

—Con el divorcio, tuvieron que vender la tienda que tanto les costó montar, y ahora tengo la oportunidad de volver a comprarla.

—¡Vaya, qué bonito! —exclamé—. Lo digo en serio. —Era un detallazo de su parte, me pareció entrañable. En cierto modo, se parecía a lo mío con el hostal.

—Eso es algo que tenemos en común —dijo—. Las raíces son importantes para los dos.

—Claro que son importantes. —Me alegró saber que él sentía lo mismo.

—Apuesto a que tenemos mucho más en común de lo que pensamos.

Mmm, su tono había cambiado ligeramente. Había un *deje* de flirteo.

—Coincido. Los dos bailamos de maravilla, me has sorprendido por completo. Nunca pensé que un gruñón pudiera…

—¿Un qué?

Me reí ante su respuesta.

—Bueno, lo parecías cuando te conocí. Sigo pensando que es la descripción que mejor te define. Pero vaya movimientos, ¿eh? Nunca me he podido resistir a un buen bailarín.

—¿Sales a bailar a menudo? —Su voz volvió a cambiar. Tenía un matiz que no pude identificar.

—A veces —respondí.

—¿Sola? —preguntó casi con un gruñido.

—Me parece que nos hemos desviado del tema. Estábamos hablando de mi entrevista. No quiero ser maleducada, pero de verdad creo que la gente podría empezar a hablar si te ven saludándome o que me conoces de antes.

—Tienes razón. Te *prometo* que no apareceré antes de tu entrevista.

—Gracias.

—Así que te deseo toda la suerte del mundo de antemano.

—Muchas gracias —respondí—. Y que pases una buena tarde.

—Igualmente.

Esperaba sentirme aliviada porque hubiera aceptado no presentarse en la entrevista. En cambio, me invadió una sensación de desilusión.

---

1 Nota del traductor: El ***Gaslamp Quarter*** es el corazón histórico y centro de entretenimiento de San Diego, California, EEUU. El barrio abarca dieciséis manzanas repletas de arquitectura victoriana que hoy albergan más de cien restaurantes, *boutiques*, bares y teatros. Es famoso por su animada vida nocturna y sus características farolas de gas.

CAPÍTULO NUEVE

HANNAH

EL JUEVES LLEGUÉ a *Sterling Investments* a las ocho en punto de la mañana. Mi primera entrevista empezaba a las ocho y cuarto, y quería tener tiempo suficiente para registrarme. Tenía tres rondas de entrevistas, además de una prueba práctica con un caso de estudio.

Años atrás, *Sterling Investments* estaba en mi lista de empresas a las que enviar mi currículum, pero acabé haciendo las prácticas en una de sus competidoras y terminé quedándome allí.

El área de recepción era bastante sencilla. Una recepcionista muy amable me dio una tarjeta de visitante y me indicó qué ascensor debía usar y en qué planta tenía que bajarme.

Estaba empezando a ponerme nerviosa y a tener hambre. Como aún me quedaba un poco de tiempo, saqué una pequeña magdalena de arándanos de mi bolso. Había comprado dos de camino a las oficinas de la empresa, junto con un café, pero solo me comí una, con la intención de dejarme la segunda para justo antes de la entrevista, más que nada para el subidón de azúcar que necesitaría. Un dulce siempre me venía bien para animarme, y quería que vieran mi mejor versión.

Subí al ascensor con otras personas vestidas de traje, y una de ellas me miró de reojo. Me pregunté si me había visto prácticamente

devorar mi magdalena. Sonreí tímidamente, usando el espejo del ascensor para limpiarme la boca de posibles migas, y luego me limpié las manos con un desinfectante que llevaba en el bolso. La mujer que me había estado observando se bajó en la misma planta que yo. Entonces miró mi tarjeta de identificación. Mi nombre estaba escrito con un rotulador negro debajo de la palabra "Visitante".

—Hannah, hoy tienes una entrevista conmigo.

Tragué saliva con dificultad*. Bueno, me lo tengo merecido. ¿Por qué demonios me traje la magdalena y no me la comí en la calle como cualquier persona normal?*

—Encantada de conocerte. Todavía nos quedan unos minutos hasta que empecemos la entrevista, pero ¿por qué no pasamos a mi despacho? Por cierto, me llamo Magda —continuó.

—Encantada de conocerte —respondí.

Pasamos junto a filas y filas de escritorios. Sabía, sin que nadie me lo dijera, que eran brókers porque reconocí la disposición de los escritorios y los monitores. Al otro lado de la sala estaban los analistas.

El despacho de Magda era grande. No tenía ventana que diera al exterior, pero sí una enorme pared de cristal que dominaba el espacio diáfano donde trabajaban los analistas y los brókers.

—Bueno, he revisado tu currículum. Es impresionante. Entre tú y yo, nos gusta fichar a empleados de la competencia, pues ya nos demuestra que son capaces.

Sonreí, empezando a sentirme un poco más a gusto.

—Fue una gran experiencia trabajar en *Dingle Finance*. Aprendí mucho.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? Tienes un paréntesis de un año en tu currículum.

Vaya, su comentario fue como un cubo de agua helada. En ese año especifiqué "propietaria de negocio y gerente de hostal", pero entendía por qué ella lo veía como un paréntesis, ya que había estado fuera del sector.

—Heredé el pequeño hostal de mi abuela, y estaba decidida a sacarlo adelante. Sin embargo, hemos tenido algunos contratiempos

por el camino, y creo que al final, lo mío, es el mundo financiero y de las inversiones.

—Muy bien, ¿entonces no piensas volver a marcharte dentro de unos años? Es importante que lo sepamos, porque nos gusta invertir en nuestros empleados.

No iba a mentir.

—Mira, Magda, seré sincera. No puedo prever lo que pasará en el futuro, pero soy una bróker muy, muy buena, y siempre estoy decidida a dar lo mejor de mí en mi trabajo. Ten por seguro que, si me das alguna oportunidad, la aprovecharé al máximo y demostraré mi valía.

—Me gusta tu energía, Hannah. Me alegro de que Chase me pasara tu currículum.

Examiné su expresión. Era perfectamente educada y neutral. Quizás era algo que Chase hacía a menudo y no era un favor especial como yo pensaba.

—Bueno, por mi parte eso es todo —concluyó.

—¡Ah! —solté.

Ella se rió.

—No te relajes demasiado. Lo difícil aún está por venir. Tienes cuatro entrevistas seguidas.

—Vale, tenía entendido que eran tres, pero no hay problema —sonreí.

—La alta dirección se ha reservado una entrevista, siempre y cuando te vaya bien en la prueba. No te diré con quién será. No quiero estropearte la sorpresa.

Joder. ¿Tendré una entrevista con Chase después de todo? ¿Y cuál sería el problema? Tendría que impresionarlo a él también. Pero solo de pensar en verlo, se me aceleró el corazón. Ay, Dios, ¿cómo iba a estar en el mismo edificio que él si reaccionaba así ante la simple idea de cruzármelo?

Las entrevistas tuvieron lugar en la sala contigua a la oficina de Magda. Me gustó mucho más, ya que tenía una ventana que daba directamente al exterior. En su oficina me sentía como dentro de un acuario.

Las dos primeras entrevistas pasaron volando. Eran cosas fáciles que cualquier bróker que se preciara debería saber. Después de terminarlas, me dejaron sola en la sala con un portátil y un caso práctico. Tenía las palmas sudorosas y me sentía un poco mareada. Debería haber desayunado de manera más consistente aquella mañana, pero estaba demasiado nerviosa y el subidón de azúcar ya había pasado hacía rato. Después me recompensaría con una buena comida saludable.

No perdí de vista el cronómetro mientras tecleaba sin parar. La prueba era fácil, la mayoría eran ecuaciones y conocimientos del mercado. Al pulsar "Finalizar" cuando quedaban dos minutos, me quedé muy satisfecha con mi desempeño.

Me preguntaba con quién sería mi última entrevista. Me levanté del escritorio y di una vuelta por la sala para estirar las piernas. Cuando miré el móvil, tenía un mensaje de mi hermana.

Blair: Buena suerte. Sé que lo vas a petar.

Sonreí de oreja a oreja y le respondí rápidamente.

Hannah: Ya casi he terminado, pero de momento todo va bien.

Me serví un poco de café del termo que me habían dejado en una mesita auxiliar. Estaba templado, pero buenísimo.

Entonces, oí risas al final del pasillo y me puse muy erguida. *¿Es Chase?* No, él no se reía así.

Se abrió la puerta y entraron Knox y Finn. Knox sonreía y Finn negó con la cabeza, sonriendo.

—¡Hola! —saludé, intentando ocultar mi decepción.

Por el amor de Dios, ¿por qué tendría que estar decepcionada?

"¿Porque en realidad querías ver a Chase?", me susurró una vocecita en mi interior. Hice todo lo posible por ignorarla.

—Hola Hannah, me alegro de verte de nuevo —dijo Knox.

—¿Voy a tener una entrevista con vosotros? —pregunté.

Finn cerró la puerta:

—¿Entrevista? ¿Eso es lo que te han dicho? Nada de eso. Solo queríamos ponernos al día.

—Sí, más que nada, averiguar cómo ha pasado esto —añadió Knox.

Fruncí el ceño:

—¿A qué te refieres?

—La última vez que Chase habló de ti, estaba pensando en contratar a un investigador para averiguar en qué clase de líos andabas metida.

Se me salieron los ojos de las órbitas.

—¡Knox! —lo reprendió Finn—. Creo que eso te lo tendrías que haber callado, tío.

Knox hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Si se queda en la empresa el tiempo suficiente, verá lo exagerado que es Chase. Solo la estoy previniendo.

Me reí, mirando a los dos. No tenía ni idea de qué decir; mi mente se había quedado bloqueada en un detalle.

—¿Quería contratar a un detective?

Knox se apoyó contra la puerta.

—Estaba inusualmente obsesionado, así que nosotros, muy amables, le sugerimos que lo más fácil era preguntárselo a Josh.

—Y eso fue lo que hizo —afirmé.

Knox entrecerró los ojos:

—¿Mi hermano te habló de este trabajo?

—Sí. ¿No os lo dijo?

—No, y no creo que se lo haya dicho a nadie. Solo le mandó un correo a Magda. Me enteré esta mañana por casualidad y pensé en preguntarle directamente a la fuente.

—No hay nada raro —dije con rapidez—. Le comenté a Chase que estaba buscando trabajo y, bueno, salió el tema de que en esta empresa siempre estáis buscando brókers.

—Así es —confirmó Finn. Sonaba más serio que antes—. A Recursos Humanos les han gustado tus entrevistas. Has bordado la prueba.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Finn esbozó una sonrisa:

—Yo recibo personalmente las puntuaciones antes que los candidatos. El mínimo del sector es setenta. El nuestro es ochenta. Tú has sacado ochenta y cinco de noventa. Es impresionante.

Knox sonrió:

—Bienvenida a *Sterling Investments*, Hannah.

Me quedé atónita.

—¿Estoy contratada, así, sin más?

—Sí. Tenemos un sistema muy automatizado. Después de cada ronda de entrevistas, el entrevistador sube inmediatamente las puntuaciones a la intranet, donde evaluamos a los candidatos. La última pieza del puzle era la prueba, y la has clavado. Normalmente es Magda quien da las buenas noticias, pero esta vez pensamos que la situación requería un toque más personal —explicó Knox.

—Vaya, gracias.

De repente, alguien llamó a la puerta.

Knox me señaló a mí y luego a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

Knox volvía a sonreír, pero esta vez era diferente. Con picardía. ¿O tal vez con segundas?

—Chase —respondió la persona al otro lado.

Knox miró a Finn y se señaló a sí mismo, murmurando:

—He ganado yo —Obviamente, habían hecho una apuesta.

—El hombre del momento y el hermano Sterling al que Hannah realmente quería ver —afirmó Knox cuando se abrió la puerta.

Sentí cómo se me calentaban las mejillas, y estaba segura de que Chase podía ver cómo me sonrojaba mientras me miraba fijamente. Luego miró a sus hermanos.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó.

—Hemos venido a darle la buena noticia a Hannah —respondió Finn.

—Y tal vez a advertirla… —añadió Knox.

—¿Sobre qué? —Sí, Chase estaba claramente molesto.

—Acaban de darme la bienvenida a la empresa —intervine con rapidez, temiendo ya que las cosas se pusieran tensas.

Finn me miró directo a los ojos:

—Hannah, la regla número uno con los hermanos Sterling es que no intentes controlarnos. Nunca funciona.

Apreté los labios y levanté las manos:

—Vale, me rindo. —Menos mal que aquello no formaba parte de la evaluación, porque no tenía ni idea de cómo actuar.

—Vosotros dos, fuera —les dijo Chase a Knox y a Finn.

Knox sonrió de manera triunfal, mirando a Finn y levantando dos dedos.

¿Qué les pasa a estos dos?

—¡Fuera! —ordenó Chase. Sus hermanos desfilaron uno tras otro y luego él cerró la puerta—. Olvida todo lo que hayan dicho.

No podía dejar de reírme.

—Lo siento. Ha sido la situación más bizarra que he presenciado en mi vida. A ver, ya tuvisteis un encontronazo parecido en la boda, pero me imaginaba que en la oficina se comportarían.

—A veces la lían delante de extraños. Probablemente hayan pensado que las normas no se les aplican porque ya te conocían de antes. Llevo años intentando que se comporten y no hay manera.

Me crucé de brazos:

—Yo creo que tus hermanos ya son bastante mayorcitos para pedirles que se comporten. Me parece que el problema aquí es tu actitud, no ellos.

Sus ojos brillaron.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Qué tal el día? —preguntó, cambiando de tema de golpe.

—¿No has visto los resultados?

—Sí. Duncan me las envió. Son impresionantes. Pero me preguntaba cómo estabas *tú*.

—La verdad es que muy bien. Hacía tiempo que no hacía esto, pero ha sido emocionante. Me ha gustado especialmente el caso práctico, y me alegra muchísimo saber ya la decisión para no tener que estar comiéndome la cabeza durante días. Estoy un poco mareada porque apenas he desayunado nada, así que estoy deseando sentarme a comer un buen almuerzo.

—Podemos ir a comer algo cuando termines.

Me relamí los labios, di un paso atrás y me apoyé en el escritorio. Él se acercó a la puerta, casi como si tuviera miedo de lo que pudiera pasar si estuviéramos demasiado cerca. Yo también lo temía.

—No te preocupes, ya voy yo sola. He visto un sitio de hamburguesas a la vuelta de la esquina que tiene una pinta

buenísima. ¿Queda algún paso más o ya he terminado oficialmente?

—Magda va a volver con el contrato. Lo revisaréis juntas y luego tendrás unos días para estudiarlo.

—Vale.

Se acercó un paso, y luego otro. Contuve el aliento y entonces me tendió la mano.

—Bienvenida a *Sterling Investments*, Hannah. Creo que te gustará trabajar aquí.

Intenté prepararme para el contacto y le estreché la mano, pero fue inútil. En el momento en que nuestras manos se tocaron, sentí un fuego que me recorría desde la punta de los dedos hasta lo más profundo de mi ser.

Madre mía. Le sostuve la mirada a pesar de que lo único que quería era apartarla. ¿Era mi imaginación o la tensión a nuestro alrededor se había multiplicado por diez?

Me soltó unos segundos después, luego bajó la mirada al suelo y respiró hondo. Me pregunté si le costaba tanto como a mí controlar sus reacciones.

Magda irrumpió al segundo siguiente:

—Chase, qué suerte que te pillo aquí. Ya he estado con tus hermanos. Has visto sus resultados, ¿verdad? Nunca habíamos tenido una puntuación tan alta. —Sonreía de oreja a oreja.

Chase la miró y asintió:

—Va a ser una gran incorporación para la empresa —dijo con una voz perfectamente controlada.

Guau, qué buen actor. Esperé pacientemente.

—Señorita Levine, espero que acepte la oferta que le enseñará Magda —dijo Chase justo antes de cerrar la puerta.

Magda me miraba con una mirada cálida. Estaba claro que le daba mucha importancia a mi nota en el examen.

—Vale, no sé qué tenemos que hacer para que te quedes, pero si tengo que pelear para convencerte de que aceptes la oferta, lo haré. Y, entre nosotras, los jefes no suelen venir a ver a todos los candidatos. Creo que están aún más impresionados con tu puntuación que yo.

Sabía que la visita de los jefes no tenía nada que ver con mi puntuación, pero era mejor no decírselo a Magda.

—¿Has traído un contrato? —pregunté, fijándome en la pila de papeles que llevaba en los brazos.

Ella asintió:

—Sé que vivimos en la era digital, pero me gustaría que lo revisáramos juntas para poder responder a cualquier duda que puedas tener. Después podrás revisar el formato digital.

—Vale, estupendo. Te agradezco mucho que todo haya ido tan rápido.

Se reacomodó las gafas en la nariz:

—Llevo cinco años en la empresa. Me he propuesto que el proceso de contratación sea lo más fluido posible. Entre nosotras, la eficiencia en el Departamento de Recursos Humanos ha aumentado un cincuenta por ciento desde que me hice cargo, y la retención de empleados también ha mejorado.

—Es un logro increíble —dije, en parte porque era cierto, pero también porque Magda parecía necesitar reconocimiento.

Nos sentamos en el escritorio y me explicó los detalles del contrato. El sueldo que me ofrecían era muy bueno.

—También hay un *plus* por permanencia si te quedas en la empresa más de tres años. Fue una de mis ideas.

—Ya veo. Es un detalle muy generoso.

Ella sonrió.

—Es mi fórmula secreta para evitar que la gente se vaya inmediatamente a la competencia.

—Eres muy lista —repuse, y lo decía de verdad.

Revisar todo el contrato nos llevó más de dos horas.

—Bueno, creo que eso es todo —dijo finalmente. Menos mal, porque me sentía aún más mareada que antes.

Se levantó del escritorio. En ese mismo instante, volvieron a llamar a la puerta y ella abrió.

Griffin estaba en el umbral sosteniendo una bolsa que solo podía contener comida, porque olía de maravilla.

—Magda, me ha llegado el rumor de que todavía tienes secuestrada a nuestra mejor candidata.

Magda hizo una mueca de sorpresa.

—No, solo le estaba explicando el contrato.

—Sé que siempre eres muy minuciosa —comentó Griffin—. Bueno, me he tomado la libertad de traerle el almuerzo.

—Es muy considerado de tu parte —dijo Magda—. Hannah, este es…

—Griffin Sterling —terminó él por ella, fingiendo claramente que no nos conocíamos. Entró en la sala luego de que Magda se marchara—. Me alegro de volver a verte, Hannah.

—Igualmente —respondí. El corazón me latía a mil por hora. Miré el logotipo de la bolsa. Era del sitio de hamburguesas del que le había hablado a Chase.

—Cortesía de Chase —aclaró Griffin—. Pensó que era mejor no venir en persona, puesto que ya había pasado por aquí antes. Me he ofrecido a venir porque no había tenido ocasión de felicitarte por tu puntuación.

—Gracias. Y por la comida también —Los hermanos Sterling eran otro rollo.

—Bienvenida a la empresa, Hannah. Te dejo para que disfrutes del almuerzo.

—Gracias de nuevo.

Salió de la sala y me senté en el escritorio con mi hamburguesa. Mientras comía, recibí un mensaje de Chase.

Chase: Me ha encantado verte hoy.

No podía dejar pasar esa oportunidad para tomarle el pelo.

Hannah: ¿No me habías prometido que no te pasarías por la entrevista?

Chase: Bueno, no antes de la entrevista. No dije nada sobre después.

Eché la silla un poco hacia atrás, riéndome por el mensaje.

Hannah: Gracias por la comida.

Chase: De nada. Sabía que Magda te retendría durante un buen rato. No quería que te murieras de hambre.

Llamó al segundo siguiente.

—Te queda genial ese traje —dijo.

—Chase… —murmuré.

—¿Te estás sonrojando?

Apreté los labios y admití:

—Tal vez.

—Entonces voy a colgar ahora mismo. No quiero que nadie te vea con las mejillas sonrojadas… salvo yo.

Me removí en mi silla, inquieta. No teníamos por qué colgar. Al fin y al cabo, estaba sola en la oficina y aún no había firmado nada. Pero sabía que era mejor no seguir con la conversación. Además, oí pasos en el pasillo.

—Me tengo que ir. Creo que Magda está volviendo.

—Envíame un mensaje de SOS si necesitas ayuda para escapar de ella. A veces, cuando empieza a hablar de un contrato, no para.

Las comisuras de mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Lo haré.

CAPÍTULO DIEZ

CHASE

SALÍ de la oficina a primera hora de la tarde, usando el ascensor de la dirección. Hannah seguía con Magda. Me costó toda mi fuerza de voluntad no volver a entrar en esa sala. Mantenerme alejado de ella me estaba exigiendo mucho más autocontrol de lo que pensaba.

Me subí al ascensor con Cyrus.

—¿Ya has terminado por hoy? —preguntó con tono de reproche.

—Sí. ¿Y tú?

—Qué va, voy a salir a fumar y luego vuelvo arriba. Todavía tengo varias reuniones.

Era un viejo cascarrabias, pero era un gran activo para la empresa.

Negué con la cabeza:

—Tienes que relajarte de vez en cuando, Cyrus.

—Ya lo hago. Juego al golf todos los fines de semana con mis colegas de *Farley & Gottlieb*.

Otra característica suya era que le gustaba presumir de sus contactos. *Farley & Gottlieb* era un bufete de abogados de muchísimo renombre. Al principio había intentado que trabajáramos con ellos, pero a mí no me caían bien. Eran demasiado estirados para mi gusto.

—Me alegro por ti. —El golf me parecía un rollo.

Después de salir del edificio, me fui directo a casa. En cuanto llegué al loft, recibí un mensaje de la agente inmobiliaria encargada de presentar la oferta por la tienda de mis padres. Hasta ese momento solo había estado en contacto con mi asistenta.

Alicia: Todavía no tengo ninguna respuesta del propietario.

¡Joder! Se me estaba acabando la paciencia.

Llamé directamente al propietario, Elijah Casson.

—Señor Casson, soy Chase Sterling —dije cuando contestó.

Resopló.

—Ya le he dicho a la agente inmobiliaria que aún no tengo una respuesta.

—Considere mi oferta antes de decir que no —repliqué, caminando de un lado a otro por mi loft.

—Mire, señor Sterling, ya les he dicho a su agente *y* a su asistente que tenemos algunas ofertas más. Las estoy considerando todas. Tiene que tener paciencia.

—Mi oferta es mucho más alta que el precio de venta —respondí, aunque sabía que era un error. Me estaba dejando llevar por las emociones; era un error de principiante en los negocios y, a fin de cuentas, aquello era básicamente una transacción comercial.

—Bueno, tal vez un día aprenda que no todo es cuestión de dinero. Que pase una buena tarde.

Sabía cuándo reconocer una derrota.

—Igualmente.

No dijo nada más, simplemente colgó.

Maldita sea. Se trataba de algo muy importante para mí, y era una oportunidad que no quería dejar pasar, porque quién sabía si tendría otra ocasión tan propicia en el futuro.

Dudé si volver a llamar, pero al final decidí no hacerlo. Si insistía demasiado, lo perdería por completo. A pesar de que me había dado largas, podía notar por su tono de voz que seguía sopesando mi oferta. Había muchísimo dinero sobre la mesa, una cantidad que le cambiaría la vida a Elijah.

No me podía creer que estuviera obsesionándome tanto con el tema. Por lo general, se me daba bien pasar página y desconectar, pero desde que ese local había vuelto al mercado, lo tenía en la cabeza a todas horas.

Me había criado en la tienda de mis padres. Era mi hogar, casi tanto como la casa en la que crecimos. Odiaba que hubieran tenido que venderla, y ellos también.

Entonces me di cuenta de que solo había una persona que probablemente entendería mi punto de vista: Hannah. El cariño que le tenía al hostal de su abuela era tan fuerte como el que yo sentía por la tienda de mis padres.

Eché un vistazo por la ventana. Mi loft se encontraba situado a una calle de la playa y tenía unas vistas despejadas del mar. Normalmente, ver las olas me tranquilizaba, pero esa noche no.

En lugar de subirme a la cinta de correr como solía hacer cuando necesitaba despejar la mente, me serví un whisky con hielo y llamé a Hannah, que contestó enseguida.

—¿Chase? —preguntó.

—El mismo.

—Hola.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté.

—Estoy revisando el contrato otra vez. Ya lo he revisado con Magda, pero nunca está de más leer la letra pequeña.

—Nunca nos aprovecharíamos de ti —afirmé.

—Claro que no, pero me quedaré más tranquila si lo examino un par de veces más.

Joder. Una parte de mí quería que rechazara el trabajo. Así podría intentar conquistarla.

Di otro sorbo a la bebida y luego me regañé a mí mismo. El whisky ya debía de haberme subido a la cabeza, aunque no imaginé que fuera a hacer efecto tan rápido. Incluso si Hannah no trabajara en *Sterling Investments*, la advertencia de Josh resonaba en mis oídos. No era el hombre adecuado para ella en absoluto, y tenía que olvidarme del tema.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

Miré mi vaso.

—De hecho, sí. ¿Qué te impide vender el hostal de tu abuela?

—Vaya, no me esperaba esa pregunta —murmuró—. Ni siquiera puedo explicarlo, por más ridículo que suene. Pero es que allí tengo los mejores recuerdos de mi infancia.

Asentí:

—Sí, sé exactamente a qué te refieres.

—¿Ah, sí?

—¿Te acuerdas de que te dije que quiero volver a comprar la tienda de mis padres?

—Sí.

—La llevaban cuando aún estaban casados, y mis hermanos y yo íbamos allí todos los días después del colegio. Prácticamente nos criamos en ese lugar. Luego, cuando decidieron separarse, ambos necesitaban capital para poder empezar de nuevo, así que tuvieron que venderla.

—Vaya, qué pena —dijo ella.

—Sí. En fin, aunque estoy seguro de que ofrezco más que nadie, el dueño sigue considerando a todos los posibles compradores. Dice que no todo es cuestión de dinero.

—Tal vez quiera saber si eres la persona adecuada. Si algún día vendo el hostal quiero asegurarme de que el comprador sea una buena persona.

Me aclaré la garganta:

—Entonces la cosa no pinta muy bien para mí.

Ella resopló:

—¿Le has causado otra de tus legendarias y gruñonas primeras impresiones?

—Normalmente eso me ayuda a conseguir lo que quiero en los negocios.

—Chase, esto es un negocio familiar, ¿no? Creo que el dueño espera un enfoque diferente. Quizás no le gusta la idea de venderle la tienda a un fondo de inversión. ¿Sabe que era de tu familia?

—No. Eso no es asunto suyo.

Hannah se rió:

—Ay, Chase…

—Pero creo que tu teoría tiene sentido. Gracias por la sugerencia.

—A veces es bueno que la gente vea que tienes un lado tierno.

—¿Tierno? Eso no es verdad, para nada.

—Claaaaro —Parecía que estaba a punto de echarse a reír—. ¿Cómo lo digo? Demuéstrale lo que significa para ti a nivel personal.

Madre mía, era adorable. En lugar de despedirme para que pudiera revisar el contrato con tranquilidad, dije algo completamente diferente.

—No aceptes el trabajo, Hannah.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

Cerré los ojos, suspiré y los volví a abrir.

—¿Por qué no? ¿Has cambiado de opinión? ¿No crees que sea una buena candidata? —preguntó.

—No, creo que eres la candidata perfecta. De hecho, eres tan perfecta que supone un inconveniente. Has llamado la atención de media empresa con tu puntuación en la prueba.

—¿Y eso es malo? ¿Por qué no quieres que acepte el trabajo?

—Porque me gustas.

Listo. Lo dije en voz alta.

Ella dio un grito ahogado.

—Chase, no. No deberías haber dicho eso. Ahora ya no hay manera de *ignorarlo*.

—Ya veo. Sumado a los pasos de baile que no puedes borrar de tu mente…

—No puedo creer que saques ese tema ahora.

—Olvida lo que he dicho, Hannah. Me he pasado de la raya. Me he tomado unos tragos de whisky.

—Ah, claro. ¿O sea que la culpa es del alcohol?

—No, es la verdad. Es solo que lo disimulo mejor cuando estoy sobrio. El alcohol me suelta la lengua.

—Chase, no creo que esto… Quiero decir, incluso si no aceptara el trabajo… —Se le trabaron las palabras. No tenía ni idea de si no sabía qué decir o si simplemente no quería decirlo, pero le ahorré el esfuerzo.

—Lo sé —asentí.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Porque me he dado cuenta de que probablemente eres la única persona que entendería por qué quiero comprar la tienda.

—¿Por qué se divorciaron?

Suspiré.

—Siempre dicen que no hubo un motivo en concreto, pero, por mucho que lo intentaron, no pudieron conseguir que las cosas funcionaran, se peleaban todo el tiempo. De pequeño, pensaba que eso era normal. Recuerdo que una vez pasé la noche en casa de un amigo y me quedé completamente desconcertado al ver que sus padres no se peleaban. Flipé. Pero después de divorciarse, estaban mucho más tranquilos. Es evidente que fue lo mejor para ellos.

—¿Se ven a menudo ahora?

—Más que antes, hacen muchas actividades con Jeremy. Pero sé que la tienda significaba mucho para los dos. Me pregunto si encontrarían la manera de volver a trabajar juntos o no. Pero bueno, el primer paso es comprarla. Ah, por cierto, no se lo digas a nadie por favor.

—Guardaré tu secreto.

Dudé antes de admitir:

—¿Sabes? No se me da bien abrirme con la gente, pero contigo es diferente.

—Me halaga que me digas eso. Pero… quiero aceptar el trabajo, Chase. —Dijo mi nombre en un susurro. Su voz me llegó directamente a la entrepierna, a pesar de que no estaba diciendo nada obsceno. Pero oírla decir mi nombre me volvía loco.

Joder. ¿Cómo iba a contenerme en la oficina? Bueno, había formas de evitarla. Además, yo no pasaba mucho tiempo con los brókers, así que realmente no había ninguna razón para que coincidiéramos.

—Lo sé —respondí.

—A ver, puedo seguir echando currículums en otros sitios, pero de verdad me gustaría empezar en este.

—Olvida lo que he dicho, Hannah. Este es el trabajo perfecto para ti, y aportarás muchísimo a la empresa. Yo no seré un problema.

—¿Ah, sí? —preguntó con tono burlón.

—Tienes mi palabra. Apenas me verás.

—Quién sabe, igual funciona. —Siguió bromeando—. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

En cuanto lo dijo, supe que nada podía estar más lejos de la realidad. Pensaba en ella constantemente. No importaba si estaba cerca de mí o no. Pero podía controlarme, era un experto en autocontrol. Además, Hannah necesitaba el trabajo, y yo no era un capullo. Podía manejar la situación.

Me devané los sesos buscando un tema neutral del que hablar.

—Bueno, ¿ves algún problema potencial con el contrato? —acabé preguntando.

—No, la verdad es que no. No sé muy bien por qué dudaba. Quizás porque…

Escuché con atención. Si decía que era por mí, era muy probable que buscara su dirección, llamara a su puerta y la besara hasta dejarla sin aliento.

—No importa —dijo rápidamente, y aún tuve que contener las ganas de salir como un disparo de mi loft.

—Vale. Escucha, le voy a mandar un correo a Magda ahora mismo para decirle que todo está bien —continuó.

Apretando los dientes, tragué saliva.

—Genial. Bienvenida a *Sterling Investments*, Hannah.

—¡Gracias! Me tengo que ir, quiero terminar con esto.

Sabía que esa no era la única razón por la que quería terminar la conversación, pero lo dejé pasar.

Después de colgar, vi que tenía un mensaje de Jeremy. Esa mañana lo había llevado al colegio y le había dado el videojuego que le prometí. No tenía tiempo suficiente para quedarme con él después del trabajo, pero mi hermano estaba encantado de que lo llevara al colegio una vez a la semana. No solo por la ayuda extra, sino también para estrechar lazos. Disfrutaba de nuestro tiempo juntos; adoraba a ese niño.

Jeremy: GRACIAS por el videojuego, tío Chase. Hoy me he pasado la tarde jugando.

Chase: De nada. No te olvides de estudiar también, ¿vale? No quiero que tu padre se enfade conmigo.

Jeremy: [emoji de pulgar hacia arriba]

También tenía una llamada perdida de Duncan, así que se la devolví mientras me servía un segundo whisky.

—Hola —dijo—. ¿Tienes unos minutos?

—Claro.

—Necesito comentarte un par de cosas.

—Siento no haber contestado antes. Estaba hablando con Hannah.

—¿Y eso? —Preguntó con cierto aire de reproche.

—Me ha dicho que va a aceptar el trabajo.

—Escucha, sé que hay historia entre vosotros, pero es muy inteligente y va a ser una pieza clave para el equipo. Quizás con el tiempo incluso podría llegar a ser socia directora.

—También lo he pensado —admití.

—Perfecto. Pues entonces no la cagues, ¿vale?

—¿Por qué me has llamado? ¿Por el videojuego de Jeremy?

—No, por eso no, aunque sigo yendo con mucho ojo con las horas de pantalla que tiene permitidas. No, no es por eso. Bastante tengo ya con limitar las horas que Jeremy pasa frente a las pantallas y soportar que la gente me mire mal por haberle comprado un simple móvil para estar en contacto con mi hijo. Y mira que ni siquiera es un *smartphone*. Pero no… no te llamaba por eso.

—Entonces, ¿por qué?

Necesitaba que fuera al grano. Cuanto más me advertía que me alejara de ella, más deseaba a Hannah. Era como un toro ante una muleta. ¿Por qué no podía controlarme?

—Tenemos que romper la alianza con *Cloudport*. Ya les hemos dado suficientes oportunidades.

Eran una empresa externa especializada en análisis de datos, y no estaban dando la talla.

—Estoy de acuerdo —respondí, poniendo de inmediato mi mente en modo negocios.

—Perfecto, ¿lo vemos igual entonces?

—Sí. Y yo mismo puedo encargarme del tema.

—Genial, porque contaba con ello.

A lo largo de los años, había hecho el papel de poli malo en ese tipo de situaciones. Siempre que teníamos que poner fin a una colaboración, era yo quien tomaba la iniciativa. Nunca me había costado romper relaciones.

Pero entonces, ¿por qué no podía hacer lo mismo con Hannah?

CAPÍTULO ONCE

HANNAH

EL LUNES, me dieron ganas de entrar bailando por la puerta principal del edificio. Para alguien que se había jurado a sí misma que no volvería al mundo corporativo, me sorprendió que lo estuviera deseando tanto. No sabía si era por el trabajo en sí o porque quizás tendría la oportunidad de ver a Chase, pero, a fin de cuentas, ¿a quién le importaba? La cuestión era que estaba allí, de muy buen humor y dispuesta a darlo todo en mi nuevo trabajo.

Cuando entré, el vestíbulo estaba repleto de gente. Me acerqué rápidamente a la recepcionista, la misma mujer del día de la entrevista.

—Buenos días. Disculpa, ¿hay algún problema con los ascensores? —pregunté.

Ella sonrió.

—Oh, no, solo es la hora punta de la mañana.

—¿La hora punta es a las ocho y media?

—Me temo que sí. Hay una empresa de videojuegos enorme de la planta cuatro a la diez, y todos llegan a la misma hora.

Se enderezó y miró detrás de mí.

—Buenos días, señor Sterling. —Se le iluminó la cara al sonreírle a quienquiera que estuviera a mis espaldas. Daba igual cuál fuera,

bien podía referirse a cualquiera de los hermanos Sterling.

Me di la vuelta y sonreí para mis adentros. Por supuesto que era el mío.

Que no es tuyo, Hannah. Maldita sea, que no es tuyo. Y tampoco va a serlo, ¿vale? Que solo ha sido un beso.

—Buenos días —saludé, con el tono más profesional que pude y señalé la cola.

—Parece que tendremos que esperar. Justo nos ha pillado la hora punta. No sabía que en un edificio de oficinas pasaran estas cosas.

—Conozco un atajo —aseguró.

—¿Pretendes que subamos todas esas escaleras a pie? —pregunté, porque no me cabía otra opción en la cabeza.

—No, qué va. —Miró a la recepcionista—. La señorita Levine vendrá conmigo hoy.

—Por supuesto.

Se giró de nuevo hacia mí, clavando sus ojazos verdes en los míos:

—Vamos. Es por aquí.

—Vale.

Lo seguí, aliviada de alejarme de la multitud. Al ritmo que iba la cosa, si me hubiera quedado esperando, habría tardado por lo menos media hora.

—No sé por qué no se organizan de otra forma —comentó—. Podrían decirles a sus empleados que vengan por grupos. Este atasco en los ascensores cada mañana está volviendo locos a todos.

Me guió por un pasillo estrecho y poco iluminado, lo que no me impidió disfrutar de las vistas de su trasero a cada paso.

Vaya manera de empezar el primer día. En lugar de estudiar informes, me he puesto a analizar el culo perfecto del jefe. Vas bien, Hannah, vas muy bien.

Paró ante un ascensor pequeño e introdujo una llave justo donde suele estar el botón.

Abrí los ojos como platos:

—¿Un ascensor privado? ¿En serio?

—Es para la alta dirección.

—O sea, que tienes tu propio ascensor —dije con asombro—. Vaya, no te privas de nada, ¿eh?

Se volvió hacia mí y me dedicó una media sonrisa. Por un breve segundo, olvidé de qué estaba hablando. Ah, sí, le estaba tomando el pelo con lo del ascensor.

Dios, no podía burlarme de mi jefe. ¿Qué me pasaba? Le había dado la tabarra con que no sería capaz de cumplir su promesa, ¿y ahora iba yo y hacía esto?

—A veces tarda un poco porque lo comparte la junta directiva de todas las empresas, pero no tardará tanto como la cola de ahí fuera —explicó.

Nos quedamos en un silencio incómodo, tanto que casi se oían nuestras respiraciones en el pasillo.

—¿Estás ilusionada con el trabajo? —preguntó.

—Sí. Y eso es mucho decir, porque cuando empecé a buscar, la idea me horrorizaba. Sin embargo, por algún motivo, ahora tengo muchísimas ganas.

Ladeó la cabeza:

—Quizá yo sea la razón.

Se me pegó la lengua al paladar mientras apretaba y soltaba las manos sobre la correa de mi bolso. Ni siquiera podía rebatir su argumento.

Abrí la boca para decir algo, pero justo en ese momento se abrieron las puertas del ascensor.

—¡Ah, justo las dos personas a las que tantas ganas tenía de ver!

—Wyatt, ¿qué haces en la oficina tan temprano? —preguntó Chase.

—Estaba en el gimnasio. Todavía tengo un poco de *jet lag*. —Se volvió hacia mí cuando Chase y yo entramos—: Soy Wyatt Sterling, encantado de conocerte. Hannah, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Veamos. Primero, has dado mucho que hablar con tu puntuación en el examen. Y además, he oído versiones diferentes… —me miró a mí y luego a Chase— sobre cómo llegaste a presentar tu solicitud aquí.

Me mordí el interior de la mejilla. La apariencia de Wyatt era puro contraste. Llevaba traje, pero tenía el pelo ligeramente despeinado. Y cuando se pasó la mano por el pelo, la manga de su camisa se deslizó unos centímetros por su muñeca, dejando al descubierto un tatuaje. Sus ojos eran idénticos a los de Chase.

—No me puedo creer que sea el último en enterarme —le dijo a Chase.

—¿De qué? —pregunté.

—Wyatt —dijo Chase. Su voz sonaba amenazante—. No incomodes a Hannah.

Se giró para mirarme:

—¿Te estoy incomodando?

—No. Ahora mismo estoy más bien confundida —respondí.

—Ah, entonces me quedo más tranquilo, prefiero que estés confundida antes que incómoda. En fin, encantado de conocerte. Ya veo de qué hablaban mis hermanos.

—Wyatt… —repitió Chase.

Su hermano levantó las manos en señal de rendición:

—Vale. Nos vemos, Hannah —dijo asintiendo mientras se abrían las puertas.

Primero salí yo y luego Chase.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté en cuanto se cerraron las puertas—. Eso de que ahora entiende de qué hablaban sus hermanos.

Chase se quedó completamente en silencio.

Hice una mueca de sorpresa y susurré:

—¿Tus hermanos lo saben todo?

—Sí.

Madre mía, acaba de reconocerlo sin pestañear.

—Vaya… Vale.

—No te preocupes, saben cómo comportarse. Menos Wyatt, por lo visto.

—En una escala de Knox a ti, ¿dónde sitúo a Wyatt?

Se echó a reír:

—Más cerca de Knox. Pero si alguna vez se entera de tu escala, no le va a hacer ninguna gracia.

—Tomo nota.

Cuando conocí a los hermanos de Chase, los encasillé a cada uno en un tipo de personalidad, por decirlo de alguna manera. Ni el propio Chase era consciente de mis suposiciones.

Knox, Finn y ahora Wyatt eran los hermanos extrovertidos y un poco descarados, pero dentro de lo que cabe tenían su gracia. Duncan me pareció un tío responsable y con la cabeza amueblada, seguro que por el tema de tener un hijo. Griffin tiraba más hacia Wyatt que hacia Duncan, aunque a lo mejor me equivocaba. Y Chase era… un cascarrabias en toda regla. De eso estaba segura.

Magda salió de su despacho y se acercó a nosotros:

—Genial. Me gusta que seas tan puntual —comentó, dirigiéndose directamente a mí—. Buenos días, Chase.

—Buenos días, Magda.

Me miró a mí y luego a Chase.

—Menos mal que la has subido por el ascensor privado —dijo Magda, alternando la mirada entre ambos—. Se me olvidó avisarte de que evites el tramo de las ocho y media, a no ser que quieras comerte toda la cola. Venga, acompáñame, que te enseño tu sitio.

—Que tengas un buen día, Hannah —dijo él.

—Gracias.

Caminé a paso rápido junto a Magda, esperando que no se diera cuenta de que había cierta tensión entre Chase y yo.

Con un último saludo con la mano, él volvió a entrar en el ascensor.

Magda dio una palmada:

—Muy bien, ya te he dejado todo preparado en tu puesto.

—¿Voy a tener un sitio fijo? —pregunté.

—Sí.

Suspiré aliviada.

—Qué bien. No me gustan nada esos espacios de oficina en los que tienes que cargar con tus cosas todos los días porque no sabes dónde te vas a sentar.

—Lo probamos una vez y fue una pesadilla. Perdíamos mucho tiempo por la mañana buscando un sitio libre. No era para nada

productivo. Además, todos necesitamos un lugar donde guardar nuestros portátiles, así que ¿por qué no tener sitios fijos?

—Pienso lo mismo.

—Y también debes saber que tenemos una política muy estricta: nadie se lleva el trabajo a casa. La implanté yo —señaló con orgullo —. Se lo vendí al jefe como un problema de seguridad, pero lo que realmente buscaba era dar un mínimo de conciliación entre la vida laboral y familiar en este mundo de las inversiones. Los únicos que no cumplen esta norma son los jefes. Viven por y para el trabajo.

Magda me caía de maravilla.

Me acompañó hasta mi escritorio, que estaba en la tercera fila de quince, justo en medio de todo el mundo. Hubiera preferido sentarme cerca de una pared o de una ventana, en algún sitio donde solo tuviera un vecino a un lado, pero no podía ir por ahí exigiendo.

—Muy bien, aquí tienes todo lo que necesitas. Si te van surgiendo dudas, me puedes enviar un correo. Haré todo lo posible por responderte enseguida. La información con tus tareas te llegará en tu bandeja de entrada, así que podrás ponerte a trabajar de inmediato —explicó.

—Genial. Gracias, Magda.

Mi entusiasmo estaba por las nubes mientras encendía el ordenador y me ponía manos a la obra. Sin embargo, dos horas más tarde, ese subidón inicial disminuyó un poco. Mierda. ¿Y si ese entusiasmo era *solo* por Chase? Bueno, eso no significaba que no pudiera hacer un gran trabajo. Si bien me gustaba trabajar con números y analizar datos de mercado, la realidad era que me gustaba más llevar el hostal. De todas maneras, sabía que podía dedicarme a eso durante un tiempo, y además hacerlo muy bien.

La sala se llenó de otros brókers en poco tiempo. Me impresionó gratamente que la empresa me diera unos auriculares con cancelación de ruido, porque eran un salvavidas en una oficina diáfana como la que tenían.

A la hora de comer, me tomé un descanso. Los empleados podíamos pedir comida en la cantina de la planta baja y nos la subían enseguida. Había varias salas de descanso en cada planta, y

la mayoría de la gente comía allí. Algunos también comían en su escritorio, que era lo que yo había decidido hacer aquel día.

Me quité los cascos mientras comía y me di cuenta de que dos de mis compañeras estaban hablando de Chase.

—¿Por qué crees que estuvo tanto rato en la oficina de Magda esta mañana? —preguntó una de ellos.

¿Chase había estado aquí? Instintivamente eché un vistazo a través del cristal, pero Magda parecía estar sola en ese momento.

—Ni idea. Esperemos que no estén preparando una oleada de despidos.

—No lo creo —intervine—. Quiero decir, si estuviesen pensando hacer una reducción de personal, no me habrían contratado. No harían eso si estuvieran pensando en echar gente.

Las dos mujeres me sonrieron.

—Ya me parecía a mí que eras nueva —dijo la que estaba más cerca—. Siento no habernos presentado antes, pero es que parecías muy concentrada.

—Sí, estaba en mi mundo —admití.

—Además —añadió la otra con timidez—, con tanta gente como hay por aquí, nunca sabes si alguien es nuevo de verdad o si solo lo han cambiado de sitio. Soy Alexa.

—Y yo soy Hazel.

Sonreí.

—Encantada de conoceros. Soy Hannah.

De repente, mi móvil vibró en mi bolso.

—¿Es tu teléfono? —preguntó Alexa.

—Sí —respondí, sacándolo. Debería haberlo puesto en modo avión. Probablemente era un mensaje de mi hermana o de mi madre. Sin embargo, para mi sorpresa, era de Chase.

Chase: ¿Qué tal el primer día? Estabas monísima en tu escritorio, tan concentrada con los auriculares.

Casi se me sale el corazón del pecho.

Hannah: ¿Cuándo me has visto?

Respondió de inmediato.

Chase: Cuando estaba en la oficina de Magda. He estado allí metido una eternidad.

Joder, ¿había ido allí a propósito solo para mirarme? No sabía ni qué pensar.

No, no podía ser, pero por si acaso…

Hannah: Bueno, pues no lo vuelvas a hacer, porque la gente se está asustando de que el jefe pase tanto tiempo en la oficina de Recursos Humanos.

Chase: No había pensado en eso. Aunque, por otra parte, consigues acaparar mi atención de tal forma que se me olvida todo lo demás.

Me quedé mirando la pantalla de mi móvil mientras masticaba mi manzana.

No le sigas el juego. No le sigas el juego.

Pero tenía mariposas en el estómago y me moría de ganas de teclear.

Hannah: Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿recuerdas?

Chase: Sabía desde el principio que eso no iba a funcionar.

Una corriente de calor me recorrió todo el cuerpo.

Hannah: ¿Y por qué no lo dijiste?

Chase: ¿Habría cambiado algo?

Me balanceé hacia adelante y hacia atrás en mi silla y le di otro mordisco a mi manzana, intentando calmar mi pulso. Después de unas cuantas respiraciones profundas, por fin le respondí.

Hannah: Pues yo confío plenamente en que funcionará.

Chase: Hemos empezado con muy buen pie, ¿no?

CAPÍTULO DOCE

HANNAH

LLEVABA un tiempo sin trabajar en una oficina, así que se me había olvidado que no solo se trataba de hacer bien el trabajo, sino que además había que lidiar con los cotilleos y las rivalidades, pero poco a poco iba aprendiendo quién era amigo de quién, quién quería que despidieran a quién, y ese tipo de cosas. Tenía su gracia, la verdad, pero también me daba ganas de volver corriendo a mi hostal. Allí todo era más tranquilo. Por otra parte, tener una nómina fija me estaba aportando una tranquilidad increíble. Me encontraba entre la espada y la pared.

Cuando tres de mis compañeras me invitaron a comer con ellas al principio de mi segunda semana, acepté enseguida, contenta de hacer nuevas amigas. Estaban sentadas al fondo de la sala, así que no había interactuado mucho con ellas. Elena, Alina y Danielle eran bastante simpáticas. Cuando nos sentamos a comer en una hamburguesería de la zona, me enteré que Danielle en realidad no era bróker; sino la asistente de algunos miembros de la dirección.

—Pensamos que así conoceríamos mejor a la nueva empleada —dijo Alina—. Tu puntuación en la prueba ha dejado flipando a todo el mundo.

—Pensaba que solo lo sabrían en Recursos Humanos y los jefes —comenté antes de darle un bocado a mi hamburguesa.

—Normalmente es así, pero creo que tu caso ha sido especial. En cualquier caso, nos alegra tenerte en el equipo.

—¿Cuánto tiempo lleváis en la empresa? —pregunté.

—Diez años —respondió Danielle.

—Vaya, eso es mucho tiempo.

Se estremeció.

—Sí, y no intentes adivinar mi edad.

—Yo llevo cinco años aquí —respondió Elena.

—Y yo seis —añadió Alina.

Sonreí.

—Eso es buena señal. Significa que estáis contentas con el trabajo, ¿no?

Todas asintieron.

—Sí. Trabajé en tres empresas de inversión antes de venir aquí, y esta es, con diferencia, la mejor —repuso Alina.

Elena asintió.

—Sí, es que son mucho más relajados que todos los demás en el sector. No sé si es porque la fundaron los hermanos o qué, pero no le dan tanta importancia al tema de las jerarquías.

—A mi jefe le horroriza eso —intervino Danielle.

—¿Quién es tu jefe? —pregunté.

—Cyrus —respondió—. No para de quejarse de que esta no es una verdadera empresa de servicios financieros. Es que el tío es de la prehistoria. Lleva mucho tiempo en el sector, pero es un auténtico dinosaurio. Creo que no puede superar el hecho de que su propia empresa se fuera a pique.

Levanté una ceja:

—¿A qué te refieres?

—Tenía su propia empresa de servicios financieros hasta hace nueve años. No paraba de dar pérdidas y la mayoría de sus clientes se pasaron a *Sterling Investments*. Chase convenció a Cyrus para que se uniera a la empresa. Te lo juro por Dios, lleva quejándose desde entonces.

Aunque no conocía de nada a aquel hombre, ya me caía fatal. Los hermanos Sterling se habían dejado la piel trabajando. No se merecían que nadie hablara mal de ellos, y *menos* cuando parecía que le habían salvado el pellejo

—Bueno, Hannah, cuéntanos más sobre ti. ¿Cómo es que acabaste echando el currículum aquí? —preguntó Danielle.

Se me sonrojaron las puntas de las orejas. Por regla general, odiaba mentir. Incluso en el peor de los casos, prefería la verdad a una mentira piadosa. Pero no podía decirles bajo ningún concepto que conocía a los hermanos Sterling fuera del trabajo.

—Estaba buscando algo nuevo, y *Sterling Investments* me parece interesante.

—Es una empresa magnífica para trabajar —dijo Alina.

Hablamos un poco más sobre el trabajo, hasta que llegó el momento de volver al curro.

***

Tener amigas en la oficina era guay. Si era sincera, hacía bastante tiempo que no tenía vida social. Tras separarme de Gary, me centré tanto en sacar adelante el hostal que no tenía tiempo ni de hablar con nuestro grupo de amigos, y mucho menos de quedar.

Además, relacionarse con otros empleados tenía sus ventajas, ya que me había enterado de toda clase de secretos, como cuáles eran las mejores salas de descanso. Había unas seis repartidas por las distintas plantas. Dependiendo de dónde estuvieran situadas, tenían vistas diferentes. Algunas ni siquiera tenían ventanas, pero esas ya no se usaban.

Rara vez comía en mi mesa. Normalmente cogía la comida del carrito que subían los de la cantina y me ponía a buscar sitio en alguna de las salas de descanso. Así fue como conocí a un montón de compañeros.

Aquel día probé ir a una nueva sala de descanso con la intención de conocer otra gente. Aunque era bastante tarde para comer —las

tres en punto—, así que no estaba segura de con cuántos empleados me cruzaría.

Duncan estaba en una esquina con un niño que parecía tener unos nueve o diez años. Me saludó con la mano y me acerqué directamente a ellos.

—¡Hola! —saludé.

—Hola, Hannah. Este es mi niño, Jeremy.

Me volví hacia el niño:

—Encantada de conocerte, Jeremy.

Asintió, mientras comía un bocadillo.

—Hoy es el "Día de llevar a tu hijo al trabajo" —aclaró Duncan.

—Qué guay. ¿En qué curso estás? —le pregunté a Jeremy.

Me miró con los ojos muy abiertos:

—En segundo.

—¿Te gusta el cole? —seguí preguntando.

Frunció el ceño:

—No mucho. Me gusta más jugar al baloncesto, pero papá dice que tengo que ir al cole.

Duncan le dio una palmadita en la cabeza:

—Así es, colega. El colegio es importante.

—Pero seguro que tienes un montón de amigos en el cole —le dije—. Es divertido pasar tiempo con ellos, ¿a que sí?

—Sí, a veces.

—¿Y a qué jugáis?

—Nos gusta jugar al *Mario Kart* en la Nintendo. Queremos la edición especial, pero está agotada en todas partes. Pero lo bueno es que hoy no tengo cole.

Duncan negó con la cabeza:

—Créeme, parece más hijo de Knox o de Finn que mío. A mí me encantaba el colegio.

Jeremy abrió mucho los ojos:

—¿Están aquí el tío Finn y el tío Knox? ¿Podemos ir a saludarlos?

—Ahora mismo no, y no sé si se pasarán hoy por la oficina. ¿Qué te parece si, después de comer, te enseño esto y buscamos a alguien que no conozcas para que hables con él y le preguntes en qué consiste su trabajo?

—Yo puedo hablarte de mi trabajo —intervine.

Jeremy me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sí! ¿Me dejas, papá?

Duncan asintió:

—Claro. Gracias, Hannah.

—Pero ¿les puedes preguntar a mis tíos si van a venir? ¿Les puedes decir que estoy aquí? —insistió Jeremy. Se notaba que los adoraba.

—Claro. A ver si tienen un hueco. Seguro que Chase está por aquí metido en algún lado.

Se me aceleró el corazón al oír su nombre, pero mantuve la compostura.

Le pregunté a Jeremy cuáles eran sus asignaturas favoritas mientras comíamos todos juntos. Los sándwiches de pastrami que habían preparado aquel día estaban bastante buenos. De alguna manera, terminamos hablando otra vez del *Mario Kart*. Duncan comentó que toda la familia andaba detrás del videojuego; Chase ya le había conseguido uno, pero había distintas ediciones y eran complicadas de conseguir.

De repente, me di cuenta de que había algunos empleados mirándonos y me pregunté si el hecho de estar almorzando con Duncan y Jeremy era una buena idea. Hasta entonces, nadie había atado cabos ni se había imaginado que yo conocía a algunos de los hermanos Sterling desde antes de empezar a trabajar en la empresa.

En cuanto terminé mi sándwich, saqué el móvil. Tenía varias aplicaciones de informes que podía enseñarle a Jeremy.

—Vale, mira. Esto es lo que hago. Son herramientas con las que proceso la información y la convierto en gráficos.

Enseguida me di cuenta de que eso debía ser un tostón tremendo para él. A mí me gustaban los números, pero Jeremy era solo un niño.

Miré con impotencia a Duncan, que se encogió de hombros y se rió. Parecía entender perfectamente cuál era mi problema, porque dijo:

—A mí me pasa exactamente lo mismo cada vez que intento explicarle lo que hago.

Pero Jeremy miró de mí a su padre y dijo:

—No importa, papá, me lo paso bien contigo.

Duncan le revolvió el pelo, mucho más relajado de lo que jamás lo había visto. De pronto, levantó la cabeza y levantó la mirada.

—Chase —dijo Duncan.

Yo me enderecé al instante. No tenía ni idea de lo cerca que estaba, pero mi cuerpo ya vibraba anticipando su presencia. Un par de segundos después, oí unos pasos por detrás de mí y sentí el calor de su cuerpo a mi lado.

—Jeremy, no sabía que ya estabas aquí. —Abrazó a su sobrino con fuerza y me derretí por completo.

Ay, corazoncito mío, no te aceleres así.

—¡Hola, tío Chase! —lo saludó Jeremy.

—¡Hola! ¿Qué pasa, te cojo en brazos?

Jeremy entrecerró los ojos:

—No, que hay gente mirando.

—Vale, vale.

Dios mío, qué monos son.

—Hoy es el día en que los hijos vienen al lugar de trabajo de sus padres, ¿no? —preguntó.

—Sí —asintió Jeremy.

—Ya he conseguido aburrirle —le dije a Chase.

—¿Y el tío Finn y el tío Knox no van a venir? —preguntó Jeremy.

Duncan negó con la cabeza:

—Ya te lo he dicho, colega, no creo que se pasen hoy por aquí.

Jeremy puso cara de pena y luego se volvió hacia Chase.

—Tío Chase, ¿puedo ir a tu despacho cuando papá termine de enseñarme el edificio?

—Claro. Pero solo estaré aquí hasta las cinco. Después tengo una reunión fuera.

Duncan levantó una ceja:

—Pero si no he visto nada en tu calendario.

—Es un asunto personal.

Duncan frunció el ceño.

Jeremy agarró la mano de Duncan:

—Papá, venga, vamos ya a dar la vuelta. Quiero chocolate caliente. ¿Tienes chocolate caliente?

—Veré qué puedo conseguir —respondió Duncan—. Nos vemos luego, chicos.

En cuanto se fue, me percaté de que la sala de descanso estaba vacía. Me encontraba sola con Chase, y mi corazón empezó a latir más rápido.

—Es tan mono, pero no he podido convencerlo para que se dedique a la bolsa —comenté—. Empecé a hablar de cifras e informes, y al pobre lo he dejado frito.

—Le caes bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no suele hablar tanto delante de los desconocidos.

Probablemente eso fuera típico de la mayoría de los chavales.

—Bueno, a mí también me ha caído genial. Pero si alguna vez vuelve por aquí, me encantaría que me avisaras, así podré pensar en una forma de hacer que todo esto le parezca guay.

Chase me miró con incredulidad y luego sonrió.

—No estaría mal. A ver, nosotros todavía no hemos conseguido impresionarlo, pero a lo mejor tú tienes más suerte.

—¿Ves a Jeremy a menudo?

—Sí. Nos turnamos entre los hermanos para hacer actividades con él. Lo llevamos a todas partes y yo lo llevo al colegio por la mañana una o dos veces por semana. Aunque los que pasan más tiempo con él son mis padres. De hecho, hasta han podido limar asperezas. Antes solían reducir al mínimo sus interacciones, pero ahora se turnan para estar medio día cada uno con Jeremy, y a veces hasta lo cuidan juntos. Ha sido bastante curioso.

Que Chase mencionara a sus padres me hizo pensar en su operación inmobiliaria.

—¿Tienes noticias sobre la tienda?

—Sí. De hecho, justo de eso trata la reunión que tengo luego del trabajo.

—¿Por qué no se lo has dicho a Duncan?

—Porque todavía es un secreto.

—Ah, vale. —Me encantó que compartiera conmigo un detalle tan personal que nadie más sabía.

—He quedado con el propietario para cenar.

—Oye, pues qué bien, un ambiente más informal siempre ayuda. ¿Cómo has conseguido que acepte?

Esbozó una media sonrisa:

—Tengo mis recursos.

—Ya veo.

—Voy a convencerlo de por qué soy el mejor candidato.

Me mordí el labio:

—¿Chase?

—Dime.

—¿Y si le hablas de tus padres y de lo que ese local significa para ti?

Bajó la mirada hacia su camisa y empezó a juguetear con un gemelo. Ese gesto me activó la memoria. Había hecho lo mismo en la boda, justo después de que parara la música. De repente, una oleada de calor me recorrió el cuerpo y casi pude sentir sus manos en mi cintura.

Dios mío, estoy perdida.

—¿Te importaría venirte a cenar con nosotros? —preguntó de repente—. Tienes un don para relajar el ambiente y promover el entendimiento. Me vendría de lujo esa ayuda en la negociación.

—O sea, que necesitas mi buen rollo para cerrar el trato, ¿no? —bromeé. Chase soltó un gruñido:

—No voy a dar mi brazo a torcer a menos que…

Me eché a reír.

—Vale, acepto. ¿A qué hora es?

—A las seis.

—Mmm, es justo después de terminar el día, pero creo que me dará tiempo a terminar lo que tengo pendiente. ¿Dónde es?

—Podemos ir juntos en mi coche. Está en el barrio de Gaslamp.

—Ah, yo vivo por esa zona —dije.

—¿Nos vemos en el *parking* a las cinco y media? —preguntó, mirándome fijamente.

Respiré hondo. ¿Qué hacía yo aceptando pasar tiempo a solas con él?

No vas a estar sola, Hannah. Vas a reunirte con el dueño del local. Solo estaréis a solas en el coche. No digas tonterías.

—Allí estaré.

***

Cuando me dispuse a irme, a las cinco y media, todos los ascensores estaban ocupados. Esperé cinco minutos antes de enviarle un mensaje a Chase.

Hannah: Puede que llegue tarde. No sé si es por la hora punta o qué, pero ningún ascensor para en esta planta.

Me respondió enseguida.

Chase: Ven al ascensor de la dirección.

Dudé. ¿Más tiempo a solas con él en un espacio reducido?

Eso era buscarse problemas.

Pero, por otra parte, las posibilidades de que fuéramos los únicos que usáramos el ascensor de la dirección eran escasas.

Subí un tramo de escaleras hasta la planta de Chase y luego recorrí el pasillo hacia el ascensor. Oí murmullos procedentes de todas las oficinas y me di cuenta de que Magda tenía razón: eran unos adictos al trabajo. Aunque también valía la pena aclarar que la mayoría de los brókers se quedaban al menos hasta las seis.

Sentí la presencia de Chase nada más entrar en el estrecho pasillo. De alguna manera supe que estaba solo. Suspiré cuando lo vi.

Iba vestido con la misma ropa de esta mañana, pero, por el motivo que fuera, allí en el pasillo a media luz parecía todavía más sexy. Tenía el pelo más despeinado, seguramente de pasarse la mano por él. Se estaba desabrochando el primer botón de la camisa cuando notó mi presencia.

No fijes la mirada en ese botón, Hannah.

Me acerqué a él.

—Hola —saludé.

¿Por qué narices sueno tan tímida?

—Hola.

El ascensor se abrió enseguida. Como no podía ser de otra manera, estaba vacío. Entramos y pulsó el botón del *parking*. Unos segundos después, ya me había vuelto a perder en el aroma de su colonia. Me tenía hechizada, y cada vez que lo olía, me transportaba de vuelta a nuestro beso en la playa. Olía a mar, pero también tenía un toque cítrico.

—Gracias por acompañarme esta noche —dijo.

Aquel día se había portado sorprendentemente bien —de hecho, toda la semana—, lo cual era algo positivo, pero no pude evitar sentir una punzada de decepción en el estómago.

—¡Faltaría más! ¿Qué sabes de él?

—Solo lo que mi asistente pudo encontrar en Internet. Tiene unos setenta años y quiere jubilarse.

—¿Y tus padres le vendieron el local a él?

—No. Se la compró a la persona a la que mis padres se la vendieron hace años.

—¿Tiene familia?

—No lo sé, no ha podido encontrar casi nada sobre él.

Intentaba imaginar cómo iría la conversación, cuáles podrían ser sus puntos débiles.

El ascensor pitó cuando llegamos al *parking* y las puertas se abrieron. Chase me hizo un gesto:

—Pasa tú primero.

Di un paso hacia las puertas y entonces sentí que él respiraba hondo. Sí, literalmente lo *sentí*, porque su nariz estaba a la altura de mi cabeza. Me arriesgué a mirarlo de reojo. Estaba mirando hacia abajo. Al instante, me di cuenta de que, desde su ángulo, probablemente podía tener una vista directa de mi escote.

Salí a toda prisa y sonreí para mis adentros.

Vaya, vaya. Así que, después de todo, no es inmune a mí.

Jolines, ¿por qué me alegraba eso?

Estaba totalmente descolocada, ni siquiera sabía lo que quería. Me guió hasta su coche, un Lexus azul oscuro y, una vez que estuvimos dentro, eché un vistazo a nuestro alrededor.

—¿Estás buscando algo? —preguntó.

—No, solo me acabo de dar cuenta de que la gente puede verme subiendo a tu coche.

Frunció el ceño:

—No parecías estar muy preocupada por que te vieran con mi hermano y mi sobrino hoy.

Era cierto. ¿Por qué siempre me ponía tan a la defensiva cuando estaba cerca de Chase? La respuesta me vino a la mente segundos después: porque reaccionaba de forma diferente con él y daba por hecho que los demás también podrían notarlo.

—Tienes razón. Debería relajarme —repuse, pero no respondí a su pregunta implícita. ¿Qué podía decir? "Me pones nerviosa y creo que los demás se están dando cuenta".

—Además, nos podemos inventar mil excusas para justificar que pasemos tiempo juntos.

—¿Ah, sí? ¿Sueles trabajar con tus empleados? —pregunté.

—Rara vez —admitió—. Pero no es algo descabellado.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A un restaurante mexicano. Ha sido elección suya.

—Has hecho bien en dejarle elegir.

—Sé negociar, Hannah. —Me guiñó un ojo y sentí un calor repentino en mis partes íntimas.

—Sí, pero también te gusta que las cosas se hagan de una manera determinada. O sea, a *tu* manera.

—Sí. Pero sé cómo jugar mis cartas… y esperar el momento oportuno.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que me estaba mirando de nuevo. De repente, sentí que estaba ardiendo por dentro.

Un momento, ¿ahora estaba hablando del local o de mí?

No me atreví a preguntárselo.

Pero sabía muy bien cuál quería que fuera la respuesta.

CAPÍTULO TRECE

HANNAH

—¿JEREMY tiene algún tío favorito? —pregunté, esperando que pillara la indirecta y cambiara de tema—. Se moría de ganas de ver a Knox y a Finn.

Me dedicó una sonrisa. ¡Sí, una sonrisa! ¿Por qué lo hacía tan poco? Le sentaba genial.

—Esos dos son probablemente sus tíos favoritos.

Un rato después, llegamos frente a un pequeño restaurante mexicano. Dimos un par de vueltas por las calles de alrededor hasta que encontramos sitio para aparcar y luego fuimos andando. Tenía una terraza preciosa con bancos de madera.

Mientras buscábamos con la mirada al dueño del local, Chase me apoyó una mano en la parte alta de la espalda y la retiró enseguida. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reclinarme hacia él, buscando su contacto.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Ahí está.

Nos aproximamos a un hombre mayor que ocupaba una de las mesas de la esquina. Teniendo en cuenta que apenas eran las seis, el lugar estaba sorprendentemente lleno. Había sitio dentro, pero

todo el mundo estaba disfrutando de la terraza. La tarde era cálida y agradable.

Al vernos llegar, se levantó y me tendió la mano.

—Hola, soy Elijah Casson.

—Y yo, Hannah Levine —saludé.

—Chase, me alegro de verte. Por fin te pongo cara. —Me pareció buena señal que se tutearan.

—Nunca había estado en este restaurante —le comenté a Elijah —, y eso que vivo a solo unas calles de aquí.

—¡Es de mis favoritos! —exclamó—. Os recomiendo el trío de tacos. Los preparan con los ingredientes frescos del día, sobre todo pollo y cerdo, pero a veces también te ponen gambas. Siempre están buenísimos.

Asentí:

—Venga, pues me pido eso entonces.

—A ver qué te parecen. A todo el mundo que traigo aquí le chiflan.

En cuanto nos sentamos, Chase llamó a un camarero. Los tres pedimos tacos y refrescos. Nada más marcharse el camarero, Chase fue al grano:

—Bueno, Elijah, ¿te has pensado mejor mi oferta?

¿Qué narices está haciendo? Tiene que ir ganándoselo poco a poco. Elijah tenía ganas de disfrutar de la cena y Chase poco más y le pasa por encima como una apisonadora.

Presioné mi muslo contra el suyo y él se calló de inmediato. El contacto me electrificó.

Elijah me señaló a mí y luego a Chase:

—Hacéis una pareja interesante.

Casi me da la risa por cómo cambió de tema, pero sentía las mejillas en llamas.

—No somos pareja. Trabajo con Chase.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué estás aquí exactamente? —Se centró en Chase—. ¿Pensaste que si me presentabas tu propuesta a través de una chica tan guapa me convencerías?

Maldita sea. Esto no ha empezado nada bien. Tenía pensado averiguar un poco más sobre Elijah antes de jugar la carta de la

historia familiar, pero no tuve más remedio que cambiar de estrategia.

—No se trata de una simple propuesta de compra —intervine, manteniendo la voz tranquila—, el local es importante para Chase.

Elijah hizo un gesto de desdén con la mano:

—Diriges una empresa de servicios financieros. ¿Para qué quieres este local?

—Perteneció a sus padres —solté a bocajarro.

Eso tuvo exactamente el efecto que buscaba. Echó la cabeza hacia atrás y miró a Chase:

—¿Eso es cierto?

Chase asintió. ¿Cómo podía resultarle tan incómodo el tema?

—¿Por qué no me lo dijiste? —continuó Elijah.

Chase se aclaró la garganta justo cuando el camarero nos traía los tacos.

—Porque no me pareció un argumento relevante.

Elijah nos miró con incredulidad, primero a él y luego a mí, antes de coger uno de sus tacos.

Yo tenía uno de cerdo, otro de pollo y otro de gambas. Empecé por el de gambas y mi idea era seguir con el de cerdo.

No pude evitar mirar a Chase de reojo. Con sus gemelos y su traje caro, la verdad es que desentonaba un poco en aquel sitio. Pero comía con una soltura sorprendente, lo que me demostró que no era ningún estirado con la comida.

Me terminé el taco de gambas en un pispás y suspiré.

—Estaba buenísimo. —Sin duda iba a volver a aquel sitio—. Tenía muchísimo sabor, pero el justo para no camuflar el de las gambas. —También noté el toque de cilantro y lima.

—Exacto —coincidió Elijah, pero seguía absorto en Chase y en el asunto principal—. A ver, cuéntame más sobre tus padres. ¿Cuándo tuvieron ellos el local?

—Hace veinte años —dijo Chase. Su tono era seco.

—¿Por qué vendieron la tienda?

Miré de reojo a Chase y comprendí perfectamente por qué le resultaba tan incómodo el tema. No quería hablar de los problemas

de sus padres con un extraño, pero no había forma de contar la historia sin mencionarlo.

—No pudieron seguir pagando la hipoteca del local, así que el banco se lo quedó y salió a subasta.

Mi mano se congeló a mitad de camino del siguiente taco. Eso no me lo había dicho. Se me partió el alma por sus padres.

—Vaya, lo siento mucho.

—Hicieron lo que tenían que hacer —repuso Chase con tono tajante—. Con lo que sacaron de la venta, pudieron empezar de cero en otra parte.

—¿Qué es lo que quieres hacer exactamente con el local? —Elijah solo miraba a Chase, así que me mantuve al margen.

—Mi idea era comprarlo para darles una sorpresa a mis padres. Puede que mi padre quiera retomar el negocio donde lo dejó. Con mi madre no lo tengo tan claro; está encantada con su jubilación. Se dejaron la piel en esa tienda, así que creo que les hará ilusión que vuelva a estar en manos de la familia.

—¿Por qué narices no me lo dijiste desde el principio? —preguntó Elijah, hincándole el diente a su tercer taco. Yo apenas iba por el segundo, igual que Chase.

—Al fin y al cabo, la compra de un local es una transacción comercial —respondió Chase.

—Ya, pero esta tienda es el trabajo de toda mi vida. Yo también le he puesto cuerpo y alma —replicó Elijah—. Saber que irá a parar a alguien que la aprecia tanto como yo, bueno, eso es justamente lo que siempre he querido.

Chase se quedó atónito. Madre mía, si hubiera tenido el móvil a mano, le habría hecho una foto en ese mismo momento.

—Todos los que han ofertado tienen pensado reformarlo. Uno incluso dijo que, en realidad, solo quiere el terreno y que piensa derribar el edificio. ¿Por qué demonios se lo iba a vender a él? Así que mándame toda la documentación y la firmaré.

—¿Me lo vas a vender a mí? —preguntó Chase.

Elijah entrecerró los ojos:

—Sí, eso es lo que he dicho.

—De acuerdo —respondió Chase, y pude ver al instante cómo se ponía en modo CEO—. Mis abogados se pondrán en contacto mañana a primera hora. Creo que podemos cerrar todo rápidamente.

—Me parece bien —asintió Elijah—. Estupendo entonces.

—¿Y qué vas a hacer ahora que te jubilas? —le pregunté.

—Para empezar, plantarme en un crucero. Llevo veinte años sin cogerme un solo día de vacaciones. He estado guardando dinero, Dios sabe para qué. Ya va siendo hora de disfrutar de la vida con mi mujer.

—¡Qué bien! Me alegro un montón por ti —le dije.

Charlamos un rato sobre cruceros y vacaciones mientras terminábamos nuestros tacos.

—En fin, un placer haber compartido este rato con vosotros —se despidió Elijah media hora después, ya en la calle—. Una lástima que no estéis juntos, hacéis una pareja estupenda.

Intenté decir algo, pero me quedé muda. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Mis abogados se pondrán en contacto contigo —fue todo lo que dijo Chase.

Elijah me dio la mano a mí primero y luego a Chase, antes de darse la vuelta y alejarse a paso ligero.

Yo seguía desconcertada por lo que había dicho Elijah al despedirse. Necesitaba serenarme.

—Enhorabuena por cerrar el trato, Chase —felicité dándome la vuelta despacio, para ganar tiempo.

—Todavía te estás sonrojando.

—¿En serio? —Me llevé ambas manos a las mejillas; sin duda estaban calientes. Cuando levanté la vista hacia Chase, tenía una sonrisa de suficiencia.

—¿Es por lo que ha dicho Elijah?

—Es que no entiendo por qué ha hecho ese comentario.

—Yo sí.

—¿Me lo vas a explicar?

—Prefiero no hacerlo. No vayamos a abrir la caja de Pandora…

Ya no era solo un chispazo; es que aquel hombre me ponía a cien.

—Gracias por la ayuda, Hannah —dijo.

—Nada. Me alegro mucho de que haya salido bien.

—¿Qué te parece si salimos a celebrarlo? ¿Un poco de champán?

—¿Tú y yo, más champán? No sé si es la mejor idea.

Tragó saliva sin quitarme los ojos de encima.

—Tienes razón. Te llevaré a casa.

—Qué va, si vivo al lado. Además, me apetece caminar un poco, hace una temperatura buenísima.

Solía ir a la oficina en coche o en transporte público. Aquel día había elegido lo segundo y ya había caminado bastante, pero aun así quería estirar un poco las piernas.

—Venga, te acompaño hasta la puerta y luego me doy la vuelta.

—Vale.

No quería que se terminara la noche todavía. ¡Estaba muy emocionada con la idea de que Elijah le fuera a vender el local! A decir verdad, tenía muchas ganas de celebrarlo con él. Pero ir a algún sitio juntos y beber champán me parecía una muy mala idea. Un paseo, sin embargo, era perfecto.

—¿Se lo vas a contar a tu familia? —pregunté.

—Se lo contaré a mis hermanos y luego decidiremos juntos cómo darles la noticia.

A los pocos minutos cruzamos bajo el famoso arco luminoso del barrio de Gaslamp. Las calles estaban abarrotadas de gente que salía de trabajar para ir de cañas.

—Me encanta este barrio tan histórico —murmuré.

—Hace tiempo que no vengo por aquí —admitió Chase.

—Después de romper con mi ex, supe que quería vivir aquí. Aunque, para ser sincera, pensaba que me pasaría casi todo el tiempo en el hostal y que solo saldría por aquí de vez en cuando.

—¿Lo echas de menos? —preguntó de forma cortante.

—¿A mi ex? Para nada. Ya es parte del pasado.

—¿Lo ves alguna vez?

—Qué va, ni de coña. ¿Podemos dejar de hablar de él?

—Por mí, perfecto.

Me había hecho polvo, de eso no había duda. De una traición y un chasco así no se sale tan fácilmente. De hecho, ni siquiera sabía si lograría superarlo del todo. Pero Chase no tenía por qué enterarse.

—Hace una noche estupenda para dar un paseo. ¿Te importa si nos desviamos un poco? Suelo hacerlo a menudo de camino a casa.

—Claro —respondió.

Primero pasamos por la Casa Davis-Horton[1]. Aunque no creía que estuviera encantada, mucha gente sí lo pensaba. Hacían cola frente a la casa amarilla para hacerse fotos y *selfies*. El edificio de la pastelería *Royal Pie Bakery* también era uno de mis favoritos de la zona. Sus ladrillos rojos llamaban mucho la atención entre tanta casa de la época victoriana. Pero mi favorito absoluto era el edificio Spencer-Ogden[2]. El pub que había dentro se llamaba *The Tipsy Crow* y las calles apestaban a cerveza.

—¿Sueles caminar por aquí incluso de noche? —preguntó, notablemente más tenso.

—Sí. Es muy seguro —respondí.

—Estás de broma. —Su lenguaje corporal fue cambiando a medida que avanzábamos por la calle. Los bares estaban llenos y ya se veía a algún que otro borracho—. ¿Al menos llevas un *spray* de defensa o algo?

—Chase, relájate.

Pero ni caso. No paraba de mirar de reojo hacia mi derecha y se me pegó tanto que andábamos hombro con hombro. Yo no veía el peligro por ninguna parte… salvo, quizás, por el magnetismo que irradiaba aquel hombre.

—¿Cuánto falta para llegar a tu casa? —preguntó.

—Diez minutos, más o menos.

En realidad, nos llevaría quince minutos, porque Chase no dejaba de aminorar el paso y de vigilar las calles, y yo vivía justo al final del barrio.

Giramos hacia mi calle unos minutos después. Era estrecha, pero la entrada estaba bien iluminada. El edificio era de ladrillo visto y mi piso caía justo encima de un asador. Olía que alimentaba.

—Vives aquí… —afirmó.

—Oye, que te veo juzgar el lugar con la mirada.

—No, solo estoy preocupado. Hannah, ¿de verdad me estás diciendo que no te cruzas con gente borracha y molesta por las noches?

Me encogí de hombros:

—Bueno, a veces sí, porque todo el barrio está lleno de bares y *pubs*. Pero nunca he tenido ningún problema.

—Vale, te acompaño hasta la puerta.

Quería decirle que no hacía falta, pero parecía tan decidido que estaba segura de que no iba a aceptar un "no" por respuesta. Además, no me importaba. A mi ex le traía sin cuidado dónde viviera o si estaba a salvo. Después de romper, le pregunté adónde se iba a mudar y si le pillaba cerca de su trabajo. Por su parte, él ni siquiera se molestó en preguntarme nada. Le daba exactamente igual.

—No hay ascensor y vivo en la tercera planta —advertí.

—No tengo problema en subir por las escaleras.

No había nadie más en la escalera. El sonido de nuestros pasos y nuestra respiración llenaba el espacio.

—Es aquí —dije cuando llegamos a la tercera planta. El pasillo estaba poco iluminado. Abrí la puerta, pero antes de empujarla, me di la vuelta—. Gracias por acompañarme.

Chase puso una mano en el marco de la puerta y se acercó a mí. Noté su aliento en mi mejilla.

Por un breve instante, pensé que iba a acercarse más y besarme contra la puerta. Quizás incluso era lo que deseaba…

—No, las gracias te las tengo que dar yo. No sabes lo que significa para mí lo que has hecho hoy. Has conectado con Elijah de una manera que yo era incapaz de conseguir.

Solo había una palabra para definir a Chase en ese momento: irresistible.

—Tienes que dejar de usar esa colonia —susurré.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

Apreté los labios.

—Hannah, ¿de qué hablas?

—De nada, olvídalo. Estaba pensando en voz alta.

Soltó una carcajada. Sonó grave y supersexy.

—Tu colonia me está volviendo loca —confesé y él sonrió—. Lo siento, me nubla la mente. Me recuerda a…

—La noche en la playa.

—Sí —murmuré—. Pienso en eso demasiado a menudo.

—Yo también —repuso—. Todos los días, cada vez que te veo.

—Pero si casi no te has cruzado conmigo.

—Voy a la oficina de Magda mucho más a menudo de lo que debería. Pero disimulo y no me quedo tanto rato como para que la gente se huela algo.

El corazón me dio un vuelco.

—Chase…

Madre mía, ¿qué se le pasará a Magda por la cabeza?

De pronto, me puso un dedo sobre los labios. Aquel simple roce me dio un chispazo que me recorrió el cuerpo entero.

—No digas nada. —Abrió la boca y luego dudó unos segundos antes de hablar—. Solo necesito verte. Todos los días. No me pidas que te lo explique…

Un leve estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies, como si de repente hubiera accionado un interruptor y todo mi cuerpo lo estuviera deseando.

—No diré nada más —prometió—. Si lo hago, ya no habrá vuelta atrás.

De eso estaba segura. Pero una parte de mí deseaba con todas sus fuerzas que se lanzara, aunque supiera de sobra que lo nuestro era imposible. Él no era para mí.

—Buenas noches, Chase.

—Entra, espero a que cierres.

Empujé la puerta y entré, saludándolo con la mano antes de cerrarla.

Me quedé escuchando con atención y, durante unos segundos, no se oyó nada. *Quizás la puerta está más insonorizada de lo que pensaba.*

Pero entonces oí sus pasos bajando las escaleras y me apoyé contra la puerta, sonriendo en la oscuridad.

1 Nota del traductor: La **Casa Davis-Horton** es la estructura en pie más antigua del centro de San Diego y famosa por los fenómenos paranormales que se reportan tanto en su interior como en los terrenos que la rodean.

2 Nota del traductor: El edificio **Spencer-Ogden** es una estructura histórica de estilo renacimiento francés. Construido en 1874, el edificio se ha adaptado y hoy en día alberga al conocido bar/salón *The Tipsy Crow*, el cual forma parte de la animada vida nocturna del área.

CAPÍTULO CATORCE

CHASE

MIS ABOGADOS se pusieron manos a la obra a la mañana siguiente. Le enviaron todo a Elijah, que respondió rápido diciendo que ni siquiera necesitaría esperar a que terminara la semana. Tras consultarlo con su abogado, firmó los papeles al día siguiente.

Todavía no me podía creer lo rápido que habían avanzado las cosas en el restaurante. Había ido allí mentalizado para una negociación dura, pero Hannah lo encandiló. No culpaba al señor; al fin y al cabo, a mí también me había encandilado. Me asombraba la facilidad con la que la gente se abría con ella. Apenas pude contenerme de besarla en la escalera.

El resto de la semana me sumergí de lleno en el trabajo. Normalmente no me enteraba de nada de lo que pasaba fuera de la oficina, pero el viernes ni siquiera yo pude ignorar la tormenta que se cernía sobre San Diego.

Al principio pensé que pasaría pronto, pero a medida que avanzaba el día, quedó claro que no sería así. La lluvia se intensificó y me preocupaba cómo iban a llegar a casa algunos de nuestros empleados, sobre todo los que usaban el transporte público, que era la mayoría.

¿Hannah conduce?

Joder. No puedo estar pensando en esta mujer todo el maldito día.

Intenté seguir trabajando, pero solo aguanté una hora más. A las cinco, salí de mi despacho sin ningún plan fijo y bajé un piso, directo a la oficina de Magda. Se me estaban acabando las excusas para verla, pero tuve suerte porque no había nadie y su ordenador estaba apagado. Magda ya se había ido, probablemente por el mal tiempo.

Eché un vistazo a la zona común, buscando con la mirada a Hannah. Incluso desde lejos, parecía estresada. La había observado tanto las últimas semanas que me sabía de memoria cómo cambiaba su lenguaje corporal según su estado de ánimo Cuando estaba contenta, se recostaba en la silla, relajada, mientras tecleaba. Cuando estaba concentrada, se inclinaba un poco hacia delante. Pero en ese momento estaba de pie, agarrando el respaldo de la silla con una mano. La mayoría de sus compañeros ya se habían ido. Hablaba por teléfono y se la veía bastante alterada.

Chase: ¿Qué pasa?

Supuse que vería el mensaje cuando terminara la conversación.

Unos minutos más tarde, bajó el teléfono de la oreja y se sentó. Mi teléfono sonó justo después.

Hannah: ¿Cómo sabes que pasa algo?

Chase: Estoy en la oficina de Magda.

Cuando levantó la vista, se me cortó la respiración. Algo no iba bien. Tenía que saber qué había pasado y solucionarlo.

Chase: Ven a la sala de descanso que hay detrás de su oficina. A esta hora del día estará vacía.

Hannah: Vale.

Algo importante debía de haber pasado para que aceptara tan rápido. Me dirigí a la sala de descanso y me apoyé en la encimera, agarrando el borde. Cuando ella entró, me enderecé.

—¿Qué ha pasado?

Tenía los ojos un poco llorosos.

—Eh… mi vecina me ha llamado desde el hostal. Al parecer, la tormenta es aún peor por allí. Me dejé las contraventanas abiertas.

—¿No puede cerrarlas ella por ti?

—No, es una señora mayor. Se ha ofrecido, pero tuve que convencerla de que no lo hiciera. Podría hacerse daño. En fin, ahora estoy intentando ver la manera de llegar hasta allí.

—No has venido en coche —concluí.

Ella negó con la cabeza:

—No. ¿Te lo puedes creer? Llevo media hora llamando a varias compañías de taxis y nadie quiere ir hasta Point Loma con este tiempo. Los de Uber también me rechazan los viajes una y otra vez.

—Te llevaré yo.

Ella parpadeó, sorprendida:

—¿Qué?

—Venga, coge tus cosas. Voy a ir contigo al hostal. ¿Tienes la llave?

—S-Sí —balbuceó, algo muy poco habitual en ella—. ¿Por qué te ofreces a llevarme?

—Porque tienes que ir, yo voy en coche y no me cuesta nada llevarte.

—Déjame en mi casa y luego ya cojo mi coche.

—Llegaremos más rápido si vamos ahora. Además, no quiero que vayas sola.

—Chase.

—Tienes un problema y te estoy ofreciendo una solución.

Se mordió el labio y se pasó la mano por el pelo, que le cayó sobre el pecho en densas ondas doradas. Tuve que apartar la mirada y soltar el aire despacio. No tenía ni idea de cómo había pasado de querer resolver un problema a ponerme cachondo en una fracción de segundo, pero así era.

—Está bien, vamos. Y, Chase, de verdad, muchísimas gracias.

—No te preocupes, te espero aquí. O mejor, te espero al lado del ascensor.

—Vale.

Su voz seguía temblorosa.

—¿Por qué estás tan preocupada? —pregunté.

—Porque me da miedo que la tormenta cause destrozos en el hostal. No he podido reparar gran parte de… Olvídalo. —Se dio la vuelta y empezó a recoger sus cosas.

Cuando nos encontramos en el ascensor, me di cuenta de que nunca la había visto tan estresada; ni siquiera cuando la organizadora de la boda no se presentó. Hannah se pasó todo el viaje en silencio. A medida que nos acercábamos a Point Loma, comprendí por qué ninguna compañía de taxis había querido aceptar el viaje. La tormenta era mucho peor allí y el viento soplaba con una furia tremenda. No me habría sorprendido que arrancara de cuajo algún árbol de la carretera.

—Ya casi hemos llegado —dije.

Se pasó las palmas de las manos por los muslos, mirando hacia fuera.

—¿Por qué no cerré las contraventanas?

—No te culpes, Hannah. Es verano. Nunca tenemos tormentas así en esta época.

Extendí la mano y la puse sobre su mano izquierda:

—Hannah, sea lo que sea que nos encontremos allí, lo resolveremos.

Giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—Chase, te agradezco que me lleves hasta allí, pero no espero que te encargues de nada.

Ya vería que yo estaba ahí para lo que hiciera falta.

La tormenta fue empeorando aún más a medida que nos acercábamos al hostal.

—Puedes aparcar justo delante —dijo—. Menos mal que no se ha desprendido ninguna de las contraventanas. Al menos, que yo vea.

Teníamos que darnos prisa. Las contraventanas golpeaban con fuerza por el viento, y la lluvia caía a cántaros. Nos empaparíamos en segundos.

—Quiero que entres corriendo y te quedes ahí, yo me encargaré de cerrar las contraventanas —afirmé mientras detenía el coche.

—No digas tonterías.

—Lo digo en serio.

—Chase, es mi hostal. Ni siquiera sabes dónde están todas las ventanas. Quédate en el coche con la calefacción puesta.

—No. En todo caso, hagámoslo juntos, será más rápido.

Salimos del coche y corrimos hacia el porche. Tal y como había previsto, acabamos completamente empapados. Una vez dentro, la seguí. Cada habitación tenía al menos dos ventanas, y cerrar las contraventanas me costó mucho más esfuerzo de lo que pensaba. Nunca había tenido contraventanas exteriores que se cerraran desde dentro.

El viento soplaba con una fuerza brutal. Pero, veinte minutos después, las habíamos asegurado todas y habíamos vuelto al salón. El espacio estaba muy oscuro con todas las contraventanas cerradas.

En cuanto dejamos de movernos, me di cuenta de que Hannah estaba temblando.

—Tienes frío. ¿Tienes algo para cambiarte?

—No, me llevé todo lo que tengo a casa. Pero tú también estás empapado.

—Puedo aguantarlo —repuse.

Ella sonrió:

—¿Qué pasa, que te crees que soy de azúcar y me voy a derretir?

—Ya te está saliendo la vena descarada.

Dejó escapar un suspiro de alivio:

—La verdad es que pensaba que al llegar aquí me iba a encontrar todas las contraventanas arrancadas o algo peor. Vámonos antes de que la tormenta empeore y no podamos ni conducir.

—Claro —dije—. Estaba a punto de sugerir lo mismo.

El problema fue que apenas conseguimos pasar la verja. La tormenta había derribado un árbol enorme que ahora obstruía el paso en la carretera.

Hannah gruñó:

—Esta es la única salida.

—Voy a llamar para que nos ayuden. No me gusta nada estar aquí, podría caernos un árbol encima. Volvamos dentro.

—Sí, hay demasiados árboles por aquí —coincidió.

Paré el coche en el mismo sitio que antes.

—Deja que llame al guardabosques de la zona—dijo Hannah, y luego se llevó el teléfono al oído—. Hola, señor Wilkins. Sí, soy Hannah, de *Loma House*. La carretera está bloqueada porque se ha

caído un árbol. Estoy a salvo, pero ¿cuándo cree que podrán retirarlo? —Le cambió la cara—. Claro, tiene sentido. El caso es que no tenemos forma de salir. Sí, por supuesto. Lo entiendo. Igualmente, cuídese. Nos vemos mañana.

Guardó su móvil y me miró con aire de disculpa:

—No vendrán esta noche. Va a esperar a que amaine. Y mañana a las nueve vendrá un inspector de seguridad para evaluar los daños.

Cuando vi que el hostal estaba en tan mal estado, me había puesto en contacto con una empresa que inspeccionaba las propiedades después de los temporales y tormentas. No confiaba en mis propios conocimientos para detectar los problemas, y varios vecinos usaban el mismo servicio.

—Es lógico —respondí—. Pero creo que vamos a tener que pasar la noche aquí.

Ella resopló:

—Lo sé.

—Hannah, no es el fin del mundo. A mí, desde luego, me apetece darme una ducha caliente.

—Tengo un montón de toallas limpias.

—¿Ves? No estaremos tan mal —Le guiñé un ojo.

Entramos lo más rápido posible. El lugar parecía aún más oscuro que antes.

—Lo siento mucho —dijo Hannah.

Le puse las manos en los hombros, ella se detuvo y me miró:

—Hannah, no tienes por qué disculparte. Me ofrecí a acompañarte, y menos mal que lo hice. ¿Qué habría pasado si hubieras venido aquí sola?

—Bueno, probablemente me habría peleado un buen rato con las contraventanas, pero ahora mismo estaría atrapada y sola aquí.

—No me importa quedarme atrapado aquí contigo —-le solté—. Ni un poquito.

Ella se rio con nerviosismo, extendió la mano hacia la pared y pulsó el interruptor de la luz.

—Mierda. No hay luz.

CAPÍTULO QUINCE

CHASE

—NO PODEMOS HACER MÁS que esperar —murmuró.

—Ya.

Joder, la idea de pasar toda la noche con ella me estaba volviendo loco. Estaba poniendo a prueba todo mi autocontrol. Apenas podía contenerme en el trabajo cuando estábamos rodeados de cientos de empleados; no tenía ninguna posibilidad de guardar las distancias aquella noche. Lo sabía con total certeza.

—Tengo algunas linternas —dijo ella—, y velas, pero no quiero quemar esto por accidente.

—¿Dónde están las linternas?

—En la cocina, debajo del fregadero.

Fuimos hacia allí guiándonos con la luz de nuestros teléfonos.

—Yo las cojo —dije, agachándome. Solo había dos.

—Estas deberían durar un buen rato. Quizás deberíamos encender una para tener algo de luz en el salón, ¿no? —sugirió ella.

—A mí no me molesta la oscuridad.

—Vale. —Retiró la mano de la linterna, rozándome el brazo.

Le agarré la muñeca; necesitaba tocarla. Estaba desesperado por hacerlo.

Inspiró con fuerza.

—Tienes la piel supersuave. —Deslicé los dedos más arriba, acariciándole el brazo. Se le puso la piel de gallina y le rodeé el hombro con la mano antes de colocarle el pelo detrás de la oreja. Me acerqué más —. Hueles de maravilla. ¿Sabes lo mucho que tengo que luchar contra mis impulsos cada día?

—¿De verdad? —preguntó con voz suave.

—Te lo juro. Lo único en lo que pienso es en encontrar una excusa, la que sea, para pedirte que vengas a mi despacho.

—¿Por qué?

—Para verte, hablar contigo… y hacer esto. —Deslicé la mano por su espalda y tracé una línea recta con el dedo corazón por su columna vertebral.

Soltó un gemido, y en ese preciso instante supe sin lugar a dudas que aquella noche iba a romper todas las promesas que le había hecho.

—Quiero preguntarte cómo te ha ido el día y contarte el mío. Y, sobre todo, me muero de ganas de besarte. —Le susurré al oído y ella se estremeció ligeramente. Me puso la mano en el pecho, la subió hasta mi hombro y apoyó el pulgar en mi cuello.

—Yo también pienso en eso: todo el tiempo —murmuró, y luego suspiró contra mi piel.

Estaba luchando contra todos mis instintos, pendiendo de un hilo. Necesitaba besarla más de lo que jamás había necesitado nada en el mundo.

—Hannah… —murmuré.

—¿Sí? —Su voz sonaba expectante. Apretó el pulgar aún más fuerte contra mi cuello.

—Estás temblando. Ve a darte una ducha.

—Ven conmigo —respondió.

Tardé unos segundos en asimilar sus palabras, pero, en cuanto lo hice, no pude contenerme.

—Dilo otra vez.

—Ven conmigo.

Le volví a tocar la cara, presionando mi pulgar sobre sus labios:

—Desde la boda, no he dejado de desearte ni un solo día y, no sé cómo, he sido capaz de luchar contra mis instintos, pero ya no

puedo más.

Al segundo siguiente, la besé. Joder, la sensación era increíble: su sabor, sentir su aliento, su lengua… me volvía loco.

Se apoyó contra mí, entregándose por completo.

No pude detener el beso ni siquiera un segundo para explorar el resto de su cuerpo, pero aquella noche tenía tiempo. Enredé mis dedos en su pelo y le rodeé la nuca con una mano. Con la otra, recorrí su espalda de arriba abajo. Ella se apretó contra mí y me puse completamente duro en un instante.

—Te deseo muchísimo —susurré, rozando sus labios con los míos.

—Yo también te deseo.

Sentí una descarga de adrenalina brutal por todo el cuerpo. Aquella noche, Hannah iba a ser mía.

—¿Tienes idea de todas las cosas que te voy a hacer esta noche, Hannah?

—Sí. Sea lo que sea lo que tengas en mente, lo quiero todo.

Sus palabras llegaron directo a la entrepierna. Estaba tan empalmado que hasta me dolía. Me llevé la mano al cinturón y sentí la suya sobre la mía. Joder, ella quería verme desnudo tanto como yo. Tiré del cinturón y sonó como si fuera a romperse, pero me importaba una mierda si se rompía. Entonces ella me bajó la cremallera y yo me bajé los pantalones. Deslizó la mano por dentro de mis bóxers y me rodeó la polla con los dedos. Me apretó y eché las caderas hacia delante, empujándola contra su puño.

—Hannah, quiero hacer que te corras tú primero.

Ella jadeó, apretándome aún más fuerte.

Le agarré la muñeca:

—Suéltame.

—Vale. —Abrió la palma de la mano y se la puse sobre el pecho.

—¿Puedo quitarte la camisa? —preguntó tímidamente.

—Claro que sí.

Mientras intentaba desabrocharme los botones, deslicé la mano por el costado de su cuerpo.

—¿Esta cosa tiene cremallera? —pregunté.

Se rió:

—No.

Agarré el bajo del vestido, se lo quité por la cabeza y lo tiré sobre la encimera de la cocina. La besé antes de que tuviera tiempo de terminar de desabrocharme la camisa; no quería perder ni un segundo sin explorarla. Gimió contra mi boca cuando le rodeé la espalda con los brazos, presionándose por completo contra mí. Solo llevaba puestos las bragas y el sujetador, así que podía sentir su piel mientras movía las caderas hacia delante y hacia atrás, frotándose contra mi erección.

¡Joder!

¿Cómo puede ser tan increíble lo que siento?

Di un paso atrás y Hannah exhaló con fuerza mientras yo desabrochaba el resto de botones y me quitaba la camisa. Nunca me molestaba en llevar camiseta interior, algo que ambos parecíamos agradecer en ese momento.

—Vamos a acercarnos a una ventana —indiqué, llevándola al salón—. Quiero verte. No hay suficiente luz con las linternas.

El sol aún no se había puesto del todo y unos rayos débiles se filtraban a través de las persianas, a pesar de que el cielo se veía completamente negro cuando estábamos fuera.

Nos llevamos las dos linternas y las coloqué en una de las mesas del salón para que iluminaran el techo.

—Así está mejor —dije antes de volver junto a ella.

Se humedeció los labios, echando un vistazo a su cuerpo:

—Deberías haberme avisado. Habría ido al gimnasio o algo así.

—Eres preciosa. Me flipan tus curvas; llevo fantaseando con tu cuerpo desde la boda. Quiero verte, ¿o te sentirías más cómoda si apagara las linternas?

—No las apagues, yo también quiero verte. —Entonces deslizó los dedos por mi pecho—. Puedo sentir todos estos músculos, pero verlos es otro nivel.

La acompañé de vuelta al sofá porque era el sitio más cómodo. Ni de coña tenía suficiente autocontrol para ir a uno de los dormitorios. Le quité el sujetador y enseguida empecé a acariciarle los pechos.

Primero rodeé sus pezones con mis dedos y luego bajé la cabeza, llevándome el derecho a la boca. Ella jadeó, arqueando la espalda. Me coloqué de manera que pudiera acceder fácilmente a sus pechos y a sus muslos; después, apoyé la mano derecha en la cara interna de su muslo, provocándola a medida que subía poco a poco con los dedos. Luego presioné el dorso de mi mano contra su sexo y ella soltó un gemido.

—¡Chase! —exclamó.

Quería tocar su piel desnuda, pero, de momento solo la acariciaba por encima de la tela. Se me tensó la polla al sentir cómo se humedecían sus bragas y luego se mojaban aún más. La fricción de la tela contra su piel sensible la estaba volviendo loca. Lo noté en la forma en que apretaba los músculos y me agarraba por los hombros.

Cuando me di cuenta de que aquello le estaba resultando más tortuoso que placentero, metí el dedo por debajo de la lencería, acariciando la misma zona con el pulgar antes de rodear su clítoris. Luego la penetré con el dedo. Se volvió loca, y empezó a retorcerse.

—Chase, por favor…

Oír sus súplicas ponía aún más a prueba mi autocontrol. Me senté en el sofá y la atraje hacia mí.

—Chase —murmuró, a horcajadas sobre mí—, necesitamos un condón.

—Tengo uno, pero no te preocupes. Por ahora, solo te daré placer con mis dedos y mi lengua. —Aparté a un lado la tira de tela que le cubría el sexo y acaricié sus zonas más sensibles.

Alterné entre esos movimientos y rodear su clítoris con la lengua. La tenía a mi merced… o eso creí, porque entonces ella me agarró la polla y empezó a deslizar la mano arriba y abajo.

—¡Hannah!

Mi voz se quebró en un gemido. Seguí tocándola, moviendo los dedos al ritmo que a ella le gustaba. Era como un libro abierto para mí; descifraba cada arqueo de su espalda, cada inclinación de su cuello. Con la otra mano, le acaricié los pechos mientras besaba sus hombros.

Me soltó la polla y hundió ambas manos en mis muslos, clavando sus uñas en mi piel. Estaba muy cerca del orgasmo, y yo sabía exactamente qué la llevaría al límite.

Apartándole las bragas a un lado, estimulé su sexo y le metí dos dedos mientras presionaba su clítoris con mi pulgar. Se sacudió con tanta fuerza que casi se cae de mi regazo. Le puse una mano en la espalda, manteniéndola en su sitio mientras la estimulaba con la otra. La quería en esa posición, quieta. Así podría asimilar cada gota de placer que yo quisiera darle.

Seguí las señales de su cuerpo, manteniendo la presión sobre su clítoris, y estalló de placer al segundo siguiente, balanceando las caderas.

La abracé unos instantes hasta que se calmó.

—Ha sido increíble —murmuró.

—Esto es solo el principio.

Nos pusimos de pie, la giré para que quedara frente al sofá y la tumbé boca arriba, dejando su trasero en el borde. No quería esperar demasiado porque todavía estaba sensible, se volvería a correr rápido. Así que le abrí bien las piernas, tocándole la parte interna de los muslos. Su piel era muy suave, y quería besarla antes de hacerla disfrutar otra vez. Me acerqué a la parte interna de su muslo derecho, besándola en línea recta hacia el coño. Ella jadeó y oí su grito ahogado. Se estaba preparando, pero yo no iba a por su sexo. Todavía no.

Apoyé mi boca en la parte interior de su rodilla, subiendo poco a poco antes de ralentizar el ritmo al acercarme a la entrepierna. Entonces presioné mi lengua contra su entrada, la deslicé en su interior y luego subí lentamente hasta su clítoris, con la intención de darle el mayor placer posible.

Jugué con su cuerpo al ritmo que yo quería, alternando entre chuparle el clítoris y subir con los labios por su abdomen. Ella jadeaba desesperadamente cada vez que me alejaba de su centro, pero no quería abrumarla. Quería que pudiera asimilar cada gota de placer.

—Me encanta explorarte —dije—. Tu cuerpo es tan jodidamente perfecto. Me encantan tus curvas.

Le besé el vientre antes de volver a bajar hacia su sexo. Estaba lista. Deslicé dos dedos de arriba abajo por su hendidura mientras le estimulaba el clítoris con la boca. Cuando apretó los muslos y levantó las caderas unos centímetros, le metí esos dos dedos dentro. Soltó un grito de placer aún más bonito que la primera vez.

Se quedó lacia en mis brazos, con los muslos temblando y la respiración entrecortada. Iba a levantarme para coger el condón, pero Hannah me atrajo hacia ella.

—No. ¿A dónde vas? Te quiero dentro de mí ahora mismo.

Se relamió los labios, y le presioné el inferior con mi pulgar antes de acariciarle la mandíbula.

—Necesitamos un condón, preciosa.

—Ah, sí. Eso.

Me incorporé:

—Déjame ir a por mis pantalones. Me los he dejado en la cocina.

Regresé rápidamente con un condón, rasgando el envoltorio por el camino y poniéndomelo. Ella seguía esperándome en el sofá, apoyada contra el respaldo.

Tenía el culo justo en el borde. De pie frente a ella, le agarré ambas manos y la ayudé a ponerse de pie. Luego la besé, retrocediendo con ella hasta que la apoyé contra el cristal. Hannah jadeó al sentir el contacto frío. Como las persianas estaban cerradas, nadie podía vernos.

—¿Te gusta así? —pregunté.

—¡Sí! El cristal está frío, y nuestros cuerpos arden.

La giré y la apoyé contra el ventanal. Se estremeció y apoyó la frente en el cristal, y luego las palmas de las manos.

—Chase, ¿qué me estás haciendo?

—Saciándome de ti.

Le besé la espalda, que estaba completamente bañada en sudor. Me encantaba que se hubiera corrido tan fuerte como para sudar de esa manera. Volví a girarla y, esta vez, la besé en la boca muy despacio. No íbamos a llegar al sofá. Le cogí las manos, las puse sobre mis hombros y luego me agaché lo suficiente como para poder agarrarle los muslos.

Acto seguido, la levanté en mis brazos y la bajé sobre mi polla de un solo movimiento rápido, presionando su espalda contra la ventana. Hannah jadeó de placer. Me encantaba ese sonido y quería oírlo una y otra vez. Me hundí por completo dentro de ella mientras apoyaba mi frente en su mejilla.

Ese momento fue una puta locura. Nunca había vivido nada igual. Estaba totalmente perdido en ella: el olor de su champú, su piel suave. Jamás me había sentido tan completo en mi vida.

Me retiré y volví a penetrarla. Continué con embestidas largas y precisas porque quería sentirla —literalmente, sentirla— a lo largo de cada centímetro de mi polla. Ella también se movía de arriba abajo, jadeando y suplicando por más placer. Necesitaba correrse de nuevo, y yo buscaba mi propio clímax con desesperación. Apoyé una mano en el cristal mientras la ajustaba sobre mi polla antes de sujetarla con ambas manos.

—Quiero ver cómo te tocas y sentir cómo te corres en mi polla.

Sus músculos se contrajeron con fuerza. Estaba claro que le gustaba que le dijera guarradas, y eso me encantaba de ella. Empecé a correrme en cuanto puso la mano sobre su sexo. Me invadió una oleada de placer y empecé a ver borroso.

Entre mis propios gemidos desesperados, la oí gritar. La abracé hasta que los dos recuperamos el sentido y luego la bajé al suelo.

—Quedémonos así unos segundos —pidió—, mientras recuerdo dónde estamos y qué estábamos haciendo. Si seguimos en el planeta Tierra o no.

Me reí y le besé la cabeza:

—¿Qué te parece si nos tomamos un descanso antes de volver a la acción?

Deslizó los dedos por mis bíceps:

—Qué fuerza tienes. No puedo creer que hayas sido capaz de sostenerme ahí arriba durante tanto tiempo.

—Ha sido un placer —respondí mientras daba un paso atrás—. ¿Dónde está el baño más cercano? Tengo que limpiarme.

—Te acompaño —respondió, cogiendo una linterna.

Caminamos despacio por el pasillo y entramos en un pequeño baño.

—Es un buen momento para darnos esa ducha —sugirió.

—¿Funciona el agua?

—Debería. Es independiente del sistema eléctrico.

Tenía razón. Apoyamos la linterna en el lavabo y nos duchamos juntos, tomándonos nuestro tiempo para enjabonarnos el uno al otro. No podía saciarme de ella, pero la ducha era demasiado pequeña para hacer nada dentro.

Al terminar, nos secamos rápidamente y volvimos al salón.

Hannah se puso el vestido y yo solo mis calzoncillos Se acercó a la ventana, quedándose boquiabierta al ver el cristal.

—Madre mía. Ha quedado la silueta de mi culo marcada en la ventana.

—Eso me da ideas…

—Ya me lo imagino.

Se dio la vuelta. Aunque no podía verle la cara porque mi cuerpo tapaba la luz de la linterna, intuía que algo la preocupaba. Estaba completamente encogida de hombros.

—¿Qué pasa?

—Nada. Pero seguro que nunca te has quedado atrapado toda una noche en casa de una mujer.

—Hannah, aunque pudiera irme ahora mismo, ni de coña lo haría. Lo digo en serio. —Luego me aclaré la garganta—. ¿Quieres que me vaya?

—No, no cuando me has prometido hacerme de todo contra esa ventana. Solo estoy pensando dónde vamos a dormir. Tenemos el sofá cama, o podemos usar el dormitorio de la planta baja. Aunque tengo que buscar ropa de cama, y una manta.

—Yo te daré calor.

Se rió:

—Oye, qué buena idea. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí?

CAPÍTULO DIECISÉIS

HANNAH

ME DESPERTARON UNOS RUIDOS EXTRAÑOS. Me incorporé de un salto y se me nubló la vista al instante, así que cerré los ojos y volví a abrirlos. *¿Estoy atrapada en un sueño erótico en el que Chase anda por el dormitorio completamente desnudo?*

—Te he despertado. Lo siento.

—Di lo que sea —murmuré.

—¿Qué?

Salté de la cama, me acerqué a Chase a paso ligero y me detuve en seco justo delante de él:

—Estoy intentando comprobar si eres real o no. —Me llevé un dedo a los labios—. Mmm. Hablas, y ese culo tan sexy es tal y como lo recuerdo de anoche. Tu polla es igual de impresionante, aunque, bien pensado, si lo de anoche y lo de esta mañana fuera un sueño, tendrías el mismo aspecto. —Le pellizqué los abdominales—. Sí, eres real.

Él soltó una risita:

—Claro que sí.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? —pregunté, mirándolo embobada. Fue entonces cuando me di cuenta de que yo

también estaba desnuda. Y, sin embargo, no me sentía para nada cohibida.

—No es tan temprano, son casi las nueve. He mirado fuera y hace buen tiempo.

—¡Madre mía!

Abrí las contraventanas y vi que hacía sol. El jardín estaba hecho un desastre, con ramas tiradas por todas partes.

—Supongo que ya habrán despejado la carretera —continuó Chase.

Me volví hacia él, poniendo cara de pena:

—¿Eso significa que pronto podremos irnos?

Sonrió:

—No, solo significa que el inspector de seguridad llegará pronto. Eso es lo que dijiste ayer, así que será mejor que nos vistamos.

—Mierda, tienes razón. —Miré a mi alrededor. *¿Dónde está mi ropa?* —Qué raro, por las mañanas suelo tener la mente mucho más despejada. No sé por qué tengo la cabeza tan espesa hoy. —Lo señalé—. Creo que la culpa es de los dos orgasmos de anoche.

Gruñendo, se colocó justo delante de mí:

—Tres.

Le dediqué una sonrisa pícara.

—Mmm. ¿Estás seguro? Eso es discutible, ¿no crees? ¿De verdad te crees capaz de hacerme tener tres orgasmos, ¿eh?

—Te lo puedo demostrar.

—¡Sí! —exclamé—. Pero guárdate esa idea para cuando volvamos a estar solos.

Chase volvió a gruñir en respuesta.

Nos aseamos y nos vestimos a toda velocidad. Llevaba unas pintas de haber tenido una noche loca de cuidado, ¿pero qué más me daba? No conocía al inspector de nada.

***

Chase tenía razón. El inspector llegó diez minutos más tarde, acompañado por un chico joven. Probablemente era un aprendiz.

Chase y yo nos quedamos en el porche mientras se acercaban, ambos mirando a nuestro alrededor con mirada escrutadora.

—Buenos días, señora —me saludaron.

—Buenos días —respondí.

—¿Está despejada la carretera? —le preguntó Chase al inspector.

El hombre asintió:

—Casi, pero se puede circular con total seguridad. ¿Ya han inspeccionado la propiedad?

—No —respondí—. Podemos hacerlo ahora.

—Su marido puede enseñárnosla —dijo.

Me sobresalté. *¡Jolín! ¿Qué me pasa?* Esperaba que nadie se hubiera dado cuenta de nada.

—Hannah es la dueña de la propiedad —aclaró Chase con naturalidad—. Ella puede enseñarle todo. Por cierto, ya ha vuelto la luz.

El inspector más joven puso un tic enorme en la hoja de papel que sostenía.

—Estupendo, una cosa menos que comprobar —dijo—. Al no haber árboles grandes bordeando la propiedad, estimo que los daños no serán tan severos. Pero el viento soplaba con tanta fuerza que podría haber arrastrado algunas ramas de allí. —añadió, señalando los árboles que había en los límites del jardín—. Así que vamos a dar una vuelta, ¿les parece?

—Claro —respondí. Me volví hacia Chase—. Puedes esperar dentro si quieres.

—Te acompaño.

—Gracias. —El simple hecho de tenerlo a mi lado me hacía sentir segura. No iba a tener que enfrentarme a esto yo sola.

Obviamente, el hostal era mi responsabilidad. Pero me gustaba saber que se preocupaba por mí y que quería estar ahí para apoyarme.

Caminamos despacio por el perímetro. Había muchos destrozos en el jardín. Mi rosal estaba prácticamente destruido. Habían caído unas cuantas ramas enormes de los árboles y el viento las había esparcido por todas partes.

Cuando casi habíamos terminado la inspección, se me cortó la respiración. Una rama enorme se había estrellado contra la pared este. Había destrozado parte del porche e incluso tirado un poste que servía para sostenerlo. *¿Cómo demonios llegó eso hasta aquí?* Los árboles no estaban tan cerca.

—Eso parece peligroso —dijo el inspector de más edad—. No se acerquen demasiado, tienen que repararlo cuanto antes.

—Sí, justo estaba pensando lo mismo —respondí. Mi voz sonaba robótica. Maldita sea, no podía ni imaginar cuánto costaría una reparación así.

—Ha sido un viento muy fuerte —comentó Chase con calma.

Los inspectores asintieron, cada uno rellenando un formulario mientras volvíamos a la entrada.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo el mayor de los dos, entregándome las hojas.

—A ustedes.

Chase y yo nos quedamos en el porche mientras se marchaban.

Resoplé:

—Chase, lo siento. Ahora mismo estoy de un humor de perros. Entenderé perfectamente si quieres irte.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí contigo y ayudarte a arreglar las cosas.

—No creo que puedas.

—Pues entonces voy a animarte.

A pesar de la situación y de mi mal humor, me eché a reír:

—Eso sí que lo puedes hacer.

—Lo primero es lo primero: necesitamos comer. Vamos a desayunar a algún sitio, luego volvemos y pensamos en cómo solucionar esto.

Negué con la cabeza:

—Hoy es sábado, así que no podré hacer gran cosa. Pero el lunes llamaré a un par de empresas para ver quién puede encargarse de esto lo antes posible.

—¿Qué te preocupa? Cuéntame.

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. El viento me lo volvió a echar a la cara y me eché a reír. Entonces me llevó a un

rincón para que nos resguardáramos del viento.

Me encogí de hombros:

—Me temo que las reparaciones me costarán un ojo de la cara.

—Tu seguro las cubrirá.

—Tal vez. Pero tendré que pagar una franquicia enorme.

Después de la primera conversación que tuve con Chase sobre el hostal, miré las subvenciones que el ayuntamiento concedía para reformas, pero, tal y como temía, la propiedad no cumplía los requisitos. *Dios, adoro este sitio, pero ¿por qué se está comiendo cada céntimo que gano?*

—En fin… gracias por acompañarme en la inspección.

—¿Qué ha pasado antes? Cuando el inspector ha pensado que yo era tu marido, te *sobresaltaste*.

—Sinceramente, ni siquiera sé muy bien por qué reaccioné así. Supongo que me trajo malos recuerdos. Mi ex nunca venía al hostal cuando pasaba algo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Chase con brusquedad—. ¿No venía aquí cuando había una emergencia?

—No, ni de coña. Odiaba el hostal y que viniera a ver a la abuela tan a menudo. Quería que hiciéramos otras cosas el fin de semana. Al final, empezó a hacer sus propios planes siempre que yo estaba aquí. Con otra persona…

—Joder —gruñó.

Hice un gesto con la mano, restándole importancia.

—No quiero hablar de él, no tiene sentido. Quizá debería empezar a hacer una lista de empresas de reparaciones hoy mismo.

Chase se acercó y me rodeó la cintura con los brazos:

—Te propongo un trato. Primero desayunamos y luego hacemos la lista juntos. Así después nos quedará el resto del día libre para divertirnos.

Sonreí:

—Acabas de convertirte en mi persona favorita.

—Ese era mi plan desde el principio. Ahora, ¿dónde quieres ir a desayunar? —preguntó.

—Hay una cafetería buenísima no muy lejos. Pero primero me gustaría pasar a ver a mi vecina y ver si necesita ayuda. La llamaría,

pero me he quedado sin batería.

El viento volvió a soplar y me echó el pelo a los ojos. Chase se acercó, pasándome las manos por el pelo para apartármelo.

—Eres increíble. Qué bonito que te preocupes por tu vecina en un momento como este.

—Espero que esté bien —dije—. Pero, Chase, sinceramente, esta va a ser una mañana muy aburrida para ti. Puedo hacerlo todo yo sola.

—No va a ser aburrida porque estoy contigo —respondió en un tono que no admitía réplica.

—Vale, si estás seguro, entonces vamos a visitarla. Podemos ir andando y luego volver a por el coche.

—Claro. Te sigo.

La señora Adams vivía al lado. Su casa era mucho más pequeña que el hostal, pero muy acogedora. Siempre me había encantado. También era de estilo victoriano, pintada de blanco con contraventanas azules. Todas estaban aún cerradas cuando subimos al porche.

—Espero de *verdad* que esté bien —murmuré, con el corazón a mil por hora mientras llamaba a la puerta.

Unos segundos después, oí pasos y me tranquilicé un poco. La puerta se abrió de par en par.

La señora Adams tenía unos ochenta años. Desde que tenía uso de razón, se teñía el pelo de negro azabache y siempre se lo recogía en un moño. Era menuda y esbelta, aunque en ese momento no podía apreciarlo porque llevaba un albornoz negro muy holgado.

—Buenos días, Hannah —saludó. Luego miró a Chase—. ¿Eres el inspector? Ya le he dicho a tu jefe que no hacía falta que viniera nadie.

—No, vengo con Hannah —respondió Chase, y yo suspiré ante lo que eso implicaba.

La señora Adams me sonrió de oreja a oreja. Me recordaba muchísimo a la abuela. A lo mejor porque solían pasar mucho tiempo juntas. Se pasaba el día en nuestra casa cuando yo era pequeña.

—Hannah, cariño… —chasqueó la lengua—. Me has estado ocultando cosas.

—Eeem, bueno, solo queríamos asegurarnos de que estabas bien —dije.

—Esta mañana di una vuelta por la casa y todo parecía estar bien. Le dije al inspector que no hacía falta que vinieran, pero me dijeron que quizá enviarían a alguien de todos modos. Por eso pensé que eras tú —le dijo a Chase.

—Mmm, no creo que vayan a pasar por aquí. Acaban de ir al hostal —aclaré.

—¿Cómo está todo en *Loma House*?

Cambié el peso de una pierna a la otra.

—Tendré que reparar algunas cosas.

Chase me puso la mano en la nuca y, al instante, me relajé al sentir su contacto.

—¿Tiene luz? —le preguntó a la señora Adams.

—Sí, ha vuelto esta mañana, gracias a Dios.

Entonces miró a Chase con interés. Una cosa que la abuela y la señora Adams tenían en común era que ambas eran unas cotillas de cuidado. Estaba segura de que todos nuestros vecinos se enterarían de su existencia muy pronto. Tampoco era que me importara; en el fondo me gustaba presumir de aquel monumento de hombre.

—¿Necesita que la ayudemos en algo? —preguntó Chase.

—¿Os apetece pasar a tomar un café?

La señora Adams era *más* lista que el hambre.

—No, la verdad es que tenemos que irnos. Solo queríamos ver si estabas bien después de la tormenta —expliqué.

Me dedicó una sonrisa cómplice:

—Estoy bien, cariño. Pero cuando estéis por aquí, no dudéis en pasaros a tomar un café.

—Lo haremos —respondí—. Si necesitas algo, llámame. Oh, espera. Se me ha quedado sin batería el móvil.

Chase sacó el suyo:

—Dígame su número, señora Adams.

—Claro. —Se lo recitó de carrerilla y él la llamó al instante.

—Ahora ya tiene mi número. Llámeme si necesita algo.

—Eso haré. —Su sonrisa era aún más amplia que antes.

Le toqué el brazo.

—Venga, Chase, vámonos.

Nos dimos la vuelta mientras ella cerraba la puerta.

—Parece simpática —comentó Chase.

—Para mí es como una segunda abuela desde que perdí a la mía. No para de decir que se está haciendo demasiado mayor para vivir aquí y que quiere mudarse a algo más pequeño. Pero no ha encontrado comprador para la casa. Una vez se me pasó por la cabeza la idea de comprársela para vivir allí y alquilar el hostal, pero… —Me reí con nerviosismo— Ahora tengo otras cosas de las que preocuparme.

De camino a su coche, le expliqué dónde estaba el *Fanny's Diner*.

En el coche, puse a cargar el móvil. Diez minutos más tarde, aparcamos frente a la entrada principal. El *Fanny's Diner* estaba en un pequeño edificio junto a Catalina Boulevard. Había dos jacarandás detrás del local y los dos se habían caído, por suerte no sobre el edificio.

Por lo que pude ver, Fanny tenía el local a rebosar. Cuando entramos, se dio la vuelta y me sonrió y vino pitando a nosotros con una cafetera gigante en la mano derecha.

El local olía a azúcar y café. El sonido de los clientes hablando y de los tenedores chocando contra los platos llenaba el ambiente.

—Hannah, buenos días. ¿Qué tal el hostal? ¿Cómo…? —Se detuvo de repente, apretó los labios y miró a Chase de arriba abajo. Fanny me conocía desde hacía mucho tiempo. A diferencia de la señora Adams, era bastante más sutil. —He hablado con la señora Adams —comentó Fanny—. Dice que su casa no ha sufrido ningún daño.

—Sí, hemos estado en su casa. Está bien.

—¿Y tú?

—Nada que no pueda solucionar.

—Genial. ¿Por qué no os sentáis? Las tortitas corren a cuenta de la casa.

—Le agradezco, pero no puedo aceptar su invitación. Pagaremos como todo el mundo. —dijo Chase.

Maldita sea. No tuve oportunidad de avisarle.

Fanny se puso firme:

—No, de eso nada, caballero. No en Point Loma, y menos aún después de una tormenta. Todos han pasado una noche difícil. Lo menos que puedo hacer es invitarlos a unas tortitas.

—No discutas con ella —le susurré con picardía a Chase, sabiendo que Fanny estaba lo suficientemente cerca como para oírnos.

—Explícaselo tú —dijo ella—. Sentaos ahí. —Señaló una mesa junto a la ventana y luego se dio media vuelta para continuar su camino.

Chase y yo nos sentamos, y él miró a su alrededor:

—¿De verdad está dando comida gratis a todo el mundo? ¿Cómo hace para mantener a flote el negocio?

—Sinceramente, ni yo sé cómo lo hace —admití—. Ha pasado por momentos difíciles a lo largo de los años, pero la gente siempre echa una mano con donaciones.

Chase parecía perplejo:

—Ya —dijo, y luego echó un vistazo por la ventana que tenía al lado—. Tiene suerte de que esos árboles hayan caído de esa manera.

—Totalmente. —No podía imaginarme lo que habría pasado si se hubieran estrellado contra su edificio.

Point Loma era uno de los barrios más queridos de San Diego. Sin duda era una zona acomodada, pero había una comunidad bastante grande que llevaba generaciones viviendo allí, y a Fanny le gustaba tratarlos con mimo. Conocía a la mayoría de los clientes que nos rodeaban.

—¿Podemos pedir? —preguntó.

Me eché a reír:

—Eeeh, no. Fanny te dará de comer gratis, pero el menú lo elegirá ella.

—Vale, por mí, bien —respondió.

Unos minutos más tarde, la hija menor de Fanny, April, nos trajo dos platos con tortitas y café.

—Qué alegría verte, Hannah. Gracias por ir a ver cómo estaba la señora Adams. —Me guiñó un ojo antes de dar media vuelta y volver a la cocina.

—Están buenísimas —dijo Chase tras el primer bocado.

—Las tortitas de Fanny son, con diferencia, las mejores del mundo. Antes también hacía un *baklava*[1] increíble, pero hace mucho que dejó de hacerlo. Lo echo de menos y no he encontrado ningún otro sitio donde tengan uno tan bueno.

Vi que varios clientes nos escudriñaban disimuladamente. Chase no pareció darse cuenta hasta después de comer.

—¿Es idea mía o la gente nos está mirando? —susurró.

Me reí en voz baja:

—Creo que sienten curiosidad por ti. Apuesto a que se ha corrido la voz de que pasaste la noche en el hostal.

Me miró fijamente.

—¿Cómo?

—A ver, Fanny no me ha preguntado nada, pero te apuesto lo que quieras a que ha llamado a la señora Adams en cuanto hemos entrado, y ella le habrá soltado todos los detalles de nuestra visita. ¿Te has fijado en que no parecía sorprendida de verte aquí? Solo se ha dedicado a calarte.

—Ni me he enterado.

—Es normal, no conoces a Fanny tan bien como yo. Luego April me guiñó un ojo, así que apuesto a que ya está soltando la historia en las otras mesas.

—No sé ni cómo tomármelo.

Me reí, encogiéndome de hombros:

—Así es como funciona el *Fanny's Diner*. Es un mundo aparte, sobre todo entre vecinos.

—Y que lo digas.

Nos terminamos las tortitas rápidamente y, aunque April nos ofreció más café gratis, no nos quedamos. No paraban de entrar clientes nuevos y necesitaban sitio para sentarse.

En cuanto salimos del restaurante, todas mis preocupaciones volvieron a abrumarme. Sentí las manos de Chase en mis hombros,

acariciándome ligeramente la nuca mientras me guiaba hacia el coche.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Te ayudo a relajarte, es obvio que todas las preocupaciones han vuelto a tu cabeza.

—Y tanto que ayuda —dije, dejándome llevar.

No tenía ni idea de cómo había encontrado mis puntos de tensión, pero me relajé al instante. Normalmente era una persona positiva, excepto cuando se trataba del hostal. Había tenido una racha tan mala que me resultaba imposible mantener mi optimismo habitual. Pero en ese momento, no corría ningún peligro de entrar en un bucle de negatividad, y sabía que era porque Chase estaba allí.

Suspiré cuando volvimos al coche y él me miró con una sonrisa de suficiencia.

—Estás contenta —dijo.

—Sí. He desayunado de maravilla con un hombre espectacular. ¿Qué más puedo pedir?

Pero no pude alejar las preocupaciones mientras conducíamos hacia la entrada del hostal.

—¿Quieres quedarte un rato en el porche? —pregunté en cuanto salimos del coche—. Hace un tiempo precioso fuera. La famosa calma después de la tormenta.

—Claro. ¿Tienes algo para sentarse?

—Tengo un sofá de mimbre y cojines en el sótano.

—Venga, vamos a subirlos.

Lo guié a través de la casa hasta el sótano. Él solo cargó con el sofá, ya que no pesaba nada. Vaya vistas tenía mientras subía los escalones. Yo llevé los cojines y, en cuanto colocó el sofá en el porche, los acomodé sobre el mimbre. Nos sentamos juntos y, de inmediato, nos pusimos a buscar empresas de reformas en Google.

—Conoces unas cuantas, ¿no? —preguntó.

—Sí, ya me he puesto en contacto con varias en otras ocasiones.

—Dime con cuáles quieres contactar —dijo, mientras miraba los resultados de la primera página de Google.

Después de enviar correos a diez empresas solicitando un presupuesto estimado basado en el informe del inspector, me descalcé y subí los pies al sofá; él los apoyó sobre su regazo.

—Sigues estresada —señaló.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estás tensa como una cuerda. —Me puso una mano en la pantorrilla—. Tienes estos músculos contracturados.

—Estoy intentando calcular cuánto va a costar esto, y me imagino que la cifra será mucho más alta de lo que tengo en mi cuenta de ahorros.

—Puedo prestarte lo que necesites para las reparaciones.

Al instante me puse aún más tensa:

—Gracias, pero no.

—¿Por qué no?

—Cuando alguien te presta dinero, las cosas cambian. No quiero que eso se interponga entre nosotros.

Se acercó más:

—¿A qué te refieres con que se interponga entre nosotros?

Apreté los dientes:

—Es que no me sentiría bien aceptando dinero tuyo, ¿vale? Ni siquiera como un préstamo.

Como me quedé callada unos segundos, me cogió la mano y me atrajo hacia él. Sabía exactamente lo que quería, así que me apoyé sobre mis rodillas y me senté a horcajadas, mirándolo a la cara. Él puso ambas manos en la parte exterior de mis muslos. Nunca me había alegrado tanto de que los árboles que rodeaban la propiedad fueran tan altos. Desde la calle se veían las plantas superiores del hostal, pero no el porche. Así que nadie podía vernos. Eso sí, hacía un poco de frío. *Debería traer unas mantas.*

—Quiero que sepas que esa opción siempre va a estar sobre la mesa.

—No, en serio, no lo veo como una opción. Quizás después no quieras verme la cara, o recriminarme que…

Mierda. ¿Por qué me cuesta tanto mantener el pico cerrado?

—No importa —dije al final.

—Te hizo daño —murmuró Chase—. Maldito imbécil.

Me sentí expuesta y avergonzada, pero, por alguna razón, no quería eludir a Chase. Mi ex me hizo sentir insignificante al final, como si no importara, y eso realmente afectó mi autoestima. Blair me decía que estaba loca por tomarme tan a pecho lo que dijo ese imbécil, pero por alguna razón, no había podido quitármelo de la cabeza.

—Sí, y sé que no debería dejar que me afectara… —Dejé la frase en el aire. No estaba segura de que fuera buena idea compartir mis secretos más íntimos.

—¿Quieres contarme qué pasó?

Dudé. Una cosa era que él se imaginara ciertas cosas y otra muy distinta que *lo supiera a ciencia cierta.*

Pero no quería ocultarle nada. Ni siquiera las partes que aún estaban a flor de piel y me dolían. Contárselo me parecía lo correcto.

—Ya te conté que me estuvo presionando para que vendiera el hostal después de que falleciera mi abuela; no le gustaba un pelo que siguiera adelante con el negocio. Y luego, cuando pasó lo del seguro, se quitó del todo la careta. Dijo que menos mal que nunca habíamos juntado nuestras cuentas, que iba a divorciarse antes de que pudiera echar a perder también sus ahorros. Me hizo sentir tan insignificante, como si mis deseos y necesidades le importaran un comino. Como si *yo* no importara. La peor parte es que nunca le pedí nada. —Me detuve ahí porque el resto podría compartirlo en otra ocasión. Estaba disfrutando demasiado del día como para terminar hecha polvo por recordar todo aquello otra vez.

—A mí tampoco me has pedido nada. Pero te lo ofrezco.

—Chase, no insistas, ¿vale?

Respiró hondo.

—Vale.

Me acarició los muslos con las yemas de los dedos, luego deslizó las manos hacia mi culo y gruñó.

—Joder, ¿vas sin bragas?

Sonreí con timidez.

—Obviamente. No iba a ponerme las bragas de ayer. ¿Tú sí llevas ropa interior?

—Es diferente. Yo llevo pantalones. —Casi gruñó cuando preguntó—: ¿Y si te ve alguien?

Puse los ojos en blanco:

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Sí. Y que se me ha puesto durísima por ti y no tengo condón.

—¡Chase! ¿Cuándo ha pasado eso?

—Ahora mismo.

Sonreí, moviéndome encima de él.

—¿Está mal que me sienta superorgullosa de esto?

—No, para nada. —Sonrió y luego me acarició la cara con ambas manos—. ¿Qué me estás haciendo? No tengo ni el más mínimo control sobre mi cuerpo cuando estoy contigo. Ni sobre lo que siento.

Me quedé sin aliento.

—A mí me pasa lo mismo —confesé.

Había estado casada durante dos años y, sin embargo, Chase me hacía sentir cosas que nunca antes había experimentado.

Me sentía valorada, segura y viva con él. Mis deseos y necesidades eran importantes para Chase. *Yo* era importante para él.

—Dime, ¿qué te apetece hacer el resto del día? —preguntó.

—Mmm, no me importaría quedarnos así.

Me froté un poco más contra su cuerpo.

Volvió a gemir y me apretó el culo.

—Tus deseos son órdenes.

---

1 Nota del traductor: El **baklava** es un tradicional y delicioso postre de origen otomano, muy popular en Oriente Medio, Grecia y los Balcanes. Consiste en múltiples capas finas de masa filo crujientes intercaladas con frutos secos triturados (como nueces, almendras o pistachos), todo ello bañado en un dulce almíbar de miel o azúcar.

CAPÍTULO DIECISIETE

CHASE

EL LUNES POR LA MAÑANA, les pedí a mis hermanos que se quedaran en la sala de reuniones después de la reunión general semanal. Quería contarles lo de la tienda.

En cuanto se fue el resto del equipo, Duncan me miró fijamente:

—¿Qué pasa?

—No pasa nada —dijo Griffin—. Míralo. El tío está relajado.

—Sospechosamente relajado —añadió Wyatt.

Finn y Knox, que estaban hablando entre ellos, se callaron de golpe.

Finn se quedó mirándome durante unos instantes.

—¿Sabes qué? —le dijo Knox a Wyatt—. Tienes razón, has dado en el clavo.

—¿Has salido a correr antes de venir a la oficina? —preguntó Finn.

Puse los ojos en blanco:

—Siempre salgo a correr. ¿Me dejáis hablar, capullos?

—Esto va a tener gracia —comentó Knox, enderezándose en la silla. Él y Finn eran tan pequeños cuando mis padres vendieron la tienda, que me pregunté si siquiera la recordarían.

—¿Os acordáis de la tienda de nuestros padres? Pues resulta que ha salido a la venta hace poco —empecé diciendo.

—Continúa —dijo Duncan.

—Pues la he comprado.

Mis hermanos no dijeron nada durante unos segundos, hasta que Griffin declaró:

—Vaya, no me lo esperaba, pero mola. Me pregunto en qué estado se encontrará. Si seguirá teniendo la distribución original, o si los fuegos artificiales que Wyatt y yo escondimos debajo de una tabla suelta del suelo siguen ahí.

—¿Cuándo hicisteis eso? —preguntó Finn.

—Y lo más importante, ¿por qué no nos llevasteis con vosotros? —añadió Knox.

—Porque erais demasiado pequeños como para enteraros de nada —respondió Wyatt.

—Ya. Y oye, Wyatt, tú siempre decías que nuestras travesuras no se les contagiarían a los pequeños —añadió Griffin—. Y mira, ahora resulta que nos han salido espabilados.

Mi madre siempre decía que deberían haber tenido un séptimo hijo solo para romper los grupos. Seis era un número muy fácil de dividir en parejas, así que nos aliábamos por edades: Duncan y yo, Griffin y Wyatt, y Knox y Finn.

Wyatt se echó a reír:

—Tío, no me puedo creer que hiciéramos eso.

Griffin se volvió hacia mí:

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—Sí, habríamos puesto dinero entre todos —dijo Wyatt.

—Claro, como si eso fuera un problema —repliqué con sarcasmo.

—Obviamente no —intervino Knox—. Pero se la habríamos podido regalar entre todos.

—No lo había pensado así. —Me levanté de la silla y empecé a dar vueltas por la sala. Odiaba estar sentado durante las reuniones —. En fin, el caso es que quería preguntaros si tenéis alguna idea de cómo decírselo a nuestros padres.

Knox se rió entre dientes:

—Tío, es que eres único. Vas y compras la tienda tú solo sin decirnos ni mu, pero ahora nos pides consejo.

—A ver, estaba totalmente centrado en convencer al tipo. Y si no fuera por Hannah…

—Espera un momento —dijo Knox—. ¿Qué? ¿Hannah lo sabe? ¡Ostras! Ya me pareció en la boda que había tema entre vosotros.

—¿Por qué se lo contaste a ella y no a nosotros? —preguntó Duncan. Parecía perplejo.

Me encogí de hombros. Mis hermanos estaban actuando como una panda de cotillas.

—Pensé que ella entendería mi propósito.

—¿Y nosotros no? —preguntó Wyatt—. Eres nuestro hermano, pero a veces eres raro de cojones.

Tenía que ser Wyatt el que me soltara las verdades sin rodeos.

—¿Y cómo te ayudó Hannah *exactamente*? Tengo curiosidad —preguntó Griffin.

—Intenté ofrecerle más dinero al dueño, pero no funcionó. Estaba empeñado en encontrar a un comprador que realmente valorara el local.

Griffin asintió:

—Y el hombre pensaría que eras otro simple inversor que quería hacerse con el lugar por el terreno.

—Exacto —respondí—. Pero Hannah mencionó que había pertenecido a nuestros padres, y eso inclinó la balanza a mi favor.

—Espera, ¿tú no lo habías mencionado en absoluto? —preguntó Duncan.

—No. Ya sabes que no me gusta hablar de cosas personales.

—¡Ojalá tuvieras cinco hermanos que pudieran ayudarte! —bromeó Wyatt.

Knox le dio un golpecito con el codo a Finn:

—Finn, no sé qué te imaginabas cuando hiciste bailar a esos dos en la boda, pero lo que sea que esté pasando va mucho más allá de eso.

—Sí, estoy llegando a la misma conclusión. —Mi hermano pequeño parecía incrédulo.

—¿Lo sabe Josh? —preguntó Duncan.

—¿Lo de la tienda?

—No, lo de Hannah. Está claro que hay algo entre vosotros si le has hablado de la tienda.

Hannah y yo no habíamos hablado de si haríamos público lo nuestro o no. Lo único que hicimos el sábado fue disfrutar el uno del otro hasta saciarnos. No tenía condones, pero hice que disfrutara de otras maneras. Y seguía sin tener suficiente de ella. Esa mujer me tenía completamente enganchado.

La sala se quedó en absoluto silencio. Mis hermanos me observaban con atención. No podía mentirles. De hecho, no quería ocultárselo.

—Hannah y yo nos estamos viendo. Y Josh no lo sabe. Os agradecería que no os fuerais de la lengua.

—Nadie va a hacerlo. Solo queremos estar al tanto de todo —dijo Duncan.

—Vale, ¿ya podemos centrarnos en la tienda? —preguntó Griffin —. ¿Creéis que mamá y papá querrán llevarla juntos?

—Eso lo tienen que decidir ellos —respondí.

—En realidad da igual —señaló Wyatt—. Creo que la van a disfrutar de todos modos. Una vez los oí hablar de dividir el espacio antes de que el banco se la quedara. Mamá quería ofrecer clases de cerámica en la planta de arriba, y papá seguir con la tienda en la planta baja. Pero en aquel entonces, como ya sabemos, la cosa no salió bien.

Yo también había oído esa misma conversación de pasada. Probablemente por eso siempre había estado atento a ver si la tienda salía al mercado. No tenía ni idea de que mi hermano menor también lo sabía.

—Nunca se sabe. Puede que al final acaben gestionándola juntos. Creo que últimamente se están llevando mejor —repuso Knox—. La última vez que fui a ayudar a mamá a cambiar un aspersor en el jardín, papá también estaba allí.

Parpadeé:

—No sabía nada. ¿Han estado viéndose sin nosotros de por medio? ¿O sin que estuviera Jeremy?

Mi madre nunca lo había mencionado, y mi padre tampoco. Veíamos a nuestra madre más a menudo porque siempre le dábamos una mano con las reparaciones o arreglos en su casa. Nuestro padre era diferente: se empeñaba en hacer todo solo. Normalmente solo pedía ayuda cuando tenía que mover objetos pesados o grandes. Pero nunca había oído que se ayudaran el uno al otro.

—No sé si fue algo puntual o no. A ver, a papá se le dan bien las tareas del jardín —dijo Knox.

—Sea cual sea la razón, me alegra mucho oírlo.

—¡Tengo una idea! —exclamó Duncan—. ¿Y si les pedimos que vengan aquí la semana que viene después de la reunión?

—Eso es demasiado formal —protestó Finn.

—Sí —intervino Griffin, señalando a Duncan—, pero también discutirán menos si están en la oficina.

Asentí:

—Pues a mí me parece una gran idea.

—Duncan, eres la leche —dijo Wyatt.

—Ahora, hablemos de Hannah —dijo Griffin—. Por favor, no la espantes.

—¿Pero qué coño…? —pregunté, ajustándome uno de los gemelos—. Eso no es asunto tuyo.

—Me cae muy bien. Y *es* la cuñada de Josh. Además, no tienes lo que se dice "madera de novio".

Tenía razón. No la tenía. Nunca la había tenido.

—Eso no es asunto tuyo —remarqué—. Bueno, ya tenemos un plan para mamá y papá, así que vamos a ir cerrando esto.

Griffin levantó una ceja, pero no añadió nada más.

Uno a uno, mis hermanos fueron saliendo de la sala de reuniones. Me recosté en la silla, dándole vueltas a las palabras de Griffin. Tenía razón, pero solo veía la punta del iceberg. No lo entendía.

Con Hannah, no paraba de hacer las cosas de forma diferente a lo habitual. Por eso, en cuanto me quedé solo, le mandé un mensaje al momento. Sentía una necesidad enorme de compartir mis asuntos personales con ella. Nunca antes me había pasado.

Chase: Les he hablado a mis hermanos de la tienda, y se lo vamos a contar a nuestros padres juntos la semana que viene, después de la reunión general.

Hannah: Es una idea genial. Me imagino que se pondrán supercontentos.

La necesidad de verla me golpeó sin previo aviso. Podría volver a la oficina de Magda, pero sabía que verla desde lejos ya no iba a ser suficiente. No después de haber estado con ella y tenido sexo. Y Magda seguramente empezaría a sospechar de tanto viaje a su oficina.

Chase: Vayamos a comer juntos.

Hannah: ¿Crees que es buena idea? ¿A dónde podríamos ir para no encontrarnos a nadie de la oficina?

Respiré hondo. No tenía ni puta idea de si era una buena idea. Lo único que sabía era que quería pasar tiempo con ella.

Busqué en Google restaurantes cercanos y un resultado en particular me llamó la atención.

Chase: He oído que hay un sitio de tortitas en Balboa Park[1].

Hannah: Siempre sabes cómo tentarme. Ahora ya tengo algo con lo que ilusionarme hoy.

Chase: ¿Con las tortitas?

Hannah: Las tortitas y tú.

Chase: Eso era lo que quería escuchar.

Hannah: ¿Quedamos allí?

Chase: Claro.

La verdad que no me gustaba ni un pelo que las cosas fueran de esa manera. Entendía la necesidad de ocultárselo a todos los demás, pero no era así como quería pedirle una cita, para un almuerzo rápido en algún sitio donde nadie se diera cuenta. Ella se merecía lo mejor y quería dárselo. No iba a dejar que la ayudara con el hostal, pero eso no significaba que no pudiera mirar por ella de otras maneras.

***

A la hora de comer, llegué a nuestro punto de encuentro cerca de Marston Point, en Balboa Park, cinco minutos antes de la hora acordada. Hannah ya estaba allí, apoyada contra un árbol. No había nadie alrededor, así que decidí sorprenderla. Estaba preciosa, con un vestido blanco de tirantes gruesos que se ceñía a sus curvas. Su pelo rubio le llegaba por encima del pecho y se me hizo la boca agua al instante.

Cuando me acerqué lo suficiente, me di cuenta de que estaba hablando por teléfono y lo había puesto en altavoz.

—¿Qué quieres decir con que tienes que pagar todo ese dinero tú sola? —preguntó Blair.

—Mira, ni siquiera sé cuánto es todavía, ¿vale? —explicó Hannah —. No te preocupes. Solo os lo he contado a ti y a mamá para que no penséis que os estoy ocultando algo.

—Hannah… —empezó Blair, pero ella la interrumpió.

—Sé lo que vas a decir. Quieres echar una mano, pero no es justo para ti. Te estás encargando de lo que te dejó la abuela, y el hostal es mi responsabilidad.

—Por Dios, es imposible hablar contigo cuando te pones así. En fin, cambiemos de tema —replicó Blair.

Me estaba impacientando. Estaba a punto de darle el alto, pero las siguientes palabras de Blair me dejaron de piedra.

—Te he conseguido la cita a ciegas que te prometí.

—¿Qué? —preguntó Hannah.

—Lo que has oído. No voy a decir nada más, salvo que está buenísimo y que puede pasarse por tu casa mañana por la tarde.

—Blair, espera. Eeem…

Ya no pude mantenerme al margen y salí de detrás del árbol.

Hannah se sobresaltó al verme.

—Te llamo luego, ¿vale? —dijo antes de colgar—. Dios mío, Chase, ¡me has dado un susto de muerte! ¿Cuándo has llegado?

—Hace dos segundos.

Ella se rio con nerviosismo:

—O sea, que lo has oído, ¿no?

—¿Vas a ir? —pregunté, acercándome a ella y mirándola directamente a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A la cita. ¿Vas a ir?

—Chase, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque no has dicho que no.

—Mi hermana me ha pillado por sorpresa, y al instante te vi… —Dio un paso atrás, pero entonces su espalda chocó contra el árbol y ya no pudo retroceder más.

—¿Qué le habrías dicho si yo no estuviera aquí?

Se movió hacia un lado, esquivando las raíces.

—No puedo creer que tengas que preguntarlo.

—Eso no es una respuesta —repliqué.

Ella me miró:

—¿De verdad crees que iría a una cita a ciegas?

—No lo sé, Hannah. Dímelo tú.

—Por supuesto que no iría. De hecho, me había olvidado por completo de que habíamos hablado de eso. Me hizo prometérselo en la boda, pero no pensé que se lo fuera a tomar en serio. No me puedo creer que pienses eso de mí.

Intenté controlar mi enfado. No tenía ni idea de por qué me había puesto así ni por qué no conseguía calmarme.

—Necesito que lo digas —admití—. Que no vas a salir con ese tío ni con ningún otro.

Sus labios se entreabrieron y abrió mucho los ojos.

Me quedé completamente paralizado. *¡Joder! ¿Quiere salir con otros hombres?* No podría soportarlo. Jamás.

—Quiero ser el único hombre en tu vida —dije antes de que tuviera siquiera la oportunidad de responder.

—No tenía pensado salir con nadie más, pero no me gusta que me acuses de… Ni siquiera sé de qué me estás acusando.

Por fin pude soltar el aire y respirar hondo. Estaba tan cerca que podía oler su perfume. Le rodeé la cintura con un brazo y la atraje hacia mí. Ella no se resistió y toda la tensión que tenía acumulada en la espalda desapareció.

—Lo siento. Es que la idea de que salgas con otro hombre… me vuelve loco de rabia.

—Ya lo veo —murmuró. Su cuerpo se relajó.

—Entiendo que no les has contado a tu hermana y a tu madre lo nuestro, ¿no?

Ella negó con la cabeza:

—No, no sabía cómo decírselo ni qué decirles.

—Que soy tu novio.

—¿Estás seguro? —bromeó ella.

Gruñí:

—Por supuesto, joder.

Ella sonrió y apoyó los antebrazos en mis hombros, entrelazando los dedos detrás de mi cuello.

—Me gusta cómo suena eso. Chase Sterling es mi novio.

—No quiero que lo nuestro sea un secreto —afirmé, acariciándole la mandíbula.

Hannah ladeó la cabeza:

—Me pregunto cómo se lo tomará Josh.

—Yo me encargaré de hablar con él.

—¿Y en la oficina? —preguntó.

—Por mí, como si se lo contamos a todo el mundo. ¿Qué te parece?

Sonrió con timidez. Vaya, qué mona era. Se le formaba un hoyuelo que la hacía parecer adorable.

—Supongo que habrá gente que se ponga a cotillear, pero eso nunca me ha importado demasiado. Además, no me hace ninguna gracia la idea de andar a escondidas —respondió.

Moví las cejas con picardía:

—Exacto. Si todo el mundo lo sabe, entonces puedo invitarte a mi oficina a comer y cerrar la puerta. Luego echar el cerrojo y tirar la llave por la ventana.

Ella resopló y dio un paso atrás:

—Chase, no. De ninguna manera. Y tampoco puedes pasarte por la oficina de Magda todo el tiempo. Va a ser supercantoso.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, Hannah.

—Pero te aseguro que lo voy a intentar.

Me eché a reír:

—Sí, sé muy bien que lo harás. A ver, hagamos una cosa: no lo escondamos, pero tampoco vayamos exhibiéndonos por ahí, ¿me entiendes?

—Claro que sí.

Sonrió de oreja a oreja. Me gustaba verla así. Quería hacerla feliz, aunque estuviera pasando por un mal momento con el hostal.

—Estupendo. Bueno, me muero de hambre, ¿vamos a comer algo? Si no, me voy a poner insoportable en cero coma.

—Entonces vamos ya mismo, no quisiera que te pusieras así —bromeé.

—Entonces, ¿dónde está ese famoso sitio de tortitas?

—Según el mapa, a unos minutos de aquí.

Rodeé su cintura con un brazo y le di un beso en la sien. Me resultaba imposible tenerla tan cerca y mantener las manos quietas. Quería sentirla pegada a mí.

—El parque es una maravilla —murmuró, mirando a su alrededor —. Creo que nunca había estado en esta zona.

—Hace años que no vengo por aquí —confesé.

Ella echó la cabeza hacia atrás:

—¿En serio? Pero si no está lejos de la oficina.

—Ya, pero no es algo que suela hacer.

—Mmm… Pues has sugerido venir aquí sospechosamente rápido.

Porque te gustan las tortitas, Hannah. Lo hago solo por ti.

—¿Qué puedo decir? Me inspiras.

Ella sonrió.

—¿Te inspiro? Me gusta como suena eso.

—Por lo general, como en mi despacho. Le pido a la empresa de *catering* que me envíe la comida directamente.

—¿Ni siquiera vas a la sala de descanso a comer?

—No. Hay demasiada gente.

Ella resopló:

—Ya veo. Para evitar relacionarte con todo el mundo, ¿no? ¿Quién sabe lo que podría pasar?

—Me gusta hablar contigo. Ahora, si cambias de opinión sobre comer en mi despacho…

—No. —Me dio un codazo suave—. No empieces otra vez con lo mismo.

—Nunca la terminamos.

—En lo que a mí respecta, sí que la terminamos.

—¿Qué sueles hacer a la hora de comer? —pregunté.

—Me gusta ir probando todas las salas de descanso. Mi favorita es la que tiene el balcón en la parte trasera del edificio.

—Creo que sé cuál dices —dije.

—Qué pena que no tengamos una en la azotea.

—¿Te gustan las azoteas?

—Sí, me ayuda a despejarme. Cuando busqué piso en la ciudad, esperaba encontrar uno con azotea, o al menos con balcón. Me encanta hacer barbacoas… más que cocinar en realidad. Pero no encontré nada que se ajustara a lo que buscaba.

Eso me dio una idea. Mi piso tenía azotea y barbacoa.

Llegamos al local, que en realidad era un *food truck*. Había mesas altas de bar repartidas por todas partes y todo el mundo comía de pie. No era exactamente el almuerzo largo y tranquilo que tenía en mente. Comer con prisas y de pie no era lo ideal, pero en ese momento no teníamos tiempo para otra cosa.

Nos sirvieron las tortitas en un abrir y cerrar de ojos.

—Mmm —murmuró tras el primer bocado. Les había puesto mantequilla de cacahuete y sirope de caramelo. Yo había optado por mermelada de fresa y sirope de arce—. Está muy bueno, pero ni de lejos tan delicioso como el de Fanny.

—Estoy de acuerdo —repuse.

Ver comer a Hannah era una gozada. Parecía saborear cada bocado. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás solo un poco. Luego los abrió y se sorprendió al ver que la estaba observando.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, ¿por qué?

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—Me gusta mirarte. Eres perfecta.

Entreabrió los labios y al instante bajó la mirada hacia el plato:

—No, qué va.

Le rodeé los hombros con un brazo y acerqué la boca a su oído:

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Una parte de mí quiere decir que sí, solo porque tengo curiosidad por saber cómo lo demostrarías.

—Podría empezar a demostrártelo ahora mismo, pero correríamos el serio peligro de no volver a la oficina.

—Ah, ya veo por dónde va esto. —Me miró—. Quieres volver a acostarte conmigo.

La miré, colocándole un dedo bajo la barbilla:

—Por supuesto, pero es mucho más que eso.

Se llevó la mano a la frente y me di cuenta de que el sol le daba directamente en los ojos. Eché un vistazo a mi alrededor y vi una mesa bajo una sombrilla. Era la última libre a la sombra.

La señalé con la cabeza:

—Vamos allí.

En cuanto retiré los platos de la mesa, me di cuenta de que otra pareja también le había echado el ojo, pero estaban más lejos que nosotros.

Llegamos los primeros.

—Qué rápido —dijo Hannah, mirando a la otra pareja—. Parecía que estabas dispuesto a pelearte con ellos si llegaban antes.

—Pues no estás tan equivocada —aseguré—. No quiero que te quemes con el sol.

Me miró con ternura y luego volvió a centrarse en su plato. Terminamos las tortitas unos minutos más tarde.

—Técnicamente, mi descanso dura otros veinte minutos —murmuró—. ¿Qué quieres hacer? ¿Volvemos a la oficina?

—Hoy ya no voy a volver a la oficina. Tengo que llevar a Jeremy al entrenamiento de fútbol.

Puso cara de pena:

—Ah. Vale.

—¿Y esa cara?

—Nada. Esperaba que me robaras un beso o algo así antes de que tuviera que volver a mi escritorio.

—Por supuesto que lo haré, joder —respondí. Y entonces le cogí la mano, me puse delante de ella y eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Buscando un sitio donde no nos vean.

—¿Para besarnos? —preguntó incrédula.

—Sí.

—Más vale que merezca la pena. A ver… que no es apto para menores.

—Ni un poco. —La guié hacia otra zona repleta de árboles, no solo porque allí quedábamos ocultos a la vista, sino porque se estaba mejor a la sombra.

Justo en ese momento, mi móvil vibró al recibir un mensaje. Por instinto, lo saqué. Tendría que ponerlo en modo avión cuando estuviera con Hannah a partir de ahora. No quería que nadie nos molestara.

El mensaje era de Duncan.

Duncan: La SEC[2] quiere investigar unas transacciones que han marcado como sospechosas.

Fruncí el ceño, puse el móvil en silencio y lo metí en el bolsillo trasero del pantalón. Eso iba a ser un rollo. La SEC solía hacer ese tipo de cosas. Nos habían auditado varias veces a lo largo de los años y nunca habían encontrado nada. Tampoco esperaba que encontraran nada ahora. Pero, aun así, no era ningún plato de buen gusto tenerlos en la oficina.

—¿Malas noticias? —preguntó Hannah, dándose la vuelta para quedar justo frente a mí.

—Noticias molestas. Nada de lo que quiera hablar ahora.

—Vale.

Me dedicó una sonrisa seductora. Fue suficiente para hacerme olvidar todo lo demás. Normalmente, en cuanto sabía que venía la SEC, avisaba a la junta directiva y advertía a los clientes. A veces los medios de comunicación se enteraban y entonces cundía el pánico. Pero en ese momento, lo único que quería era centrarme en Hannah.

Me puso las manos en los hombros mientras se ponía de puntillas. Luego me presionó la espalda con los dedos. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba tenso, pero me relajé al instante con su contacto.

Me incliné y la besé con pasión. Mis instintos actuaban por su cuenta cuando se trataba de Hannah. La besé hasta que su respiración se aceleró y le flaquearon las piernas, pero seguía con ganas de más. Quería perderme en ella; sin embargo, eso tendría que esperar hasta la noche.

Tenía un plan.

---

1 Nota del traductor: El **Balboa Park** de San Diego es un vasto oasis urbano de 485 hectáreas que combina naturaleza, ciencia y arte. Famoso por su arquitectura colonial española, alberga 17 museos, preciosos jardines, teatros y el mundialmente conocido Zoológico de San Diego. Es un vibrante núcleo cultural y recreativo.

2 Nota del traductor: La **SEC** (*Securities and Exchange Commission*, o Comisión de Bolsa y Valores) es la principal agencia del gobierno de Estados Unidos encargada de regular los mercados financieros, supervisar las bolsas de valores y proteger a los inversores del fraude y la manipulación.

CAPÍTULO DIECIOCHO

HANNAH

ESTUVE un poco atontada el resto del día. Sí, esa era la palabra exacta. *Atontada*. Hice mi trabajo, pero tenía la mente en las nubes.

Chase Sterling es mi novio. No creía que pudiera ser más feliz, pero resultó que sí. Unas dos horas después de comer, recibí un mensaje suyo.

Chase: Tengo una sorpresa para ti esta noche.

Intenté no sonreír demasiado.

Hannah: Soy toda oídos.

De hecho, lo que quería decir era: *"Soy toda tuya",* pero tenía curiosidad por saber qué quería decirme.

Chase: Enviaré un coche de la empresa a recogerte a la oficina.

Abrí los ojos como platos. Ni siquiera sabía que hubiera coches de empresa. Probablemente solo fueran para los altos cargos.

Hannah: ¿Para llevarme adónde?

Chase: A algún sitio donde puedas pasar la noche conmigo.

Estaba tan emocionada que ni siquiera podía explicarlo con palabras.

Hannah: ¿Pueden recogerme en una tienda? Tengo que comprar algo.

Chase: Claro. Envíame la dirección de donde estés. Me encantaría recogerte pero como estaré en la otra punta de la ciudad, con el conductor será más rápido.

Hannah: Alguien está impaciente.

Chase: Y que lo digas.

Me removí en mi silla de pura ilusión mientras le enviaba la dirección y conté las horas que faltaban para volver a verlo.

Tres horas más tarde, cerré la sesión de mi ordenador y salí del edificio.

Como no había amueblado mi piso para una larga temporada, no tenía mucho espacio de almacenaje. Había localizado una tienda de segunda mano y esperaba encontrar allí algunas estanterías para el cuarto de baño.

Cogí la línea azul del tranvía hasta la estación *Park & Market*. Durante el trayecto, envié un correo a tres contratistas más sobre el hostal. Hasta el momento nadie me había contestado y me preocupaba que estuvieran demasiado ocupados con otros proyectos como para aceptar el trabajo que les había solicitado.

Entonces hice algo que no quería posponer más: llamé a Blair. Mi hermana contestó enseguida.

—¡Por fin! Pensé que había pasado algo malo, sobre todo al ver que no me respondías al mensaje.

—Lo siento, estaba hasta arriba de trabajo —contesté, lo cual no era del todo mentira.

—¿Entonces sigue en pie lo de la cita a ciegas?

—No. Necesito hablar contigo. —Había bajado del tranvía y me dirigía a la tienda, que debía de estar justo al final de la calle.

—Ay, no. ¿Qué pasa? Por favor, dime que ese idiota no te está causando problemas.

Me llevó unos segundos darme cuenta de que se refería a mi ex. Hacía meses que había dejado de mencionar su nombre.

—No, para nada. Se trata de Chase y de mí. —Me senté en un banco, mirando el cartel de la tienda.

—Continúa.

—Él estuvo en el hostal la noche de la tormenta.

—¿Cómo que estuvo allí?

—Estaba en la oficina cuando empezó todo, y se ofreció a llevarme a Point Loma. El caso es que… bueno, pasamos la noche juntos.

Mi hermana soltó un grito ahogado:

—¡Hannah! Vale, tendré que decírselo a Josh. Él lo matará, y yo os ayudaré a enterrarlo.

—¿Qué? —pregunté.

—Doy por hecho que se ha dado a la fuga, ¿a que sí?

—No, Blair. ¿Por qué piensas eso?

—Oh. Lo siento, es culpa mía. No sé… Espera, termina de contarme lo que querías decir antes de que saque conclusiones precipitadas.

—Hoy me ha dicho que somos novios —respondí.

—Parece que no te lo crees.

Me reí con nerviosismo.

—¿Sabes? Es que parece demasiado bonito para ser verdad…

—Hannah. —La voz de mi hermana era muy dulce—. Por supuesto que no. ¿Por qué pensarías eso? Te mereces lo mejor del mundo.

—Sí, pero últimamente he tenido tanta mala suerte que empiezo a sentir que me persigue. ¿Me vas a echar la bronca?

Blair respiró hondo y dudó unos segundos:

—No, no me corresponde a mí hacer eso.

—Pues para soltarme la advertencia el otro día no te lo pensaste tanto.

—Sinceramente, eso fue más por Josh. Está convencido de que no es buena idea que Chase y tú estéis juntos, pero yo no lo tengo tan claro.

—Tengo la cabeza a mil por hora. ¿Por qué has cambiado de opinión tan rápido?

Blair se rio por lo bajito:

—Es que me pareció que había una química tremenda entre vosotros en la boda. Mamá opina lo mismo.

—¿Habéis hablado de esto?

—Sí. Que lo sepas, hablamos *mucho* de ti. Especialmente de cómo podemos ayudarte con el hostal. Ya sabes que nosotras vendimos los apartamentos que nos dejó la abuela.

—Sí, y ambas necesitáis ese dinero. Mamá por fin podría jubilarse, y tú quieres montar tu propio negocio.

Blair trabajaba en una empresa de diseño de interiores y llevaba años soñando con lanzarse por su cuenta.

—Eso no significa que no podamos ayudarte.

—Pues claro que sí. Vamos a dejar el tema, ¿vale?

—Entonces volvamos a hablar de lo tuyo con Chase. Hay que reconocerle el mérito a Knox y a Finn por organizar el baile. Y luego, el hecho de que él apareciera en el hostal preocupado por ti cambia bastante la película de lo que Josh tiene en mente. No sé, me da buena espina.

—No me lo esperaba —dije.

—Hermanita, solo quiero que seas feliz.

—Espero que las cosas empiecen a cambiar, pero, ¿sabes una cosa? Tengo la sensación de que poco a poco ya están cambiando.

—Ya verás como todo sale rodado cuando menos te lo esperes —respondió Blair.

—Solo dices eso porque conociste a Josh.

—Ya. Pero, sinceramente, si alguien me hubiera dicho que conocería y me casaría con un chico en solo cuatro meses, le habría dicho que estaba loco, y sin embargo aquí estoy. A veces la vida te sorprende, ¿sabes lo que te digo?

—Sí, lo sé —murmuré—. Gracias por tu apoyo, hermana.

—Te mereces que te quieran, Hannah. Lo tienes claro, ¿verdad?

—¿Te parece que no lo tengo claro?

—A veces, cuando las personas que se supone que nos quieren nos tratan como a una mierda, acabamos pensando que eso es exactamente lo que nos merecemos.

Me mordí el labio inferior:

—No es mi caso.

—Cielo, no has salido con nadie después de tu divorcio.

—Ya, bueno, es que no estaba preparada. De hecho, todavía no estoy segura de si lo *estoy*.

Blair se rio:

—Chase cada vez me cae mejor.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque se ha autoproclamado tu novio cuando tú ni te planteabas salir con nadie. Vamos, que el tío sabe jugar sus cartas.

Sonreí:

—En eso tienes razón.

—¿Te han contestado de alguna de las empresas de reformas?

—No, todavía no, pero me he puesto en contacto con otras nuevas —respondí—. Oye, tengo que colgar. Necesito comprar algunas cosas, ¿vale? —Se me dibujó una gran sonrisa en la cara—. Y Chase me tiene preparada una sorpresa para esta noche.

—Qué bien. No creo que haya hablado con Josh todavía, porque si no me habría enterado, pero voy a ir ablandando a mi marido para que no… se le vaya la olla cuando Chase se lo cuente.

—Me parece bien —repuse—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Después de colgar, por fin entré en la tienda. Me dirigí directamente a la sección de decoración del hogar y encontré unas estanterías. Eran sencillas, de color blanco. El borde de un lado estaba bastante gastado, pero me valían. Yo no era para nada exigente con esas cosas.

Mientras pagaba en la caja, di gracias al cielo por las tiendas de segunda mano. La abuela y yo solíamos frecuentarlas mucho cuando era pequeña. Cada vez que algo se rompía en el hostal, nos íbamos de mercadillos o a rebuscar en ese tipo de tiendas.

A mi abuelo se le daba genial restaurar muebles viejos, y la abuela solía decir que prefería darles una segunda oportunidad a las cosas antes que comprarlas nuevas, algo con lo que yo estaba totalmente de acuerdo.

En cuanto salí de la tienda, miré de un lado a otro de la calle, preguntándome qué tipo de coche iba a enviar Chase. Debería habérselo preguntado para saber qué buscar.

Iba cargada con las estanterías en brazos y, entre unas cosas y otras, debía dar una imagen ridícula. Entonces vi que el Mercedes de

Chase se detenía delante de mí. La ventanilla del copiloto estaba bajada y, efectivamente, él estaba al volante.

—Oye, pensaba que ibas a enviar a alguien a recogerme.

—Eso era lo que tenía pensado hacer, pero terminé antes y preferí venir yo mismo para pasar más tiempo contigo.

Salió del coche y sonreí encantada:

—Me has comprado flores.

—Claro que sí.

—Son preciosas. —Llevaba un ramo de azaleas rosas y ásteres blancos. Ni siquiera recordaba la última vez que me habían regalado flores.

Chase me quitó las estanterías de los brazos mientras yo cogía las flores y me las llevaba al pecho.

—¿Son para mí? —murmuré con asombro.

—Por supuesto. ¿Y esto? —preguntó, levantando las estanterías.

—Necesitaba unas estanterías para mi baño, y una tienda de segunda mano me ha sacado de un apuro.

Se detuvo y miró por encima de mi hombro, frunciendo el ceño al ver el cartel, pero no dijo nada mientras colocaba las estanterías en el asiento trasero. ¿Le daba vergüenza que comprara allí?

Me abrió la puerta delantera y me subí.

—¿Quieres que ponga las flores atrás? —preguntó.

Me las apreté aún más contra el pecho.

—No, son mías. Quiero olerlas.

Se rio:

—Joder, qué mona eres. Te compraré flores todos los días si te hacen tan feliz.

Sonreí mientras me abrochaba el cinturón de seguridad. No sabía cómo explicarle que lo que me hacía feliz no eran las flores en sí, sino el hecho de que me hubiera llevado algo. Que hubiera estado pensando en mí. Era un detalle precioso y lo valoraba muchísimo.

Se subió al coche, encendió el motor y se puso en camino.

—Por cierto, he hablado con Blair —dije.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Aunque no te lo creas, le caes bien. Se ha alegrado mucho. Al parecer, ella y mi madre han estado hablando mucho del tema y las

dos están encantadas de la vida. Venga, ahora dime adónde vamos.

Me guiñó un ojo:

—Te voy a llevar a una azotea a ver la puesta de sol.

Se me aceleró el corazón de la emoción. Estuve a punto de apretar las flores contra mi pecho aún más fuerte, pero me contuve para no estropearlas. Para ser sincera, lo que realmente quería era abrazar con todas mis fuerzas a Chase.

—¡Qué guay! —exclamé.

Quince minutos después, Chase aparcó delante de un edificio blanco de tres plantas.

—¿Qué es esto? —pregunté al salir del coche. Parecía una zona residencial—. Sea lo que sea, las vistas son increíbles.

—Es mi loft.

De repente lo entendí todo y sonreí de oreja a oreja. Pero tenía que picarle un poco.

—Qué casualidad. Resulta que la azotea está justo encima de tu piso, ¿eh?

—Sip.

—Se te da muy bien eso de buscarte excusas para llevarme a la cama. —Le guiñé un ojo mientras nos bajábamos del coche

Se acercó a mí, cogió las flores, las dejó en el asiento delantero, y me besó contra el coche; fue un beso largo y profundo. Casi me abalanzo sobre él allí mismo, en el *parking*. Con un gemido, finalmente se apartó.

—Subamos —dijo—. No vaya a ser que nos perdamos la puesta de sol.

Ay, Chase. Me había comprado flores y me estaba llevando a la azotea porque se había acordado de que quería ver la puesta de sol. Aunque tuviera segundas intenciones… era irresistible.

CAPÍTULO DIECINUEVE

HANNAH

—ESPERA, se me ha olvidado sacar las estanterías del asiento trasero —dije después de coger las flores del coche y cerrar la puerta.

—Puedes dejarlas ahí por ahora.

—Vale.

Me cogió de la mano y me llevó a la parte trasera del edificio. El jardín estaba muy bien cuidado y había tres jacarandás y una magnolia justo al lado de la entrada. Ninguno estaba en flor, pero aun así había un aroma dulce que impregnaba el aire cálido.

Estaba tan ilusionada… Josh me había dicho que Chase no dejaba entrar a la gente fácilmente en su vida, y sin embargo me estaba llevando allí, a su casa.

—Vaya —susurré al entrar.

El loft era de un solo espacio diáfano, igual que mi piso, solo que era unas cinco veces más grande. El salón y la cocina estaban en la planta baja, y el dormitorio en la de arriba. Todo era blanco, excepto la enorme pared de ladrillo que había detrás de la escalera

—Me gusta mucho. Es superelegante y sencillo. ¿Puedes poner mis flores en un jarrón?

Chase frunció el ceño:

—No tengo ningún jarrón, pero esto servirá —dijo, abriendo un armario sobre el fregadero y sacando una jarra de agua.

—Perfecto. —Acto seguido, la llené de agua y metí las flores. No podía dejar de admirarlas.

—¿Quieres que subamos a la azotea? —Sus ojos brillaron.

¿Qué estará tramando?

—Claro.

¿De verdad estaba pasando esto? Estaba allí con aquel hombre tan guapo, que resultaba ser muchísimo más romántico de lo que había pensado cuando me topé con su actitud de cascarrabias en el aeropuerto. Me guió escaleras arriba y cruzamos el dormitorio. Era todo blanco, igual que la planta baja. Al lado de la cómoda había otra puerta que probablemente daba a la azotea. Salimos y no pude evitar sonreír.

—Chase, no me puedo creer que vivas aquí.

Era un lugar precioso y muy acogedor. Además, se veía el mar perfectamente. Tenía un sofá enorme con cojines a rayas, y también una sombrilla a juego, aunque en ese momento estaba cerrada. Además, había dos estufas de exterior encendidas, lo cual era de agradecer porque no llevaba chaqueta.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando una especie de mesa que había delante del sofá. Tenía un agujero en el centro.

—Es una chimenea eléctrica. Podemos encenderla después de cenar si quieres.

—¿Vamos a pedir comida a domicilio?

Una sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos volvieron a brillar.

—No te has dado ni cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

Hizo un gesto con la mirada, y me di la vuelta. Me di la vuelta y abrí los ojos como platos. Había una barbacoa y, en una mesa al lado con verduras troceadas y carne tapada con papel transparente.

—Espera, ¿estoy soñando? —dije y prácticamente salí corriendo hacia allí.

Chase me siguió y me rodeó con ambos brazos por detrás, apoyando uno en mi cintura y el otro en mi pecho. Me gustaba ese abrazo de oso. Podría perderme en él para siempre.

—Pero dijiste que tenías una reunión —le recordé.

—Cuando se me mete algo en la cabeza, muevo todos los hilos que hagan falta.

—Ya, pero esto no es *cualquier cosa* —aclaré—. Justamente hoy te conté que esta es mi cena favorita.

—Sí. Te escuché y tomé nota.

También divisé una botella de champán.

—Chase, ¿cómo has montado esto tan rápido?

—Me ayudó un servicio de asistencia privada.

—No había oído hablar de un servicio así, pero ahora veo que puede ser muy útil. ¿Y él o ella también va a cocinar?

—No. De eso me encargo yo —dijo.

Chase me besó en el cuello y luego se apartó.

—Tuve suerte de que dijeras que lo que más te gusta es la barbacoa. Si hubieras dicho algo más complicado, me habría metido en un buen lío. Habría tenido que contratar a un chef.

No pude evitar reírme.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Nada, nada, es que me estaba acordando de que tu hermano dijo que eras un poco exagerado, y ahora veo por qué. Pero para bien, desde luego.

Sonreí, caminando detrás de él y rodeándole la cintura con los brazos, apoyando la mejilla contra su espalda. Era todo músculo, estaba tremendo.

—Vale, empecemos —dijo.

Me aparté a un lado y lo vi ponerse un delantal de cuero que colgaba junto a la barbacoa y atárselo a la espalda. Luego se quitó los gemelos y se arremangó por encima de los codos.

—Tengo una idea —dije—. Podrías quitarte la camisa para que no se te manche.

Me miró con una intensidad que me hizo estremecer.

No provoques al dragón dormido, Hannah, o se despertará y te devorará aquí mismo.

—Ya tendremos tiempo de sobra para eso más tarde.

Se notaba que lo tenía todo planeado, y a mí me encantaba la idea.

Lo mejor de una barbacoa era que no requería mucha atención y se hacía en muy poco tiempo. Veinte minutos después, estábamos sentados en el sofá con los platos de comida. La pechuga de pollo estaba marinada con romero y lima. Nunca había probado esa combinación antes, y estaba exquisita. Había sazonado ligeramente las verduras, lo que me gustaba mucho más que una salsa o un aderezo pesado. Aunque, para ser sincera, me habría gustado cualquier cosa que Chase hubiera preparado.

—¿Cenas aquí todas las noches? —pregunté.

—No, solo cuando Jeremy se queda a dormir.

Levanté la vista de mi plato para mirarlo.

—¿Qué? ¿Se queda a dormir aquí?

Chase asintió, y se me enterneció el corazón al pensar en él compartiendo un día con su sobrino.

—Más o menos una vez al mes. Solía venir más a menudo cuando era un poco más pequeño. Le fascinaba esta azotea, pero cada vez que subíamos me tenía de los nervios y al borde del infarto. No podía apartar los ojos de él ni un segundo. Pero ahora prefiere pasar más tiempo con Knox y Finn.

Se notaba que estaba un poco celoso. Madre mía, es que incluso eso me hizo sonreír. Me encantaba que estuviera tan pendiente de su familia.

—¿Por qué no le gusta venir aquí más a menudo?

—Creo que las palabras exactas que usó la última vez que le prohibí acercarse al borde fueron: "Eres un aburrido".

Ay, ahora sí que me estaba derritiendo.

—Está creciendo tan rápido que siento que no puedo seguirle el ritmo —continuó—. Aunque se podría pensar que ya tengo práctica en esto, teniendo en cuenta que me he criado con hermanos menores.

—Ya, pero supongo que ser hermano mayor y ser tío son dos cosas diferentes. Ah, por cierto, creo que podré conseguirle el *Mario Kart*.

Chase levantó la vista de su plato, sorprendido.

—¿Cómo sabes lo del juego?

—Lo mencionó cuando estuvo en la oficina. Hay una tienda de juguetes a unas dos calles de mi casa y soy amiga de la dueña. Le pedí que me lo reservara en cuanto lo recibiera.

—Todos en la familia estamos detrás de ese juego, pero en todos los sitios con los que hemos contactado nos han dicho que hay lista de espera, por mucho que hayamos intentado mover hilos.

Me reí.

—Dicho así, parece que intentasteis solucionarlo a golpe de talonario.

—Exacto, y no funcionó.

—Bueno, yo no fui por ese camino. Pero ayudé a la dueña hace unos meses: vive en mi edificio y no podía colgar unas cortinas nuevas ella sola. En fin, una cosa llevó a la otra y ahora me tiene mucho cariño.

—No me extraña. Gracias, Hannah.

—No hay de qué. Y hablando de tiendas, ¿cómo se han tomado tus hermanos la noticia de que vas a recomprar la tienda de tus padres?

—Están muy contentos con mi decisión. Estoy deseando ver la reacción de mis padres. La tienda significaba mucho para ellos.

—Y para ti también, ¿no?

Asintió:

—Sí. Tengo muy buenos recuerdos de ese sitio. Todo parecía ser perfecto en aquella época, ¿sabes lo que te digo? Incluso me imaginaba que algún día llevaría una vida parecida a la de mis padres, con la casa llena de niños, una gran familia.

—¿Te imaginabas teniendo hijos? —pregunté.

Se quedó inmóvil durante unos segundos y luego asintió.

—Sí, ese era el plan hace mucho tiempo.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Frunció el ceño:

—Crecí y las cosas cambiaron. El negocio requería toda mi energía, y las relaciones que tuve no fueron precisamente propicias para tener una familia.

—Espera, ¿entonces sí que tuviste relaciones serias?

—Por supuesto. Soy un hombre adulto de más de treinta años. No me he pasado toda esta vida sin salir con nadie. Pero cada vez que empezaba algo con alguien… sabía de antemano que no llegaría a buen puerto.

—Igual es la mejor manera de tomárselo, porque yo me metí en la relación con mi ex pensando que estaríamos juntos para siempre, y al final me salió el tiro por la culata. Siendo sincera, creo que idealicé algunas cosas y les di un valor que en realidad no tenían. Me hice demasiadas ilusiones.

—Creer que tu marido es una buena persona no es hacerse ilusiones. Eso es, básicamente, lo mínimo que se puede pedir —señaló.

—Visto así… Discutíamos muchísimo cada vez que él se empecinaba con que vendiera el hostal. Y el corazón se me rompía en mil pedazos.

Chase dejó el plato y se volvió hacia mí:

—¿Te presionó para que lo vendieras a pesar de saber lo mucho que significaba para ti?

—Él pensaba que nos darían un montón de dinero por la propiedad y que podríamos comprar algo para los dos.

—Si alguna vez nos lo encontramos, le diré exactamente lo que pienso —dijo con una media sonrisa.

—No creo que coincidamos. Se mudó lejos de San Diego. Pero mejor no hablemos de él. La noche es demasiado perfecta.

—Sí que lo es.

Cuando terminamos de cenar, se levantó y cogió la botella de champán, que estaba bien fría. Descorchó la botella, sirvió dos copas y brindamos.

—Por las noches improvisadas y perfectas —dijo.

Asentí porque estaba totalmente de acuerdo. Di un sorbo y, al instante, otro.

—Está buenísimo —afirmé antes de darme cuenta de que Chase no había bebido nada; solo se limitaba a mirarme—. ¿Qué? —pregunté.

—Nada. Estoy teniendo un *déjà vu* de cuando estuvimos en la playa. Ya entonces te deseaba.

Me estremecí:

—¿Ah, sí?

—Sí, muchísimo —confirmó.

Le di un par de sorbos más al champán, dejé la copa y suspiré mientras miraba hacia el mar.

—Es precioso, ¿verdad? Creo que es una de las mejores vistas que he visto nunca. Es como estar pegado al mar.

Chase hundió la nariz en mi cuello.

—Oye, no lo estás mirando.

—No, solo quiero sentirte.

Todo mi cuerpo vibraba con sus caricias.

—Gracias por traerme aquí —murmuré.

Nos quedamos así, abrazados, durante unos minutos, hasta que cayó la noche.

—¿Quieres que encienda el fuego? —preguntó.

—No, tengo una idea mejor.

—Tus deseos son órdenes.

Me estremecí; sus palabras enviaron una oleada de calor directo a mi entrepierna.

—Me gustaría que entráramos y bailáramos.

—Claro que sí. —Me cogió de la mano y me guió escaleras abajo.

Me reí:

—¿No vamos a recoger todo esto?

—No te preocupes por eso.

En cuanto entramos en el loft, la energía cambió entre nosotros. Su contacto era sensual, aunque solo me estuviera cogiendo de la mano. Luego entrelazó nuestros dedos. Segundos después, mientras bajábamos las escaleras hacia el salón, pulsó un par de veces la pantalla de su móvil y la música empezó a sonar a todo volumen por el loft.

—Tienes un sistema de sonido envolvente —comenté con admiración—. Me encanta este sitio.

—Y también te va a encantar todo lo que tengo pensado hacerte esta noche…

CAPÍTULO VEINTE

CHASE

SUS LABIOS se entreabrieron y se le sonrojaron las mejillas.

La música se reproducía en modo aleatorio, pero daba igual. Hannah y yo podíamos bailar lo que fuera.

—Me encantaría volver a escuchar *"Earned It"*, pero que esta vez me hagas un *striptease* —murmuró.

La atraje hacia mí, pegándola a mi pecho. Se le cortó la respiración.

—Ya quieres que me desnude, ¿eh?

Ella sonrió:

—¿Por qué se me habrá ocurrido proponer lo de bailar?

Acerqué la boca a su oído:

—Es un muy buen juego previo.

Noté cómo contenía el aliento justo antes de hacerla girar. Ahora tenía su culo presionando contra mi entrepierna. Nos movíamos al unísono, dejándonos llevar por el movimiento de las caderas. Le puse una mano en el vientre y sentí un ligero temblor en su cuerpo. Entonces, apartándole el pelo hacia un lado, le besé la nuca y luego volví a acercar la boca a su oído.

—Quería bailar contigo así en la boda. Quería hacerte tantas cosas… —comenté.

—¿Qué cosas? —murmuró.

Deslicé la mano desde su cintura hasta su pecho.

—Lo primero, quería cogerte en brazos y llevarte a mi habitación. Y luego, explorarte con mis manos, con mi lengua, y darte tanto placer que nunca quisieras salir de mi cama.

De inmediato, la besé contra la pared. Ya no me quedaba ni una pizca de autocontrol; lo había agotado todo.

Ella gimió contra mi boca, pasando los dedos por mi pelo y tirando de él. Profundicé el beso, poniendo ambas manos en sus caderas y apretándola contra mí. Luego la despegué de la pared y la guié mientras caminaba hacia atrás. Levantaba la vista de vez en cuando, solo para asegurarme de que no nos desviáramos.

—Te prometo que esta noche llegaremos a la cama —murmuré.

Dejé de moverme cuando llegamos a la barra americana, la besé antes de levantarla y colocarla encima. Perfecto, ahora podía besarla hasta que me suplicara que la penetrara.

Le puse las manos en los tobillos, luego las subí hasta las rodillas y seguí subiendo por la cara interna de sus muslos. Hannah era mucho más pequeña que yo, pero tenerla sobre la barra igualaba las cosas. Su piel era increíblemente suave. La acaricié muy despacio, provocándola.

Gimió contra mi boca, arqueando la espalda. Le besé la clavícula y coloqué mi palma sobre su pecho. *Joooder.* No llevaba sujetador. El vestido debía de tener algún tipo de copa de sujeción, porque no era su piel desnuda lo que tocaba, pero tampoco un sujetador.

Me excité al instante y le abrí la cremallera, bajándole el vestido hasta la cintura. De inmediato, atrapé uno de sus pezones con mi boca.

Gimió.

—¡Chase! —exclamó, y entonces la estimulé con la lengua hasta que empezó a moverse muy ligeramente hacia delante y hacia atrás. Presionó los muslos contra mí, y supe exactamente lo que quería: necesitaba que la masturbara en ese mismo instante. De hecho, yo quería ir un paso más allá: quería hacerla correrse así, con el vestido subido hasta la cintura y las bragas aún puestas.

Tenía tantas ganas de darle placer que no podía esperar ni un minuto más, ni siquiera lo suficiente para quitarle la ropa. Volví a recorrer sus piernas con las manos, disfrutando de cómo su piel había pasado de estar suave como la seda a erizarse por completo. Deslizando una mano por debajo de su vestido, llevé la otra a la parte baja de su espalda. Así podía inclinarle la pelvis justo como yo quería, acercándola mucho más al borde de la barra y tumbándola ligeramente hacia atrás.

Me di cuenta de que, en esa posición, no podía lamerle los pezones al mismo tiempo que la estimulaba con la mano, así que levanté la vista y le ordené:

—Túmbate boca arriba.

Tragó saliva con dificultad, mirando a su alrededor.

—¿Aquí?

—Sí. Voy a hacer que te corras aquí primero, y luego en cada rincón de mi casa. ¿Te parece mal?

Negó con la cabeza y se tumbó hacia atrás, dejando los brazos a los lados y tamborileando con los dedos sobre la barra, como si no supiera qué hacer con ellos.

Me gustaba verla tan entregada a mí, siguiendo mis órdenes. Iba a hacer que se corriera tan fuerte que me suplicaría por más.

Me incliné para llevarme un pezón a la boca mientras deslizaba la mano más arriba por debajo de su vestido.

Ella apretó los muslos, atrapando mi mano. Dejé de estimular su pezón para darle instrucciones.

—No. Abre bien las piernas. Necesito llegar bien a tu coño.

Relajó las piernas y las separó aún más.

Acaricié su sexo con dos dedos. *Joder.* ¿Cómo podía estar ya tan mojada? Lo único que había hecho era estimularle los pezones.

Quería bajarme los pantalones en ese mismo instante y hundirme dentro de ella, pero en lugar de eso moví los dedos sobre la tela con un movimiento circular.

Sus piernas empezaron a temblar.

—¡Chase! —gritó.

Pasé mi lengua por su pezón y acaricié sus partes íntimas con los dedos, tocándole el clítoris por encima de las bragas. Estaba tan

empapada que el contacto parecía piel contra piel, pero en ese momento mi intención era hacer que se corriera así, sin siquiera quitarle las bragas y, de hecho, ya no le faltaba mucho para llegar al orgasmo. Tenía la llave de su placer y podía tocar su cuerpo exactamente como quería. Cambié el ritmo de los dedos, moviéndolos de arriba abajo, y luego presioné ligeramente en su entrada, como si fuera a introducirlos, antes de volver a acariciarle el clítoris.

Hannah estaba fuera de sí en ese momento, así que empecé a estimularla con más rapidez hasta que se corrió.

Aparté la boca de su pezón, observando cómo se retorcía de placer y me pedía más.

—Chase, necesito… ¡ooooh!

Joder, se estaba corriendo y aun así seguía suplicando por mi polla. Quería llevarla a la cama, ya que no lo habíamos conseguido en el hostal, pero estaba demasiado desesperado por ella.

—Baja de allí, preciosa —le ordené.

Aunque todavía temblaba, no dudó ni un segundo. Bajó al suelo y entonces la giré, haciéndola jadear.

—Te necesito —dije.

—Sí, sí, por favor. No me hagas esperar más.

Oírla suplicar fue mi perdición. Me bajé los pantalones y le quité la ropa interior de un tirón. Luego me detuve justo antes de agarrarme la polla por la base.

—Mierda, necesito un condón.

Me miró con los párpados entrecerrados.

—¿Te has hecho las pruebas? ¿Estás sano? Porque yo sí, y llevo un DIU.

Tragué saliva con dificultad, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Estoy sano —confirmé.

—Entonces no me hagas esperar más, por favor —pidió.

Estaba perdido, ni siquiera podía pensar con claridad. Lo único que quería era sentirla.

Le aparté las bragas y la penetré; mi intención era deslizarme despacio, pero estaba tan mojada que me metí hasta el fondo sin

contenerme.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamé.

Parpadeé varias veces. Toda la zona de la barra se volvió borrosa ante mis ojos y, durante unos segundos. Luego recuperé la visión, me aparté y volví a embestirla con fuerza. Ella dobló el brazo derecho para apoyar la cara de lado sobre su mano. Cerró los ojos y soltó un gemido sordo. Tenía un rubor encantador en el cuello.

Bajé la mirada para poder observar cómo mi polla desaparecía dentro de ella con cada embestida. La escena era increíble. Me apretaba con una fuerza brutal. Y entonces, de repente, sentí sus dedos rozando mi polla.

—Te estás tocando. Eres espectacular —dije, y luego le ordené—: Detente, quiero mirar.

Dejó de mover la mano y casi exploto. Me encantaba cómo seguía mis órdenes.

—¿Quieres que me dé la vuelta? —murmuró.

—No, eso sería una maldad, Hannah. Quiero ver tu cara cuando te corras.

Ella jadeó y sentí cómo su coño se contraía en torno a mi miembro.

Eso es. Este no va a ser el último orgasmo que te voy a dar esta noche.

Me moví más rápido, con sus dedos rozándome los huevos en cada embestida. Soltó un grito tremendo y ni siquiera intentó disimularlo.

¡Sí! ¡Sí! Quería que gritara hasta derribar las paredes. Quería que todo el mundo supiera que era mía.

No bajé el ritmo ni un poco. Sentir y ver cómo se corría me ayudó a recuperar el control. Cuanto más controlaba el ritmo, más placer podía darle. Ese era mi único objetivo esa noche. En cuanto sus músculos internos se relajaron un poco y abrió los ojos, deslicé una mano entre la barra y su torso, atrayéndola hacia mí mientras seguía dentro de ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Vamos, preciosa, que esta noche sí que llegamos al dormitorio.

—No creo que pueda —murmuró.

Me retiré y le di la vuelta. Luego la cogí en brazos, haciendo que me rodeara la cintura con las piernas. Tenía la intención de rozar su clítoris con la punta de mi miembro, pero había sobreestimado mi autocontrol. No fui capaz de hacerlo. Sentir su cálida piel contra mi erección era demasiado excitante. Volví a deslizarme en su interior, y Hannah se rio, agarrándose con fuerza a mis bíceps.

—¿Piensas pasearte conmigo así?

—Claro que sí —dije—. Exactamente así.

—Vale —susurró de manera sensual, mordiéndose el labio inferior.

Subimos rápidamente las escaleras y me arrodillé en medio de la cama antes de tumbarla. Justo en ese momento, su cuerpo volvió a contraerse a mi alrededor y supe que estaba perdido.

—¡Joder! —exclamé.

Sí, estaba claro que había sobreestimado mi autocontrol. No iba a aguantar mucho más.

Me quedé quieto unos segundos, respirando lentamente, pero fue en vano. Cuando bajé la mirada hacia ella, tenía una sonrisa de plena satisfacción. Todavía estaba flotando en una nube después del orgasmo. Quería llevarla al límite una vez más. Lo necesitaba; su placer estaba conectado al mío a un nivel primitivo.

—Tócate, Hannah. Quiero verlo.

Llevó la mano a su clítoris y lo acarició. Me grabé a fuego el movimiento de sus dedos, poniéndome aún más duro que antes. Sabía que iba a correrse antes que yo.

Al momento, todo su cuerpo se tensó y clavó los talones en el colchón, empujando la pelvis hacia arriba. Hannah gritó y mi propio grito la siguió de inmediato cuando, por fin, me corrí. Fue tan intenso que supe al instante que nunca olvidaría ese momento. Sentí como si mi cuerpo se desmoronara y se recompusiera al mismo tiempo. Iba más allá del mero placer. Era muchísimo más que eso.

Busqué aire con desesperación, sin apartar los ojos de ella. En ese momento, no era consciente de nada más, ni de mi cuerpo ni de lo que nos rodeaba, pero no podía dejar de mirarla; me daba el equilibrio que necesitaba.

Aquella noche, Hannah era mi conexión con el mundo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

CHASE

EL LUNES SIGUIENTE, adelanté el final de la reunión general porque mis padres estaban a punto de llegar.

—Perfecto. Tengo un montón de cosas que hacer de todos modos —dijo Cyrus. Estaba sorprendentemente animado.

Después de que se fuera, la puerta se abrió y Griffin entró con mis padres.

Había subido con ellos en el ascensor de los directivos. Susan y Bruce Sterling rondaban ya los setenta y solo habían estado en las oficinas una vez antes, cuando nos mudamos a aquel edificio.

Mi padre era alto y fornido, con el pelo castaño oscuro y los ojos verdes. Hacía ejercicio con regularidad y estaba en plena forma. Mi madre solía bromear diciendo que lo había clonado seis veces, porque nos parecíamos mucho a él, hasta en la estructura ósea y el color del pelo.

Mi madre miró a su alrededor con inquietud. Me dio la impresión de que pensaban que algo iba mal.

—Chicos, un sinvivir —comentó mientras se sentaba entre Duncan y yo. Mi padre se sentó al lado de Knox—. ¿Qué ocurre? ¿Cómo podemos ayudar?

No me equivocaba.

—¡Maldita sea! —exclamó Knox—. No pensaba que esto fuera a salir así. Mamá, papá, no pasa nada malo. Chase os tiene una sorpresa.

—*Os* tenemos preparada una sorpresa —lo corregí.

—Técnicamente, es de Chase. Él no se va a atribuir el mérito, pero todo es obra suya —continuó Knox—. Nos enteramos esta misma semana.

Mi madre se volvió hacia mí, sonriendo.

—Ay, cariño. ¿Por fin te vas a casar?

La miré fijamente.

—¿Por qué asumes que os he hecho venir para eso?

—No lo sé. Has dicho que es una sorpresa. Y eso es algo que me sorprendería mucho.

—Susan —intervino mi padre, pero no era su tono exasperado de siempre—. Nos habría dicho si estuviera saliendo con alguien. Debe de ser otra cosa. Hijo, ¿de qué se trata?

—Iré al grano —dije—. He vuelto a comprar vuestra antigua tienda.

Mi madre ahogó un grito de sorpresa.

—Espera, ¿qué quieres decir? —preguntó mi padre.

—Lleva unos meses en venta —expliqué.

—Lo sé, lo he visto —repuso mi madre. Miró un segundo a mi padre y luego volvió a mirarme a mí—. Pero ¿por qué la has vuelto a comprar?

—Imaginé que os haría ilusión. Sé lo mucho que significaba para vosotros.

—Pues sí —susurró mi madre.

—Hijo, de verdad que no tenías por qué gastar ese dinero en nosotros —replicó mi padre.

—Papá, por si no te has dado cuenta. —Knox se inclinó hacia él sobre la mesa—. Tu hijo está forrado, ¿vale? Puede pagar esa cantidad sin enterarse.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó mi madre—. Muchísimas gracias.

Tanto ella como mi padre estaban que no cabían en sí de la alegría. Se mostraban mucho más amables el uno con el otro de lo

que esperaba. Todo iba sobre ruedas.

—Ya tengo la llave. —Metí la mano en mi bolsillo y se la pasé por encima de la mesa a mi madre, porque era la que estaba más cerca.

—Qué rápido —dijo ella—. Imaginaba que… Olvídalo. —Miró la llave como si no pudiera creérselo y luego levantó la vista hacia mi padre. Para mi asombro, tenía lágrimas en los ojos.

Desconcertado, miré a Duncan, que se limitó a encogerse de hombros. Entonces eché un vistazo al resto de mis hermanos. Griffin levantó una ceja, mientras Wyatt miraba fijamente a Knox y a Finn esperando que tuvieran una explicación.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo sabías siquiera que estaba en venta? —preguntó nuestro padre.

—Iba mirando de vez en cuando, y mi asistente me avisó. Costó un poco convencer al dueño de que nos la vendiera.

—Hannah, nuestra nueva empleada, expuso unos argumentos muy buenos que, al parecer, acabaron convenciéndolo cuando ella y Chase lo llevaron a cenar —aclaró Knox.

¿Por qué demonios le gusta tanto buscarme las cosquillas?

Nuestra madre se volvió al momento para mirarme.

—¿Hannah?

Fruncí el ceño, mirándola:

—La conocí en la boda de Josh y Blair. Es la hermana de Blair.

A mi madre se le iluminó la cara con una sonrisa mientras me señalaba.

—Espera, ¿es esta la misma Hannah de la que nos habló Jeremy? —preguntó.

—Sí —respondió Duncan.

—Estaba segura de que había algo entre *vosotros* —le dijo nuestra madre a Duncan.

—¡Ni de coña! —exclamé. La sala quedó en completo silencio—. No hay nada entre Duncan y Hannah.

—Hermano, todos sabemos que eres un hombre de pocas palabras, pero creo que nunca habías dicho tanto con tan poco —dijo Wyatt con una sonrisa.

—Está bien. No necesito más información. —Mi madre tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué? ¿Por qué no? —preguntó Knox—. Venga ya. Pensaba que le darías la lata.

—No, no lo haré. —Volvió a mirar las llaves—. ¿Podemos ir a ver el local ahora mismo?

—Por supuesto —respondí, contento de que volviéramos al asunto principal.

—Os llevaré yo —se ofreció Knox—. ¿Aún queréis hacer un recorrido por la empresa antes?

—¡Sí! —exclamó mi padre—. Hace tiempo que no vengo por aquí, me encantaría echar un vistazo.

—Estupendo, vamos —repuso mi madre.

Mi padre, mi madre y Knox salieron de inmediato.

—¿Me parece a mí, o nuestros padres están sospechosamente amables? —preguntó Griffin una vez que se habían marchado.

—Creo que es solo porque se han llevado una grata sorpresa —respondió Wyatt.

—No sé. Las últimas veces que los vi también parecían llevarse bastante bien —explicó Griffin.

Duncan me miró directamente:

—Mamá no va a soltar la presa ahora que ha oído lo de Hannah. ¿Te parece buena idea dejar que ella y Knox vayan por ahí sin control?

—Mamá no hará nada —aseguré.

Finn me señaló:

—Por la boca muere el pez, hermano.

***

HANNAH

Me encantaba mi trabajo. Cuando empecé en *Sterling Investments*, lo hice por pura necesidad. Sin embargo, me di cuenta de que estaba disfrutando más que en mi anterior empleo, posiblemente porque el ambiente en la oficina era mucho menos estresante. Todo

el mundo parecía más relajado, y eso se debía sobre todo a la dirección, es decir, a los hermanos Sterling.

El único inconveniente era que no me dejaba absolutamente nada de tiempo para el hostal. Varios contratistas me habían enviado presupuestos por correo electrónico basándose en las fotos que les mandé y en el informe del inspector, pero los costes de las reparaciones eran astronómicos. La franquicia del seguro se salía por completo de mi presupuesto. La cuestión era simple: mis ahorros no daban para tanto. Pero no iba a dejar que eso me frenara. Yo no me rendía con tanta facilidad.

Por eso estaba considerando algo a lo que antes me había negado rotundamente: estaba buscando un inversor. Había descubierto un portal web donde había que crear un perfil para el negocio y los inversores podían ponerse en contacto si estaban interesados. Era como una especie de *speed dating*, pero para empresas. Aunque todavía no había tenido tiempo de hacer nada.

Me sobresalté cuando mi móvil vibró en el bolsillo.

Al sacarlo, me sorprendió encontrar un mensaje de Knox. Había olvidado que tenía mi número de teléfono. Se lo di en la boda y debía haberlo guardado. El único hermano Sterling con el que había estado hablando era el *mío*. Era increíble, pero cada vez que pensaba en Chase, me invadía una sensación de vértigo.

¿Era un poco insensata por tirarme de cabeza a la piscina y dejarme llevar por el corazón? Tal vez, pero no podía hacer nada al respecto. Desde luego que no quería contenerme, no cuando todo fluía de una manera tan increíble y tan perfecta.

Knox: ¿Puedes venir a la sala de descanso de la tercera planta, junto a las escaleras? Tengo que presentarte a alguien.

Fruncí el ceño, pero me levanté de inmediato. Cuando uno de los jefes pedía algo, no se lo cuestionaba. Bueno, a menos que fuera Chase. A él siempre podía cuestionarlo y tomarle el pelo.

Rápidamente, le envié un mensaje a Chase por si podía darme algún tipo de información privilegiada.

Hannah: Knox quiere presentarme a alguien en la sala de descanso que hay junto a las escaleras. ¿Tienes idea de qué

va esto?

No me respondió, así que me dirigí a la sala. Knox ya se encontraba allí, de pie junto a una pareja mayor que no conocía.

Knox miró por encima del hombro de la mujer.

—Ahí está —dijo Knox al verme llegar—, la mujer del momento. Hannah, ven aquí y únete a nosotros.

—Hola —dije, mirándolos con curiosidad. De cerca, me resultaban vagamente familiares. Quizás sí que los había visto antes, después de todo.

—Estos son mi madre y mi padre —dijo Knox—. Susan y Bruce.

—¡H-hola!

¿En serio acabo de tartamudear con una palabra de dos sílabas?

—Encantados de conocerte, Hannah. Nos han dicho que ayudaste a Chase a conseguir la tienda —comentó su madre.

—Oh, bueno… yo diría que eso es exagerar un poco. Solo expuse un par de buenos argumentos.

Knox me guiñó un ojo:

—Nuestro hermano nos confesó que él estaba haciendo de poli malo. Aunque yo ni siquiera creo que fuera una situación de "policía bueno, policía malo", más bien una de…. —Hizo una pausa, y pensé que estaba buscando las palabras adecuadas, pero resultó que solo era para darle dramatismo a su discurso—. Sí, diría que era más bien "el gruñón contra el encanto en persona" —terminó Knox.

—Bueno, hay que decir que esa descripción encaja perfectamente con Chase. Nuestro nieto también nos ha hablado de ti —dijo su madre.

—¿Cómo está Jeremy? —pregunté mientras intentaba descifrar el verdadero motivo por el cual querían conocerme. Sentía que se me escapaba algo.

—Está muy bien. Pasará este fin de semana en mi casa. Estoy deseando enseñarle la tienda —respondió ella.

—Pero cuéntanos más sobre ti, Hannah. Chase te ha tenido bastante escondida —me dijo su padre.

Esta vez no pude ocultar mi sorpresa. ¿Sus padres sabían lo mío con Chase? Miré a Knox, que parecía estar conteniendo la risa.

—¿Pero qué narices…? —retumbó la voz de Chase detrás de nosotros. Debía de haber visto mi mensaje.

Giré la cabeza para echar un vistazo mientras se acercaba a nosotros.

—¿A qué viene esto? —preguntó. Se quedó mirando fijamente a Knox y luego a su madre.

Knox me miró con los ojos entrecerrados.

Levanté las manos:

—No me mires a mí. Solo le pregunté si sabía de qué iba todo esto —dije.

—Venga, no hagas un drama de esto, Chase —intervino su madre—. Tenía muchísima curiosidad por conocer a Hannah, eso es todo.

—¿Así que habéis decidido hacerlo a mis espaldas? —preguntó Chase, poniéndose a mi lado.

Me sentí como si estuviera viendo una serie y me hubiera perdido unos cuantos episodios. *¿Qué demonios está pasando?* Entonces Chase me rodeó la cintura con un brazo, apoyando los dedos en mis costillas. El gesto era tan íntimo que cualquiera que nos viera no tendría la menor duda de que éramos mucho más que jefe y empleada.

—Hannah, tengo que ponerte al corriente —dijo.

—Sí, por favor —murmuré.

—Mis padres han venido esta mañana, les he dado la llave de la tienda y les he dicho que nos habías ayudado con las negociaciones.

—Tenía que conocerte —explicó su madre.

Chase soltó un bufido y miró a su padre, que permanecía sospechosamente callado.

—¿Y no pudiste impedirlo? —le preguntó Chase a su padre, que se limitó a reírse.

—Hijo, ni siquiera lo intenté.

—Chase, no te pongas así —intervino su madre.

—¿Se os ha ocurrido pensar que a lo mejor me hubiera gustado ser yo quien os presentara a Hannah?

¿De verdad quería hacerlo él? Ay, corazón mío, no te aceleres tanto.

Su madre lo miró con una tierna sonrisa.

—Bueno, se me pasó por la cabeza, pero me pudo la curiosidad.

—Ya, claro… —replicó Chase. Era la primera vez que oía un tono de derrota en su voz. Miró a su madre fijamente.

—Venga, está bien. Nos vamos. No queremos entreteneros mucho más —añadió ella—. Ha sido un placer conocerte, Hannah.

—Igualmente —respondí, todavía sintiéndome un poco desconcertada. Pero al menos esta vez no tartamudeé.

—Vale, vámonos —dijo Knox. Sus padres salieron primero de la sala de descanso.

Knox se detuvo en la puerta y susurró:

—Lo siento. Ya sabes cómo se pone mamá.

Chase levantó una ceja:

—No finjas que no lo has disfrutado.

—Al principio sí, pero luego me he sentido culpable. Lo siento, Hannah. No quería hacerte pasar un mal rato, solo tocarle las narices a mi hermano.

Me reí y me volví hacia Chase:

—Vale, entonces no pasa nada.

—¡Lárgate! —le gritó a Knox, que se marchó de inmediato.

En cuanto me quedé a solas con Chase, me entraron ganas de ponerme a bailar de alegría. Me moría por robarle un beso, y tal vez por meterle un poco de mano. Lo suficiente para aguantar el resto del día.

Me apresuré hacia la puerta y la cerré.

—Cierra con llave —ordenó Chase.

—¿Hay cerrojo en la sala de descanso? —pregunté, intentando ignorar lo mucho que a mis partes íntimas les gustaba su tono de voz.

—Sí. En su momento fue un despacho.

Giré la cerradura y me volví hacia él. Ya se estaba acercando a mí. Chase estaba tan increíblemente sexy con su camisa blanca y el botón de arriba desabrochado que temí sufrir una combustión espontánea.

Me tocó el lado de la cara con el pulgar y el índice, y luego me acarició la mandíbula.

—Siento todo esto —murmuró—. No es así como imaginaba que conocerías a mis padres.

—No pasa nada, de verdad.

—Hagamos esto todos los días.

—¿Qué, colarnos en la sala de descanso?

—Sí —respondió antes de besarme.

Instintivamente me dejé llevar por el beso. Fue una pasada y me estremecí por completo. Agarré el cuello de su camisa y lo atraje aún más hacia mí, como si de alguna manera pudiera meterme dentro de él.

Hizo una pausa para respirar y solté mi agarre.

—Vaya, la he liado. —Intenté alisar el cuello de la camisa—. Te la he arrugado toda. Maldita sea. Creo que necesitamos una regla, algo así como "en la oficina solo se besa, no se toca".

—Esa regla es una mierda. Necesito tocarte —dijo, y luego me besó de nuevo, poniendo ambas manos en mi cintura.

Mis partes íntimas estaban a punto de arder, pero mientras mantuviera las manos en mi cintura…

Sin embargo, como era de esperar, no las mantuvo allí; las bajó hasta mi trasero y acarició mis nalgas.

Podía alcanzar sus omóplatos con las yemas de los dedos. Noté que se relajó bajo mi contacto y yo me aparté un poco.

—Estás tenso.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza. —Su voz era grave y áspera.

—¿Quieres compartirlas conmigo?

Negó con la cabeza:

—No. Esto es mejor.

Volvió a explorar mi boca, besándome y acariciándome hasta que estuve a punto de subirme a él. Por instinto, levanté una pierna e intenté enroscarla alrededor de su cintura, pero en ese momento me contuve y me moví hacia un lado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, levantando las manos.

—Esto no es una buena idea. ¿No te has dado cuenta de que estaba a punto de echarme encima de ti?

Sonrió.

—¿Y qué tiene de malo?

—En la oficina, no —murmuré.

Se aclaró la garganta:

—Tienes razón. Joder, haces que pierda la cabeza en un segundo. Sal tú primero de la sala, yo me quedaré aquí unos minutos.

—¿Por qué? —pregunté, un poco molesta.

—Porque tengo una erección.

Le había provocado una erección al rey del autocontrol en mitad del día y en la oficina. Di un pequeño salto mental de alegría al pensarlo.

—Joder, necesito pasar más tiempo contigo —gruñó—. Verte de vez en cuando por las noches no es suficiente. Ni de lejos.

—¿Qué propones?

—Empecemos el día tomando un café juntos. Hay una pastelería con buen café a unas cuantas calles de aquí.

—Trato hecho.

Chase tenía tantas ganas de pasar más tiempo conmigo que incluso había pensado en los detalles. Mi corazón se aceleró de felicidad. Era un hombre increíble y ya me tenía totalmente ganada.

No pude ocultar mi sonrisa. Me sentía en la cima del mundo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

HANNAH

SIEMPRE HABÍA PENSADO QUE, una vez firmados los papeles del divorcio, ya no me importaría lo que hiciera Gary. Pero una mañana soleada, mientras esperaba a Chase en la cafetería de la esquina, me di cuenta de que estaba equivocada.

Desde casa, había subido toda la información sobre el hostal a la plataforma para los inversores, y ahora estaba comprobando cómo se veía en la pantalla del móvil.

La verdad era que la página web estaba bastante bien montada. La actualicé un par de veces con la esperanza de ver algún mensaje, aunque sabía que era una tontería por mi parte porque, literalmente, había terminado de subirlo todo hacía una hora.

Cerré el navegador y abrí Instagram. Seguía a varios *influencers* de decoración de interiores y tenía curiosidad por ver qué habían publicado últimamente.

Sin embargo, lo primero con lo que me topé fue con una foto de boda de mi ex y una mujer que no conocía.

¿Cómo es posible? Lo había bloqueado en todas las redes sociales.

Entonces me di cuenta de que lo había publicado un amigo común. Bueno, en realidad era más amigo de Gary que mío, pero

qué gracia me hacía…

No sabía muy bien por qué me molestaba tanto. Era evidente que no estábamos hechos el uno para el otro, así que tal vez su nueva esposa cumpliera todos sus sueños. Pero me dolía pensar que yo no había sido suficiente para él, y cuando nos divorciamos, estaba segura de que ninguna mujer lo sería. Aunque, con el tiempo, me di cuenta de que él tampoco era el hombre de mi vida.

Pero Chase… él sí que podría serlo.

—Buenos días —saludó Chase, sacándome de mis pensamientos. Casi se me cae el móvil. Llevaba dos tazas de café.

—Oye, ya has comprado café.

Me dio un beso largo y profundo, luego se apartó y se sentó en la mesa a mi lado.

—¿Qué te pasa?

—¿Lo has notado, eh?

—Estás tensa. ¿Ha pasado algo?

Le mostré la foto en el móvil:

—Es mi ex. Me acaba de salir en el muro que se ha casado.

—Vaya, debe de ser duro para ti —dijo Chase.

Dejó las tazas sobre la mesa y luego puso su mano sobre mi hombro derecho, acariciándomelo con el pulgar en círculos. El movimiento era reconfortante.

—¿Quieres hablar de ello?

—No estoy segura. Quiero decir, no sé por qué estoy reaccionando así.

—Estuviste casada. Es lógico que te afecte de alguna manera.

—Creo que simplemente no me lo esperaba.

Chase permaneció inmóvil.

—¿Todavía sientes algo por él?

—No. Sinceramente, lo que sentía murió mucho antes de que firmáramos los papeles. Se encargó de destruir hasta el último gramo de cariño.

Me cogió la mano, le dio la vuelta y me besó la muñeca.

—Te has quedado pensativo —dije—. ¿En qué piensas?

—Solo estaba pensando en cómo animarte.

—¿Qué opciones hay? —pregunté, forzando un tono alegre. Sonaba un poco artificial, pero creía firmemente en eso de fingir hasta que te lo creas.

—Todavía lo estoy pensando. Por cierto, ¿qué vas a hacer mañana por la mañana?

—Nada, ¿por qué?

—Mis padres quieren que mis hermanos y yo vayamos al local a limpiar unas cosas que dejó el anterior dueño en el sótano. ¿Te apetece venir?

—Sí —dije con timidez, y así, de repente, mi alegría se volvió real. No había bromeado cuando dijo que tenía la intención de presentarme a sus padres.

—Me gustaría que vieras el local. Significa mucho para mí.

—Claro, me apetece un montón. —Le di un sorbo a mi café mientras Chase se acercaba a mí—. Oye, no has tocado tu café.

—No, lo que quiero es saborearte a ti. Joder, tenemos que quedar en algún sitio que no esté tan cerca de la oficina.

—No. Solo tienes que comportarte —bromeé.

—Eso nunca.

***

El sábado por la mañana, Chase pasó a buscarme por casa. Tenía una sorpresa para él y, mientras caminaba hacia el coche con una sonrisa de oreja a oreja, hacía oscilar una pequeña bolsa de regalo. También llevaba una chaqueta fina en el brazo. En San Diego hacía un tiempo maravilloso incluso en octubre, pero las noches podían refrescar un poco y no sabía cuánto tiempo nos quedaríamos en la tienda.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras se acercaba para abrirme la puerta.

—Ayer le dije a mi vecina que hoy iba a ver a Jeremy, y me dijo que todavía no había conseguido el *Mario Kart*, pero me dio un juego que, al parecer, está muy de moda.

—¿Le has comprado un regalo? Eres increíble.

—Estoy deseando ver su cara cuando se lo demos —dije.

Chase me besó en la sien y luego bajó suavemente con los labios hasta mi oreja. Me estremecí cuando dio un paso atrás y abrió la puerta del coche.

Al subirme, el vestido se me subió unos centímetros, lo que le arrancó un gruñido a mi novio.

Me reí:

—¿Así es como vamos a empezar el día?

—Sí —asintió—. ¿Qué te parece si te pones unos pantalones?

—Chase, mi vestido no tiene nada de malo. No enseña nada en absoluto.

—Te queda jodidamente sexy.

—Pues no me voy a cambiar.

—Hannah…

—¡Chase!

Lo miré fijamente hasta que cerró mi puerta. Luego dio la vuelta al coche.

—Por cierto, ¿tienes planes para hoy o mañana? —preguntó una vez dentro.

—No. Me imaginé que tus padres podrían necesitar ayuda ambos días, así que los he dejado libres.

Chase sonrió con aire de suficiencia.

—Excelente.

—Bueno, ¿y qué hacemos hoy? —pregunté.

—Mis padres dicen que hay que limpiar un poco el sótano, así que hoy quieren revisar todo lo que dejó el anterior propietario. Mis hermanos también vendrán.

—¿Compramos el desayuno para todos?

—No, Griffin se va a encargar del desayuno, Wyatt traerá el café, y Knox y Finn se encargarán de la comida.

—¿Y tú qué vas a llevar?

—A ti.

—¿Qué quieres decir? —Me pasé la mano por el pelo hasta las puntas.

—A mi madre le encantó la idea cuando le dije que tú también venías. Hacía mucho tiempo que no la veía tan ilusionada.

—¿Por qué?

—Creo que hace años que no le presento a una chica.

Me dieron ganas de parar el coche, ponerme a horcajadas sobre él y comerlo a besos.

Llegamos a la tienda diez minutos después. Estaba cerca de La Jolla[1] y rodeada de modernos edificios de apartamentos. Apostaba a que Elijah había recibido montones de ofertas de promotores inmobiliarios. No me extrañaba que hubiera actuado de manera tan evasiva. Chase debía de haber pagado una fortuna por la propiedad.

Salí del coche con la bolsa de regalo en una mano. Chase me cogió de la otra y me llevó hasta la entrada.

El edificio de dos plantas estaba construido en piedra caliza. Los alféizares de las ventanas eran blancos y parecían un poco desgastados, pero me gustó, le daba al lugar un encanto rústico. Lo mismo ocurría con la puerta de madera arqueada, que era de estilo antiguo. Resultaba acogedor tanto por fuera como por dentro, aunque estaba completamente desordenado.

En la primera planta había cajas por todas partes y un pequeño mostrador con estanterías detrás que se extendía por todo el espacio, pero allí no había nadie.

Chase me guió a través de una pequeña puerta que probablemente conectaba con un almacén. Se me cayó la mandíbula al suelo cuando abrió la siguiente puerta: no era un almacén; en todo caso, yo lo llamaría un cenador acristalado. Tenía vistas a un jardín trasero monísimo y bastante amplio. Pero allí tampoco había nadie.

—¡Madre mía, este espacio es increíble! —exclamé.

—Lo sé. Mis hermanos y yo pasábamos mucho tiempo aquí. Mis padres pusieron escritorios a lo largo de dos de las paredes para que pudiéramos hacer los deberes después del colegio. A mi madre le gustaba tenernos por aquí y echarnos un ojo de vez en cuando. —Sonrió, señalando el lugar donde se sentaban todos.

Le rodeé el torso con los brazos, apoyé la barbilla en su pecho y lo miré. Chase era bastante alto, medía más de un metro ochenta, y yo, con mi metro setenta, encajaba perfectamente bajo su barbilla.

—Me alegro mucho de que hayas podido recuperarla.

Me apretó contra él:

—Yo también me alegro.

—Madre mía, avisad la próxima vez, ¿vale? —pidió Wyatt mientras él y Griffin entraban en la sala.

—O a lo mejor podríais llamar antes de entrar —replicó Chase.

Griffin asintió.

—Sí, sin duda vamos a tener que aprender a hacerlo. ¿Queréis que nos vayamos y os dejemos a los dos morreándoos?

Me sonrojé muchísimo.

—Tío, deberías tener un poco más de tacto —señaló Wyatt.

—Qué va, Hannah ya está acostumbrada a nosotros. Bueno, en realidad, a mí —respondió Griffin.

—Que os den —dijo Chase de buen rollo.

Griffin llevaba varias bolsas con el desayuno y Wyatt cargaba con unas doce tazas de café.

—Os ayudamos. —Chase le quitó unas cuantas bolsas a Griffin para aligerarle la carga.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó Griffin.

—Pensábamos que estarían aquí atrás, pero creo que están en el sótano —explicó Chase.

Wyatt echó un vistazo a mi bolsa de regalos.

—¿Le has comprado un videojuego a Jeremy?

Asentí:

—Sí.

—Te va a adorar. —Wyatt me sonrió con encanto y luego soltó una pequeña risa.

—¿Qué? —le preguntó Chase con brusquedad.

—Nada. Es que acabo de caer en la cuenta de que debería reconocerle más a menudo el mérito a Knox y a Finn por sus ideas.

Sonreí.

—Desde luego que deberías.

—Pero tampoco te pases —replicó Griffin—, o se les subirá a la cabeza.

—¿Estáis intentando ganar tiempo para no tener que trabajar? —preguntó Chase.

Wyatt levantó una ceja:

—Qué ironía, ¿no? Teniendo en cuenta que te hemos pillado metiéndole mano a la pobre Hannah.

Me sonrojé de nuevo. Menuda manera de comenzar la mañana. Había olvidado cómo se comportaban los hermanos Sterling fuera de la oficina.

Chase negó con la cabeza, pero en lugar de responder, nos guió hacia el sótano.

A medida que bajábamos las escaleras, el ambiente se volvía más húmedo.

—Este lugar necesita ventilación —dijo Griffin.

—Totalmente —respondió Wyatt—. Hoy mismo haré un par de llamadas para que les traigan unos deshumidificadores.

Me encantaba que los chicos quisieran hacerles la vida más fácil a sus padres en todo lo que pudieran.

Entramos en el sótano y vimos que Knox, Finn y los padres de los hermanos ya estaban allí. Duncan y Jeremy todavía no habían llegado.

Susan y Bruce, que sostenían sendas tazas de café en las manos, se giraron y nos vieron.

—Mis niños, ya estáis aquí. —Susan vino directamente hacia mí, pasando por delante de Wyatt antes de abrazarme—. Me alegro mucho de volver a verte.

Le devolví el abrazo, apoyando la cabeza en su hombro y dejándome llevar por su cariño.

—Estoy encantada de estar aquí. Este lugar es increíble. Estoy deseando ver qué hacéis con él.

Susan y Bruce se miraron y luego su madre dijo:

—De momento estamos barajando todas las opciones. En cuanto lo tengamos todo despejado, nos resultará más fácil tomar una decisión definitiva.

Cuando se apartó, dejé la bolsa con el regalo de Jeremy sobre la mesa improvisada que habían montado con cajas. Luego puse encima también la bolsa con los *bagels* que le había quitado a Griffin de las manos para ayudarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Susan, señalando la bolsa de regalo.

—Oh, solo un regalito para Jeremy.

A Susan se le iluminaron los ojos mientras nos miraba a Chase y a mí.

—Eres un encanto. A él le encantan los regalos.

Todos nos reímos cuando Bruce se acercó y me dio un pequeño abrazo.

—Hannah, me alegro de verte de nuevo.

—Igualmente, señor.

—Bruce. Por favor, llámame Bruce.

Asentí, sintiéndome ya como un miembro más de la familia.

—Joder, basta con que uno de nosotros aparezca con una chica para que ya ni se den cuenta de que existimos los demás —dijo Griffin.

Susan puso los ojos en blanco:

—La próxima vez, trae *tú* a una chica. Ahora, vamos a comernos todas esas delicias que habéis traído y luego nos ponemos manos a la obra.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Chase mientras sacábamos los *bagels*.

Tras darle un bocado al mío, cogí una de las tazas de café y le di un trago rápido.

—Esas cajas son cosas que he traído yo. Productos de limpieza y herramientas —dijo Bruce—. Pero no las vamos a abrir hasta que revisemos todo lo que dejó Elijah y tiremos lo que no necesitamos.

—Me parece estupendo. Si no, os vais a agobiar —coincidí.

—Se llevó casi todo de la planta de arriba, salvo lo de un dormitorio que está completamente amueblado y los electrodomésticos de la cocina —continuó Bruce—. Es que además vivía aquí, encima de la tienda.

—La cocina se quedará tal y como está —comentó Susan—. De hecho, más tarde os prepararé unos *brownies* a todos.

Chase se volvió hacia ella:

—¿Pero se puede usar la cocina?

—Sí —respondió Bruce—. Como la venta se cerró tan rápido, pudimos cambiar los titulares de la luz y del gas sin problemas. Tu madre ha hecho tartas varias veces esta semana.

—Y podemos dar fe de que estaban buenísimas —comentó Knox, y Finn asintió en señal de acuerdo.

—A nosotros también nos gustaron. —Griffin se señaló a sí mismo y a Wyatt.

Chase los miró a todos:

—¿Habíais estado aquí antes todos juntos? ¿Por qué no me lo dijisteis? Habría pasado a echar una mano.

—Tonterías —replicó Susan—. Les pedí que no os molestaran.

—Y vaya si lo hizo —dijo Finn—. Imagina el autocontrol que hizo falta para no hacer exactamente lo contrario. Estaba que me subía por las paredes.

—Knox, Finn, ¿se puede saber qué os pasa? —preguntó Susan.

—Lo mismo que nos pasa a nosotros —intervino Griffin.

Bruce negó con la cabeza:

—Venga, dispersaos por la sala. Empecemos por revisar todas las cosas que hay por ahí tiradas y a separarlas en dos montones: lo que nos quedamos y lo que tiramos.

—Hannah, cariño, necesito tu ayuda en aquella esquina —dijo Susan.

Asentí:

—Claro, dime qué quieres que haga.

Caminamos juntas hacia lo que parecía una estantería llena de libros.

—Me puse muy contenta cuando Chase dijo que venías tú también. Tenía muchísimas ganas de pedirte disculpas por la encerrona del otro día —me dijo Susan una vez que nos alejamos de los demás.

—Me pilló por sorpresa, pero no estoy enfadada —aseguré—. Me encantó conoceros a ti y a Bruce.

—Ah, menos mal, me has quitado un peso de encima —sonrió—. Echemos un vistazo a todos los libros para ver si están en buen estado. Si es así, igual me los llevo arriba, a mi planta, y los pongo en una estantería de verdad.

—¿Ya habéis decidido qué vais a hacer con el edificio?

—Prácticamente sí. Yo quiero dar clases de cerámica en la segunda planta, y Bruce abrir una tienda de artículos de pesca. No

tiene sentido poner una tienda de ultramarinos como la que teníamos antes. Si te soy sincera, ya entonces se había quedado anticuada y lo pasamos bastante mal. De hecho, fue uno de los motivos de tensión entre nosotros. Pero ahora él puede dedicarse a lo que le gusta, que es todo lo relacionado con la pesca.

Hablaba con muchísimo cariño de su exmarido, lo cual me sorprendió, porque por cómo lo contaba Chase parecía que sus padres estaban siempre a la gresca.

—Estamos muy agradecidos de que nuestros hijos nos cuiden todo el tiempo —continuó.

—Es un privilegio para un hijo poder hacer eso.

—Bueno, yo creo que debería ser al revés. Por mucho que les digamos que no tienen que hacer nada por nosotros, no dan el brazo a torcer. Y Chase… pues ya sabes cómo es. Nunca podremos pagarle todo lo que hace por nosotros.

—Solo quiere que seáis felices —aseguré.

—Ya de niño era así. Siempre se aseguraba de que los que le rodeaban estuvieran bien, incluso Duncan, aunque eran casi de la misma edad.

Chase tenía de verdad ese deseo de ver felices a todos los que lo rodeaban. Eso me llenaba el corazón de alegría. El padrino gruñón tenía un lado tierno en el fondo …y la verdad era que me resultaba de lo más atractivo y sexy.

Susan continuó:

—Estar aquí me recuerda mucho a cuando los chicos eran pequeños. Todos eran supertraviesos hasta que Bruce y yo nos divorciamos. Les afectó mucho. No pude mantenerlos al margen de esa situación, por mucho que quisiera.

—Hiciste todo lo que pudiste, pero hay cosas que son difíciles. Yo también me he divorciado, y es algo que realmente no ves venir hasta que te estalla en la cara.

Asintió:

—Es verdad.

Empezamos a quitarles el polvo a los libros, pero al final los metimos todos en la caja de los que se iba a quedar, porque estaban en buen estado.

—Después de eso, Chase se volvió aún más protector con sus hermanos, y Duncan también. A Knox y a Finn pareció afectarles menos. Eran más jóvenes y no creo que se enteraran ni de la mitad de lo que pasaba, se conformaban con saber que iban a tener dos Navidades, dos fiestas de cumpleaños y ese tipo de cosas. A Wyatt y a Griffin les tocó la peor parte, porque no eran lo bastante mayores para entenderlo, pero sabían que algo pasaba. No me enorgullece admitirlo, pero Bruce y yo apenas podíamos estar en la misma habitación sin discutir después del divorcio.

—Esas situaciones son muy duras para todos los implicados.

Susan asintió:

—Es verdad. Durante un tiempo, pensé que ninguno de mis hijos traería jamás a casa a una chica.

—Pero Duncan tiene a Jeremy. Tener un nieto debe de ser maravilloso.

—Sí, y es una bendición. Pero la relación con la madre de Jeremy no funcionó en absoluto. Le dejó secuelas. Te juro que, cuando Jeremy nos habló de ti, pensé que habría algo entre tú y Duncan. Pero en cuanto os vi a ti y a Chase, supe que estabais hechos el uno para el otro.

—¿En serio? —pregunté con una sonrisa.

Era una frase de las que diría mi abuela. Cada vez que hablaba de mi madre y mi padre, yo escuchaba embelesada cada palabra.

—Sí. Ambos transmitís una energía increíble cuando estáis juntos. Nunca había visto a mi hijo tan feliz. —Levantó la vista y frunció el ceño—. Uy. Creo que sabe que estamos hablando de él porque viene hacia aquí.

Chase se colocó justo a mi lado:

—Mamá, deja de acaparar a Hannah.

—La estaba ayudando con los libros —intervine.

—Sí, y ella no paraba de hablarte. He oído mi nombre unas cuantas veces. —Me rodeó la cintura con un brazo.

Susan me guiñó un ojo como diciendo: "¿Ves? Eso es exactamente lo que te estaba diciendo".

—¿Qué piensas hacer con los libros? —preguntó Chase. Habíamos llenado dos cajas.

—Los llevaremos a mi planta —respondió Susan—. Me los voy a quedar.

—Vale, los subiremos. —Finn cogió una de las cajas y Chase la otra.

—Joder, cómo pesan —dijo Finn.

Eché un vistazo al sótano. Había tres montones que claramente eran basura. Wyatt y Griffin habían llenado otra caja con lo que parecían herramientas.

—Voy a meter los *brownies* en el horno —anunció Susan—. Es hora de un descanso.

—Solo llevamos una hora trabajando —replicó Griffin—. Pero por mí está bien.

Susan se volvió hacia él:

—Los *brownies* tienen que hornearse unos cuarenta minutos, así que aún tienes tiempo para terminar de ordenar tu rincón.

Él puso cara de disgusto:

—Me he metido en esto yo solo…

—Muy bien, chicos, a tope durante cuarenta minutos y luego a por la recompensa —dijo Bruce.

Me acerqué a Griffin y Knox, que estaban hojeando una pila de revistas.

No parecía que hubiera mucho que valiera la pena conservar. A continuación, revisamos una pila de juguetes y luego un set de cubertería vieja.

Exactamente cuarenta minutos después, bajó Susan:

—¡Los *brownies* ya están listos! —anunció, echando un vistazo a su alrededor.

Solo quedaban tres cajas más con la etiqueta de "Para guardar"; el resto iba directo al vertedero.

Bruce se frotó las manos:

—Me muero por probarlos. Tus *brownies* siempre están de muerte.

—Aunque hace tiempo que no los hago. Estoy un poco oxidada.

—Qué va, eres como el buen vino. Mejoras con los años —le soltó Bruce con un guiño.

Acto seguido, ambos subieron las escaleras.

—¿Es mi imaginación o mamá y papá están coqueteando? —preguntó Wyatt en cuanto se alejaron lo suficiente.

—Sí —asintió Chase, atónito—. A mí también me lo parece.

—¡Joder, ¿alguien me puede explicar qué está pasando aquí?! —exclamó Griffin.

No me correspondía meterme, pero sí que veía posible que, en el futuro, acabaran reconciliándose. Especialmente si iban a estar tan cerca el uno del otro todos los días.

—¡Tranquilizaos, chicos! —pidió Knox—. Deberíamos alegrarnos de que se lleven bien.

—Qué va, yo estoy con nuestros hermanos mayores —replicó Finn—. Aquí hay gato encerrado.

Cogí la bolsa con el regalo de Jeremy y subí las escaleras. Chase caminaba justo detrás de mí, con una mano apoyada en mi espalda baja, como si quisiera protegerme en todo momento; y eso era algo que me encantaba de él.

—¿Nadie se ha fijado en lo mucho que se han ablandado con Chase? —preguntó Finn.

—Sí, la próxima vez deberíamos venir todos con pareja. A mamá le va a encantar y nos hará trabajar menos —respondió Knox, y no pude evitar reírme.

Chase negó con la cabeza:

—Te reto a que salgas con una chica lo suficientemente en serio como para traerla a conocer a nuestros padres.

Knox me sonrió:

—Hannah, que sepas que todo esto es por tu culpa. Ahora que ha conseguido conquistarte, es aún más creído que antes.

—Nunca pensé que eso fuera posible —añadió Finn.

Los miré.

—¿En serio? ¿Por eso le habéis estado haciendo la vida imposible desde la boda?

—Alguien tiene que tocarle las narices —respondió Knox.

—En eso estoy de acuerdo —dije, y entonces Chase me dio un pellizco en el trasero.

—¡Oye! —le di un ligero culazo hacia atrás, dándole de lleno en la entrepierna.

Él gruñó.
—No puedes estar de parte de nadie que no sea yo.
Sonreí:
—Me lo apunto.

---

1 Nota del traductor: **La Jolla** es un exclusivo distrito costero ubicado a 20 km del centro de San Diego, California. Es famoso por sus acantilados, playas de clase mundial como La Jolla Cove, sus colonias de leones marinos residentes, y su ambiente elegante con boutiques, restaurantes gourmet y lujosas mansiones.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

HANNAH

LA PRIMERA PLANTA olía de maravilla, a vainilla y chocolate. Fuimos directamente a la segunda. Estaba muchísimo más limpio que antes y no quedaba ni una caja. Había tres habitaciones y entramos en la que tenía la puerta abierta. Dentro, había una cocina rústica a lo largo de una pared con una isla delante, sobre la cual descansaba una bandeja con *brownies*.

—Están buenísimos —dijo Bruce, que ya se estaba comiendo uno mientras los demás cogíamos un plato y un *brownie*.

—¡Abuela! —se oyó la voz de Jeremy desde la planta inferior.

—¡Estamos arriba! —respondió ella en voz alta.

—¡Huelo a dulces! —exclamó Jeremy, que en cuanto llegó se abalanzó directamente hacia la bandeja sin decirle nada a nadie.

Susan puso un *brownie* en un plato y Jeremy le dio un bocado de inmediato.

—Buenos días, familia —dijo Duncan al entrar en la sala.

—Enhorabuena, has llegado justo a tiempo para comerte un dulce y no dar un palo al agua —le soltó Knox.

Duncan se rió:

—Sí, qué puntería.

Mientras él cogía otro de la bandeja, me volví hacia Jeremy.

—Hola, campeón, tengo una sorpresa para ti. —Deslicé la bolsa por la isla de la cocina y se la entregué.

Se le abrieron los ojos como platos. Ni siquiera se fijó en el segundo *brownie* que Susan le puso en el plato.

—¿Esto es para mí?

—Sí.

Inmediatamente miró dentro de la bolsa.

—¡Qué *guay*! No veo la hora de llegar a casa y jugar al juego.

—¿Qué se dice? —preguntó Duncan.

—Muchas gracias.

Me dio un abrazo sincero y le besé la coronilla. Me encantaban sentir sus pequeños brazos alrededor de mi cintura. Instintivamente miré a Chase que, al igual que su madre, me miraba con ternura.

—Me pareció que hacer *brownies* aquí era lo más adecuado —dijo Susan. Volviéndose hacia mí, añadió—: Era una tradición quedarnos aquí los viernes por la tarde después de cerrar la tienda. Y yo los invitaba a *brownies* cuando terminaban los deberes.

—Ahora nos está recompensando por matarnos a trabajar. *Es* lo más justo —bromeó Knox.

—Me encantan este tipo de tradiciones —comenté.

—¿Cuál es tu tradición favorita con tu familia? —preguntó Susan.

—Déjame pensar… ¡Ah, ya sé! Una vez al año, nos reuníamos en el invernadero de la señora Adams, que está al lado del hostal de mi abuela. Tiene unas plantas espectaculares y las trasplantaba cuando ya no cabían en las macetas. Era todo un acontecimiento que no nos perdíamos por nada del mundo. Cuando mi madre y Blair se mudaron fuera, venían todos los años para el evento.

Me invadió una punzada de tristeza. Aquel año sería la primera vez que lo haríamos sin la abuela. El año anterior nos lo habíamos saltado.

—¡Qué pasada! —exclamó Jeremy—. Como en *Harry Potter*, cuando cogían mandrágoras pequeñas y las ponían en macetas más grandes.

Me reí y le revolví el pelo:

—Algo así. Si quieres, le puedo avisar a tu padre cuando lo hagamos este año, y puedes venir tú también.

—Síííí, por favooor. Eres la mejor.

Miré de reojo a Duncan, que sonrió y asintió.

Chase se acercó a mí y me rodeó la cintura con un brazo por detrás.

—Eres increíble.

Su contacto me reconfortó y le sonreí a Jeremy.

—¿Quién quiere otro *brownie*? —preguntó Susan.

Hubo un coro de "¡Yo!", y repartió los que quedaban en la bandeja entre todos.

—Están tan buenos como los recordaba. Los echaba de menos —comentó Bruce.

Susan lo señaló:

—No me regales tanto el oído o me vas a convencer para que prepare otra bandeja.

—Esa era exactamente mi intención.

Wyatt miró a sus padres y luego se volvió inmediatamente hacia Duncan, que parecía perplejo.

El resto de los hombres Sterling mostraban distintos grados de sorpresa.

—Vale, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Duncan al cabo de un rato.

Bruce se encogió de hombros y respondió:

—No nos queda mucho por hacer en el sótano. Algunos tenemos que llevar la basura al vertedero y el resto tiene que llevarse algunos de los muebles que quedan en el dormitorio.

Nos repartimos las tareas y me di cuenta de que Chase y yo no teníamos nada que hacer.

—¿Y nosotros? —pregunté.

Susan me sonrió radiante:

—Por lo que tengo entendido, vosotros dos tenéis planes.

Chase se acercó a mí y me besó en la sien:

—Sí, así es.

Levanté una ceja:

—¿Ah, sí? ¿Qué planes?

—Nos vamos fuera lo que queda de hoy y mañana.

Abrí los ojos de par en par:

—¿En serio?

—Sí.

Me quedé tan sorprendida que ni siquiera supe qué decir.

Nos quedamos otra media hora, ayudando a desmontar la cama y luego nos despedimos de todos.

Jeremy, que era un sol, me abrazó otra vez:

—Muchísimas gracias, Hannah. Eres la mejor. Y, para que lo sepas, para mi cumpleaños en verdad lo que quiero es un dron.

Eché la cabeza hacia atrás, riéndome.

—Campeón, esa no es forma de pedir las cosas —señaló Duncan con voz firme pero cariñosa.

Jeremy le guiñó un ojo.

Mientras Chase y yo bajábamos las escaleras, dije:

—Me sabe un poco mal irme cuando todavía hay cosas que hacer.

—Hannah, confía en mí. Hay suficientes Sterling para lo que queda por hacer. Se las apañarán sin nosotros. Además, en principio ni siquiera contaban con que estuviéramos aquí hoy. Les dije que quería hacer algún plan contigo.

—¿En serio?

—Claro. Por eso mi madre hoy ha estado especialmente encantadora conmigo.

Me reí.

—Así que tus hermanos tenían razón.

—Así es —admitió.

Salimos y nos dirigimos directamente al coche.

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando dio marcha atrás para salir.

—Primero vamos a pasar por tu casa para que hagas una maleta con algo de ropa para pasar la noche. Y luego nos iremos a Palm Springs.

Sonreí de oreja a oreja:

—¡Qué pasada! —exclamé—. Nunca he estado allí.

Me guiñó un ojo:

—Lo sé. Blair me ha asesorado un poco.

—¿Qué?

—Quería un poco de información acerca de qué cosas te podrían gustar.

—¿Cuándo has hablado con mi hermana?

—Estaba hablando con Josh, y entonces una cosa llevó a la otra…

Asentí.

—Ya veo. Así que Josh está empezando a aceptar la idea de que estemos saliendo, ¿eh?

—Blair lo está ablandando. En fin, pensé que una escapada te vendría bien. Ayer estabas bastante afectada.

—Espera… ¿planeaste esto ayer?

—Pues claro —respondió.

¿Cómo podía tener tanta suerte de tener a mi lado a una persona como Chase? Había estado casada dos años y al hombre al que llamaba marido le importaba un comino cómo me sentía. En cambio, Chase estaba pendiente de cada detalle desde el primer momento.

—Gracias —respondí con sinceridad.

Fuimos directos a mi casa, y no dejé de sonreír durante todo el camino.

—Quería que saliéramos para Palm Springs esta mañana, pero estaba seguro de que te opondrías.

Sonreí.

—Has acertado. Y he disfrutado muchísimo pasando el rato con tu familia. Gracias.

—¿Revisando libros viejos con mi madre?

—Me gusta hablar con ella, descubrir un poco más sobre ti y tus hermanos.

—Puedo contarte todo lo que necesites saber.

—Pero las madres tienen una perspectiva diferente.

—¿Quieres que hablemos de lo de ayer? —preguntó—. He pensado que igual te apetecía después de haber tenido algo de tiempo para procesarlo.

¿Cómo me conocía tan bien?

Antes de conocer a Chase, me habría quedado encerrada en casa, acurrucada con un libro. Nunca había sido de las que compartían sus problemas, ni siquiera con mi hermana o con mi

madre, pero Chase hacía que me sintiera segura y querida. Confiaba en él, y sentí cómo todo mi cuerpo se relajaba contra el asiento.

—Sinceramente, ni siquiera sé muy bien por qué estoy tan afectada. Creo que fue el efecto sorpresa. Pero, Chase, de verdad que no tienes por qué escuchar todo esto.

—Y una mierda, claro que tengo que escuchar —dijo—. Eres mi chica. Quiero saber qué sientes, cómo puedo hacer que te sientas mejor. Si no, ¿cómo puedo darte exactamente lo que necesitas?

—Chase, a veces ni *yo* misma sé lo que necesito.

—Ya, pero tú me dirás cómo te sientes y yo me encargaré de averiguarlo.

Pensé que estaba bromeando, pero unos segundos después me di cuenta de que lo decía en serio. Lo decía *de verdad*. Este hombre se había ganado mi corazón, pero yo todavía no tenía el valor para decírselo.

En cuanto llegamos a mi casa, empaqué rápidamente, llenando una maleta de mano con un neceser, un pijama, un bikini, ropa interior y dos vestidos. No necesitaba nada más. Además, no quería perder ni un segundo; Palm Springs nos estaba esperando.

Durante el trayecto, hablamos un poco más sobre la tienda de sus padres y luego sobre Jeremy.

—Creo que le falta una figura materna —comentó Chase.

—¿No ve a su madre en absoluto?

—A veces pasa las vacaciones con ella, pero vive en Irlanda. Habla con ella a menudo, pero no es lo mismo.

—¡Irlanda! Vaya, eso sí que está lejos. Pero tiene a tu madre —dije.

—Es verdad.

—De pequeña, siempre tenía envidia de las cosas que mis amigos podían hacer con sus padres y yo no. Si quieres, puedo preguntarle a Duncan si necesita que le eche una mano con algo.

—¿Cómo es que eres tan increíble? —preguntó.

—Tú también eres increíble. —¿Cómo podía resultarme tan natural compartir mis sentimientos con él cuando antes había sido tan reservada? No tenía ni idea, pero no quería contenerme en absoluto.

—¿Y adónde vamos exactamente? ¿A un hotel? —pregunté.

—He alquilado una cabaña solo para nosotros.

—Me muero de ganas de estar allí.

Me encantaban las cabañas. Eran pequeñas y acogedoras.

Sí, Chase Sterling se había ganado mi corazón por completo. Nunca imaginé que sería capaz de volver a entregarlo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

HANNAH

NUESTRO DESTINO ERA PRECIOSO, rodeado de palmeras y flores. Pero aquello no se parecía en nada a la idea que tenía de una cabaña, sino que era una construcción moderna con grandes cristaleras y un diseño de madera y metal.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es increíble. Y no hay nadie cerca, me encanta la intimidad.

Sonrió, me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Inmediatamente le rodeé el cuello con los brazos.

—Ese era mi plan desde el principio.

Me besó en la frente antes de dar un paso atrás y coger nuestro equipaje.

Caminé un poco por detrás a propósito para poder contemplar esos espectaculares bíceps que se marcaban con el esfuerzo de llevar nuestras cosas.

El interior de la cabaña también era impresionante, con grandes ventanas que daban a la parte trasera.

—Vaya, tenemos piscina —comenté.

—También hay una sauna en alguna parte.

—Estoy deseando conectar con toda esta naturaleza.

Cambié el apoyo de una pierna a otra, con tanta energía fluyendo por mi cuerpo que no podía quedarme quieta.

Apenas podía creérmelo, me sentía como en un sueño. Chase se había tomado la molestia de llevarme hasta aquel precioso lugar solo porque sabía que me gustaba pasar tiempo al aire libre.

Abrí mi maleta allí mismo, en el salón, y me puse el bikini. Al incorporarme, oí un sonido que pareció un gruñido.

—Aún vas vestido —señalé, acercándome a él y contoneándome de forma seductora—. Ni siquiera puedes hablar, ¿eh?

—Hannah —dijo con un gruñido—. No sé qué me haces, pero no puedo dejar de desearte.

Sonreí.

—Ahí lo dejo, pero si estás pensando en cosas guarras, no me importa que pasemos a lo importante antes de meternos en la piscina.

Negó con la cabeza.

—No. Has dicho que querías conectar con la naturaleza y, como nos metamos en la cama, no vamos a salir de aquí en un buen rato.

Di un paso atrás, me lamí los labios y luego me di la vuelta, moviendo las caderas al alejarme.

—Vale, entonces disfrutemos de este día increíble. Y después puedes hacer lo que quieras conmigo.

Casi podía sentir la testosterona que desprendía. Sabía que mis palabras lo estaban encendiendo, y me gustaba provocarlo.

Una vez fuera, me metí en el agua y cerré los ojos, escuchando el canto de los pájaros.

Nunca me sentía tan en paz como cuando estaba rodeada de naturaleza. Una vez leí el término "baño de naturaleza" y era una descripción perfecta. Prácticamente sentía cómo me empapaba de buena energía.

Abrí los ojos cuando Chase se metió en el agua a mi lado. Me miró con la expresión más feliz que le había visto en mucho tiempo.

—¿A qué viene esa cara? —pregunté.

—Pareces feliz.

—Es que lo soy —aseguré—. Muy, muy feliz.

—Me alegro. Eso es todo lo que quiero para ti.

Nos quedamos en silencio un rato, simplemente mirando las palmeras.

—Esto es precioso —comenté por fin, acercándome tanto que nuestros cuerpos entraron en contacto, a pesar de que teníamos todo el espacio del mundo.

Me di la vuelta y examiné los botones de las funciones. Apreté el que hacía burbujas, o eso creía; pero, por lo visto, lo que activé fue el masaje. Un chorro me dio justo por encima de la rodilla, otro por debajo del ombligo y otro directo en mis partes íntimas.

—¡Mierda! —Di un paso atrás en el agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Chase, agarrándome por los hombros y mirándome con preocupación.

Sonreí avergonzada.

—Nada. No esperaba que los chorros tuvieran tanta potencia.

—¿Qué quieres decir?

—Me ha dado justo en la entrepierna.

Gruñó y, de repente, me empujó contra el borde de la piscina.

Posó su mano sobre mis partes íntimas y dijo:

—Esto es mío. Soy el único que tiene permitido darte placer.

Me lamí los labios.

—¿Tienes celos de un hidromasaje?

—Mío —repitió—. Todo mío. Solo mío.

Capturó mi boca, besándome con fuerza y pasión. Me puso a cien, por mucho que intentara disimularlo.

Me derretí contra él, sintiendo que ardía por dentro. Presionó sus caderas contra las mías, y no cabía duda de que estaba empalmado. Cuando se separó, le sonreí y se hizo a un lado de inmediato.

—¿Quieres que entremos? —sugerí.

—No. Te hice una promesa y voy a cumplirla.

—Vale.

Me reí y cerré los ojos, disfrutando del sol. No tenía ni idea de cuánto tiempo nos quedamos así sin decir nada. Pero entonces mis pensamientos volvieron al hostal y al portal de inversiones.

Me pregunté qué pensaría Chase al respecto. Abrí los ojos y lo miré de reojo. Estaba descansando con la cabeza apoyada en el

borde de la piscina. Le besé la nuez y luego me enderecé rápidamente.

—Estás muy sexy así, relajado y con los ojos cerrados. Siempre estoy en un dilema entre dejar que disfrutes del momento y comerte a besos.

—Nunca me importará que me beses, cariño —respondió.

Acto seguido, me puse a horcajadas sobre él, apoyando los brazos en sus hombros.

—Le estás dando vueltas a algo —señaló.

—Quiero pedirte tu opinión sobre un asunto. He encontrado una plataforma donde ponen en contacto a dueños de negocios con posibles inversores, y quiero que eches un vistazo al perfil que he creado allí para el hostal. A mí me parece que está bien, pero me gustaría contar con tu cerebro empresarial, que es brillante.

Hubo un cambio instantáneo en su lenguaje corporal. Se enderezó, echando los hombros hacia atrás, y su mirada se volvió más concentrada. Pasó de ser el Chase relajado al Chase de negocios en un santiamén. Eso me puso a cien.

—Claro. Dispara —dijo.

—Voy a coger mi móvil para que podamos echarle un vistazo.

—¿Quieres que salga del agua?

—¡No, no! Quédate ahí. Yo traigo el móvil —respondí. Salí de la piscina y se me puso la piel de gallina. Hacía un poco más de frío fuera que en el agua.

Me sequé rápidamente con la toalla y entré en la cabaña. Cogí mi móvil y volví enseguida, dejándolo en el borde de la piscina antes de meterme en el agua.

—Hace un poco de viento.

—La próxima vez salgo contigo y te protejo del viento.

Sí, así era Chase Sterling. Quería protegerme de todo, incluso del viento.

Nos giramos hacia el borde de la piscina y abrí la página web en mi móvil.

—No conozco esta plataforma —comentó Chase.

—Lógico, es para pequeñas empresas como la mía.

Echó un vistazo al perfil y luego fue a la sección "Quiénes somos" de la web.

—Vale, esto es de fiar —afirmó, y luego volvió al perfil del hostal —. ¿Has tenido alguna respuesta ya?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—No, lo publiqué ayer mismo y es todo muy reciente. No me hago ilusiones, pero quiero dar la mejor impresión posible. —La página tenía principalmente dos secciones: una con información general y otra con proyecciones financieras. Chase fue directo a esa última.

—Tu plan de negocio es sólido —señaló, fijándose en la pantalla. Cinco minutos después, dejó el móvil—. Es una propuesta muy buena.

—¿No me pones ninguna pega? —pregunté.

—No. Sinceramente, yo habría hecho lo mismo.

Ese fue el mayor cumplido que pude recibir.

—Gracias —agradecí—. Me encanta esto de intercambiar ideas contigo, ya sabes, sentir que somos un equipo.

Se colocó detrás de mí, me abrazó y me besó en la mejilla.

—Gracias por compartir esto conmigo —respondió mientras me besaba en la sien. Sabía lo importante que era aquello para mí.

Chase me besó el lóbulo de la oreja y luego bajó por el lateral del cuello. No me besaba solo con los labios, sino también con la punta de la lengua. En ese instante, supe que había llegado al límite de su autocontrol. Moví el trasero contra su entrepierna y noté cómo se empalmaba.

—Creo que ya nos hemos portado bien durante bastante tiempo, ¿no? —pregunté.

Gruñó en mi oído y sentí las vibraciones recorrer todo mi cuerpo. Era un sonido tan sexy y primitivo que casi perdí la noción del tiempo y el espacio.

—Me has leído el pensamiento.

CAPÍTULO VEINTICINCO

CHASE

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, no pude dejar de pensar en lo que me había dicho Hannah. Necesitaba un inversor y sabía que no sería nada fácil. Por eso estaba barajando una idea peligrosa, que esperaba no tener que poner en práctica. Aun así, mientras no interviniera en nada, todo marcharía bien.

Pero cuando llegó el miércoles, cedí y convoqué a mis hermanos a la sala de reuniones. Ellos eran mis consultores de confianza. Me dirían si aquello era una locura total y si debía dar marcha atrás. De hecho, esperaba que me dijeran eso, porque de lo contrario nada me detendría.

Les había enviado un correo electrónico pidiéndoles que se reunieran conmigo a las ocho para no llamar la atención de la mayoría de los empleados que empezaban la jornada a las nueve.

Knox, Finn y Wyatt llegaron los primeros.

—Tío, tienes que incluir más detalles en tus correos —dijo Wyatt —. ¿Quieres que me dé un infarto o algo así?

Justo en ese momento entraron Griffin y Duncan.

—¿De qué va esto? —preguntó Griffin.

—Sí, ¿por qué nos haces trabajar horas extra? —preguntó Knox.

—Más te vale tener una buena razón —refunfuñó Wyatt.

—La tengo —respondí.

—¡Joder! —exclamó Duncan—. ¿Cuál es el problema? No puede tener nada que ver con la SEC. Cyrus se está ocupando de eso.

La SEC estaba solicitando documentos para su investigación, pero yo no estaba ocupándome de eso en absoluto. Cyrus había insistido en hacerse cargo del tema.

—No hay ninguna crisis y no ha pasado nada malo —aclaré.

—Entonces, ¿qué coño hacemos aquí? —preguntó Knox.

—Necesito vuestra opinión sobre una cuestión y pensé en preguntaros antes de que llegaran todos a la oficina.

—¿Por qué no salimos a tomar algo? —preguntó Wyatt. Ahora se lo veía mucho más relajado.

—La verdad es que no se me ocurrió —admití—. Llevo unos días dándole vueltas a una cosa y quería consultarlo con vosotros.

Finn sonrió:

—¿Se trata de mamá y papá otra vez?

—Qué va, no se trata de ellos —respondí—. A ver, todos sabéis que Hannah está pasando por algunos apuros económicos.

—Sí. Por eso aceptó el trabajo —recordó Duncan, frunciendo el ceño.

—Exacto. Bueno, el caso es que está buscando un inversor.

—¿Un socio silencioso, tal vez? —preguntó Griffin.

Le lancé una sonrisa cómplice:

—Ya le has estado dando vueltas al tema.

—Ya sabes cómo es esto, tío. Cuando oyes un problema, buscas soluciones. Así es como tengo entrenado el cerebro, y no puedo evitarlo, ni siquiera cuando quiero —admitió.

—Pues eso es justo lo que ella está buscando, pero no es fácil.

—Quizás una gran cadena hotelera podría estar interesada. La ubicación es buenísima —continuó Griffin.

Duncan negó con la cabeza:

—Lo tirarían abajo para construir algo mucho más grande.

—Coincido —dije—. A ella le gusta el edificio tal y como está. Todo el lugar es un homenaje a la memoria de su abuela.

Duncan levantó la vista:

—Eso no le va a servir de nada con los inversores. A nadie le interesan los proyectos sentimentales.

—Lo sé.

—¿Y cuál es tu idea? —preguntó Finn.

Knox se mantenía extrañamente callado. Sospechaba que sabía por dónde iba la cosa, pero agradecí que no se metiera en la conversación aún.

—Quiero crear una sociedad patrimonial e invertir en su hotel. Pero tengo que hacerlo con cabeza para que ella no se dé cuenta de que estoy detrás de todo esto.

Griffin abrió los ojos como platos. Finn parpadeó.

—¿Os lo podéis creer? —preguntó Wyatt.

Duncan se rio:

—Venga ya, tío. Estás bromeando, ¿no?

Knox no dijo nada.

—No es ilegal —afirmé.

—Esa no es la cuestión. A Hannah no le gustará ni un pelo —replicó Griffin.

Wyatt miró a Duncan:

—Por favor, quítale esa idea de la cabeza. Míralo, tiene esa mirada de "lo voy a hacer digáis lo que digáis".

Knox y Finn seguían sin decir nada.

—Llevo unos días dándole vueltas al tema y, sinceramente, os he reunido a todos con la esperanza de que me convencierais de que no lo hiciera.

Griffin negó con la cabeza:

—Sí, claro, porque se nos da muy bien eso.

—Griffin tiene razón. Sería un error —dijo Wyatt—. ¿Por qué no le preguntas directamente a ella su opinión?

—Porque diría que no —respondí.

Finn se enderezó en la silla:

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—¿El qué? ¿Crear una empresa patrimonial?

—No, eso lo tengo claro. Pero ¿cómo lo plantearías todo sin que se diera cuenta de que en realidad eres tú?

Me aclaré la garganta:

—Ya se me ocurrirá algo cuando llegue el momento.

Griffin negó con la cabeza:

—Pues yo creo que es al revés. Deberías empezar a pensar en soluciones ya mismo, ¿vale? Sinceramente, no veo cómo va a evitar que te salga el tiro por la culata.

—Yo sí veo maneras de que la cosa salga bien —dijo Knox, hablando por primera vez—. Quiero decir, hay un montón de inversores que ponen dinero en todo tipo de negocios, incluidos los hoteles. ¿Es poco probable que alguien invierta en un hotel pequeño? Sí. Pero no es algo inaudito. Los pequeños hoteles *boutique* están de moda últimamente, y hay empresas reales que invierten en negocios familiares por todo el país. Lo investigué una vez. Puedo echarle un vistazo a todo el asunto.

—Ni se te ocurra —intervino Duncan—. No alimentes su locura.

—Hazlo —le dije a Knox. Él había hecho sus pinitos en la inversión inmobiliaria a lo largo de los años, y confiaba en su criterio.

—Normalmente no son inversores silenciosos. Compran una participación minoritaria, pero suelen tener algo de poder de decisión.

—No me interesa lo más mínimo eso —aclaré.

—Ya, pero nadie va por ahí ofreciendo dinero sin pedir nada a cambio. Levantaría sospechas —afirmó Finn.

Duncan se levantó:

—Bueno, querías nuestra opinión, y yo creo que no deberías hacerlo. Si sigues adelante, no quiero que nadie me cuente los detalles. Esto no es propio de ti, y te va a estallar en la cara —sentenció antes de salir furioso de la sala de reuniones.

—Bueno, ha dejado clara su opinión —comenté.

Griffin y Wyatt intercambiaron una mirada. Finn le estaba preguntando a Knox cómo montarlo todo de forma legal, así que supuse que empezaba a ver la idea con buenos ojos.

—A ver —empezó Griffin—, la verdad es que no deberíamos animarte a esto, pero obviamente, si quieres seguir adelante, podemos organizarlo.

—Tengo una pregunta —dijo Knox—. ¿Al menos le has preguntado a ella sobre esto?

—Ya le ofrecí mi ayuda antes y me la rechazó. Si se la vuelvo a ofrecer, le parecerá muy sospechoso que aparezca un inversor de la nada con la solución perfecta bajo el brazo.

—En eso tiene razón —señaló Wyatt. Se cruzó de brazos y me examinó con la mirada. Conocía esa expresión. Ahora que había escuchado todos los pros y los contras, los estaba sopesando, y esperaba que volviera a repetirme que aquello era una locura. Pero entonces me sorprendió por completo. —Te importa mucho, ¿verdad?

—Sí.

—Tío, qué lento eres —le dijo Griffin—. Yo ya me di cuenta cuando te preguntó si debía contratar a un detective para averiguar qué tipo de problemas tenía Hannah. —Luego se volvió hacia mí—. Ha aceptado tu oferta de trabajo. ¿Por qué estás tan convencido de que no te aceptará como inversor?

—Porque esto es diferente. Ha pasado por muchas cosas con su exmarido.

—Entonces deberías reconsiderarlo. Quiero decir, ¿y si se entera? —preguntó Wyatt. Siempre era el más cerebral de todos nosotros, con la excepción de Duncan, tal vez.

—Ya me ocuparé de eso cuando llegue el momento. Espero que, si al final se entera, lo acepte simplemente porque… bueno, en definitiva, ya estará hecho.

Griffin dio una palmada y luego me señaló con el dedo:

—Hermano, la vida *no* funciona así.

—Me la voy a jugar —repliqué. En algún momento de toda la conversación, ya había tomado una decisión.

Knox se levantó:

—Vale, cuenta conmigo. Puedo encargarme de todo el papeleo, y acabo de terminar unos cuantos proyectos, así que tengo algo de tiempo.

—Gracias, de verdad te lo agradezco.

—Me debes una. No sé cuándo te la cobraré, pero será pronto.

—Estoy aquí para lo que necesites —le aseguré.

Finn y Wyatt miraron a Griffin y luego a mí.

—Nosotros también nos apuntamos. ¿Se lo decimos a Duncan? —preguntó Finn.

—No. —Respetaba su decisión—. No hace falta decir, obviamente, que el dinero va a salir de mis cuentas, no de *Sterling Investments*.

Griffin puso los ojos en blanco.

Wyatt negó con la cabeza:

—Claro, porque eso era justo lo que nos preocupaba a todos. Podemos aportar todos, tío.

—No —dije categóricamente—. Esto tiene que ver con mi vida y es mi decisión. Solo yo invertiré.

—Me parece bien —repuso Wyatt. Luego miró a Knox—. Yo también puedo echar una mano, pásame lo que sea, tengo algo de tiempo.

—Vale. ¿Cuáles son los primeros pasos? —le pregunté a Finn, pero Knox intervino.

—No, tú vas a saber lo menos posible.

Me quedé mirándolo con los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque así será más fácil ocultárselo. En cambio, si conoces todos los detalles o estás involucrado en el día a día, será más fácil que se te escape algo o que te delate tu cara de culpable.

—Tienes razón, no había pensado en eso. Hay una plataforma que pone en contacto a dueños de negocios con inversores. Te reenviaré la información.

—Genial —respondió Knox.

—¿Podemos dar por terminada la reunión? —preguntó Finn.

—Sí.

—O sea que nos has reunido aquí para que te quitemos la idea de la cabeza y luego básicamente nos dices que vas a hacer lo que te dé la gana de todos modos —concluyó Wyatt.

—Son cosas de los Sterling, sin más —comentó Finn—. Deberíamos habernos dado cuenta desde el principio y no haberle dado tantas vueltas.

Fruncí el ceño:

—Sinceramente, pensé que se os ocurrirían varias maneras de hacerme cambiar de opinión, pero me alegro de que no fuera así.

La verdad era que mis hermanos tenían razón. Ya lo tenía decidido incluso antes de que pusieran un pie en mi oficina. Hannah necesitaba el dinero y a mí me sobraba. No había ninguna razón para no hacerlo. Quería que fuera feliz y que estuviera tranquila. Haría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

HANNAH

DURANTE LAS SEMANAS SIGUIENTES, no me podía creer que me estuvieran pasando tantas cosas buenas.

—Cariño, no puedes pensar así —me dijo mi madre cuando le conté lo que pensaba.

La llamé de camino al trabajo para contarle algo increíble que había pasado esa mañana: había recibido un mensaje de un inversor. También le había contado todo sobre mi relación con Chase después de que volviéramos de Palm Springs.

—Las cosas con el hostal iban a mejorar tarde o temprano. Pero, sinceramente, lo que más feliz me hace es lo tuyo con Chase. Estoy de acuerdo con Blair; se notaba que había chispas entre vosotros el día de la boda, era muy evidente. Tenía un buen pálpito con eso.

Eso me llenó el corazón de alegría. Confiaba en el instinto de mi madre. A ella nunca le había caído bien mi ex.

—Y te mereces estar con alguien que te aprecie —continuó.

—Gracias, mamá —respondí—. Ya he llegado a la oficina, tengo que colgar.

—Claro. Cariño, simplemente disfruta de todas las cosas buenas que te están pasando.

Eso era justo lo que estaba haciendo. Durante el trayecto en ascensor hasta la oficina, volví a leer el mensaje del inversor. *Boutique Relax Incorporated* estaba interesada en una asociación. Me entraron ganas de bailar de pura alegría. Ya estábamos en octubre; a lo mejor podía cerrar el trato antes de Navidad. Pero me estaba adelantando a los acontecimientos, debía bajar mi nivel de ansiedad.

En cuanto me senté en mi escritorio, abrí la aplicación de mensajes con la intención de darle la buena noticia a Chase, y vi que ya me había escrito.

Chase: Hola, preciosa. Te aviso, esta noche te tengo preparado un plan, probablemente sobre las ocho.

Se me dibujó una enorme sonrisa en la cara. Mi vida era absolutamente perfecta.

Le respondí enseguida:

Hannah: Perfecto. Tengo muchas ganas de que nos veamos.

Le daría la noticia esa noche.

***

Después de unas tres horas de trabajo intenso, me dirigí a la sala de descanso a por un café. Para mi sorpresa, había bastante gente dentro.

Un comentario me heló la sangre en las venas.

—Ha venido la gente de la SEC. Están investigando un posible caso de uso de información privilegiada.

Me di la vuelta, buscando de dónde venía la voz. Provenía de uno de los dos brókers que estaban junto a la pared del fondo. Reconocí sus caras, pero no sabía cómo se llamaban.

Con la cabeza bien alta, me acerqué a ellos.

—¿Alguien de la dirección ha confirmado el rumor? —pregunté.

Ambos me miraron.

—Soy bróker —les expliqué.

—Ah, vale. Mira, ni siquiera sabría decirte dónde oímos el rumor primero —respondió uno de ellos—. A ver, todos los años circula al menos un rumor y luego se queda en nada. Lo que pasa es que este ya lo he oído unas cuantas veces, así que a lo mejor esta vez sí que hay algo de verdad.

—Vale. Gracias —dije, volviendo a mi asiento a paso ligero. Una vez sentada, saqué el móvil y le envié un mensaje a Chase.

Hannah: ¿Por qué está aquí la SEC? Corre el rumor de que están investigando un caso de uso de información privilegiada.

Me respondió enseguida:

Chase: Sí. Han detectado algunas transacciones sospechosas de un usuario, pero eso pasa más a menudo de lo que crees. No hay nada de qué preocuparse. Llevan un tiempo rastreando la actividad.

Hannah: ¿Cuál es la cuenta que están investigando?

Me envió una captura de pantalla con un nombre y un número de cuenta. Todos los brókers teníamos acceso al portal en línea con las cuentas de los clientes, así que quería ponerme a ello de inmediato, pero tenía otras tareas pendientes.

Terminé mis tareas en un santiamén, pero no quería investigar la cuenta mientras todos estuvieran todavía en la oficina. A las siete en punto, por fin me quedé sola. No sabía muy bien por qué estaba tan nerviosa. Al fin y al cabo, revisar una cuenta no tenía nada de sospechoso.

Abrí el portal de clientes, introduje el número de cuenta y aparecieron las últimas transacciones. Había seis. Me mordí el labio inferior: todas las inversiones se hicieron en empresas que habían estado en el ojo de la tormenta y cuyas acciones habían caído en picado.

Pero eso tampoco era nada raro. Por desgracia, mucha gente vendía sus acciones cuando bajaba el precio en lugar de esperar a que volviera a subir, a pesar de nuestras recomendaciones.

Cotejé las fechas de las transacciones con las fechas de los escándalos y me quedé de piedra.

Todas ellas se realizaron antes de que las acciones empezaran a bajar de precio, como si efectivamente hubieran tenido información privilegiada.

El hecho de que hubiera pasado siempre justo antes de la caída era lo que lo hacía sospechoso. Dos o tres veces podrían haber sido una suposición afortunada, ¿pero seis? Además, todo era demasiado evidente.

Fruncí el ceño. Extremadamente evidente, de hecho. Siempre la misma cantidad, siempre justo el día anterior.

—Dime que no le han encasquetado todo el trabajo a la nueva empleada.

—¡Madre mía! —exclamé, sobresaltándome en mi asiento. Duncan se acercó a mí mientras me llevaba una mano al pecho.

Sonrió.

—Perdona, no quería asustarte.

—Pensaba que estaba sola.

—Y lo estás, no hay nadie en toda la planta. He venido a ver si queda algo de comida en la nevera de la sala de descanso.

—No queda nada —aclaré, sonriendo avergonzada—. Me he comido lo que quedaba hace como una hora.

—Yo hubiera hecho lo mismo. —Echó un vistazo a la pantalla y frunció el ceño—. ¿Estás mirando *Henson's Limited*?

Apreté los labios. *Maldita sea, ¿por qué no minimicé la ventana?* Pero, al fin y al cabo, se trataba de Duncan Sterling, formaba parte de la dirección. Podía ser sincera con él.

—¿Te has enterado? —preguntó.

Asentí.

—Mucha gente se ha enterado.

—¿Saben el nombre?

—No. A mí me lo ha pasado Chase. Le pedí que me lo mandara en cuanto escuché el rumor. —Levanté la vista hacia él y decidí decirle exactamente lo que pensaba—. La verdad es que esto me parece sospechoso.

—Normalmente hago caso omiso de la SEC cuando vienen a investigar cosas como esta. Quiero decir, investigan de todos modos y nunca encuentran nada, pero hay algo raro en esto.

—A mí también me lo parece. ¿Te has tomado un minuto para mirarlo?

—No en detalle. Normalmente confío en que la SEC haga su trabajo. Si me pusiera a revisar cada sospecha que tienen, perdería la mitad del tiempo en eso.

—¿Tienes unos minutos? —pregunté.

Se puso serio.

—Claro. —Se sentó justo a mi lado—. Dime.

—Mira las fechas —indiqué.

Desplacé la pantalla para que pudiera ver las fechas de las transacciones. No hacía falta que se lo explicara con detalle, era un tío muy listo, seguro que se acordaba perfectamente de cuándo se habían desplomado los precios de esas acciones.

—Una vez podría ser una casualidad afortunada —afirmó como si me leyera el pensamiento—. ¿Pero esto?

Seguí desplazando la página hacia abajo.

—A mí me parece *demasiado* sospechoso. Como si estuviera hecho a propósito para que la comisión lo pillara.

—La mayoría de la gente que hace cosas así no es lo suficientemente lista como para intentar borrar sus huellas —dijo Duncan.

—Cierto —respondí—. Pero esto parece a propósito.

Me miró.

—Sé a ciencia cierta que Chase va a bajar aquí en unos minutos. Lleva todo el día hablando de que tiene un plan contigo.

—Lo sé.

—¿Tienes algo planeado para mañana por la noche? —preguntó.

Negué con la cabeza:

—No.

—Bien. ¿Por qué no nos sentamos juntos a ver esto? Pero no aquí, en mi despacho.

Asentí.

—Claro. De todas maneras, si nos quedamos hasta tarde, nadie nos va a ver. ¿Crees que estoy en lo cierto con mi sospecha?

—No está de más que lo miremos más de cerca —hizo una pausa —. No le digas nada a mi hermano hasta que estemos seguros. No

hace falta que nadie pierda más tiempo del necesario en esto si al final resulta no ser nada.

—Me parece bien. No quiero preocuparlo a menos que sea estrictamente necesario.

Entonces Duncan me dedicó una de esas sonrisas tan poco habituales en él:

—No pensé que diría esto, pero me alegro de que mi hermano te encontrara y te convenciera para que solicitaras trabajo en *Sterling Investments*. Quizá debería confiar más a menudo en ese melón.

Me reí.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no lo haces normalmente?

—Bueno, a veces Chase es… —Se detuvo de golpe y luego se aclaró la garganta de nuevo—. A veces puede ser impulsivo e imprudente, pero ten por seguro que siempre lo hace con buena intención.

Minimicé la ventana por completo, por si acaso alguien más pasaba por allí y se daba cuenta.

—Vale —respondí, pero sonó más como una pregunta porque no entendía por qué me estaba contando eso.

—Oye, Duncan, ¿has…? Hannah, ¿todavía estás aquí? —preguntó Chase—. Dime que nadie te ha encasquetado todo su trabajo.

Me eché a reír.

—Duncan ha venido diciendo exactamente lo mismo. Quédate tranquilo, que no ha sido el caso.

—Entonces, ¿qué haces todavía aquí? —preguntó.

—Bueno, habíamos quedado a las ocho, así que pensé en quedarme por aquí.

Duncan soltó un suspiro de alivio. Puede que fuera más serio que Chase, pero tenía buen fondo. Lo respetaba por no querer preocupar a sus hermanos a menos que fuera necesario. Todavía había una posibilidad de que aquello no fuera nada.

—Entonces, vámonos todos ya —sentenció Duncan.

Chase y yo caminamos uno al lado del otro, pero él no intentó cogerme de la mano. Para mi sorpresa, se nos unieron otras personas en el ascensor. Se subieron en diferentes plantas. A veces

se me olvidaba que muchas empresas tenían mucho jaleo al final del trimestre.

Una vez que llegamos a la planta baja, todos los demás salieron y Chase y yo fuimos directamente a su coche. Esa noche iba a olvidarme de todo lo demás y limitarme a disfrutar de aquel hombre maravilloso.

CAPÍTULO VEINTISIETE

CHASE

—¿ADÓNDE vamos? —preguntó Hannah.

—He hecho una reserva en un restaurante. Creo que te va a gustar.

Esbozó una gran sonrisa. Vaya, eso me llenó de orgullo. Antes de conocer a Hannah, solo sentía esa satisfacción cuando cerraba un trato o lograba avances en un asunto de negocios.

Incluso para mis estándares, aquel día había sido un desastre. La SEC se puso en contacto con nosotros —con los hermanos Sterling, concretamente— aquella mañana, diciendo que necesitaban profundizar en su investigación, que las transacciones sospechosas que llevaban meses rastreando seguían produciéndose. Normalmente no prestaba atención a sus investigaciones porque solían ser una pérdida de tiempo. Pero había algo en este caso que me estaba dando mala espina.

Aun así, estaba decidido a dejar el tema en un segundo plano y centrarme en Hannah. Le había prometido una cita antes de que llegara la noticia de la SEC, y no quería cancelarla.

Sabía que a ella le hacía ilusión.

Y a mí también.

En el pasado, cada vez que tenía un problema en la oficina, me sumergía en el trabajo. Ahora, simplemente quería estar con mi chica.

La llevé a un restaurante que estaba, literalmente, en la playa.

—¡Qué pasada! —exclamó ella, mirando a su alrededor.

Era un restaurante al aire libre. Colocaban las mesas en la misma playa y recomendaban quitarse los zapatos para evitar que se llenaran de arena. Ambos nos los quitamos y los dejamos en la entrada.

Un camarero nos llevó a una mesa en primera fila, justo al lado del agua. Habían puesto velas por todo el perímetro y en cada mesa.

—Esto es tan romántico… —comentó Hannah.

—Me imaginé que te gustaría —le susurré al oído mientras le apartaba la silla para que se sentara. Luego me incliné y le di un beso en el lateral del cuello. El aroma de su piel era adictivo.

Era todo lo que necesitaba después de un día largo y difícil. Joder, *la* necesitaba. Apenas había podido contenerme durante la jornada. Más de una vez tuve la tentación de buscar una excusa —cualquier cosa valía— para llamarla a mi despacho.

Después de sentarme, la observé fijamente mientras ella miraba a su alrededor, examinando cada detalle.

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó, y luego echó un vistazo al menú. —Ah, es una sorpresa. Eso va a ser divertido.

—¿Hay algo que no te apetezca? —pregunté.

Ella sonrió, moviendo las cejas.

—No, me gusta todo.

Sentí un cosquilleo en la entrepierna.

Contrólate, Chase.

El camarero se acercó y nos explicó cómo iba a transcurrir la velada. No nos iban a revelar nada sobre la comida ni el vino. Al parecer, todo iba a ser una sorpresa.

—Así que también hay cata de vinos —dijo Hannah, casi saltando en su asiento—. El plan me gusta cada vez más, esta noche va a ser épica.

—Ese era mi plan —respondí. Cuando el camarero se marchó, añadí—: Y tengo una sorpresa para ti en casa.

—No me puedo creer que me digas eso.

—No me refería al sexo. O, bueno, no *solo* al sexo. Me refería al postre.

—Ahora estoy deseando terminar la cena para poder disfrutar de mis regalitos.

—Todo a su tiempo, Hannah, todo a su tiempo. —La miré fijamente hasta que empezó a moverse, inquieta, en su silla. Me encantaba poder ponerla nerviosa con solo mirarla.

El camarero volvió unos minutos más tarde. De primer plato, nos sirvieron rodajas de sandía envueltas en jamón serrano con vino blanco.

Levanté mi copa y brindamos.

—¿Por qué brindamos? —preguntó—. Mmm… por más veladas como esta.

—Totalmente. —Si ese tipo de cosas la hacía feliz, organizaría cenas parecidas una vez a la semana. O mejor aún, lo haría todos los días. Verla feliz me resultaba adictivo.

La comida estaba muy buena, al igual que el vino. El resto de los platos eran una mezcla de cocina fusión americana, italiana y francesa. Era un concepto bastante interesante, pero estaba demasiado concentrado en Hannah como para prestar atención a lo que estaba comiendo.

—¿Cariño? —pregunté después de que se terminara su tercera copa de vino y buscara al camarero con la mirada—. ¿Seguro que quieres otra?

Le dio un ataque de hipo y se tapó la boca con la mano.

—Iba a decir que sí, pero creo que eso ha sido una señal clara de que ya es suficiente —bajó la voz, inclinándose hacia delante sobre la mesa—. No estoy borracha, ¿verdad?

Me reí, acariciándole la pierna con mi pie descalzo bajo la mesa.

—No, simplemente eres adorable.

—Mmm… —replicó ella—. Eso no es lo que pensabas en el aeropuerto cuando estaba bebiendo champán.

—No, ahí me estaba debatiendo entre discutir contigo o besarte contra alguna pared.

Se quedó boquiabierta.

—¿Qué? *No* capté ese rollo para nada.

—No, estabas demasiado ocupada dándome el coñazo.

Se recostó en la silla.

—No puedo negar eso. —Al instante, suspiró—. La boda fue preciosa, ¿verdad? Mi hermana siempre había querido casarse en la playa.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo siempre he querido una en la montaña, o en algún sitio rodeado de bosques. A Blair y a mí nos gustaba escuchar a mi madre hablar de su boda. Cuando éramos niñas, siempre se le quedaba esa mirada soñadora cuando la mencionaba. Como si pudiéramos sentir la presencia de nuestro padre. Mi historia favorita era la de cómo ahorró durante cuatro años para comprarle el anillo de compromiso. Es un poco modesto, no como el de mi hermana, pero me encanta.

—Echas de menos a Blair y a tu madre, ¿verdad? —pregunté.

—Me encantaría que vivieran más cerca, obviamente, pero me alegro de que sean felices.

Le cogí la mano por encima de la mesa:

—Sabes que puedes ir a verlas cuando quieras, ¿verdad? Incluso podemos ir juntos en avión.

Se estremeció. Incluso lo noté en el movimiento de sus dedos.

—¿Vendrías conmigo?

—Por supuesto. ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que me encanta hacerte feliz, Hannah?

—Ay, Chase, las cosas que dices…

Palabras como esas nunca me salían con facilidad. De hecho, nunca había sido de los que decían cosas así. Pero con Hannah, todo me resultaba tan fácil que era casi un instinto. Lo único que tenía que hacer era dejarme llevar, esperar y soltarme, en lugar de intentar controlar mis pensamientos y mis palabras.

Tuve que luchar contra todo mi ser para no llevármela en brazos y volver a casa de inmediato.

***

Cuando terminamos de comer, me levanté para echarle la silla hacia atrás a Hannah, le cogí la mano y ella la apretó con fuerza mientras se levantaba. Pegó su cuerpo al mío y me habló al oído.

—Te voy a contar un secreto, estoy un poco achispada.

Me reí en su oído.

—Yo te llevo, Hannah. Vamos al coche y luego a casa.

Caminar por la arena me costó más de lo habitual, porque mi chica estaba un poco inestable. Luego, al llegar a la entrada, había cola en el lugar donde recogían los zapatos. Hannah bostezó antes de apoyar la cabeza en el hueco de mi cuello. Noté su lengua y luego sus labios recorriéndome la garganta.

—¿Hannah?

—Mmm —murmuró contra mi piel—. Esa es tu voz sensual de "no me puedo controlar". —Se apartó sonriendo tímidamente, y añadió—: Voy a esperar allí, en ese banco.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, puedo ir sola. Es solo que no quiero estar de pie más tiempo.

—Vale, te llevaré los zapatos.

Me quedé en la cola unos minutos más hasta que llegó mi turno. Señalé los zapatos de Hannah y los míos.

—¿Eso es todo? —preguntó la recepcionista.

—Sí. —Señalé a Hannah—: Voy a ayudarla a ponerse los zapatos.

Ella giró la cabeza, mirando a Hannah:

—Ah. ¿Se encuentra mal?

—No, solo ha bebido demasiado vino.

La recepcionista levantó una ceja y luego se acercó a mi oído:

—Bueno, si quieres terminar la noche como Dios manda, llámame después de dejarla en su casa.

¿Quién coño le tiraría los tejos a alguien cuando está claramente en una cita?

—¿Cómo se te ocurre decirme eso? —repliqué.

Echó la cabeza hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada:

—A ver, no parecías muy contento con ella…

—No tengo nada que hablar contigo —respondí—. Voy a hablar con el dueño.

—Joder, no era mi intención… —Volvió a echar la cabeza hacia atrás.

Me di la vuelta, pasando olímpicamente de la recepcionista, y me dirigí hacia Hannah. Me arrodillé ante ella y empecé a ponerle los zapatos.

—Este momento parece sacado de "La Cenicienta" —comentó cuando le puse los zapatos, tocándole los tobillos más tiempo del necesario—. ¿En qué estás pensando?

—Se me ha venido una imagen tuya en la cama… con los pies atados…

Se quedó boquiabierta y se tapó la boca con la mano. Tras ponerme mis zapatos, me levanté y le cogí las manos para ayudarla a incorporarse del banco.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Acaso la recepcionista no encontraba nuestros zapatos?

Le acaricié la mejilla con los dedos y decidí ser sincero con ella:

—No, de hecho, me ha tirado los tejos.

Hannah parpadeó varias veces, sorprendida.

—¿Qué? —Miró por encima de mi hombro—. Pero si me ha visto, ¿no?

—Sí.

Me clavó la mirada.

—¿Qué le has dicho?

Fruncí el ceño:

—¿Qué quieres decir? Le dije que se fuera a la mierda. ¿Por qué lo preguntas siquiera?

Hannah se mordió el labio inferior.

—No sé… Es guapa y estoy un poco borracha, así que no tengo ningún tipo de filtro.

—Hannah. —Le acaricié la cara—. Ni se me ocurriría prestarle atención a otra mujer. Lo eres todo para mí.

Acto seguido, la besé con tanta fuerza que estuvo a punto de tropezar hacia atrás contra el banco. Volqué todo lo que sentía en

ese beso. Necesitaba que supiera lo mucho que significaba para mí; quería que lo sintiera de verdad. Y quería que todo el mundo supiera que era mía, estaba marcando mi territorio por si alguien tenía los santos cojones de tirarle los tejos a mi chica.

Cuanto más la besaba, más ganas tenía de profundizar en el beso. Pero ella me apartó, sonriendo contra mis labios.

—Chase, no estamos solos —murmuró.

—Pues eso está a punto de cambiar.

Tenía los labios completamente rojos.

—Me muero de ganas de probar ese postre que me has prometido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CHASE

—¿DE verdad tienes postre aquí? —preguntó en cuanto entramos en mi casa.

—Por supuesto. ¿Qué sentido tendría mentirte?

—No sé… ¿Porque querías engatusarme para volver antes y acostarte conmigo?

—Siempre quiero eso contigo, pero no mentiría para conseguirlo.

—Es verdad —dijo ella—. No es tu estilo.

Nos dirigimos directos a la cocina. Abrí la nevera y saqué el postre.

—¡Has encontrado *baklava*! —exclamó emocionada.

—Sí. Tiene nueces —expliqué—. Y un montón de miel.

Se lamió los labios y luego se contoneó. Hannah me provocaba cosas que ninguna otra mujer había estado ni cerca de conseguir.

Abrió la caja y empezó a comer directamente de ella.

—¿Te pongo un plato? —pregunté en tono burlón.

—Ups. —Se le cayó un poco de miel en la muñeca y en el dorso de la otra mano—. Espera, que me limpio.

—Deja que lo haga por ti. —Le lamí la muñeca y ella contuvo el aliento.

Eso me dio una idea. Cogí la caja y dije:

—Vamos al sofá.

—¿Por qué?

Mantuve un tono neutro:

—Para que podamos sentarnos.

Cogió dos platos, aunque no los íbamos a necesitar —al menos, yo no. Mi plan era usar su cuerpo de plato y luego *devorarla*.

Cuando estuvimos frente al sofá, la rodeé con un brazo por la espalda, impidiendo que se sentara. Luego, le hablé al oído:

—Quítate la ropa.

—¿Ahora? —susurró, y empezó a temblar ligeramente.

—Sí.

Dejó los platos y coloqué la caja sobre la mesa de centro. Luego, agarró el dobladillo de su vestido y se lo quitó por la cabeza.

—Ahora date la vuelta y túmbate en el sofá. Bueno, mejor en la otomana. Allí estarás más cómoda.

La otomana era lo suficientemente grande como para que pudiera tumbarse boca arriba. Tenía las nalgas en el borde y los pies en el suelo.

—Y bien, ¿cuál es tu gran plan?

Cogí la caja con el *baklava* y le acerqué un trozo. Unas gotas de miel cayeron sobre su vientre. Luego dejé el dulce y cubrí su vientre con la boca, lamiendo la zona hasta dejarla limpia.

—Me encanta —murmuró.

Desplacé mi boca más abajo por su cuerpo. Agarrando la cinturilla de sus bragas, se las bajé por las rodillas hasta los tobillos; luego le abrí bien las piernas y sostuve el *baklava* sobre su centro. Unas gotas de miel cayeron sobre su clítoris. Hannah jadeó, tan excitada que incluso el más mínimo roce de la miel suponía una tortura para ella.

No empecé a lamerla de inmediato. En su lugar, aparté el dulce y me incliné sobre ella para quitarle el sujetador.

—Estás preciosa. —Tenía la mitad del pelo esparcido por la otomana y la otra mitad recogido bajo su espalda.

Deslicé mi boca por el lateral de su cuello y la besé por el torso en un patrón entrecruzado para que no supiera dónde iba a posarme después. Hannah arqueaba la espalda con cada beso. Le puse una

mano en el muslo y noté cómo movía el trasero; sonreí contra su piel y ralenticé el ritmo a medida que avanzaba hacia el interior de la pelvis. Luego me dirigí con una lentitud tortuosa hacia su entrepierna.

Ella agarró los bordes de la otomana con ambas manos, clavando los talones contra el suelo.

Con la mirada fija en su cara, me desplacé a su sexo. Entonces toqué su clítoris con la punta de la lengua y se volvió completamente loca. Despegó las caderas de la otomana y se puso una mano en el estómago, clavándose las uñas.

—No te hagas daño. Aprieta mis dedos si lo necesitas.

—¡Joder! ¡Sí, lo necesito! —exclamó.

Su voz era ronca y desenfrenada. Me encantaba poder hacerla perder la compostura tan rápido. Estaba perdiendo el control de su propio cuerpo justo delante de mis ojos. Y todo era causado por mí.

Apreté mis labios contra su clítoris.

—¡Chase! —Volvió a levantar el trasero.

Le agarré los muslos y los apoyé sobre mis hombros. Esa posición me dio justo el ángulo que quería, estaba completamente a mi merced. Abrió los ojos, llenos de lujuria y deseo.

Algo me hizo cosquillas en la espalda y me percaté de que sus bragas seguían colgando de un tobillo. Por alguna razón, eso me excitó aún más.

Hundí la cara en su coño, estimulándola con la lengua y los labios hasta que empezó a suplicarme que la hiciera correrse. Lo ansiaba con locura y yo se lo iba a dar… pero solo cuando ya no pudiera soportar más la tensión.

Deslicé un dedo dentro de ella y presioné la base de mi palma justo al lado de su clítoris, pero sin tocarlo. Luego me lo metí en mi boca.

Sentir cómo llegaba al clímax fue lo mejor del mundo. Un auténtico privilegio. Apretó sus muslos contra mis orejas y sentí cada vibración de su cuerpo. Cuando se relajó, le volví a colocar los pies en el suelo despacio.

Cogí sus bragas y las lancé por el aire mientras ella se impulsaba desde la otomana y se ponía de rodillas, mirándome. Luego me

agarró el cuello de la camisa, sonriendo con picardía.

—¡Esta te la puedo arrugar todo lo que quiera! —dijo.

—Claro que sí, cariño.

Me desnudó en un santiamén.

—No vamos a llegar al dormitorio, ¿verdad?

—Ahora mismo no —susurré, tumbándola en la alfombra. Le acaricié la cara y rocé sus labios con los míos. Quería saborear ese momento, lo necesitaba. Sabía que, una vez que estuviera dentro de ella, no sería capaz de frenar.

—Estás temblando —comenté.

—Mmm… —fue todo lo que pudo decir. Ni siquiera podía articular una palabra, y mucho menos formar frases. La quería exactamente así: delirando por mí.

Me deslicé dentro de ella centímetro a centímetro. Se estrechaba en torno a mi polla cada vez que empujaba un poco más. ¡Qué sensación! Necesitaba esto en mi vida todos y cada uno de mis días. Era embriagadora, me llenaba de una manera que no sabría explicar.

Moví las caderas en vaivén a un ritmo lento. Disfrutaba sintiendo cómo se apretaba con cada embestida. Entonces sus gemidos se volvieron más salvajes, y los míos también.

Necesitando más fricción, le di la vuelta para ponerme encima y empujé mi pelvis.

—¡Joder! —exclamé, hundiéndome tan profundamente dentro de ella que apenas podía respirar de tanto placer.

—¡Chase! —gimió ella.

Me quedé quieto cuando empecé a ser consciente de dónde estábamos otra vez. Tenía que llevarla a una superficie más blanda porque iba a darle duro. La levanté del suelo y me dirigí hacia el sofá.

—Está visto que nos gustan los sofás, ¿eh? —bromeó ella, y le besé la punta de la nariz.

La tumbé en la parte más ancha del asiento y me coloqué encima otra vez. Ahora ya no había marcha atrás; no iba a ir despacio. Empecé a darle caña con un ritmo rápido e implacable. Nuestros cuerpos estaban perfectamente sincronizados. Hannah lo necesitaba con la misma intensidad que yo, de la misma forma

salvaje. No dejaba de mover las caderas, acompañando cada embestida con puro fervor.

En el segundo exacto en que llegó al clímax, yo me vine con ella, gimiendo contra su hombro. Quería que supiera exactamente lo que me hacía sentir. Empujé la pelvis hacia delante, pero mi cuerpo ya se movía por pura inercia; ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo, y solo recuperé la lucidez cuando las pulsaciones me bajaron.

Hannah me miraba con una sonrisa. Levantó la cabeza y me besó la nuez.

—Ha sido increíble —murmuró.

Le besé el cuello, haciéndola reír.

—Totalmente.

—Entonces tenía razón —dijo mientras a los dos nos bajaba el subidón.

—¿En qué?

—En lo de usar el postre como excusa para traerme aquí antes.

Me levanté del sofá, tirando de su brazo para que se levantara conmigo, luego cogí la caja de *baklava* del suelo y la dejé sobre la encimera de la cocina.

—No lo había planeado así, pero ya sabes… una cosa llevó a la otra.

—Mmm, ¿de verdad? ¿Viste el postre y tuviste esa ocurrencia?

Ladeé la cabeza:

—Exacto. De hecho, pensé que me comería la miel y luego a ti.

Un ligero rubor se apoderó de sus mejillas. Después de todo lo que acababa de pasar, ¿se avergonzaba?

Me miró y dijo:

—Quiero darme una ducha. Y luego me voy a comer todo el *baklava*.

—Es para los dos —aclaré, aunque en realidad me importaba bastante poco comer un trozo o no.

—Tú ya has tomado como tres gotas de miel. Con eso ya tienes suficiente.

Le di una palmada en la nalga y se la apreté.

—Vaya que sí.

Salí del baño en un abrir y cerrar de ojos. Hannah tardó más porque se lavó el pelo. Cuando volví a la cocina, serví zumo de naranja para los dos. Tentado por el *baklava* que había en la encimera, le di un bocado.

—Oye, pensaba que eso era todo para mí —dijo Hannah, pillándome por sorpresa.

—No me he podido resistir.

Me di la vuelta y casi se me traba la lengua al verla. Hannah tenía el pelo mojado, pero no goteaba, así que probablemente se lo había secado con una toalla. Estaba más ondulado de lo habitual y le quedaba de maravilla.

Rodeó la encimera de la cocina y se metió inmediatamente el resto del *baklava* en la boca. Parecía una ardilla con sus mejillas llenas.

En serio, es adorable.

Me puso la mano en el omóplato izquierdo y me echó el hombro hacia atrás.

—Sigues tenso, ¿verdad?

—No consigo quitarme el nudo.

—Ni siquiera un orgasmo ha ayudado —murmuró.

—Pero tal vez un segundo lo consiga.

Movió las cejas de manera pícara y abrió el albornoz para que pudiera ver su desnudez. Me puse medio duro al instante. Hannah tenía el mando a distancia de mi cuerpo y, pulsara el botón que pulsara, me empalmaba.

—¿Te preocupa lo de la SEC? —preguntó.

—Nunca es plato de buen gusto que te vengan a llamar a la puerta, pero ya tengo bastantes cosas entre manos como para preocuparme por eso. Solo será un dolor de cabeza si la cosa pasa a mayores.

Ella asintió.

—Me parece bien, es lo más sensato —dijo, pero no dejaba de juguetear con los pulgares.

—Siento que a ti *sí* que te pone nerviosa —afirmé.

Volvió a asentir, puso ambas manos sobre mi pecho y respondió:

—Es que no quiero que te pase nada. A la empresa tampoco, pero a ti menos todavía.

No estaba acostumbrado a que alguien quisiera protegerme. Mis hermanos y yo nos cuidábamos las espaldas mutuamente, pero aquello era diferente.

—Estoy lista para luchar contra cualquiera que venga a por ti. —Su tono era desenfadado, pero algo me decía que no bromeaba.

Le acaricié la mandíbula con el pulgar:

—No va a hacer falta pelear. Pero puedes usar todas tus armas para ayudar a relajarme. Sin duda, puedes apuntarte un tanto con un orgasmo —sonreí con picardía.

Se rió:

—Apuntado.

No *quería* que se preocupara por mí. Mi trabajo era protegerla a ella, no al revés.

—Por cierto —dijo—, ahora que se me ha pasado un poco el subidón, me he dado cuenta de que se me olvidó decirte algo. He recibido un mensaje de un inversor que está interesado en el hostal.

—¡Qué buena noticia! ¿Quién es?

—No creo que los conozcas… Se llaman *Boutique Relax Inc.* No he podido averiguar gran cosa sobre ellos.

Eso era justamente lo que buscaba. Knox y Finn habían actuado con mucha rapidez. Estaba en deuda con ellos.

¿Me sentía culpable por mentirle descaradamente a Hannah? Claro que sí. Había llegado a la conclusión de que algún día se lo confesaría, porque no quería que tuviéramos secretos, y mucho menos mentiras entre nosotros. Pero en ese momento, solo quería que se sintiera tranquila y que consiguiera reparar el hostal.

—Me estoy tomando mi tiempo con la investigación —continuó—. No quiero precipitarme, pero veo que esto puede llegar a concretarse. Aunque me gustaría poder ponerle cara al nombre.

Ya, estaba seguro de que sí, pero eso no iba a suceder.

—A veces es mejor mantener las cosas de forma impersonal.

—Es cierto, pero ya me conoces: tengo otra manera de hacer las cosas.

—Si te sirve de ayuda, puedo echarles un ojo e investigar la empresa.

Sonrió:

—Eso sería genial. Por fin parece que la suerte empieza a sonreírme.

Se puso de puntillas y me besó el hombro derecho y luego el izquierdo.

—De hecho, creo que me has traído buena suerte. Desde que te conocí, la racha ha empezado a cambiar un poco.

En ese instante me sentí tremendamente culpable. Había sido sincero con el tema del trabajo, pero aquella cuestión me reconcomía por dentro. Con esfuerzo, aparté esa desazón al fondo de mi mente. Había aceptado que algún día se lo diría, preferiblemente después de que firmara los papeles y salvara su negocio, y ya lidiaría con lo que viniera después.

—Creo que la abuela estaría muy feliz si supiera que voy a conservar su hostal. —Su voz era cálida y alegre—. Me siento más cerca de ella cuando estamos allí.

—¿Quieres que nos pasemos por el hostal ahora mismo?

Levantó la cabeza de golpe.

—No, no me tientes. Todo el sitio está hecho un desastre. Pero me muero de ganas de conseguir por fin los fondos para las reformas. Seguro que iré a menudo.

—Te acompañaré.

Entrecerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Temes que me tropiece y me tuerza el tobillo?

—Algo así. Solo quiero estar contigo. Siempre se te ilumina la cara cuando hablas de ese lugar, y aún más cuando estás allí.

—Es verdad —dijo y me abrazó fuerte—. No puedo creer que te hayas dado cuenta de eso.

—Me fijo en cada detalle cuando se trata de ti.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Bueno, se te conoce por tu gran memoria fotográfica.

Le di un beso en la sien.

—Con esto no funciona así —le murmuré al oído—. Contigo no es algo consciente. Es un sentimiento. Y, francamente, nunca pensé

que pudiera existir.

—¿A qué te refieres?

Me aparté un poco, mirándola fijamente.

—Estoy enamorado de ti, Hannah.

Se echó un poco hacia atrás y abrió los ojos como platos, con una gran sonrisa.

—Espera, ¿lo dices en serio?

Fruncí el ceño.

—Por supuesto. No te lo diría si no fuera cierto.

—El día de la boda me soltaste un rollo interminable sobre cómo no creías en el amor.

—Seguro que no fue *tan* largo —repliqué.

—Pues a mí me lo pareció. —Sin dejar de sonreír, se colocó delante de mí y se puso de puntillas. Me di cuenta de que quería susurrarme algo al oído, así que me acerqué—. Te voy a contar un secreto. Yo también estoy enamorada de ti.

Le besé una comisura de los labios y luego la otra antes de confesar:

—Es la primera vez que me dicen eso.

Su enorme sonrisa se transformó en una más pequeña y tierna.

—Entonces te lo diré muy a menudo. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Algo dio un vuelco en mi interior. y sentí que todas las piezas encajaban a la perfección. ¿Cómo era posible que fuera tan jodidamente afortunado? ¿Cómo había encontrado a aquella mujer increíble que sentía exactamente lo mismo por mí?

Le besé el hombro y luego fui subiendo por su cuello.

Ella se tumbó junto a mí.

—Mmm… este beso es diferente. Me dice que quieres que te lo repita miles de veces más.

—Me has leído el pensamiento.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

HANNAH

AL DÍA siguiente por la tarde, esperé a que todo el mundo se marchara y luego fui directamente al despacho de Duncan. Para mi sorpresa, Knox y Finn también estaban allí.

—Hola —saludé.

—Hola. —Finn sonrió ampliamente—. Duncan nos ha puesto al corriente de todo.

—Y tenemos un don brutal para el rastreo —comentó Knox.

—Ya sabía que erais unos hachas con la informática —respondí mientras me sentaba.

—Sí, puede que hiciéramos algunos pinitos como *hackers* en su momento —confirmó Finn, y añadió—: Pero eso fue hace años, ya no lo hacemos más.

Apreté los labios, intentando contener la risa.

—Sí, claro, y por eso estáis aquí, ¿no? ¿Para desempolvar vuestras habilidades oxidadas?

Knox miró a Duncan:

—Nos ha pillado.

—Tampoco era tan difícil atar cabos, tío —respondió Duncan, negando con la cabeza—. Bueno, tenemos que localizar al cliente.

Finn y Knox tenían sus portátiles delante, y Duncan estaba sentado en el escritorio. Me senté en la silla frente a él y puse mi portátil sobre la mesa.

—Podríamos averiguar mucho con los detalles de la transacción —dijo Knox.

—Me pongo a ello —les aseguré.

—Voy a crear una carpeta en Dropbox a la que solo nosotros tengamos acceso, ¿vale? Podemos ponerlo todo ahí, y no se puede rastrear en los servidores de la empresa. Al menos hasta que averigüemos qué narices pasa.

—Venga. Manos a la obra.

Tenía el corazón en un puño. Estaba claro que, si Duncan había llamado a sus hermanos, era porque estaba convencido de que algo sospechoso estaba pasando. Revisé todas las transacciones, pero no había ninguna persona detrás. Se trataba de una sociedad.

—*Asset Buying Limited* —murmuré—. No me suena.

—Yo me encargo de investigarla —intervino Knox.

Durante la siguiente hora me dediqué a analizar las transacciones, aunque no estaba muy segura de que pudiéramos sacar más información de ahí.

—Hemos dado con algo —anunció Knox de repente.

—¿Has encontrado datos de contacto de *Asset Buying Limited*? —pregunté.

—No. Es claramente una sociedad fantasma —añadió Finn con seguridad.

—Eso es raro. ¿Por qué alguien crearía una empresa fantasma para hacer transacciones de inversión a través de un portal *online*? La idea es que cualquier persona normal pueda usarlo.

Con las sociedades fantasma, normalmente no se tenía ninguna información sobre los propietarios. Por lo general, eran sociedades sin operaciones comerciales activas ni activos significativos. A veces se usaban para ocultar la propiedad de una empresa o negocio.

—Si vas a hacer algo ilegal, no quieres que te rastreen. Pero creo que tenemos una pista —dijo Finn.

—*Asset Buying Limited* tiene una página web. Hemos mirado el código del sitio y se han dejado el nombre de un bufete de

abogados en el pie de página. —Knox giró la pantalla.

Todo era lenguaje de programación. Yo no me enteraba de nada, pero reconocí el nombre que había resaltado.

—*Farley & Gottlieb*. Es un bufete famoso, ¿verdad?

Duncan apretó la mandíbula. Finn y Knox intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Lo conocéis?

—No hemos trabajado con ellos, pero Cyrus es muy amigo suyo y juega al golf tres veces por semana con los directivos.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Cyrus Smith?

—Sí. —Duncan se recostó en la silla y luego se levantó de golpe, como si tuviera demasiada energía para estar sentado.

—¿Sería capaz de hacer algo así? Trabaja aquí —repuso Knox.

—Sí, pero está claro que no parece muy contento de estar en la empresa —respondió Finn.

—¿O sea, que es un secreto a voces? —pregunté, atónita.

Knox se encogió de hombros:

—Hay gente que se pasa el día quejándose casi por deporte. Si despidiéramos a todos los quejicas, nos quedaríamos sin empleados.

—Necesitamos más información —intervino Duncan—. No puedo evitar recordar que Cyrus *se ofreció* a supervisar la investigación de la SEC y eso es, por lo menos, preocupante. ¿Puedes rastrear la dirección IP o algo así?

—Qué va, no sería tan estúpido como para hacer transacciones desde la propia oficina. Ni siquiera estoy seguro de que sepa usar nuestra plataforma. Ese tío es un dinosaurio —replicó Finn.

Knox apretó los dientes:

—Tenemos que decírselo a nuestros hermanos. No creo que sea una coincidencia.

—No, no lo es. —Duncan por fin se dio la vuelta—. Pero no podemos demostrar que haya sido él. Los llamaré a todos para que vengan y trazaremos un plan juntos. Mi idea es ir a la SEC y contarles todo lo que hemos averiguado. Tienen recursos de sobra.

—Sí, pero nosotros también —replicó Finn.

Duncan apretó los labios.

—Sí, pero ellos tienen la autoridad legal para exigir información. No necesitan conseguirla por las malas.

—Llevas razón —añadió Knox—. Necesito un descanso.

—¡Maldita sea! —exclamé.

—¿Qué?

—Se me acaba de agotar la batería del portátil. Iba a buscar el currículum de Smith a ver si me daba alguna idea.

—Ese hombre es más viejo que Matusalén y se pasa el día restregándole a todo el mundo que conoce a los CEO de la mayoría de las empresas del *Fortune 500*. Si alguien puede conseguir información privilegiada, es él. En fin, toma, usa mi portátil. —Knox me pasó su ordenador—. Necesito despejarme. ¿Alguien quiere algo de abajo?

—Una bebida energética, por favor —respondí, y luego volví al trabajo.

Abrí el navegador en su portátil, pero justo antes de ponerme a investigar, una carpeta me llamó la atención. Se titulaba *"Boutique Relax Inc."*. Sentí como si me faltara el aire y se me hizo un nudo en el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Knox mientras se disponía a salir del despacho.

—¿Por qué tienes una carpeta titulada *"Boutique Relax Inc."* en tu escritorio? No era mi intención husmear, es solo que… bueno, está ahí muy a la vista. ¿Los conoces? Es un inversor que está interesado en mi hostal —expliqué.

Knox titubeó. Finn gruñó.

—¡Joder! —exclamó Duncan—. ¿De verdad seguisteis adelante con eso?

Finn lo miró con cara de sorpresa.

—Vaya manera de descubrir el pastel, hermano —repuso Knox—. Chase nos va a matar.

—¿Se puede saber por qué cojones has puesto una carpeta en el escritorio? —preguntó Finn.

—Iba a crear un archivo encriptado y lo dejé ahí para tenerlo a mano. Y se me olvidó. Normalmente nadie usa mi portátil.

—¿De qué estáis hablando? —Mi corazón latía tan rápido que temía marearme. Dejé el portátil sobre la mesa, apartándolo de un pequeño empujón. Ni siquiera quería mirar dentro de la carpeta—. Entonces los conocéis. ¿Les habéis pedido que inviertan en mi hostal?

Knox cerró la puerta y se apoyó contra ella:

—No. De hecho, es mucho peor.

Él y Finn tenían cara de culpables. Duncan estaba furioso.

—Por favor, decidme qué está pasando —supliqué.

—Creo que a Chase le gustaría decírtelo él mismo —respondió Duncan.

—¿En serio? Eso ya no viene a cuento después de que prácticamente le hayamos soltado que estamos metidos en el ajo —replicó Knox, con tono molesto.

—Solo decídmelo, por favor —pedí.

—A Chase se le ocurrió una idea… —empezó Knox.

—Que a mí no me gustó nada —señaló Duncan.

—La cuestión es que sabía que no aceptarías una inversión directa de él —añadió Finn.

Resoplé:

—Desde luego que no.

—Entonces tenía razón en que hablar no habría servido de nada —murmuró Duncan.

—Sí, así que montó una empresa fantasma —dijo Knox—, haciéndose pasar por un inversor. Y estamos siendo testigos de cómo le ha salido el tiro por la culata.

Me levanté de un salto de la silla:

—Estáis bromeando.

Knox hizo una mueca de contrariedad.

—No.

Me cubrí la cara con las manos y respiré hondo por la nariz:

—Ay, Chase, Chase, Chase… ¿Por qué habrá hecho algo así?

Duncan se aclaró la garganta:

—Sé que no ha sido la mejor decisión, pero lo hizo porque se preocupa por ti y por el cariño que te tiene.

—Mira, Chase funciona así —dijo Knox—: ve un problema y busca una solución.

—¡Pero me mintió! —exclamé.

—Eso no se puede negar —asintió Finn.

Me pasé una mano por el pelo. No sabía qué pensar en ese momento:

—No puedo quedarme aquí ni un minuto más, necesito salir a aclarar mis ideas.

—Es comprensible —dijo Duncan—. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No, gracias.

—Escucha, los demás ya están de camino. Les he mandado un mensaje con lo que hemos descubierto hasta ahora. Así que, si quieres hablar con Chase…

Negué con la cabeza:

—Ni siquiera sabría qué decirle ahora mismo. Es solo que… Dios mío.

—Deberíamos retenerte aquí —declaró Finn.

—Sí, de lo contrario, nos matará —añadió Knox.

—Dejadlo ya —intervino Duncan—. Esto no tiene ninguna gracia.

—Lo sé —admitió Knox—. Pero a veces ayuda añadirle un poco de humor a las cosas.

—Ahora mismo no ayuda —respondí—. Pero gracias por intentarlo.

—¿No estás enfadada con nosotros? —preguntó Knox.

—No lo sé —les respondí con total sinceridad.

—Podemos pagar el pato por el equipo —comentó Finn—. Siempre y cuando no te desquites con Chase.

—No me voy a desquitar con nadie, solo necesito asimilar esto. Bueno… ¿necesitáis algo más de mí? —pregunté.

—No —respondió Duncan en tono suave—. Gracias por todo lo que has hecho hoy. ¿Estás en condiciones de conducir?

Asentí.

—Sí, estoy bien —respondí y salí disparada de la oficina. Necesitaba salir del edificio; sentía que me ahogaba allí dentro.

Y sabía exactamente a dónde tenía que ir.

***

CHASE

—Duncan, ¿qué cojones está pasando? —pregunté al entrar en su despacho.

Su mensaje había sido más que críptico: **Hemos encontrado algunos detalles sobre las transacciones. Tienes que saberlo. Ven a mi oficina.**

Me sorprendió encontrar a Knox y a Finn allí.

—¡Qué rápido has venido! —exclamó Finn.

—Esperemos a que lleguen los demás antes de que empiece a explicártelo —dijo Duncan.

Justo en ese momento se abrió la puerta y entró Griffin. Wyatt iba justo detrás de él.

—Tío, la próxima vez que nos cites aquí, a ver si nos das más detalles o respondes al maldito teléfono —se quejó Wyatt. Estaba claro que habían recibido el mismo mensaje que yo.

—Vale, ahora que estáis todos aquí, podemos empezar —comenzó Duncan con su tono habitual, sin andarse con rodeos—. ¿Queréis sentaros?

—No —respondí.

—Prefiero quedarme de pie —añadió Griffin.

—Escuchad, tenemos una pista sobre las transacciones que la SEC ha señalado —nos contó Duncan.

—Espera, ¿lo has estado investigando?

—Sí —respondió Duncan—. Knox y Finn han seguido el rastro hasta una empresa fantasma. —Por alguna razón, le brillaron los ojos—. Y la constituyó *Farley & Gottlieb*.

—Cyrus tiene una relación muy estrecha con ellos —señalé al instante. Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Creéis que él está detrás de esto?

—Es la pista más clara que tenemos por ahora.

—Venga ya, sé que ese hombre me tiene manía, pero no haría algo así. ¿Cómo encontrasteis siquiera la sociedad fantasma? —pregunté.

—Hannah revisó las transacciones. Finn y Knox comprobaron la información, y…

—Un momento, ¿Hannah lo sabe? —interrumpí—. Joder. Le mandé la información, pero no me dijo nada.

—Sí, también ha estado aquí esta noche —informó Duncan.

—¿Por qué se ha ido?

Finn se frotó la sien, manteniendo la cabeza gacha.

Knox se levantó:

—Porque se ha enterado por casualidad de la empresa que hemos montado y le hemos contado todo.

—¡¿Pero qué cojones…?! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijisteis desde el principio?

—Porque era importante que supieras lo de Cyrus —explicó Duncan.

—Ahora mismo me importa un carajo Cyrus. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal —respondió Finn.

—Dijo que necesitaba salir de aquí y aclararse —añadió Knox.

—No me digas. ¿Por qué no me enviaste un mensaje por *eso* también? —Le clavé la mirada a Duncan.

—Porque yo también estoy lidiando con otro marrón —respondió con frialdad.

—Los demás podemos encargarnos de eso —intervino Griffin.

Entonces me percaté de que él y Wyatt habían estado callados toda la charla. Conociéndolos, necesitaban un rato para asimilarlo. Cada uno tenía su forma de lidiar con las malas noticias. Finn y Knox solían afirmar que estaban dispuestos a todo. A Wyatt y Griffin les gustaba considerar cualquier posible escenario, pero, al igual que mis hermanos pequeños, solían hacer lo que fuera necesario para resolver un problema.

—Oye, ¿puedes centrarte en nuestro problema con Cyrus un momento? Creo que deberíamos enviarle esta información a la SEC —dijo Duncan.

Negué con la cabeza:

—Ahora mismo no puedo concentrarme en nada.

Antes de conocer a Hannah, me habría quedado toda la noche en la oficina con mi familia. Pero en ese preciso instante lo único que quería era arreglar las cosas con ella y explicarle mis motivos. Hacerle ver que lo había hecho todo porque no soportaba verla pasar apuros. Y menos por algo que yo podía solucionar tan fácilmente. Ella lo era todo para mí, y necesitaba que lo supiera ya mismo. El asunto de la SEC podía esperar. Confiaba en que mis hermanos se encargarían de ello.

—Espera. Al parecer no planea matarnos, eso es positivo —comentó Knox.

—Sí, tío, sentimos de verdad haber metido la pata —añadió Finn —. Pero vio la carpeta en el escritorio de Knox y no podíamos mentirle a la cara como si nada.

—No, ya lo he hecho yo durante demasiado tiempo —admití—. Tengo que ir a solucionar esto.

—Vale. Elaboraremos un plan y nos reuniremos contigo por la mañana —respondió Duncan.

Todos estuvieron de acuerdo, y al segundo siguiente salí pitando del despacho para coger el ascensor hacia el *parking*.

Me subí al coche y salí de allí antes de darme cuenta de que no sabía dónde estaba Hannah. Estaba a punto de llamarla, pero cambié de opinión.

—Y una mierda. —No quería hablar del tema por teléfono. Necesitaba verla.

Conduje hasta su apartamento lo más rápido que pude y aparqué en la calle contigua a su edificio. Unos cuantos borrachos salían del asador justo cuando me acercaba al telefonillo.

Joder. No iba a dejar que se quedara en este sitio ni una noche más después de aquel día. No pensaba permitirlo.

Pero lo primero es lo primero.

Tenía otra batalla que ganar.

Probé con el telefonillo un par de veces, pero no me contestaron. Estaba a punto de llamar a Blair para preguntarle si sabía dónde

podría estar Hannah cuando caí en la cuenta de que solo había un sitio al que iría en una situación así: el hostal.

Pero, aun así, quería asegurarme de que estaba allí. Sabiendo que no tenía tiempo que perder, revisé mis contactos, recordando que había guardado el número de su vecina después de la tormenta. Lo encontré y la llamé enseguida.

—¿Diga? —respondió una voz de anciana.

—Hola, ¿hablo con la señora Adams?

—Sí.

—Hola, soy Chase Sterling.

—Ah, tú eres el guaperas que estaba con Hannah después de la tormenta.

Eché la cabeza hacia atrás al oír sus palabras. "El guaperas". No era exactamente como pensaba que empezaría la conversación. Era una señora muy mayor.

—El mismo —confirmé—. Escuche, quería preguntarle, ¿hay alguna luz encendida en el hostal? Creo que Hannah podría estar allí.

—Sí, sí. Ha llegado hace como media hora, creo. ¿Quieres que vaya a decirle que la estás buscando? Esa chica se pasa el día perdiendo el móvil.

—No, no hace falta. La verdad es que quiero darle una sorpresa —dije.

—Eres guapo *y* atento. Se ha hecho con un buen partido.

Me gustó mucho más esa descripción que "guaperas".

—Gracias, señora Adams. Que pase una buena tarde.

—Igualmente.

Colgué, me subí al coche y arranqué superando con creces el límite de velocidad. No quería dejar a Hannah a solas con sus pensamientos durante demasiado tiempo. Era consciente de que las pruebas estaban en mi contra. Solo podía imaginarme lo que se le estaría pasando por la cabeza. Necesitaba explicárselo todo lo antes posible, pero primero tenía que hacer una parada técnica.

CAPÍTULO TREINTA

HANNAH

ABUELA, *por favor, envíame un poco de energía zen*.

Desde que llegué al hostal, había barrido mi habitación y puesto las sábanas, pero luego decidí que quería otro juego, así que volví a hacer la cama una vez más. Sin embargo, seguía inquieta. No recordaba ninguna ocasión en la que ir al hostal no me hubiera tranquilizado. Quizá lo que necesitaba era dejar de moverme de un lado a otro y simplemente sentarme. Lo ideal habría sido hacerlo con una copa de vino fuera, en el porche, pero no tenía. Aun así, cogí una de las mullidas mantas y salí. Me senté en el suelo del porche, ya que la última vez Chase y yo habíamos vuelto a bajar el sofá de mimbre al sótano antes de irnos. No había querido dejar nada fuera por miedo a otra tormenta.

Respiré hondo, mirando al cielo. Aquella noche estaba despejado y precioso, justo lo que necesitaba. Podía sentir cómo la adrenalina se me iba del cuerpo mientras estaba sentada allí, rodeada por los sonidos de la noche y el susurro de los árboles con el viento.

¿Sabrá Chase que me he enterado? Era muy probable. Pero no me había mandado ningún mensaje ni nada.

Metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros y cogí… nada. No llevaba el móvil encima. Quién sabía dónde lo habría dejado

olvidado. Tal vez era mejor así, porque aún no estaba segura de qué decirle. Aún me encontraba en estado de *shock*.

Cerré los ojos, disfrutando del maravilloso silencio hasta que oí un crepitar y me levanté de un salto. Era fuego, sin duda, y no parecía estar muy lejos.

Se me puso el corazón en un puño. Lo último que necesitaba era que algo se estuviera quemando.

Corrí al otro lado del porche, mirando hacia ambos lados. Había luz en la parte trasera del edificio. *Mierda. ¿Cómo se me ha podido pasar eso?* Salí corriendo hacia allí, trazando ya un plan en mi cabeza. No tenía ningún extintor fuera, pero podía llenar un cubo de tierra y echárselo a las llamas.

Al doblar la esquina, solté un suspiro de alivio. El edificio no estaba ardiendo. El fuego estaba en la zona habilitada para las hogueras y…

—¡Chase! ¡Joder! Me has dado un susto de muerte.

Levantó las manos:

—Lo siento, no era mi intención. Solo quería darte una sorpresa.

Miré las llamas y luego a él.

—Espera, ¿cuándo has llegado? ¿Y por qué no te he visto?

Señaló con la cabeza:

—Tuve que ser muy sigiloso, he aparcado en casa de tu vecina, y me ha enseñado un camino que conecta por la parte trasera de la propiedad.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —pregunté.

—Bueno, ha sido una suposición afortunada. Me dijiste una vez que este es el lugar al que vienes cuando tienes un problema que no sabes cómo resolver.

Asentí:

—Sí.

—Mis hermanos me lo han contado todo.

Me froté los brazos con las manos para intentar aplacar los nervios.

—Entonces, la SEC…

Negó con la cabeza y se acercó.

—No quiero hablar de la empresa ni de la SEC. Quiero hablar del hostal. Tienes frío —dijo, quitándose la chaqueta y colocándomela sobre los hombros.

—Sí. Empieza a hacer frío por aquí —respondí. Entonces me di cuenta de que sostenía una varilla de metal con…— ¿Eso son nubes? —pregunté incrédula.

—Sí.

—¿De dónde las has sacado?

Esbozó una pequeña sonrisa:

—He comprado por el camino. No me atrevía a aparecer sin algo dulce. Pensé que así tendría más posibilidades de que me escucharas.

Resoplé.

—Claro que te iba a escuchar —repliqué—. Chase, ¿por qué no me contaste nada de… no sé… de nada? ¿Cómo se te ocurrió siquiera la idea? —Me costaba horrores formular preguntas coherentes, sobre todo porque tampoco tenía las ideas claras.

—No tengo mucho que decir en mi defensa, salvo que te quiero y, al parecer, eso me lleva a cometer auténticas locuras. Sé lo mucho que significa este lugar para ti, y también sabía que dirías que no si te lo proponía.

—Eso desde luego. Pero ¿por qué no hablarlo al menos?

—Porque entonces habrías sospechado si un inversor te ofrecía el dinero tan rápido justo después de que yo te lo comentara.

Me acarició las mejillas con ambas manos y ocurrió algo mágico. Mientras estaba completamente envuelta en él, con su chaqueta sobre mis hombros y sus manos en mi cara, el corazón me dio una tregua y me relajé por fin.

—Iba a decírtelo —murmuró, clavando sus ojos en los míos.

No pude evitar reírme.

—¿Cuándo?

—Después de que firmáramos los papeles. Iba a esperar al momento oportuno: cuando ya te hubieras gastado el dinero y no tuvieras forma de echarte atrás.

Me quedé boquiabierta:

—De verdad, lo tenías todo planeado al milímetro.

—Sí, y no estoy orgulloso de ello, pero tienes que saber algo sobre mí, Hannah. Te quiero y no puedo verte pasar apuros. Especialmente cuando está en mi mano solucionarlo… y cuidar de *ti*. Eso es lo único que quiero.

—Chase, no puedes ir por la vida pensando que todo se arregla con dinero.

Gruñó:

—Estoy tratando de mejorar eso.

—Sé que quieres lo mejor para mí, pero no puedo aceptar esto. Lo sabes, ¿verdad?

Volvió a gruñir.

—Ahora que lo sabes, voy a intentar convencerte de que lo aceptes como muestra de mi amor.

—Oye, que no puedes chantajearme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Yo no he dicho eso.

Resoplé:

—¿Ah, no? ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? No has traído las nubes por nada. No solo estás intentando disculparte, estás intentando convencerme, y no va a funcionar.

—Has cambiado mi vida en tantos sentidos que no sé ni por dónde empezar a explicarlo, Hannah. Lo has cambiado todo, has puesto mi mundo patas arriba.

Dios mío, me estaba haciendo derretir por dentro. Cuando se ponía así, tan encantador, era capaz de convencerme de cualquier cosa.

Me puse de puntillas y le besé inesperadamente, consiguiendo sorprenderlo por una vez. Lo besé tan profundamente que gimió, y él me devolvió el beso con un hambre voraz. Movía la lengua con precisión, deslizando las manos por debajo de la chaqueta hacia mi cintura y luego hacia mi espalda.

Acercó su pelvis y lo sentí: estaba medio duro, no se trataba de la cremallera de sus pantalones; sabía distinguir entre eso y virilidad.

Con un gemido, dio un paso atrás.

—Hannah, hablemos primero.

—Ni hablar —repliqué, besándole la mandíbula y bajando luego hasta su nuez. Era una de las partes más vulnerables de su cuerpo.

—¿Por qué no?

—Porque estás diciendo cosas que me derriten. Eres muy convincente.

Se rió. Sentí la vibración de su risa contra mi boca.

—Creo que quieres distraerme con sexo —comentó.

Sonreí contra su piel.

—Sí. ¿Qué se siente beber de tu propia medicina?

—Me vuelve loco —gruñó.

Me incliné hacia delante, tomando la iniciativa del beso esta vez, y ¡madre mía! Tiré de su polo, pero lo que realmente quería era quitárselo. Quería tocar su piel y sentir cómo se estremecía con cada jadeo.

Deslicé las manos por debajo del dobladillo de la prenda e inmediatamente obtuve mi recompensa: un gemido ronco y cargado de deseo. Estaba perdiendo el control por completo.

Se acercó para besarme en la sien y murmuró:

—Vamos dentro.

—Nadie puede vernos aquí —protesté.

—No, pero te oirán.

Una oleada de calor me recorrió por dentro hasta encenderme entre los muslos. Su promesa era demasiado tentadora, y sabía de sobra que la iba a cumplir.

Me acarició por todas partes: el trasero, mis piernas, y luego subió por las costillas rozándome los pechos. Pero yo quería más. Tenía que ser completamente suya esa noche, de arriba abajo.

Cuando salí de la oficina, no tenía claro qué era lo que necesitaba. Incluso después de llegar al hostal, no lograba encontrar la respuesta.

Pero era muy simple. Necesitaba a Chase. Eso era todo.

Empezó a llevarme hacia la puerta trasera y no hice el menor intento de detenerlo. Lo deseaba demasiado como para pensar con claridad.

Menos mal que él había tomado las riendas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

HANNAH

FUE METERNOS DENTRO, cerrar la puerta a nuestra espalda y desatar la locura. Sus manos volaban frenéticas, hambrientas, recorriéndome entera. Me quitó la chaqueta de un tirón y la dejó caer al suelo. Yo ya estaba ardiendo por él; me moría por sentirlo en cada centímetro de mi piel, sobre todo en mi entrepierna. Me sacó la camiseta por la cabeza y, sin darme tiempo a respirar, pegó la boca a mi cuello para ir descendiendo a besos. Busqué su pelvis con la mía en un empuje ciego, con todo el cuerpo vibrando de la cabeza a los pies. Estaba completamente entregada a él.

—Joder. Te necesito ya —soltó contra mi oído. Siguió la línea de los tirantes de mi sujetador con las yemas de los dedos y bajó por mi espalda, haciéndome estremecer.

Podía hacer conmigo lo que le diera la gana, me daba igual. Pensé que iría directo al broche, pero el muy capullo decidió jugar y me acarició la base de la espalda, muy despacio.

Gemí, desesperada:

—Chase, por favor, tócame.

—No puedo resistirme cuando me lo pides así.

Y a mí me importaba una mierda rebajarme a suplicar.

Cuando por fin me desabrochó el sujetador, el roce de la tela contra mis pezones hizo que se me escapara un jadeo.

—Vaya, ya estás supersensible… —susurró, tirando mi sujetador a un lado.

Me hizo dar un par de pasos hacia atrás hasta que topé con el poste de la escalera. Entonces me tapó los pechos con las palmas de las manos, rozándome los pezones en círculos. Me ardía todo el cuerpo.

—Chase —murmuré—. ¡Por favor! ¡No aguanto más! Yo también quiero tocarte.

Le quité el polo de un tirón y colmé todo su torso de besos. Me volvía loca sentir los latidos de su corazón desbocado bajo mis dedos y mis labios. ¿Cómo se podía estar tan jodidamente bueno? Le solté el cinturón de un tirón y le desabroché los vaqueros. Solo me dio tiempo a bajárselos hasta las caderas y cerrarle la mano alrededor de la polla cuando me frenó sujetándome la muñeca.

—No.

—¿Por qué? —protesté a oscuras.

—Todavía no.

Me obligó a subir las manos y las apoyé en su pecho mientras él se dedicaba a mordisquearme el cuello y los pechos, pero no tardé en volver a las andadas. Deslicé los dedos por debajo de los bóxers y le acaricié la punta con suavidad.

—¡Hannah! —exclamó—. No piensas portarte bien, ¿verdad?

—No puedo —respondí.

Dio un paso atrás para zafarse, se movió rápido y recogió el cinturón del suelo.

—Pon las manos detrás de la espalda.

—¿Qué?

—Como te he dicho, no quiero que me toques por ahora.

No estaba segura de qué pretendía, pero mantuve las manos a la espalda. Salió de mi campo de visión y, al segundo siguiente, sentí el cuero frío contra mi piel, rodeándome ambas muñecas. En ese instante, me di cuenta de lo que estaba haciendo: me estaba atando al poste.

Madre mía.

Agucé el oído. La habitación estaba completamente en silencio. Me acarició el trasero con ambas manos y luego deslizó una por mi muslo directo a mi sexo, antes de repetir el movimiento con la otra. Era excitante a más no poder.

—Estás mojada. ¿Te gusta que te aten?

—No tenía ni idea hasta ahora —confesé con un hilo de voz.

No me había atado demasiado fuerte, aunque apenas podía mover las manos.

Y como no podía tocarlo, lo deseaba aún más.

—Chase… —protesté.

Me besó el lateral del muslo, luego subió hasta mis pechos y se colocó de nuevo frente a mí.

—Primero te vas a correr para mí. Después podrás tocarme todo lo que quieras.

Eché la cabeza hacia atrás, asimilando sus palabras. Se quedó de pie frente a mí, sin llegar a rozarme.

—¿En qué estás pensando? —murmuré.

—En por dónde voy a empezar a devorarte primero y en cómo voy a hacer que te corras.

Jadeé. Se inclinó hacia mí hasta que sentí el calor de su cuerpo, y eso me volvió loca. Necesitaba sentirlo ya, así que empujé mi pelvis hacia delante, buscando desesperadamente su contacto.

Chase gimió.

—Creo que ya sé por dónde empezar —me susurró al oído, mordiéndome el lóbulo con suavidad.

Entonces me tapó la boca y, al mismo tiempo, deslizó la mano entre mis piernas. Con la otra me sujetaba firmemente las caderas, dejándome completamente inmovilizada. Tenía las bragas empapadas y me las bajó de un tirón hasta las rodillas. De esa manera no podía abrir mucho las piernas.

Protesté:

—Necesito que me las quites, ya.

—Estás perfecta tal y como estás; me basta con esto para hacerte correr.

Me torturó pasando los dedos despacio de arriba abajo por la entrada, sin tocarme el clítoris ni penetrarme. Tenía la boca en mis

pechos, pero apenas me enteraba. Toda mi existencia se había concentrado en mi vientre.

Mis piernas flaqueaban. Apreté las nalgas, suplicando:

—Por favor, Chase.

Entonces me complació. Presionó mi clítoris con la yema del dedo y empezó a moverlo con una lentitud exasperante. Sentía que estaba a punto de estallar, así que me puse de puntillas, empujando la pelvis hacia delante.

—No puedo más —murmuré.

—Eso es, cariño.

Deslizó un dedo dentro de mí y me presionó el clítoris con la palma. El mundo entero desapareció. Cuando me atrapó la lengua con la suya, estallé al instante. El orgasmo fue un latigazo salvaje y el placer me inundó por completo. Ya no sabía ni cómo me mantenía en pie. O puede que ya ni lo estuviera, porque sentía que flotaba. Dejé de ser consciente de lo que me rodeaba y solo me centré en Chase, que ahora me sujetaba con fuerza por las caderas.

—Quiero hacer que te corras así todos los días por el resto de mi vida. No hay nada comparable a esto.

—¿Puedo tocarte ya? —pregunté, tirando de las ataduras.

—No.

—Pero dijiste que después de que yo…

—Ya, pero no dije cuántas veces tenías que hacerlo.

—Ah. ¿Cuántas veces?

—Tantas como yo quiera.

Me acarició el cuerpo, moviendo las manos por cada rincón a su alcance. Luego se puso de rodillas y me terminó de bajar las bragas. Tragué saliva con dificultad mientras me libraba de ellas. Ni siquiera me había dado cuenta de que todavía las llevaba puestas.

—Ahora ábrete bien para mí, preciosa.

Me presionó el clítoris con el pulgar mientras yo levantaba la pierna derecha. Perdí el equilibrio un momento, pero enseguida recuperé la estabilidad.

—Eres increíble y muy sexy —murmuró sin dejar de estimularme.

Entonces se apartó un segundo y me agarró por las caderas, inclinándome la pelvis. Cuando me atrapó el clítoris entre sus labios,

un escalofrío brutal recorrió todo mi cuerpo, haciendo que me flaquearan las piernas otra vez. Tenía la piel empapada de sudor. Me estaba volviendo completamente loca: primero me lamía el clítoris y luego lo succionaba. Después, me acarició con las yemas de los dedos, desatando una tormenta en mi piel hipersensible.

Lametón.

Mordisquito.

Caricia.

Lametón.

Mordisquito.

Caricia.

Apenas podía respirar. Apenas podía mantenerme en pie. El placer y la tensión luchaban dentro de mí, y yo estaba por completo a merced de Chase. No controlaba nada, era increíblemente liberador.

Eché la cabeza hacia atrás, soltando un grito. Presionó la parte plana de su lengua contra mi centro hasta que terminé de correrme, y luego se incorporó de inmediato, rodeándome con sus brazos para desabrochar el cinturón.

—Vamos a la cama, cariño. Estás temblando.

Mantuve mis manos recién liberadas alrededor de su cuello mientras caminábamos despacio. Tenía razón, no sabía de qué otra manera describir el estado en el que se encontraba mi cuerpo. Nunca había experimentado algo así antes.

Al entrar en el dormitorio, empecé a recuperar el sentido, reparando en los pequeños detalles. Tenía la piel caliente y una ligera capa de sudor en la nuca. No llevaba calzoncillos.

Mira qué listo. A mí no me dejó quitárselos, pero él no tuvo ningún problema en hacerlo solo.

Me senté en la cama y su erección me quedó justo delante de mí. Lo lamí una vez, desde la base hasta la punta, y sus caderas se arquearon hacia delante.

—¡Joder, Hannah! —exclamó.

Luego se subió a la cama, me colocó los tobillos sobre sus hombros y me metió algo debajo de las nalgas para elevar mis caderas. Parecía una manta doblada, pero me daba exactamente

igual. Lo único que me importaba era que pronto lo tendría dentro de mí.

Entró despacio, pero yo estaba demasiado hambrienta de él. Incliné la pelvis para acogerlo por completo. Chase soltó un gemido y se quedó inmóvil un segundo antes de empezar a embestirme. No tuvo ninguna piedad, y era justo lo que yo quería: necesitaba estallar otra vez. Cada embestida era más dura y, de algún modo, más profunda. No sabía ni cómo era posible sentir tanto placer. Ya había alcanzado el clímax dos veces, pero estaba a punto de volver a perder el control.

Apenas había luz en la habitación, ni siquiera la de la luna, pero de alguna manera lograba distinguir el contorno de su cuerpo y la ligera curvatura de sus hombros.

—Me voy a correr —murmuré cuando ya no pude contener el orgasmo por más tiempo.

Al segundo siguiente, me presionó el clítoris con un dedo y exploté de placer, gritando aún más fuerte que antes.

Estaba segura de que iba a quedarme sin voz. Entre mis gemidos, también oí los suyos. Gimió de una forma tan feroz y primitiva que supe de inmediato que su orgasmo estaba siendo tan placentero como el mío.

El agotamiento me invadió casi de inmediato. Tenía la corazonada de que Chase estaba igual de agotado; no decía nada, solo se quedó acariciándome el pelo.

Me quedé dormida y me desperté en medio de la más absoluta oscuridad. *¿Qué hora es?* Claramente, todavía era de noche. Me pregunté qué me había despertado, y entonces sentí su mano moviéndose de arriba abajo por mi espalda. Estaba tumbada boca abajo, abrazando una almohada. Giré la cabeza para mirarlo y vi que Chase también estaba tumbado.

—¿Estás despierto? —susurré.

Se rio suavemente:

—¿Crees que te tocaría si estoy dormido?

—Viniendo de ti, no lo descartaría —bromeé.

—Siento haberte despertado. Pensé que, si lo hacía con suavidad, no te darías cuenta.

—No estaba profundamente dormida. ¿Qué hora es?

—Son las dos de la madrugada. Vuelve a dormirte.

Parpadeé un par de veces:

—No puedo. Ahora estoy completamente despierta, así que, por favor, sigue tocándome.

Apoyó la mano en mi nalga y se acercó más.

—¿Quieres que hablemos?

—Acabo de darme cuenta de qué me ha despertado. No hemos hablado de qué piensas hacer con respecto a, ya sabes, todo este marrón.

Respiró hondo:

—He estado hablando con mis hermanos.

—¿Cuándo?

—Hace como una hora.

—¿Pero has dormido algo? —pregunté.

—No. Tú te quedaste frita, pero yo no he sido capaz de pegar ojo.

—¿Por qué no me despertaste?

Me besó en la frente.

—Eres adorable cuando duermes, y además te he dejado agotada.

Suspiré.

—Ya lo creo… —Le toqué el pecho y luego los hombros. Estaba tenso, pero instintivamente supe que no había nada que pudiera hacer para ayudarlo a relajarse de verdad. Al menos hasta que pasara todo este lío.

—¿Quieres que volvamos a la oficina? —pregunté.

—No, no tiene sentido. Ahora mismo todos están durmiendo, pero nos reuniremos mañana temprano. El plan es pillar a Cyrus por sorpresa antes de ir a la SEC.

—Pues parece una buena estrategia para resolver el asunto.

—No creo que vaya a pegar ojo —comentó.

—Mmm, entonces ¿qué podríamos hacer el resto de la noche? —pregunté—. Ah, ya sé. Has traído todas esas nubes. No vamos a dejar que se echen a perder, ¿verdad?

En la oscuridad, sentí cómo sonreía contra mi frente.

—Ni de coña, cariño.

Nos vestimos rápidamente y salimos. Me sonrojé muchísimo al pasar por la escalera. No sabía cómo iba a volver a mirarla sin recordar todas las cosas que me había hecho contra ese poste de madera.

Me volvió a poner su chaqueta sobre los hombros al salir. El fuego se había apagado, por supuesto, pero Chase lo reavivó en un abrir y cerrar de ojos. Se colocó detrás de mí, rodeándome la cintura con los brazos, mientras yo sostenía el palito con la nube sobre el fuego, vigilando con atención para que no se quemara.

—¿Por qué no me dijiste que mis hermanos y tú habíais visto algo raro? —preguntó.

—Queríamos asegurarnos de que era real y no preocuparte sin razón.

—No tienes que protegerme de nada. —Su voz sonaba un poco tensa.

Me di la vuelta.

—Mira quién habla… ¿No acabas de hacer lo mismo conmigo?

Gruñó.

—Eso es diferente. Tú eres mi chica y tengo que protegerte.

—Pues conmigo pasa exactamente lo mismo.

Me besó en la mejilla y solté un bufido cuando las nubes se derritieron y se cayeron de la varilla.

—¡Ay, no! —dije, empujándolo juguetonamente con el trasero—. Mira lo que has hecho.

Se rio entre dientes:

—Menos mal que he traído unas cuantas bolsas.

—Desde luego.

Pasamos las siguientes horas asando nubes y disfrutando el uno del otro hasta que salió el sol.

—Qué maravilla —murmuré mientras nos sentábamos en el porche trasero, viendo cómo el sol iba tiñendo el cielo de oro.

Chase no respondió nada. Tenía la barbilla apoyada en el hueco de mi cuello y los brazos rodeándome.

Me empapé de la paz de ese momento. Sin duda lo necesitábamos de cara al día que nos esperaba.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CHASE

MIS HERMANOS y yo nos reunimos a las ocho en punto. Duncan le había enviado un correo a Cyrus la noche anterior, pidiéndole que acudiera a la sala de reuniones. Lo había planteado como una simple puesta al día con los miembros del equipo directivo.

No paraba de caminar de un lado a otro de la sala, mirando por la ventana. No podía creer que Cyrus fuera capaz de hacer algo así. Lo cierto era que nuestros inicios, años atrás, no habían sido buenos; su empresa terminó quebrando porque la mayoría de sus clientes nos eligieron a nosotros. Teníamos un enfoque moderno, éramos más atrevidos y ofrecíamos mejores beneficios. Pero él llevaba años con nosotros. A menudo habíamos chocado y no veíamos las cosas de la misma manera, pero lo que estaba pasando era algo completamente distinto, y muy grave. Básicamente, nos estaba incriminando en un delito de información privilegiada.

Había una razón por la que la SEC había hablado con cada uno de nosotros: éramos sus principales sospechosos.

Llegó a las ocho en punto. Su cabello canoso se estaba volviendo más ralo con el paso de los años.

—¿Dónde están los demás directivos? —preguntó mientras se sentaba.

Duncan colocó su móvil estratégicamente sobre la mesa.

Miré a mis hermanos.

—Solo te hemos citado a ti —respondí, decidiendo ir al grano—. Hemos investigado las transacciones que la SEC considera sospechosas, y todas las pruebas apuntan a que tú estás detrás de ellas. Tienes exactamente cinco segundos para darnos una explicación.

Se quedó de piedra:

—Eso es absurdo.

—¿Ah, sí? —preguntó Duncan. Ya sonaba enfadado. Le lancé una mirada de advertencia, pidiéndole en silencio que procediera con cautela—. Hemos rastreado los pagos hasta una empresa fantasma que crearon tus amigos de *Farley & Gottlieb*.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó. Yo lo observaba con atención. Parecía sorprendido, pero tranquilo… quizás demasiado tranquilo. Sin duda, cuando alguien te lanzaba una acusación de tal magnitud, resultaba imposible no ponerse nervioso—. Ellos hacen muchos negocios. Eso no significa que yo tenga nada que ver.

Griffin se inclinó sobre la mesa:

—Pues hemos hablado con ellos. ¿Y adivina qué? Lo han largado todo.

Cyrus echó la cabeza hacia atrás y su pálida tez se puso roja como un tomate en cuestión de segundos. *Ya está. Este es el momento de la verdad.* Cuando Griffin se limitó a mirarlo fijamente, soltó un insulto.

—Maldito cabrón. No me puedo creer que me haya vendido de esa manera. El CEO y yo nos conocemos de toda la vida.

Vaya pedazo de cabrón resultó ser Cyrus.

—¿Cómo es posible que hayas hecho algo así? ¡Por el amor de Dios, que estamos hablando de un delito de información privilegiada! —le pregunté—. No necesitas el dinero.

No podía quedarme quieto. No entendía cómo mis hermanos conseguían mantener la calma. Yo quería estamparlo contra la mesa.

Se rio con incredulidad:

—¿De verdad os creéis que lo he hecho por el dinero? Mi intención era encasquetaros el muerto a vosotros —escupió,

mirándome directamente a los ojos.

Contuve el aliento y me quedé clavado en el sitio:

—¿Qué coño acabas de decir?

Cyrus se recostó en la silla:

—Venga ya. Alguien tenía que daros una lección, panda de niñatos.

—Cierra la maldita boca —intervino Duncan—. Creo que ya hemos oído suficiente.

—No, no hemos oído suficiente en absoluto. —Ahora quería escuchar todo lo que aquel cabrón tenía para decir.

Cyrus se mofó:

—¿Os pensabais que podíais llegar aquí como si fuerais los reyes del mambo, poner la industria patas arriba y arruinar a todos los que os rodeaban?

Se trataba de una venganza. Nunca debí haber contratado a ese gilipollas.

Duncan apretó los dientes:

—No te arruinamos, compramos tu empresa. E incluso te incorporamos a nuestro equipo directivo.

—¿Y esperáis que os dé las gracias? Comprasteis mi empresa porque me habíais robado a mis clientes y queríais quedaros con los que se mantuvieron leales a mí. ¿Por qué os creéis que acepté el puesto? Necesitaba el dinero, eso es cierto, pero también sabía que tendría la oportunidad de destruiros. Así que esperé. Esperé pacientemente mi momento y os la jugué con todo lo que tenía.

—Pues si ese era tu mejor golpe, ha sido un intento de lo más patético y evidente.

Cyrus puso los ojos en blanco:

—Tenía que ser evidente. Las pocas veces que lo intenté en los últimos años, la SEC lo consideró una coincidencia. Tenía que estar delante de sus narices para que se dieran cuenta y fueran a por vosotros. Cuando me incorporé a la empresa, estaba seguro de que encontraría pruebas de uso de información privilegiada. Vosotros siempre ibais por delante del mercado; siempre erais los más listos de la clase. Nadie es *tan* listo.

—La diferencia es que lo somos. Así que, cuando te diste cuenta de que efectivamente hacemos bien nuestro trabajo y de que no había nada ilegal ni turbio, decidiste fabricar las pruebas —dijo Wyatt. Había estado completamente callado hasta entonces. En ese sentido era como yo: como era incapaz de mantener la calma, optaba por hablar lo menos posible.

Cyrus miró a Finn y a Knox:

—Tengo curiosidad por saber cómo vais a presentar las pruebas. Seguro que habéis tenido que recurrir a algún *hackeo* ilegal.

—No te preocupes. Tus amigos los abogados estarán más que encantados de entregarte con tal de salvarse el culo —replicó Knox con total indiferencia.

Admiraba a mi hermano pequeño; nada conseguía alterarlo, siempre mantenía la compostura. Yo, por el contrario, no:

—¡Ya he oído suficiente! —exclamé—. Creo que la SEC puede hacerse cargo a partir de aquí.

Cyrus negó con la cabeza.

—¿De verdad creéis que la SEC se va a creer esto? Será mi palabra contra la vuestra. Ya me encargaré yo de poner a mis amigos los abogados de mi lado.

—Ya es un poco tarde para eso —afirmó Finn con voz contenida —. ¿Por qué crees que te hemos citado aquí a primera hora de la mañana? La SEC está en la sala de al lado ahora mismo, recabando pruebas en este preciso momento.

Fue entonces cuando Cyrus perdió los papeles. Se levantó de la silla y señaló a mi hermano:

—¡No os vais a salir con la vuestra, panda de cabrones! Sabéis que no soy el único enemigo que tenéis en el sector. No soy el único que quiere hundir a *Sterling Investments*.

—Ya, bueno, el mundo de las finanzas está lleno de serpientes — comenté, recuperando un poco la calma—. Pero a nosotros se nos da muy bien cortarles la cabeza.

Griffin tecleó rápidamente en su móvil:

—Estáis faroleando —escupió Cyrus con una mueca de desprecio —. Es imposible que mis amigos os hayan facilitado información confidencial.

Sentí una inmensa satisfacción al decir:

—No, tienes razón. No lo hicieron. Nosotros no tenemos ninguna autoridad legal para obligarlos a cooperar. ¿Pero sabes quién sí la tiene? La SEC. Han ido al bufete e investigar esta misma mañana. Y, mientras tanto, hemos usado tu propia debilidad en tu contra. Eres tan propenso a pensar lo peor de los demás que ni siquiera te has planteado que estuviéramos tirándote un farol.

—Y por si fuera poco —repuso Duncan, señalando su móvil—, uno de los agentes de la SEC está escuchando la conversación. Lo han oído todo.

—Lo confirmo. —La voz del agente inundó la sala. Duncan había puesto el altavoz.

Cyrus se abalanzó sobre la mesa, pero Duncan se le echó encima casi al instante y le agarró los brazos, inmovilizándolo.

—¡Seguridad! —gritó Duncan. La puerta se abrió de inmediato y entraron dos hombres. Uno de ellos se dirigió a Duncan:

—Señor Sterling, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente.

Los guardias agarraron a Cyrus, cada uno por un brazo.

—Llévenlo a una de las salas de reuniones pequeñas y quédense ahí con él —ordené—. ¿En cuánto tiempo llegará la SEC? —Miré a Duncan.

—En cinco minutos —respondió el agente que escuchaba a través del móvil de Duncan.

—Estupendo.

Me giré para fulminar a Cyrus con la mirada:

—Creo que ya está todo dicho. Que te vaya bien en la vida, Cyrus.

Mis hermanos y yo salimos de la sala mientras de fondo se oía cómo los guardias se lo llevaban a rastras por el pasillo.

—¡Joder, qué subidón de adrenalina tengo! —exclamó Finn—. Necesito desahogarme de alguna manera.

—Ya, sé exactamente a qué te refieres —asintió Knox.

—Me voy al gimnasio —comentó Griffin—. La SEC lo interrogará a solas, así que no nos necesitan.

—¿Alguien tiene pensado trabajar hoy? —preguntó Wyatt.

—Iba a preguntar lo mismo —añadió Duncan.

—Yo no —sentencié—. Tengo muchos planes para hoy, y ninguno incluye quedarme aquí metido trabajando.

Dicho eso, me dirigí directamente a mi despacho, donde me esperaba Hannah.

Me detuve en el umbral de la puerta, observándola mientras tecleaba concentrada frente a la pantalla. Me aclaré la garganta y ella levantó la vista de inmediato para luego ponerse de pie de un salto. Entré en el despacho y cerré la puerta a mis espaldas.

—¿Cómo ha ido? ¿Teníamos razón? —preguntó, echándose en mis brazos.

—Sí, teníamos razón. La SEC se hará cargo a partir de ahora.

—Vale, entonces por fin puedo hacer que te relajes. —Sonrió mientras me rodeaba el cuello con las manos—. ¿Qué necesitas?

Le di un largo y profundo beso. Necesitaba tocarla, pero lo que más quería era tenerla así, pegada a mí.

—¿Qué tal si nos saltamos la jornada laboral y nos pasamos el día en mi casa? —le susurré al oído.

—Me encanta la idea.

—¿No vas a poner ni un poco de resistencia? —pregunté, enderezándome y mirándola a los ojos.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Te daré una pista: hoy voy a decir que sí a todo lo que me pidas.

—¡Eso es lo que quería oír!

—Pero, para que quede claro… no te vas a ir de rositas por haber intentado hacerte pasar por un inversor.

Sonreí:

—No me preocupa. No tengo ningún problema en arrastrarme para pedirte perdón. Al final acabarás perdonándome.

—Tienes todas las papeletas para que lo haga —respondió con una sonrisa.

Sentir su cuerpo vibrar en mis brazos, su calor calándome los huesos, era increíble.

Hannah lo era todo para mí.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

HANNAH

CUATRO MESES DESPUÉS

—¿ESTÁS seguro de que quieres hacer esto? —le pregunté a Chase —. Si aquí tenemos gente de sobra.

—Hannah, *quiero* hacerlo.

Era el día del trasplante anual. Mi madre, Blair y Josh estaban allí, y la señora Adams no podía estar más agradecida por la ayuda; ya lo tenía todo preparado en el invernadero. Jeremy, Duncan y Susan también estaban al caer.

Seguía sin creerme que a Chase le hiciera tanta ilusión aquello.

—¿Quieres que entremos a ver cómo va todo antes de empezar? —preguntó Chase.

Mi madre y Blair estaban en la cocina del hostal, tomándose un café. Duncan, Jeremy y Susan aún no habían llegado.

—Claro.

La señora Adams nos había asegurado que se había encargado de todo, pero sospechaba que Chase solo buscaba una excusa para pasar un rato a solas conmigo. En los últimos tiempos, no paraba de maquinar planes para conseguirlo. En la oficina nos comportábamos

de la forma más profesional posible, pero en cuanto salíamos, se acababan las reglas.

Pasábamos mucho tiempo en el hostal, sobre todo porque las obras ya estaban en marcha. Chase aún no había conseguido convencerme de que aceptara su inversión para el hostal, pero yo no había descartado del todo la posibilidad de que hiciéramos negocios juntos en el futuro.

Había ahorrado la cantidad necesaria para cubrir la franquicia del seguro, así que la empresa constructora empezaría a trabajar pronto.

Por supuesto, eso solo servía para reparar los daños causados por la tormenta. El resto de las restauraciones tendrían que esperar un poco, pero estaba segura de que podría volver a abrir las puertas el año siguiente.

Cogí a Chase de la mano y lo llevé desde el porche del hostal hasta el invernadero de la señora Adams. En cuanto entramos, sonreí de oreja a oreja.

—Este es el aroma de la alegría —dije, cerrando los ojos e inhalando profundamente.

Olía a tierra y a vegetación. No sabía por qué aquel lugar me hacía sentir tan feliz. Quizás porque estaba lleno de recuerdos felices, y porque íbamos a crear aún más.

Abrí los ojos y miré a Chase. Tenía la mirada clavada en mí.

—¿Qué? —pregunté.

—Me gusta verte tan feliz.

Sonreí.

—Ya veo. ¿Por eso te esfuerzas en hacerme feliz todos los días?

—Por supuesto, no hay nada que disfrute más.

Sabía muy bien a qué se refería, porque yo sentía exactamente lo mismo por él. Chase se veía feliz y muy relajado, sobre todo desde que habían echado a Cyrus. Ya estaba en manos de la justicia, así que ya no volvería a ser un problema para los Sterling.

Me seguía pareciendo increíble la cantidad de mentiras que algunas personas eran capaces de inventar con tal de hacer daño a los demás. Cyrus se merecía todo lo que le cayera encima.

—Vale, creo que lo mejor será que te explique cómo va esto —dije.

Él no había estado nunca en el invernadero. Era enorme; tanto que en su día yo había barajado la idea de alquilarlo para eventos. La señora Adams tenía todo tipo de cultivos, desde berenjenas, tomates y otras frutas y verduras, hasta aloe vera y orquídeas.

—Estas dos mesas son para trabajar —señalé la de la izquierda, donde había colocado tres ejemplares de aloe vera que habían visto tiempos mejores. A un lado, también había tres macetas vacías y sacos de tierra. La segunda mesa tenía una disposición similar, con dos plantas de aloe vera y una pobre orquídea que se había secado.

—Ay, mira esa pobrecita orquídea. Qué pena. Estoy deseando trasplantarla —dije.

Chase me dedicó una sonrisa un tanto triunfal. Eso me pareció curioso… y un poco raro.

—¿Quieres empezar ya? —preguntó.

Jamás habría imaginado que le entusiasmaría tanto la idea de trasplantar plantas, pero no le iba a mirar el diente al caballo regalado. Me encantaba que tuviéramos tantas cosas en común.

—Claro, manos a la obra. —Me puse los guantes y saqué con cuidado la orquídea mientras Chase sujetaba la maceta—. Espero que se pueda salvar, ha salido con demasiada facilidad. —Tan fácil que me hizo pensar que alguien ya la había desenterrado antes.

La dejé sobre la mesa y luego eché un vistazo dentro de la maceta. Había algo más que tierra allí dentro.

—¡Hay una caja! —exclamé. Era un pequeño estuche de joyería de terciopelo. Casi se me cae la orquídea de las manos, pero reaccioné a tiempo y la posé con cuidado en la mesa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras Chase sacudía la tierra de la cajita azul oscuro y se arrodillaba. El suelo estaba sucio por la tierra que se había desprendido de la maceta, pero a él no parecía importarle lo más mínimo. Abrió la tapa y me quedé sin palabras.

Tenía delante el anillo de mi madre. Siempre me había encantado esa piedra verde oscuro y las pequeñas gemas blancas que la circundaban.

—Llevaba un tiempo buscando el anillo perfecto en las tiendas. Entonces recordé que te encanta el anillo de compromiso de tu madre.

—¿Te acordabas de todo lo que te conté?

—Jamás olvidaría algo así. Fue en Palm Springs.

—Tienes memoria fotográfica. Incluso te acuerdas de cosas que dije en la boda.

—No, de la boda solo recuerdo lo fundamental: todas las discusiones, el baile, los besos… En fin, la cuestión es que le pedí el anillo a tu madre porque sabía que te haría mucha ilusión.

—Y tanto —murmuré, conteniendo las lágrimas. ¿Cómo podía conocerme tan bien? A veces pensaba que me conocía incluso mejor de lo que me conocía yo misma.

—Así que, con este anillo, quiero pedirte que seas mi esposa. ¿Me harías el honor de ser mi esposa y amarte para siempre? ¿De compartir la vida conmigo? Lo eres todo para mí, Hannah. Llegaste a mi vida cuando menos lo esperaba y me enseñaste lo que significa confiarle mi felicidad a otra persona, y lo maravilloso que puede llegar a ser. Gracias. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí, claro que sí!

Cuando me puso el anillo, me estremecí. Me agarró los dedos mientras se ponía de pie y me besaba con ganas, acorralándome contra la mesa para reafirmar su promesa con un beso lento y profundo.

Al separarse, Chase dijo:

—Hay algo más en la maceta.

Miré dentro y fruncí el ceño:

—Es una llave —afirmé, confundida.

—Sí.

—¿Del invernadero?

—De la casa de la señora Adams.

Lo miré a los ojos, con el corazón latiéndome aún más deprisa que antes.

—He hablado con la señora Adams. Me enteré por un pajarito… —sonrió— de que quería vender su casa. Le dije que estábamos interesados, que queremos formar una familia aquí. —Rozó mis

labios con los suyos—. Nada me haría más feliz que cumplir tu sueño, Hannah.

Dios mío. Eso superaba cualquier cosa que hubiera imaginado jamás. Su amor me envolvió como un abrazo cálido.

—Chase, esto es increíble. Pero ¿qué va a hacer ella? —pregunté.

—Ha encontrado un piso en el centro.

El sonido de una puerta al abrirse, seguido del susurro de Jeremy, nos interrumpió:

—Ya ha pasado, creo que se están besando.

Chase se apartó y yo sonreí contra su boca.

—¡Voy a tener una tía! —continuó Jeremy. Estábamos mucho más unidos desde la Navidad, cuando conseguí el juego *de Mario Kart* que él tanto quería.

—¿Él lo sabía? —le pregunté a Chase.

—Todo el mundo lo sabía. Si no, habría sido imposible organizarlo.

Me quedé boquiabierta:

—Claro. Así mi madre y Blair podrían estar hoy aquí.

—Sí, necesitaba el anillo, y pedir tu mano.

En ese momento, Jeremy y Susan se acercaron. Jeremy corrió hacia mí y me rodeó la cintura con los brazos.

—Sin duda eres su persona favorita —dijo Chase—. Te lo ganas fácilmente con los videojuegos.

—¡No es solo por los videojuegos! Hannah es muy buena conmigo y huele bien. ¡Ojalá mi padre tuviera una novia como tú! —replicó Jeremy.

Me quedé atónita. Chase se rió, pero luego pareció atragantarse con su propia risa.

Susan se acercó a nosotros y negó con la cabeza, sonriendo.

—Es la segunda vez que lo menciona. Conociéndolo, creo que lo dice en serio.

—¿Mencionar qué? —preguntó Duncan, entrando junto con Blair, Josh y mi madre.

Corrí directamente hacia mi hermana y mi madre, con los sentimientos a flor de piel.

—¿*Qué* has dicho? —Oí que Duncan le preguntaba a Jeremy.

Madre mía, la que le espera a Duncan.

Blair y mi madre irradiaban felicidad, y no pude evitar darles un abrazo enorme a ambas.

—Gracias por darle el anillo, mamá.

—Faltaría más, cariño. Espero que seáis tan felices como tu padre y yo.

Me volví hacia Blair:

—Gracias por compincharte con él y por todo lo demás.

Mi hermana tenía los ojos llenos de lágrimas:

—Me alegro tanto por ti. ¿Te lo puedes creer?

—Sinceramente, no —respondí.

Josh me besó en la mejilla.

—Enhorabuena —murmuró, y luego se acercó a Chase y le dio la mano.

La puerta se abrió de nuevo y entró la señora Adams, que se acercó con los brazos abiertos.

—Mi niña, ¡muchas felicidades! Por favor, dime que no has rechazado a este guaperas.

Todos se echaron a reír. Miré hacia atrás a Chase: parecía atónito. Ah, nunca se acostumbraría a que ella lo llamara "guaperas".

Sonreí, levantando la mano para que viera el anillo.

—¡Por supuesto que dije que sí!

—Te voy a confesar una cosa. Cuando me dijo que estaba interesado en la casa, estuve a punto de chivarte que te iba a pedir matrimonio, solo para asegurarme de que no se te ocurriera rechazarlo. Se nota que te adora, cariño.

—Lo sé, señora Adams —susurré.

La cogí del brazo y caminamos despacio hacia donde estaba el resto del grupo. Chase y Duncan hablaban en voz baja, y todos los demás ya estaban en la mesa de trabajo.

—Muy bien —dijo Susan—. ¿Cuáles son las instrucciones?

La señora Adams tomó la palabra rápidamente y empezó a explicar todos los pasos.

Lo había hecho tantas veces que ya me salía de forma natural, así que fui directamente hacia Chase, rodeándole la cintura con los brazos y besándole el cuello.

—No hace falta que te quedes a trasplantar —le dije.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, prometida.

Le dediqué una sonrisa:

—Bueno, entonces vamos a ver qué tal se te da la jardinería.

Arqueó las cejas y esbozó una sonrisa sugerente.

Ufff, se lo había puesto en bandeja.

Cada vez que pensaba que ya no me podía sorprender más, me demostraba que estaba equivocada. A juzgar por el brillo de sus ojos, tenía unos planes de lo más tentadores para más tarde, y no veía la hora de que llegara ese momento.

Mientras todos nos poníamos manos a la obra, eché un vistazo a mi alrededor. Me sentía muy afortunada de estar rodeada de tanto amor: mi madre, Blair y la familia de Chase, a quienes ahora quería con todo mi corazón. Era absoluta y completamente feliz.

Sin título

Este es el final de la historia de Chase. La serie continúa con la historia de Duncan.

Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Leblanc

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete al Grupo de Lectores de Layla
